NONO DE PANÓPOLIS

DIONISÍACAS

CANTOS XIII-XXIV

EDITORIAL GREDOS

NONO DE PANÓPOLIS

DIONISÍACAS

CANTOS XIII-XXIV

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 286

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ÓSCAR MARTÍNEZ GARCÍA.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2001.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 20009-1995.

ISBN 84-249-1687-5. Obra completa.
ISBN 84-249-2288-3. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.

INTRODUCCIÓN

NONO Y LAS *DIONISÍACAS*. CANTOS XIII-XXIV

En este segundo volumen de las *Dionisíacas* de Nono de Panópolis, encuentran cabida los más dispares episodios, engendrados mediante una mezcla entre la erudición mitológica y el barroquismo de este poeta egipcio, que vivió durante la segunda mitad del siglo v y cuya vida es un misterio para el estudioso moderno. La traducción al español de esta obra, inédita hasta ahora en nuestra lengua, y el comentario a los pasajes más interesantes, no pretenden sino poner de manifiesto el valor literario de este poeta tardío tan mínimamente conocido. Se tratan en este tomo los cantos XIII a XXIV de las *Dionisíacas,* que versan sobre una gran variedad de temas, desde la epopeya guerrera de tintes homéricos, hasta los amoríos novelescos y pastoriles, siguiendo el singular ideario poético de Nono.

Este ideario, la poética de la variación, llamada en griego *poikilía,* es el principio inspirador de la ingente obra de Nono de Panópolis, un autor de enciclopédica erudición que vivió en la recóndita y mística provincia de la Tebaida, en Egipto, durante el siglo v de nuestra Era. De esta forma, una

multiforme obra poética nos ha llegado como amalgama de géneros literarios y mitos compilados barrocamente, de tal suerte que las *Dionisíacas* podrían muy bien ser el paradigma de la literatura griega de época imperial e incluso adelantar lo que habría de ser la literatura bizantina.

En efecto, Nono marca una ruptura en la historia de la literatura griega en diversos aspectos, que tienen que ver, por una parte, con su enorme producción literaria, que le llevó a escribir ese grandioso compendio sobre Dioniso en más de veintidós mil versos, y, por otra, con sus innovadoras técnicas estilísticas y métricas, que se alejan considerablemente de los cánones clásicos. Este poeta tardío, relativamente desconocido para los helenistas, ha impresionado vivamente a otros autores más recientes, como Goethe y Cavafis, que lo consideraron un modelo literario con validez y vigencia. En muchas ocasiones, sin embargo, ha sido considerado un autor de estilo «impuro» o poco recomendable por los críticos de siglos pasados, a los que su barroquismo les parecía la contradicción del espíritu helénico[1].

No obstante, al ser Proteo, un dios cambiante de interpretación simbólica, la divinidad que invoca Nono para que inspire su obra, el propio poeta nos da las claves de su poética, la poética de la variedad, de la *poikilía*. En un trabajo muy discutido, pero pionero de los estudios modernos sobre Nono, la monografía *Eîdos Poikílon*[2], Fauth trató de analizar y enunciar este principio poético. El poeta, según Fauth,

---

[1] Por ejemplo, dos de sus editores y comentaristas del siglo XVII, CUNAEUS y HEINSIUS (véase bibliografía), corregían el estilo «anti-clasicista» y defectuoso de NONO, como paradigma de lo que no debía hacerse al escribir en griego, y tachaban al poeta egipcio de bárbaro helenizado.

[2] W. FAUTH, *Eîdos Poikílon. Zur Thematik der Metamorphose und zum Prinzip der Wandlung aus dem Gegensatz in den 'Dionysiaka' des Nonnos von Panopolis*, Gotinga, 1981.

escribe un prólogo de carácter programático[3], en el que anuncia una obra variada e innovadora que va a combinar diversos estilos narrativos, sin ceñirse a la épica tradicional. Así, encontraremos en las *Dionisíacas* reminiscencias líricas y poesía bucólica, junto con catálogos de corte homérico, historias de amor al estilo de la incipiente novela, etc. Nuestros cantos, que terminan con el vigésimo cuarto, cierran la primera parte de la obra con una excelente muestra de esta variedad, concluyendo así un primer ciclo, a imitación de Homero, previo al que se abre con el segundo proemio e invocación a las Musas en el canto vigésimo quinto.

Si para Fauth esta *poikilía* se refleja en la temática de la obra de Nono y no se queda en mero recurso estilístico, F. Tissoni[4] va aún más allá y defiende un cargado simbolismo de Proteo, en la línea de las interpretaciones neoplatónicas que se hicieron de la obra de Homero. Los cantos XIII a XXIV son claro ejemplo de esta poética de la variación, con implicaciones que van quizás más allá de lo meramente mitológico. En bruscos giros temáticos, Nono dirige nuestra atención de forma alterna a la guerra contra los indios en los cantos XIII a XV, XVII, y XXI a XXIV, a la fundación de Nicea mediante el hermoso mito de sus amores (probablemente escrito en forma de *patria,* como veremos), en el canto XV y XVI, a las competiciones heroicas de los cantos XVIII y XIX en honor de Estáfilo, o al antiguo mito de Licurgo el teómaco, en el canto XX. Todo ello en medio de veladas alusiones a hechos históricos, cultos de la época (entre los que se incluye el cristianismo), magia y poesía

---

[3] *Dion.* I 11-15.

[4] F. TISSONI, en su reciente trabajo *I Canti di Penteo,* Florencia, La nuova Italia,1998, págs. 80 y ss.

oracular, como se verá más adelante. Otro trabajo de imprescindible lectura para la comprensión del complicado y barroco arte poético de Nono es *Metafora e poetica in Nono di Panopoli,* de Daria Gigli[5]. La estudiosa italiana discute en esta obra la compleja imaginería noniana, de inspiración muy alejada de los cánones clásicos, que se acentúa sobremanera en los cantos XIII-XXIV.

Hay, pues, quienes han buscado en Nono y en su obra referencias filosóficas o religiosas, e incluso el testimonio de una dudosa pervivencia del dionisismo en fechas tan tardías, compitiendo en su vertiente salvífica con el pujante cristianismo. Y es que, verdaderamente, el autor de dos obras tan dispares como las *Dionisíacas* y una *Paráfrasis al Evangelio de San Juan* se presta a las más variadas interpretaciones. ¿Fue Nono cristiano o pagano? ¿Usa lugares comunes en su obra cristiana y en la pagana prescindiendo de cuestiones teológicas? Esta es una de las grandes dudas sobre nuestro autor, una *quaestio disputata* entre aquellos que afirman que fue un convencido pagano, quienes le representan como un converso al cristianismo y la más reciente tendencia, que apuesta por un Nono ecléctico, sin auténticos compromisos religiosos ni prejuicios en una mentalidad propia de su época[6].

Respecto a la cronología de sus obras, se trata de otra *quaestio disputata,* por el carácter tan opuesto de las *Dionisíacas* y la *Paráfrasis al Evangelio de San Juan.* Durante mucho tiempo, hasta el siglo pasado, predominaba la idea de una supuesta conversión de Nono al Cristianismo. De tal

---

[5] D. Gigli Piccardi, *Metafora e poetica in Nonno di Panopoli,* Università degli Studi di Firenze 1985, Dipartimento di Scienze dell'Antichità «Giorgio Pasquali».

[6] Así, la escuela francesa de Vian y Chuvin, y la estudiosa italiana Gigli Piccardi.

manera, la primera obra en ser escrita habría sido necesariamente las *Dionisíacas*, con anterioridad a la conversión del autor a la fe cristiana[7]. Por otra parte, no se puede dejar de considerar a Nono como «el último poeta pagano», en una romántica visión de los últimos días del paganismo[8]. De esta forma, para algunos autores, Nono quedaría incluido en el famoso giro o reacción pagana que comenzara durante el siglo IV con figuras como la del emperador Juliano. Se ha afirmado, incluso, que representaría la pervivencia del paganismo en pleno siglo V, lo cual parece ciertamente arriesgado.

Nono desarrolló su actividad literaria en una ciudad que cuenta con numerosos testimonios de una rica cultura en época bajoimperial y bizantina. Panópolis, verdaderamente, fue el mayor centro cultural de la recóndita Tebaida hasta la conquista musulmana, en el siglo VII, y un foco permanente de creación literaria y artística. Se caracterizó principalmente por una gran mezcolanza de razas y credos, siendo sede de unos 400 templos, y por un ambiente étnica y culturalmente muy variado que, sin duda afectó a nuestro autor. Fue cuna de otros poetas, como Horapolo el Viejo, Ciro de Panópolis y Pamprepio, y parece que tuvo su esplendor precisamente durante el s. V[9]. Escasas noticias biográficas y teorías dispares, como la que le identifica con el obispo de Edesa[10], hacen de este autor un gran desconocido para los estudios griegos. Este halo de misterio se acentúa aún más,

---

[7] Sostienen esto, entre otros, A. LESKY y R. KEYDELL, en el artículo «Nonnos», de la enciclopedia PAULY-WISSOWA.

[8] Así titulaba G. F. DAMIANI, su famoso estudio, *L'ultimo poeta pagano*, Torino, 1902.

[9] E. AMÉLINEAU, *La géographie de l'Egypte copte*, 1893.

[10] Según E. LIVREA. Véase su artículo «Il Poeta ed il Vescovo» *Prometheus* 13 (1987), 97-123.

como veíamos, a causa de su dispar obra, el poema pagano más largo que nos ha legado la Antigüedad, y una interesante *Paráfrasis al Evangelio de San Juan* en hexámetros épicos.

La datación es, pues, bastante incierta, y no figura en el léxico bizantino *Suda*. Keydell[11], principal editor moderno del poeta, establece un *terminus ante quem* para su actividad literaria gracias a una mención que de nuestro autor hace Agatías[12] como uno de los jóvenes poetas de su tiempo y también mediante la aparición de la primera obra de la escuela de Nono, el *Encomio a Teágenes,* de 470. Por otro lado, varios indicios nos señalan el *terminus post quem.* Por un lado, Claudiano y su poema *De raptu Proserpinae* de 397, pues Nono hace uso claramente de él. También cuenta el hecho de que Bérito (actual Beirut) figura en el canto XLI como una ciudad, una *pólis,* status jurídico que no le fue concedido hasta el 450. Para una cronología más precisa de su actividad literaria, se han propuesto diferentes teorías, desde finales del siglo IV, hasta incluso finales del V, en una época de bastante confusión, pero en general se sitúa su *floruit* en la primera mitad del s. V.

Contamos además con dos epigramas de la *Anthologia Graeca*[13], que se le atribuyen sin demasiada certeza. Uno de ellos sería una suerte de epitafio, que ha comentado Livrea[14]. Se ha dicho también, basándose en suposiciones a partir de sus obras, que Nono estudió Leyes en la ciudad de Béroe o Bérito, en su famosa escuela de Derecho como

---

[11] R. KEYDELL, en su mencionado artículo de la enciclopedia PAULY-WISSOWA.

[12] AGATÍAS, *Hist.* IV 23 (pág. 257 BONN).

[13] *Anthologia Graeca* 9.198 y 10.120.

[14] E. LIVREA, *Parafrasi al Vangelo di S. Giovanni. Canto XVIII,* págs. 32-5, Nápoles, 1989.

tantos otros jóvenes patricios de su tiempo, fundamentándose esta afirmación en el extenso panegírico que sobre esta ciudad figura en las *Dionisíacas*. Para Keydell, autor de la más reputada edición de Nono, el poeta habría descrito fielmente la zona del Asia Menor, por conocimiento personal. Así, parece que también habría conocido la ciudad de Tiro, según la descripción física que de la misma se hace en el canto XL, versos 311 y siguientes. También se ha dicho que el controvertido lugar de composición de las *Dionisíacas* fue la ciudad de Alejandría, pues en el proemio al mismo, en el que se cita la «cercana isla de Faro»[15], Nono parece indicar que escribe en aquella ciudad. Sin embargo, se obvia en su enorme producción literaria toda mención de su patria egipcia, lo cual ha sido comentado como una cierta animadversión hacia su lugar de nacimiento, contra la opinión de P. Chuvin[16].

Nono de Panópolis marcó una cierta revolución literaria en los esquemas métricos y estilísticos, en dos aspectos fundamentales que habrían de tener una gran repercusión en la literatura posterior escrita en lengua griega. Por una lado está la revolución métrica que supone introducir un nuevo tipo de hexámetro, el llamado hexámetro noniano, que altera la tradicional métrica cuantitativa, ante el cambio fonoló-

---

[15] NONO, *Dion.* I 13-15 *¡Ea, mostradme a Proteo, el de muchos rostros, junto a la cercana isla de Faro cuando alcance vuestros coros, para que brille en su multiforme apariencia, puesto que voy a escribir un poema multiforme!*

[16] P. CHUVIN, *Mythologie et géographie dionysiaques. Recherches sur l'oeuvre de Nonnos de Panopolis,* Adosa, 1991, págs. 278-281. Aunque no menciona su patria egipcia, sí habla del Nilo y otros aspectos de Egipto. Para un estudio más detallado sobre este tema, véase D. GIGLI PICCARDI, «Nonno, Proteo e l'isola di Faro», *Prometheus* 19 (1993), 230-234, y «Nonno e l'Egitto», *Prometheus,* año XXIV (1998), fascículos 1 y 2.

gico que se produce en la lengua griega desde la época helenística, e introduce el ritmo acentual, en una aproximación a lo que sería la métrica actual[17]. De ahí que Nono aparezca citado por Agatías como uno de los «nuevos» poetas, como veíamos. De esta forma, el estilo de Nono va a convulsionar el panorama literario de su época, de modo que pronto aparecerá una auténtica escuela de «nonianos», o jóvenes poetas que escribirán con este característico y multiforme estilo[18]. En lo que se refiere a esta escuela noniana, el reciente descubrimiento del papiro de Oxirrinco 2946, ha puesto sobre la mesa la cuestión de la supuesta originalidad de Nono. En este papiro se data a Trifiodoro, uno de los supuestos sucesores «nonianos», en el siglo III o principios del IV. Parte de la doctrina, a raíz de este hallazgo, considera a Nono más un perfeccionador de estas tendencias, que su creador[19].

Prescindiendo de estas consideraciones teóricas, la originalidad de este poeta estriba en la variada fusión de estilos en su obra, que queda patente en estos complejos cantos cuya traducción se presenta ahora. Nono de Panópolis es un poeta con todo derecho a ser incluido en el Parnaso de la literatura griega, pese a la animadversión de algunos críticos y a la poca fortuna de su obra, que ahora se empieza a recuperar. La influencia y repercusión de su obra ha sido escasa debido a esta especie de «ostracismo» al que se ha condena-

[17] Para un antiguo pero excelente estudio sobre la métrica de NONO, véase A. WIFSTRAND, *Von Kallimachos zu Nonnos: metrisch-stilistische Untersuchungen zur späteren griechischen Epik und zur verwandten Gedichtgattungen,* C. W. K. Gleerup, Lund, 1933.

[18] Véase el artículo de R. KEYDELL, «Nonnos und die Nonnianen» en *Die griechische Poesie der Kaiserzeit;* Part II; *Bursians Jahresbericht,* vol. CCXXX, 41-161.

[19] Para más información sobre las tendencias métricas de la época, véase A. CAMERON, *Claudian: Poetry and Propaganda at the court of Honorius,* Oxford, 1970, págs. 478-82.

do al poeta sin justicia alguna. Pero si Goethe hablaba ya del caótico universo mitológico que Nono había creado[20], y Cavafis, defensor a ultranza de la decadencia como valor estético, ensalzaba el barroquismo del poeta, no podemos privar al público moderno de esta flor tardía que ha estado oculta durante tantos siglos. Por todo ello, hemos de romper una lanza a favor de un poeta de inspiración visual y estética barroca, cuyo estilo, en ocasiones difícil de seguir y enrevesado, puede descubrirnos un universo poético y mitológico ciertamente cautivador. Quizás la mejor invitación a la lectura de las *Dionisíacas* sean los versos que el también grecoegipcio Cavafis dedicó a su autor, recreándose en el fino atractivo de lo decadente: «Anteayer leíamos versos de Nono. / Qué imágenes, qué ritmo, qué lengua, qué armonía. / Admirábamos entusiasmados al de Panópolis»[21].

Estructura y temática de los cantos XIII-XXIV

Las *Dionisíacas* de Nono, fruto de su tiempo en cuanto a la temática, tienen su fuente en otros autores épicos de la Antigüedad tardía, que narraron las gestas de Dioniso[22]. Sin

---

[20] «Wirrwarr, womit Ovid und Nonnus das Universum zerrütten», en J. W. v. Goethe, Werke, Weimarer Ausgabe, I 41.2, 44, 4f. Phaeton. Un interesante estudio sobre el conocimiento que Goethe tuvo de la obra de Nono puede hallarse en U. Petersen, *Goethe und Euripides Carl Winter*, Heidelberg, 1974, «Nonnos», págs.176-8.

[21] «Refugiados», en C. P. Cavafis, Ἄπαντα ποιητικά, Atenas, Ýpsilon, 1990 = *Poesía Completa* [intr., trad. y notas de P. Bádenas de la Peña], Madrid, Alianza Tres, pág. 290.

[22] Así Teólito escribió sus *Báquicas*, Euforión un *Dioniso*, Neoptólemo de Paros las *Dionisias*, Dionisio las *Basáricas*, Soterico las *Basáricas* o *Dionisíacas*, etc.

embargo, las intenciones de Nono eran bastante más ambiciosas que las de sus precedentes colegas. Se trataba de escribir, en tantos cantos como la *Ilíada* y la *Odisea* juntas, el mayor poema épico de la historia, en un claro desafío a Homero (al que dice superar, cf. XXV, como se ve en los cantos que a continuación se presentan, cargados de tintes épicos y guerreros. Es una epopeya dedicada a un dios que parecía significar mucho para el autor, un dios que ora se presenta como héroe alejandrino, ora guerrero y conquistador (como en el canto XIII), ora un galán o un pastor de novela amorosa (como en la historia de amor de Nicea), pero las más de las veces aparece en un extraño sincretismo con Cristo como divinidad redentora y misericordiosa. En fin, lo más apartado posible del Dioniso clásico. En el presente volumen se ponen de manifiesto las raíces literarias e históricas de las *Dionisíacas,* en los cantos de la guerra contra los indios, en los que se alcanza la madurez poética de la obra.

El poema comenzaba en el anterior volumen con los prolegómenos a la venida de Dioniso, en su triple nacimiento, una suerte de «arqueología» dionisíaca que principia con el rapto de Europa y la saga de Cadmo. Con el nacimiento del primer Dioniso, Zagreo, y el del segundo, hijo de Sémele, los primeros doce libros se centran en el nacimiento anunciado y la juventud de Dioniso. Del trece al veinticuatro, nuestros cantos, se desarrolla su madurez y la prueba de su divinidad a través de la campaña contra los indios, como paso previo a su apoteosis, en una narración salpicada de digresiones varias e historias de fundaciones de ciudades. A partir del veinticinco se nota un corte claro, mediante un segundo proemio que compara a Dioniso con los más valientes héroes griegos, Perseo y Heracles, y anticipa la victoria sobre los indios. La guerra aún se prolonga hasta el canto cuarenta, y a continuación tiene lugar el en-

comio a dos ciudades que visita Dioniso en su camino hacia Grecia, Tiro y Béroe. El final de las *Dionisíacas* narra el viaje de Dioniso por Grecia y los diversos episodios que tienen lugar en Tebas, Argos, Atenas y otras ciudades antes de la apoteosis de Baco y su ascensión al Olimpo, con lo que se cierra la obra en el canto cuarenta y ocho.

En el marco de este gran proyecto literario, los cantos que se presentan a continuación, responden a un plan establecido de *imitatio* homérica mediante la narración bélica de aliento épico, por una parte, y de acumulación de diversos mitos referentes al dios, así como de encomios a ciudades (como en el caso de Nicea), historias de índole amorosa o bucólica, todo ello entremezclado con antiguos mitos dionisíacos, como la historia de Licurgo, en el canto XX, de la que ya de cuenta Homero. Dioniso ha alcanzado la madurez y ha de acercarse ahora a los mortales para difundir su evangelio, por un lado, y para probar su derecho a ser contado entre los demás dioses. Sin embargo, el tema principal que desarrolla Nono en los cantos que se agrupan en este segundo volumen es la larga campaña militar contra los indios. En ella encontramos ecos históricos y legendarios, que aproximan al Dioniso noniano a figuras como la de Alejandro Magno o la de algunos emperadores romanos (principalmente Septimio Severo). Pero la campaña de Dioniso no es sólo militar. Su propósito es civilizador, pues se propone llevar el vino, la justicia y la religión por todo el Oriente (incluso la medicina[23]) En un breve resumen de cada canto se pondrán de manifiesto los aspectos más notables para el lector y estudioso, sin pretender un exhaustivo análisis de su estructura y temática por razones de espacio.

[23] Cf. XVII 357 ss.

Canto XIII

El canto decimotercero narra el inicio de la guerra de Dioniso contra los indios, anunciada por Nono como el paso previo a la apoteosis del dios, y se centra en la imitación homérica del «catálogo» de los ejércitos de ambas partes. Así, entre presagios varios que hablan del destino celestial de Dioniso el conquistador, se prepara el campo de batalla y los distintos escuadrones de mortales e inmortales que lucharán en ambos bandos. Dioniso queda así equiparado al prototipo de caudillo o conquistador, más cercano a Alejandro Magno o a los emperadores que defendían el *limes* romano (como Septimio Severo, con cuya campaña militar del año 195 hay notables paralelismos), que a los héroes homéricos. Comienza mediante una introducción en la que Zeus deja claro sus designios sobre la guerra de Dioniso contra los pueblos indios. Zeus quiere aniquilar esta raza por su iniquidad, pues no conocen la justicia (cf. XII 3). Aquél, con Iris como mensajera, se dirige a Dioniso para comunicarle los planes de su padre (vv. 1-34). Así da comienzo un canto que imita fielmente a Homero en la enumeración de los ejércitos contendientes, previa a la batalla. Una invocación a las Musas, a partir del verso 43, liga este canto a la *Ilíada*, concretamente al catálogo de las naves[24]. De esta forma, el exhaustivo catálogo de los ejércitos que apoyan a Dioniso en su divina empresa también se inspira en el catálogo de las *Argonáuticas*, de Apolonio Rodio. Este canto XIII se centra en la enumeración de las tropas heroicas (cf. XIII 43) de Dioniso, es decir, aquellas formadas por humanos, en una clara oposición al canto XIV, en el que se ofrece la lista de las divinidades y seres sobrenaturales (cf.

[24] Cf. HOM., *Il.* II 484 ss.

XIV 5) que acuden en ayuda del dios. Chuvin ha sabido dividir este catálogo en dos partes[25]; en la primera (vv. 53-308), Nono nos ofrece el elenco de los griegos que participan en esta campaña y sus respectivos caudillos. Estos serán, el beocio Acteón (vv. 53-82) e Himeneo (vv. 83-134), los Coribantes y los eubeos (vv. 135-170), el ateniense Erecteo (vv. 171-200), Éaco, hijo de Zeus y la ninfa Egina (vv. 201-221), Asterio y los cretenses (vv. 222-252) y Aristeo, hijo de Apolo (vv. 253-308)

En la segunda parte (vv. 309-568), se presentan los ejércitos que provienen de otras partes del mundo, como Italia, Africa o Asia Menor: los sicilianos Acates y Fauno (vv. 309-332), Cratégono y los libios (vv. 333-392), Ogiro y Orfeo, y los samotracios (vv. 393-431), los chipriotas Ledro y Lápeto (vv. 432-463), los lidios Estabio y Estamno (vv. 464-510), el frigio Príaso (vv. 511-545) y el cario Mileto (vv. 546-568). La imitación de Homero es evidente, amén de la cita expresa del verso 50, al basarse en la estructura del catálogo de la *Ilíada* para éste, eludiendo, eso sí, las regiones de proveniencia de los héroes homéricos, que serían de una época posterior a la que trata Nono. Todos estos caudillos tienen un vínculo de sangre más o menos claro con Dioniso, o con su abuelo Cadmo, y por ello acuden en su auxilio (Acteón, Éaco, Asterio, etc.). En definitiva, con este catálogo de tropas, que no es el único en las *Dionisíacas*[26], Nono exhibe su portentosa erudición mitológica, eti-

[25] En su obra ya clásica sobre Nono, P. Chuvin, *Mythologie et géographie dionysiaque. Recherches sur l'oeuvre de Nonnos de Panopolis*, Clermont-Ferrand, Adosa, 1991, pág. 30. Chuvin aduce que cada parte tendría igual extensión, 258 versos, tras considerar dos lagunas de un verso cada una.

[26] Cf. canto XIV, el catálogo de tropas divinas de Dioniso, canto XXVI, el catálogo de las tropas indias, etc.

mológica y geográfica, y nos ofrece una interesante visión del mundo grecorromano de su época, intentando remontarse a la antigüedad más remota. El catálogo homérico se convierte en manos de Nono en una erudita enumeración de lugares, nombres y genealogías, siguiendo el principio poético de la *poikilía*.

Canto XIV

El canto decimocuarto destaca por la combinación temática que presenta, pues por un lado continúa el catálogo de los ejércitos que participan en la campaña índica, y, por otro, narra el primer combate serio de las *Dionisíacas*, que cobra aliento épico en la batalla del lago Astácida, con el famoso episodio del milagro del vino, arma dionisíaca por excelencia. Así pues, destaca ante todo la falta de unidad del canto, que se estructura en dos partes bien diferenciadas. Por un lado, el catálogo del divino ejército de Dioniso, que recoge las cohortes masculinas y femeninas. En cuanto a las tropas masculinas, el catálogo se centra en los inmortales que se cuentan entre las filas de Dioniso (vv. 203-227), puesto que las tropas de humanos ya habían sido tratadas en el canto anterior, con el extenso catálogo de ciudades que apoyan al dios[27]. Sobre las tropas femeninas, hay que decir que las mujeres ocupan un destacado lugar en el culto dionisíaco, y por ello han de tener también un importante papel en las huestes del dios. Se ocupan de este catálogo femenil los versos 203 a 227.

A continuación, el poeta pasa ya a narrar la batalla del lago, con un breve intervalo que recoge la marcha del ejército dionisíaco a través de la Frigia (vv. 247-283) y de Ascania (vv. 284-294). Hay un claro paralelo con las campa-

[27] Concretamente en XIII 53-568.

ñas de Alejandro Magno y con la narración de éstas por Quinto Curcio[28], que describe un itinerario idéntico, con lo que se consolida la identificación de Dioniso con Alejandro. En los versos 295-322 se desarrolla la primera embajada a los indios (la segunda tendrá lugar en XXI 200-278). La batalla del lago Astácida, propiamente dicha, ocupa los versos 323-437. Los prodigios dionisíacos se suceden ante el terror de los indios y la Fortuna se decanta a favor de los ejércitos dionisíacos, vv. 386-410. Sin embargo, no hay grandes escenas de guerra. Las Bacantes, pertrechadas con tirsos e instrumentos musicales, sorprenden con sus prodigios, dando muerte a animales salvajes (el ritual del *sparagmós* o «despedazamiento») y desafiando a la naturaleza (la *oreibasía)*. Todo el pasaje se inspira en Eurípides[29] más que en Homero. Será en los cantos XXII-XXIII en donde se vea una batalla de verdadero acento épico.

Como punto culminante de este decimotercer canto, no obstante, se presenta el milagro del río cuyas aguas son transformadas en vino, a partir del verso 411. Se puede pensar acertadamente en el milagro cristiano de la transformación del agua en vino, que con toda seguridad tiene Nono en mente al escribir este pasaje. Recordemos que éste es también autor de una *Paráfrasis al Evangelio de San Juan,* y que en su canto segundo trata precisamente este milagro con expresiones muy similares[30]. El canto concluye con un elogio del vino por parte de un indio sorprendido ante sus ma-

[28] Q. CURCIO, 3.1, 11-22. Alejandro también pasa por Frigia (11), obtiene presagios favorables, como el nudo gordiano (14-18) y la sumisión voluntaria de la Paflagonia (22).Véase también HIMERIO, *Disc.* 18, 2-3.

[29] Cf. EURÍP., *Bac.* 695-764.

[30] Cf. *Paráfr. al Evang. de San Juan* II 36, en el que usa los mismos términos que en *Dion.* XIV 413.

ravillas, comparándolo con otras bebidas y señalando su superioridad.

Canto XV

El canto decimoquinto se divide en dos episodios nítidamente separados. Por un lado, se narra el final de la batalla del lago Astácida, concretamente hasta el verso 168, y por otro, el comienzo de la historia de los amores de Nicea, desde el verso 169 hasta el final.

En primer lugar, este canto concluye la narración épica del combate junto al lago. En una escena inicial, llena de humorismo, se narran los efectos del vino en los indios, que aprovechan las Bacantes y Sátiros para derrotarles sin mayores problemas. Lejos de los tópicos homéricos del combate, que aparecerán con toda su fuerza a partir del canto XXII, las cohortes dionisíacas luchan de peculiar forma, usando como armas la danza, el vino, los objetos rituales del culto y la vegetación. Todo ello se contrapone al armamento ortodoxo del ejército indio, que es derrotado por el poder del dios y sus «armas paradójicas»[31]. El episodio de la lucha en el lago reúne todos estos tópicos. El ejército de los indios es vencido aquí no mediante armas convencionales, sino a través de los *fármacos* de Dioniso, es decir, el vino que embriaga a sus enemigos. El dios obra un milagro y transforma el agua del lago en vino (cf. XIV 411 ss.), de suerte que los indios se embriagan (1-86) y son así derrotados al caer dormidos por causa de su ebriedad (87-168) De esta forma, los atributos propios del culto dionisíaco resultan vencedores sobre las armas humanas.

---

[31] Se habla de «armas paradójicas» («armi paradossali» en D. GIGLI, *o. c.*, págs. 135 ss.) para designar todas estas armas inusuales que vencen al acero mediante el poder del dios.

Tras el episodio de la batalla, da comienzo la historia de Nicea, que ocupará los versos 169 a 422, hasta el final del canto. Se trata de una *patriá,* o mito fundacional de una ciudad, en este caso la ciudad de Nicea, que probablemente Nono conoció. De hecho, parece que el poeta utilizó como fuente para este episodio algún poema de este tipo. La villa de Nicea floreció notablemente en época helenística. Fue llamada así por la hija del Antipatro y esposa del rey Lisímaco, segundo fundador de la ciudad tras Antígono, sucesor de Alejandro. El mito de su fundación fue narrado, entre otros, por Pisandro de Laranda, cuya obra se ha perdido totalmente[32]. También contamos con un testimonio de Memnón de Heraclea[33], siendo desconocidas para nosotros las demás fuentes de este mito. Posiblemente existiera una *patriá* de la ciudad de Nicea compuesto por Pisandro, que Nono conocería. Dentro de su *poikilía* poética, Nono incluye, tras una narración totalmente épica, un género distinto, de acentos bucólicos y amorosos, dando un corte radical en este canto, a la manera pindárica. El hecho de que Nicea se resista a Dioniso pero al final sucumba a sus amores, se puede interpretar como reflejo del hecho histórico de la toma de la ciudad de Nicea por el emperador Septimio Severo, tras una larga resistencia[34].

Por otra parte, el episodio de Nicea, que comienza en este canto y se extiende el final del siguiente, ha sido uno de los más comentados en Nono, por su rara belleza y por ser

---

[32] Según D'Ippolito Pisandro narraba este mito en sus *Teogonías Heroicas* (cf. D'Ippolito, *Studi nonniani. L'epillio nelle Dionisiache,* Palermo, 1964, pág. 91).

[33] Frag. 434 F1, 28, 9, en Focio, *Bibl.* 224-225B.

[34] Cf. M. Maletta, *Le Dionisiache- 2: Canti 13-24.* Nonno di Panopoli; edición de Dario Del Corno; traducción de Maria Maletta; notas de Francesco Tissoni, Milán, 1999, págs. 211-212, n. 34.

el único testimonio de *patriá* sobre esta ciudad. El propio Goethe, conocedor de la mitografía de Nono a través de los trabajos de su amigo Uwarow[35], elogia este episodio en su correspondencia con éste[36]. Nono alterna el estilo bucólico con discursos llenos de retórica erudita y mitológica, creando un episodio único en las *Dionisíacas.*

La historia de Nicea en este canto comienza con sus trágicos amoríos con el pastor Himno, por cuya muerte será castigada. Tras su detallado su retrato (169-203), en el que aparece como personificación de Ártemis, la doncella cazadora, y el de Himno (204-219), se narran los requiebros de amor del pastor y su muerte a manos de la doncella (220-394). Nicea desprecia el amor que Himno siente por ella, y, llena de soberbia, le da muerte. En este sentido, se puede trazar un paralelo entre Nicea y el Hipólito de Eurípides en tanto que ambos rechazan el amor y se consagran a la caza, llenos de *hýbris*[37]. El canto decimoquinto acaba con la impresionante manifestación de duelo de la naturaleza por la muerte del pastor, un recurso que Nono emplea en varias ocasiones[38] (vv. 370-394). Además, se incluye aún otra variación en el canto, un *thrénos,* o canto fúnebre, que canta la propia naturaleza mostrando su luto por la muerte del pastor. De esta forma, Nono concluye el canto con un cambio de estilo y métrica (395-422), pues el lamento está escrito en forma de poesía bucólica, poniendo de manifiesto la originalidad de Nono, que incluye en su epopeya ejemplos de

---

[35] Sergei Uwarow trabajó sobre las *Dionisíacas* de Nono, publicando su trabajo *Nonnos von Panopolis, der Dichter. Ein Beytrag zur Geschichte der griechischen Poesie,* S. Petersburgo, 1817.

[36] *Carta a Uwarow,* 9 mayo 1814, Weimar, 7.117, pág. 258.

[37] Cf. Eurípides, *Hipólito* 10-24.

[38] Véase I. Maroni, *Temi vegetali e relativi miti nelle 'Dionisiache' di Nonno di Panopoli,* Milán, 1993.

los más variados géneros literarios, en un sincretismo insólito. Cabe destacar el estribillo «El bello pastor ha muerto, etc.», con el que comienza cada estrofa, típico de la poesía bucólica[39].

Canto XVI

Continúa el canto decimosexto la historia de Nicea, que tras provocar la pasión y muerte de Himno, logra enamorar al propio Dioniso, que será encargado de vengar al pastor. Se canta así, con tono tragicómico, cómo Dioniso seduce a la joven. Desde el comienzo de este canto, se narran los efectos del amor en Dioniso, una acumulación de lugares comunes sobre el enamoramiento del dios (vv. 1-182), que persigue a la doncella cazadora, pero con ciertos recursos ingeniosos (como el monólogo que dirige Dioniso a su perro de caza, vv. 183-227, etc.) Nono hace uso en este pasaje de un recurso estilístico muy propio de su estilo poético, la *sýnkrisis* o comparación con pasajes previos en su obra. Paso a paso, va comparando la pasión que siente Dioniso por la doncella, con la de Himno en el canto precedente[40]. Tras dirigirse a ella en vano, incluso humillándose, el dios opta por seducirla mediante el engaño, embriagándola con el vino, para lo cual transforma una vez más el agua de una fuente en su *fármaco,* repitiendo el milagro dionisíaco (XV 411 ss y XVI 1-168). En consonancia con esta comparación con el canto precedente, la descripción de la embriaguez de

[39] Cf. Bion, *Canto fúnebre a Adonis,* 1 ss., Teocr., *Id.* XXIII 45, etc.

[40] Adoración de sus armas, en XV 294 y XVI 24, manos ansiosas por tocarla, en XV 288 y XVI 165, rechazo de la doncella, en XV 318 y XVI 211, diálogo con los perros de caza XV 298 y XVI 224, etc. Sobre este procedimiento estilístico, ejemplo de la *poikilía* poética de la que hablaba Fauth, véase por ej., J. G. Montes Cala, «Un apunte sobre *imitatio cum uariatione* noniana», *Exc. Philol.* 4-5 (1995-95), 63-75.

Nicea (vv. 253 y ss.), se hace en los mismos términos que la de los indios en XV 22 y ss.

Tras la unión de Dioniso y Nicea (vv. 263-291), en la mitad del canto decimosexto se describe la aparición fantasmal del espectro de Himno, el pastor muerto en el canto precedente. De esta forma, Himno reprocha a Nicea por haberle rechazado y se burla de su desdicha (292-305). Nono gusta mucho de estas apariciones de fantasmas para culminar un episodio mítico[41], como es el caso. Al punto, Nicea se lamenta por la pérdida de su virginidad (vv. 341-394) en un auténtico *thrénos*, un canto fúnebre. El tono de este lamento es, no obstante, tragicómico, pues va precedido por las palabras de Pan y un Sátiro, celosos de la unión de Dioniso y Nicea (306-340).

El canto finaliza con el nacimiento de Teleté («iniciación»), hija de Nicea y Dioniso, y con la fundación de la ciudad de Nicea con un doble sentido, para conmemorar la victoria *(níkē)* sobre los indios, y para recordar a Nicea, la doncella cazadora (vv. 395-405).

Canto XVII

Este canto vuelve a la narración de la campaña contra los Indios. Se trata de la batalla del Tauro, segundo gran enfrentamiento entre Dioniso y las huestes de los indios, capitaneadas en esta ocasión por Orontes. Este episodio cierra la primera parte de la expedición de Dioniso, localizada en el Asia Menor. Para enlazar con el canto anterior, que concluía la historia de Nicea con la fundación de la ciudad homónima, Nono comienza con un breve preludio, en el que se describe la marcha de las tropas de Dioniso (vv. 1-31), e

[41] Como la aparición del fantasma de Acteón a su padre Aristeo, en V 412 ss.

introduce a continuación una historia de ecos bucólicos, que sirve de transición para volver a la campaña contra los indios.

En efecto, esta digresión es la historia de Brongo, un anciano agricultor que ofrece su hospitalidad a Dioniso (vv. 32-86). De nuevo se demuestra la variación típica del estilo noniano, pues se trata de un *epilio,* una narración bucólica sobre la hospitalidad del humilde al poderoso. Nono gusta de estas historias de hospitalidad recompensada, como se ve en los cantos XVII-XVIII, con Estáfilo y Botris como anfitriones del dios, en el canto XLVII, con la narración del mito de Ícaro y Erígone, la historia de Triptólemo en XIII 190 y XIX 84[42]. Brongo es un personaje desconocido en la tradición mitográfica anterior a Nono. Al parecer, se trata de una invención suya. El nombre, que tantas veces define a la persona en mitología, está relacionado, según Vian, con una ciudad llamada Brunca o Brunga[43]. El personaje en cuestión, habita en una caverna en el mítico país de Álibe, que ya aparece en Homero, y que Estrabón localiza en Bitinia[44].

En cuanto al episodio de la batalla del monte Tauro (vv. 87-397), Nono va a narrar el segundo gran enfrentamiento de ambos ejércitos, volviendo de nuevo a la narración de tintes épicos (lo que señala en la transición vv. 133-135), después de la primera batalla, la del lago Astácida. El emplazamiento de este segundo combate denota la relación de

[42] Por otra parte, es la típica historia de la llegada de Dioniso, que en agradecimiento por la hospitalidad recibida, honra al anfitrión con el vino (para los mitos de «El dios que viene», véase W. F. OTTO, *Dioniso,* págs. 65-67).

[43] Su nombre puede tener que ver, según VIAN, con un lugar de descanso en la ruta hacia Jerusalén, cercano a Nicomedia, que se llamaba Brunga (cf. F. VIAN, «La grotte de Brongos et Cybèle: Nonnos, Dionysiaques 17, 32-86», *Rev. Ét. Grec.* 104 [1991], págs. 584-593).

[44] HOMERO, *Il.* II 857; ESTRABÓN, XII, 3, 20.

Dioniso con Alejandro Magno, puesto que tiene lugar en Isos, precisamente donde Alejandro derrotó a Darío. Gerlaud, en su edición del texto y traducción, ha querido también ver en esta batalla un reflejo de otro hecho real más cercano, las campañas de Septimio Severo contra Níger, en 193[45].

Tras un preludio en el que se reúnen y se describe los ejércitos de Dioniso (vv. 87-96), y el de los indios, comandado por Astraente y Orontes (vv. 97-132), da comienzo el combate. Ante el ímpetu sobrenatural de las Bacantes y los Panes, que desbordan a los indios (vv. 133-167), los indios retroceden. Como es natural, los soldados de Dioniso luchan de forma sobrehumana, con las manos desnudas. Los indios reaccionan gracias a su caudillo Orontes, uno de los generales de Deríades, que lleva el nombre del río Orontes. Éste dirige muy duras palabras a sus hombres (vv. 168-224), y a continuación desborda las líneas del ejército dionisíaco, causando estragos, y dando muerte a algunos Centauros y a Hélice, una Bacante. La muerte de Hélice (vv. 222-224), por otro lado, refleja el tópico literario de la pudorosa doncella que muere cubriendo su desnudez[46].

A continuación Orontes desafía a Dioniso, y tras un breve duelo (vv. 225-268), Orontes se suicida, y su cuerpo se transforma en río, (vv. 269-314). El desafío a un combate singular es típico de la gesta grecorromana, pero no así el inusual fin de Orontes, que se suicida, en un gesto que cualquier griego tacharía de bárbaro (pese a los ejemplos de Meneceo o Ayante[47] que aparecen en XXIII 52 ss. para justificarlo). Dioniso y su duelo con Orontes ocupan la posi-

[45] B. Gerlaud, Nonnos de Panopolis, *Les Dionysiaques* VI: XIV-XVII, París, Belles lettres, 1994, Introducción al canto XVII.

[46] Cf. Eurípides, *Hécuba* 568 ss.

[47] Euríp., *Fen.* 831 ss.; Sófocles, *Ayante* 815-865.

ción central de este complejo canto, así como en la *Iliada* lo ocupaba el duelo de Aquiles y Héctor. Pero en este caso Orontes no es propiamente vencido en el combate, sino derrotado por la magia del dios (por ej., la invulnerabilidad de Dioniso, v. 241 y 244-5, el tirso que rompe la coraza de Orontes, vv. 267-8, etc.). Por causa de esta humillación Orontes se suicida, tomando ejemplo de la obra de Sófocles, *Ayante,* cuya invocación al Sol se imita en las últimas palabras del indio (véase nota *ad loc.).* El otro modelo trágico que usa Nono es el Penteo de Eurípides, cuyos insultos[48] y carácter impío refleja en Orontes (vv. 170-191). A ambos responderá el dios con toda su fuerza mágica, a través de los mencionados prodigios[49].

Por otro lado, la metamorfosis del caudillo indio Orontes en el río que lleva su nombre es un *aitíon* que Nono fundamenta en la historia que refiere Pausanias: los romanos desviaron la corriente de este río hacia la ciudad de Antioquía, y hallaron en su lecho, cerca de Dafne, una gran vasija, de once codos de largo, que contenía un esqueleto de la misma estatura. Al preguntar al oráculo de los sirios, éste desveló que se trataba de Orontes, de la estirpe de los indios, famoso por su enorme estatura[50].

Hay que señalar, por último, las duras palabras de Dioniso ante la muerte de Orontes, que recuerdan a Aquiles ante el cuerpo de Licaón[51], yaciente en el río Escamandro. Viendo a su caudillo vencido, las tropas aún luchan, en contra de la costumbre homérica, pero la victoria ya es de Dioniso. Esto se constata con la fuga de Astraente, el otro

---

[48] EURÍP., *Bac.* 215-247.

[49] El propio NONO recrea el mito de Penteo y las Bacantes en los cantos XLIV-XLVI.

[50] PAUS., VIII 29, 4.

[51] HOM., *Il.* XXI 120-135.

caudillo de los indios (vv. 353-356). Destacan una vez más los prodigios dionisíacos, paralelos a los que describe Eurípides[52]: lanzas que no pueden atravesar las pieles de ciervo de las Bacantes (vv. 347-349), hiedra y vid que atraviesan corazas (vv. 350-366), etc. Una interesante digresión, tras la batalla, es la curación de las heridas de guerra (vv. 357-384). Aristeo, como descendiente de Apolo, conoce las artes médicas. Así se aprovecha la digresión para hacer un elenco de los distintos tipos de heridas y su curación, por medio de agentes naturales (miel o vino), ungüentos, e incluso encantamientos (vv. 373-375). Se trata de una digresión de tipo científico que muestra ciertos conocimientos médicos de Nono, aunque todo el pasaje se basa de nuevo en Homero[53].

El episodio concluye con la rendición de Blemis, caudillo de los indios eritreos. El misericordioso Dioniso, les concede habitar la región de Eritrea bajo el cetro de Blemis (vv. 385-397). Se trata de un epílogo etiológico sobre el origen de los blemios, una tribu vecina a la ciudad de Nono, en el sur de Egipto, que, según el poeta, provendría de este general indio, que deserta de Deríades. Para Chuvin, el primer lugar de asentamiento de este pueblo en su migración sería el actual Yemen[54], de donde pasarán a habitar en Etiopía, mencionando la ciudad de Méroe (v. 396).

Canto XVIII

Este canto nos presenta a dos personajes de cuño noniano, Estáfilo, rey de Asiria, y su hijo Botris, que acogen a

[52] En *Bac.* 760-764.

[53] Cf. HOM., *Il.* II 731 (Podaliro y Macaón, hijos de Asclepio), V 401-402, etc.

[54] P. CHUVIN, *Mythologie et géographie dionysiaques,* Clermont-Ferrand, Adosa, 1991, pág. 277.

Dioniso como huésped tras su victoria en el lago. De nuevo se pone de manifiesto la especial relación entre Dioniso y los mortales que lo acogen y aceptan su culto sin reticencias. Todo lo contrario de lo que ocurre a quienes se le oponen, como los indios, Licurgo, en el canto XX, o Penteo en los cantos XLIV a XLVI. Nono retrata de manera similar a los que acogen al dios (Brongo, Estáfilo, Botris, Ícaro, etc.) y a los teómacos que lo rechazan, como Licurgo, Penteo o los indios, que están vinculados a la tierra (cf. XVIII 267) como los Titanes, enemigos arquetípicos de los Olímpicos.

En este caso, Estáfilo y Botris, que se presentan con otros personajes secundarios, la reina Mete o el anciano Pito, reciben amistosamente en el canto decimoctavo al dios y disfrutan de sus dádivas. Tras convencerle mediante argumentos mitológicos, el rey Estáfilo y Botris, su hijo, acogen a Dioniso a su palacio como huésped (vv. 1-61). Nono describe el palacio de Estáfilo como Homero el de Alcínoo en la Odisea[55] (vv. 62-92), con gran lujo de detalles. Dioniso es agasajado con banquetes y festejos en su honor (vv. 93-165), hasta que un sueño profético le revela su futura victoria sobre los indios y su batalla contra Licurgo (vv. 166-195). Entonces se interrumpe el descanso del ejército y Nono vuelve al tono épico, entre exhortaciones al combate y preparativos, mediante el largo discurso de Estáfilo. Éste anima a Dioniso a emular las gestas de su padre Zeus y de los dioses Olímpicos, cuyo elenco se resume en un nuevo alarde de la erudición mitológica del poeta egipcio (vv. 196-305).

Los preparativos del combate incluyen una embajada a los indios, a los que Dioniso se dirige mediante su heraldo Ferespondo, que parte en los versos 306-326, mientras el

[55] Hom., *Od.* VI 295 ss.

propio dios marcha a través de Asiria para hacer proselitismo de la religión del vino. A su vuelta, en una escena de gran fuerza poética, Dioniso se entera de la muerte del rey Estáfilo, acaecida en su breve ausencia, mediante los gestos de dolor de sus súbditos (vv. 334-368). Con esta escena de duelo general, se cierra el canto en un clímax que se resolverá en el canto XV.

Canto XIX

Tras la muerte de Estáfilo, en los versos 1-58, Dioniso consuela a su hijo y a su mujer a través del fruto de la vid «que aleja las penas» (XIII 274, XVII 82, etc.) y de unos juegos fúnebres dedicados a la memoria del rey de Asiria. El certamen que se celebra junto a la tumba de Estáfilo no es de índole atlética, sino literaria y artística, como se encarga de recordar Dioniso (vv. 138-157), que destaca la idea de la primacía de las bellas artes sobre el resto de los saberes humanos.

El canto entero se inspira, como no podía ser de otra forma, en el certamen del canto XXIII de la *Ilíada,* los juegos fúnebres que Aquiles instaura en memoria de su amado Patroclo. Pero paradójicamente el certamen no será deportivo, sino artístico, lo que refleja más las costumbres de la época de Nono, que la rudeza de los concursos homéricos. El primer concurso será de canto, «la fiesta ática» (v. 66), en la que se presentan como primer premio un buey, y un macho cabrío como segundo premio[56]. Participan en este concurso dos aedos de diversa procedencia, Eagro, comandante de las tropas tracias, padre de Orfeo y esposo de la musa Calíope, y el ateniense Erecteo, capitán del ejército

[56] Haciendo referencia a las fiestas atenienses, Leneas y Dionisias, en cuyos certámenes dramáticos se premiaba con un macho cabrío.

del Ática. Este último comienza a cantar entonando la historia de Triptólemo, que hospedó a la diosa Deo-Deméter[57] y recibió como recompensa el cultivo del cereal (vv. 80-99) Esta historia de hospitalidad a un dios se compara con el caso de Estáfilo y Dioniso. Al punto, el tracio Eagro entona una brevísima canción, a la manera de los lacedemonios, sobre Apolo y Jacinto en comparación con lo sucedido a Estáfilo, y se alza con la victoria por aclamación, por lo que recibe la corona y el primer premio de manos de Dioniso (vv. 100-117).

El segundo concurso es el de danza, o más bien de danza pantomímica, un tipo de representación muy de moda en época imperial que Nono parecía conocer bien[58]. Como premio, esta vez se presentan dos cráteras, una de oro, llena de vino añejo, y la otra de plata, llena de mosto[59] (vv. 118-157). Marón es el primer participante, y tras un discurso de *captatio benevolentiae* (vv. 158-197) interpretará en una pantomima a los escanciadores del Olimpo, Hebe y Ganímedes, en el banquete de los dioses (vv. 198-224). Por otro lado, Sileno, se presenta al concurso describiendo mediante su danza la disputa entre Aristeo y Dioniso, sobre la miel y el vino (vv. 225-284) En ambas escenas, Nono usa un brillante y dramático estilo narrativo que describe los movimientos de ambos contendientes. Se recrea especialmente en Sileno, que, al final, tropieza y se transforma en río, concediendo la victoria a Marón, (vv. 285-302). Como culminación de este certamen, Nono recuerda el mito de Apolo y Marsias en el

[57] Deméter concedió a Triptólemo las artes de la agricultura para que las extendiese por el mundo, véase XIX 82-96.

[58] Véase nota a XIII 220. Cf. Gigli, *o.c.*, págs. 150 ss. sobre las representaciones de danza pantomímica en Nono.

[59] La descripción de los trofeos es imitación de Teócrito; véase nota *ad loc.*

discurso que Marón le dirige a Sileno tras su victoria (vv. 303-348).

Canto XX

El canto vigésimo es uno de los más interesantes de el presente volumen, pues recoge un mito dionisíaco muy antiguo, el único mito sobre Dioniso que aparece en Homero[60], el de Licurgo, el teómaco enemigo de Dioniso. La historia de Licurgo es uno de los pilares ancestrales del culto de este dios, tal y como ha estudiado Otto en su libro *Dioniso*[61]. Así, la fuente principal del episodio de Licurgo es Homero, que en la *Ilíada* VI 130-140 describe cómo Licurgo puso en fuga a Dioniso y persiguió a las nodrizas del dios. Nono recrea la narración homérica e innova mediante sus barrocos procedimientos estilísticos, pues introduce en la acción a la diosa Hera, quien, por medio de su mensajera Iris, prepara el enfrentamiento entre Dioniso y Licurgo.

El canto, sin embargo, comienza todavía en el palacio del rey Estáfilo, una vez terminados los juegos en su honor (cf. XIX 59 ss.). Dioniso se recrea en el palacio, entre banquetes. Tras la embriaguez viene el sueño, y es entonces cuando los dioses se encargan de recordar a Dioniso cuál es su misión. Le envían en un sueño a la diosa Eris, la Discordia, para que le exhorte a combatir (vv. 35-98). Esta escena del sueño es paralela a la visión de Agamenón, al que los dioses deciden incitar de la misma manera en la *Ilíada*[62]. Tras esto, Dioniso cobra ánimos guerreros y comienza los preparativos para la batalla, secundado por el príncipe Bo-

---

[60] HOM., *Il.* VI 130-140; VII 142 ss., etc.

[61] W. F. OTTO, *Dioniso,* págs. 39, 46, 48, 50, etc.

[62] En HOM., *Il.* II 6 ss., Óniro, el Sueño, es la divinidad que se le aparece a Agamenón.

tris y sus nuevos amigos (vv. 99-148). Se introduce en este momento una digresión, la metamorfosis del anciano Pito, sirviente de la casa de Estáfilo (vv. 127-141), que se transforma en una jarra de vino (*píthos* en griego), lo que sirve de transición para la historia de Licurgo.

Al llegar a Arabia, se introduce la historia de Licurgo con un retrato de las costumbres del fiero soberano de Nisa. Recalcando su impiedad, Nono narra cómo asesina a los forasteros y les despedaza para colgar sus cabezas en las puertas de su palacio. Hay una comparación muy a propósito con otro malvado rey, Enómao, soberano de Pisa. Licurgo es hijo de Driante, pero para Nono, a diferencia de Homero, su auténtico padre es el sanguinario Ares, y no en vano es llamado por su mismo epíteto («el sanguinario», v. 149). Destaca una segunda aparición divina en el canto, la visita de Iris, mensajera de la diosa Hera, a Licurgo, para exhortarle a combatir a Dioniso (vv. 149-181). Iris se disfraza de Ares y se dirige a Licurgo como si fuese su padre, entregándole de parte de Hera el *boúplex,* el arma que caracteriza a Licurgo ya en Homero[63], para que ataque a Dioniso. Tras una considerable laguna textual, en la que se ha perdido parte de la respuesta de Licurgo, éste obedece a su padre y cobra ánimos para el combate (vv. 182-261), despreciando la figura de Dioniso y blasfemando contra él[64]. Hera, en cumplimiento de su insidioso plan, envía a Iris

[63] No sabemos a ciencia cierta qué tipo de arma fue este *boúplex,* se suele traducir por «hacha de boyero», pero también tiene otra acepción, «látigo» o «fusta». Ya en la Antigüedad esta palabra homérica fue objeto de disputa (cf. Eustacio, 629 51). En la traducción emplearemos ambas acepciones alternativamente.

[64] Todos los enemigos de Dioniso se burlan de él en estos términos, poniendo en duda su divinidad, llamándole afeminado etc. (cf. Penteo en Eurípides, *Bacantes* 353 y también en Nono, XLIV 134).

como mensajera a Dioniso, esta vez disfrazada de Hermes, heraldo de Zeus. De este modo le convence de que Licurgo es amistoso y que debe ir desarmado a su encuentro. Con ello, la treta de la diosa está servida. Ésta es la última epifanía divina en el canto XX (vv. 261-303).

Este tema del engaño de Hera es la principal diferencia con la narración homérica, ya que en las *Dionisíacas* media la insidia en la derrota de Dioniso, que va al encuentro de Licurgo desarmado y en plena *orgía* con sus Bacantes y Silenos, mientras que en la *Ilíada*, Dioniso es una divinidad joven que sucumbe ante el «poderoso Licurgo», cuya impiedad resalta más Nono que Homero. El episodio de Licurgo propiamente dicho comienza en el verso 325, con una paráfrasis casi textual de Homero (*Il.* VI 130), cuando Licurgo pone en fuga a Dioniso y ataca a sus mujeres con furia. El dios escapa y se oculta en el mar, acogido por Nereo (vv. 352-369). Licurgo se enfurece y su soberbia, su *hýbris,* se compara con la de un personaje histórico, Jerjes. Como el persa, Licurgo azota el mar en su cólera[65] (v. 395), lo que provoca la advertencia de Zeus (vv. 397-404).

Canto XXI

El canto vigésimo primero marca la transición, algo abrupta, entre la historia de Licurgo y la continuación de la campaña contra los indios. La gran innovación de Nono respecto de la historia homérica de Licurgo es, sin duda, su final. El episodio de la lucha de Licurgo con Ambrosía y las Híades no tiene sino precedentes fragmentarios en la litera-

[65] Como narra HERÓDOTO en VII 55.

tura griega[66]. Se trata, una vez más, de la arquetípica batalla del malvado teómaco contra el poder dionisíaco que Nono recoge tan a menudo.

Usando sus extrañas armas[67], las mujeres dionisíacas logran las más increíbles victorias. La lucha de Licurgo con Ambrosía no se interrumpe al transformarse ésta y sus compañeras en viñas: Rea le dota de voz para que pueda seguir desafiando al malvado. Así se produce una lucha de todas estas mujeres-vid contra Licurgo, en paralelo con la escena del despedazamiento ritual de Penteo a manos de las Bacantes[68]. Con sus hojas, estas guerreras vegetales, que pueden hablar merced a una gracia de Rea, atrapan a Licurgo y, paradójicamente, le privan de la voz (v. 60). El texto a partir de estos versos está bastante corrupto, por lo que la conclusión del mito parece ligeramente confusa. Por la maldad de su rey Licurgo, los árabes se ven castigados por los dioses, que provocan una serie de desastres en Arabia. Así, Poseidón hace temblar la tierra y la locura se apodera de las mujeres y los pastores de Nisa, que despedazan a sus propios hijos (vv. 90-123). Al parecer, el final de la historia trata de combinar, una vez más, la tradición homérica (según la cual Zeus castigaba a Licurgo con la ceguera[69]), con otras versiones del mito desconocidas[70]. Licurgo será liberado al fin

---

[66] Las Híades son divinidades acuáticas. Son siete, Ambrosía, Eudora, Pedile, Coronis, Polixo, Pito, Tíone. Según Ferécides, fueron combatidas por Licurgo (en Higinio, *Fab.* II 21, 1).

[67] Se habla de «armas paradójicas» para designar todas estas armas inusuales que vencen al acero mediante el poder del dios (D. Gigli, *o.c.*, págs. 135 ss.).

[68] Cf. XLVI 210 ss. y Euríp., *Bac.* 1122-1139.

[69] Cf. Hom., *Il.* VI 139.

[70] La historia de Licurgo ha tenido todo tipo de interpretaciones en la literatura griega. Como curiosidad, Diodoro Sículo (III 64, 4 ss.) recoge

del mortal abrazo de las Híades por Hera, que le convertirá en dios. Pero al mismo tiempo, para concluir el mito, Zeus le cegará y le enviará al exilio, con lo que se mezclan dos tradiciones míticas, una conocida, y otra desconocida para nosotros (vv. 124-169). El final de la historia es, pues, confuso e incoherente, pero Nono se refiere a la divinización de Licurgo como un hecho futuro («el tiempo tardará en cumplirla aún mucho» v. 162).

La segunda parte del canto, a partir del verso 170, se dedica a los preliminares de la campaña contra los indios. Tras narrar la acogida de Dioniso en el palacio submarino de Tetis y Nereo (vv. 170-184), se describe con maestría el paso del abatimiento de los seguidores de Dioniso por su ausencia (vv. 184-199), al júbilo cuando el dios regresa a la superficie (vv. 279-286). Entre medias, se introduce como transición el episodio la embajada a los indios (vv. 200-278), de reminiscencias homéricas[71]. El heraldo Ferespondo («portador de tregua»), embajador de Dioniso, es un Sátiro de peculiar aspecto que ya partió en embajada en XVIII 313. Deríades, rey de los indios, ríe ante el mensaje y se burla del mensajero, preludiando la guerra al golpear la espada contra el escudo. Ante el fracaso de la embajada, ambos ejércitos se preparan para la guerra. Dioniso ordena a los radamanes construir una flota para un eventual combate en el agua (vv. 306-309), y los indios preparan una emboscada en la orilla occidental del Hidaspes, comandados por el caudillo Tureo, mientras que el rey Deríades se queda en la orilla oriental con la otra parte del ejército (vv. 320-325). Parece que Nono tiene en cuenta para la narración de esta

una tradición evemerista según la cual Licurgo sería un personaje real que vivió en Tracia y se enfrentó a un rey griego de nombre Dioniso.

[71] Cf. Hom., *Il.* IX, embajada a Aquiles.

estrategia india los hechos históricos de las campañas de Alejandro contra Darío que cuenta Arriano, concretamente el paso del río Pínaro[72]. De tal manera, el canto finaliza con la preparación de esta emboscada de ecos históricos y legendarios a la par.

Canto XXII

En este canto comienza la batalla propiamente dicha, una vez han sido dispuestos ambos ejércitos. De esta manera, los cantos XXII y XXIII, y también la primera mitad del XIV, van a narrar la gran batalla final de este primer ciclo de las *Dionisíacas,* que tiene lugar en el río Hidaspes. Como se trata de un canto puramente bélico, Nono recurre de nuevo a Homero para competir con su *Ilíada,* más concretamente con el episodio de la batalla del río Escamandro, en el canto XXI. También pueden hallarse nuevas reminiscencias de las campañas de Alejandro Magno en la India, como veremos[73].

La imitación de Homero se confirma desde el primer verso del canto, que es el mismo con el que comienza el canto XXI de la *Ilíada.* Seguidamente los ejércitos dionisíacos preparan su mejor arma y protección, la música ritual, desatando las fuerzas de la naturaleza: los animales entran en éxtasis báquico, fuentes de vino y leche brotan espontáneamente del suelo o de las rocas, etc. (vv. 1-54). En fin, típicos prodigios dionisíacos que Nono toma de Eurípides[74], en un fragmento también parafrasea en XLV 306 ss. De es-

[72] Véase Arriano, *Anáb.* II 8 5 y nota *ad loc.* Darío divide su ejército en dos destacamentos, como hace Deríades en este episodio.

[73] En el episodio de Zeus tronante, cf. la lluvia que ayudó a los griegos en Arriano, *Anáb.* V 12 3.

[74] Euríp., *Bac.* 706-710.

tos ritos y milagros dionisíacos es mudo testigo un espía indio, que los contempla tras unos arbustos, como un actor trágico tras su máscara (vv. 55-65), o como Penteo en el Citerón[75]. Al contárselo a los demás, el ejército indio vacila, pero Hera les anima haciéndoles creer que Dioniso no es más que un hechicero que ha envenenado las aguas del río (vv. 55-81).

Antes del primer enfrentamiento, una ninfa de los árboles se aparece a Dioniso para advertirle de la emboscada que Tureo y sus soldados han preparado contra él (vv. 83-113), y a continuación desaparece volando, como presagio de la victoria de Dioniso (vv. 114-117). Zeus confirma esta profecía tronando en los cielos, y trastocando los planes del ejército indio con su lluvia, una probable alusión a las campañas de Alejandro[76]. De este modo, y mediante una estratagema de Dioniso, se evita la emboscada de los indios, y se les lleva a luchar en campo abierto (vv. 118-135). A continuación la acción se centra sucesivamente en tres caudillos del ejército de Dioniso y sus hazañas o «principalías», a la manera homérica, intercalando una sangrienta escena de batalla general. Así como Homero narra la *aristía* de sus héroes empezando por Diomedes[77], Nono narra en primer lugar las gestas del tracio Eagro, padre de Orfeo, en dos partes. En los versos 187-217, aparece Eagro en la lucha cuerpo a cuerpo, un enorme guerrero parecido al Ayante homérico (vv. 187 ss.). Por otra parte, en la segunda principalía de Eagro (vv. 320-353), se narran sus hazañas en la lucha con arco. Sucesivamente, el poeta lo compara en su implacable

---

[75] Cf. XLVI 152 y Eurípides, *Bac.* 1064 y ss.

[76] Esto parece otra reminiscencia de las campañas de Alejandro, pues según cuenta Arriano en *Anab.* V 12 3 Zeus ayudó con su lluvia al ejército de Alejandro Magno.

[77] Cf. el canto V de la *Ilíada*.

ímpetu cuerpo a cuerpo, con la crecida de un río (en la primera principalía, vv. 171-177) y también parangona sus flechas, en la segunda principalía, con las chispas de fuego que salen sin cesar de la forja de un herrero (vv. 337-343).

Las gestas del rey de los mirmidones, Éaco, hijo de Zeus y Egina y abuelo de Aquiles, se cuentan también en dos partes. Por un lado, en los versos 253-292, el guerrero llena de cadáveres las aguas del río Hidaspes. Preso de un ardiente furor guerrero, Éaco continúa su combate cuerpo a cuerpo en un segundo fragmento (vv. 354-401) de inspiración homérica[78]. Éaco es famoso por su especial relación con la divinidad[79], y, al ser padre de Peleo, aparece también como un adivino, profetizando el combate de su nieto Aquiles en las aguas del Escamandro. Por último, en vez de introducir dos símiles en cada principalía, como veíamos en el caso de Eagro, el poeta culmina cada hazaña de Éaco con los reproches y súplicas de Gea (vv. 276-283) y de una ninfa de las aguas (vv. 392-401), que cierra el canto. Además, culminando la elaborada estructura formal del canto, entre medias de las dos principalías de Éaco, se desarrolla el combate hípico del ateniense Erecteo (vv. 293-319).

Canto XXIII

En este canto, las variaciones en la narración bélica, que se centra en la lucha del río Hidaspes contra Dioniso, imprimen al estilo poético un dinamismo muy efectivo a través de pequeñas digresiones y monólogos. La referencia a Homero es, de nuevo, ineludible. Nono imita la lucha del río

[78] Inspirada en la lucha de Aquiles contra Licaón y Asteropeo. Aquiles da muerte al troyano Licaón en *Il.* XXI 64-135 y a Asteropeo en *Il.* XXI 139 ss., tras su combate en el río Escamandro.

[79] Cf. Apolod., *Bibl.* III 12, 6. Véase nota a XXII 253.

Escamandro contra Aquiles, y del mismo modo, el Hidaspes vuelve sus aguas contra Dioniso, cuyo ejército intenta vadearlo con insólitas embarcaciones. Para dar sensación de continuidad, el canto comienza con Éaco y Dioniso entre las aguas, aniquilando uno tras otro a los guerreros indios, que se revuelcan entre el lodo y las aguas del río en las más variadas posiciones. De esta gran mortandad solamente se salva Tureo, un arquetipo del «único superviviente», que habrá de anunciar en el canto siguiente el desastre al rey Deríades (vv. 1-116) Una de las mencionadas digresiones es el suicidio de un guerrero indio (vv. 59-75), un gesto bárbaro, en paralelo al suicidio de Orontes en XVII 269 ss. No obstante, Nono compara estas muertes con suicidios famosos en la literatura griega, como son el de Ayante y Meneceo[80]. Otra de aquellas es el reproche de un indio a su río, el Hidaspes, que sirve de fosa común para sus propios soldados (vv. 88-194). Nono aprovecha esta segunda digresión para hablar de otros ríos del mundo antiguo, desde el lejano Occidente ibérico, hasta el Oriente persa y meda, incluyendo interesantes curiosidades y datos geográficos y etnográficos.

Seguidamente tiene lugar el episodio central del canto XXIII, el paso del río Hidaspes. El Hidaspes, ultrajado por los cadáveres que le cubren y las embarcaciones que intentan vadearlo, ataca con sus olas al ejército de Dioniso, incitado por Hera (vv. 117-121) mientras las tropas tratan de cruzar el río de diversas formas (vv. 122-224). Los ejércitos de Dioniso utilizan los más diversos medios, desde una canoa india, hasta un escudo de piel de buey, o unos odres inflados (vv. 122-150). Incluso se remeda el milagro cristiano de caminar sobre las aguas (vv. 151-152, véase nota *ad loc.)* cuando Pan cruza andando las aguas del río. Para esta esce-

---

[80] Véase nota a XXIII 72 y 75.

na en particular, parece que Nono tuvo en cuenta, una vez más, las crónicas sobre la campaña de Alejandro en la India[81].

Ante el ataque del río Hidaspes, que se enfrenta a Dioniso, como el Escamandro a Aquiles en el canto XXI de la *Ilíada,* el dios intenta en vano apaciguarle, y al punto contraataca con el fuego divino, a fin de consumir las aguas del Hidaspes (así como Hefesto había incendiado el Escamandro en auxilio de Aquiles)[82]. Sin embargo, Océano, padre de todos los ríos, sale en su defensa y amenaza con inundar la tierra y el cielo (vv. 225-320), lo que supondría un cataclismo universal. Nono aprovecha las palabras de Océano para enumerar diversas constelaciones y estrellas que se ven amenazadas por la divinidad, y con ello cierra el canto XXIII.

Canto XXIV

Éste es el último canto del primer ciclo de las *Dionisíacas,* al término del cual se detiene la guerra contra los indios durante seis años, siguiendo el modelo homérico. De nuevo tenemos un episodio de transición que Nono resuelve mediante el procedimiento de las digresiones poéticas, habituales en su obra. En esta ocasión, una vez concluida la batalla en la primera parte del canto, los ejércitos de Dioniso descansan escuchando la declamación de Leuco el poeta, que narra una hermosa historia sobre Afrodita.

---

[81] Concretamente, el paso del río Hidaspes lo refiere ARRIANO en *Anáb.* V 8, 4 ss., en el que se usaron odres y tiendas de campaña (cf. *ibid.* V 9, 3), escudos *(ibid.* I 19, 4), barcas (cf. PLUTARCO, *Alejandro* 602), etc. Véanse las notas a estos versos.

[82] Cf. HOM., *Il.* XXI 331-360.

De esta manera, la primera mitad del canto (vv. 1-122) se dedica a la conclusión de la batalla, y sus consecuencias. Zeus y Hera calman la furia de Océano, que amenazaba con destruir el universo (vv. 1-6) y, por fin, el río Hidaspes se somete al misericordioso Dioniso (vv. 10-67), pidiendo perdón por su orgullo para congraciarse con él. Al punto, los dioses acuden en auxilio del ejército de Dioniso, para ayudarle en el paso del río en una escena que evoca el *deus ex machina* de la tragedia, en una espectacular intervención (vv. 73-108) Esta es la excusa de Nono para recordar una vez más la genealogía de los héroes que acompañan a Dioniso. Cada dios ayuda a su patrocinado, Zeus lleva en volandas a Éaco, Apolo socorre a Aristeo, Hermes a Pan, Hefesto a los cabiros, y así *ad libitum*. Mientras tanto el único superviviente de la masacre del río, Tureo, a quien Dioniso dejó con vida a propósito en el canto XXIII, le cuenta a su rey Deríades lo sucedido en un emotivo discurso (vv. 143-178). De esta forma, le persuade para que acuartele sus huestes y no ataque inmediatamente, debido a las grandes bajas sufridas. El regreso del ejército indio a su ciudad es excusa perfecta para otra digresión, una impresionante escena de duelo por la muerte de los guerreros indios (vv. 180-218). Esto permite a Nono introducir de nuevo pequeñas escenas individuales que enriquecen el retablo general del luto de los indios. Así, se retrata a mujeres llorando por sus difuntos (vv. 181-186), a un anciano que lamenta la muerte de sus tres hijos (vv. 186-190), etc. La esposa encinta de un indio muerto en combate, en el paroxismo de su dolor, reprocha al río que le sepulta que su hijo póstumo nunca podrá ver a su padre (vv. 196-218). En cierto modo, esta escena retoma el duelo por la muerte de Estáfilo en el canto XVII, pero con el gusto por la descripción detallista que caracteriza al poeta.

La segunda parte de este canto XXIV (vv. 179-348) está dedicada al canto del aedo Leuco, para lo cual Nono se inspira de nuevo en Homero, concretamente en el famoso canto de Demódoco, que celebra los amores adúlteros de Ares y Afrodita[83]. El ejército de Dioniso se recrea en un banquete amenizado por la música del poeta Leuco, un lesbio por otra parte desconocido, que comienza cantando brevemente la guerra contra los Titanes (vv. 230-236). Pero Lápeto, un caudillo chipriota, le pide una canción que honre a Afrodita, que es patrona a la vez de Lesbos y Chipre (vv. 237-241) Así, Nono introduce una curiosa historia sobre Afrodita, probablemente de su invención, demostrando una vez más su valía como poeta. El mito narra la decisión de Afrodita de abandonar las artes del amor, y dedicarse a las labores del telar, que son atribución de Palas Atenea. Se trata de un canto entre encomiástico y humorístico de la diosa Afrodita y del Amor. Por un lado, la historia cuenta en tono burlón los desastrosos tejidos de la diosa inexperta en el telar, pero también se refiere al caos que provoca en el cosmos la falta de amor (v. 320), elemento fundacional del universo. Al fin, Hermes convence a Afrodita para que vuelva a encargarse de las labores que le son propias y que resultan fundamentales para la armonía del universo, siendo el amor una fuerza primigenia y cosmogónica.

Tras el banquete los ejércitos de Dioniso duermen (vv. 330-348), vigilados por los perros y por la luz de las antorchas iniciáticas, cuyo resplandor místico llega hasta el Olimpo de los dioses. Con esta escena final, concluye el canto XXIV y la primera mitad de las Dionisíacas. Se prepara el camino para el segundo ciclo que, a imitación de Homero, comenzará en el canto vigésimo quinto con un nuevo proemio y una invocación del poeta a las musas.

---

[83] Hom., *Od.* VIII 266-366.

SOBRE LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Para la presente traducción de Nono, inédita en lengua castellana, se ha elegido una versión en prosa, frente a algunas de las traducciones precedentes (por ejemplo la alemana[84]), por entender que debe primar la exactitud en el estudio de este poeta de complicado estilo literario. En particular, la abundancia de neologismos nonianos y de palabras compuestas, crea gran dificultad para una versión castellana en verso. En alemán, lengua más dúctil en la composición nominal, no ocurre lo mismo, a nuestro juicio. El estilo de la épica noniana, lleno de epítetos altisonantes y repetidos en multitud de ocasiones, desaconseja, a nuestro parecer, una versificación que aspire a mantener mínimamente la fidelidad deseada.

Con respecto al texto griego, se ha seguido la lectura establecida por Rudolf Keydell (Berlín 1959)[85] publicada en dos volúmenes, que ha fijado el texto comúnmente más aceptado. La tradición manuscrita de Nono se compone de dos familias, la *adespota,* que no conserva el nombre del autor, y la que nos transmite la autoría de los cuarenta y ocho cantos, como se veía en la introducción general al primer volumen. La *Editio princeps* de las Dionisíacas es de Falkenburg *(Nonni Panopolitae Dionysiaca,* Amberes, 1569) tuvo en cuenta las familias de manuscritos mencionadas. Además, son dignas de mención las ediciones posteriores

---

[84] T. VON SCHEFFER, *Die Dionysiaka des Nonnos,* 2 vols., Múnich 1929-1933.

[85] R. KEYDELL, *Nonni Panopolitani Dionysiaca,* Weidmann, Berlín, 1959.

del texto de E. Lubinus (1605), con traducción latina, Cunaeus y Heinsius (1610), G. H. Moser (1809), que edita los cantos VIII-XIII, F. Graefe (Leipzig, 1819-26), Comte de Marcellus (París, 1856), A. Koechly (Leipzig, 1857-8), A. Ludwich (Leipzig, 1909-11).

Se ha consultado además, para la traducción de estos cantos, la versión de las *Dionisíacas* que figura en el *Thesaurus Linguae Graecae,* en formato de CD-ROM, editado por la Universidad de California en 1993. Se ha tenido también en cuenta la edición con notas críticas de L. R. Lind, que aparece en la traducción al inglés de W. H. D. Rouse en tres tomos de la *Loeb Classical Library* (Londres, 1940)[86], que enmienda en ocasiones el texto de Keydell, pese a no tener propiamente aparato crítico. Destacan, ante todo, en esta edición y traducción, las interesantes notas mitológicas. Y asimismo se ha utilizado para estos cantos la edición más reciente de *Les Belles Letres* (París, 1976-1999) que ha venido publicándose bajo la dirección de F. Vian, con traducción al francés y un excelente estudio crítico. En particular, nos remitimos a los tres volúmenes de la *Collection des universités de France* en los que Vian y su equipo editan, traducen y comentan los cantos XIII-XXIV, que se tratan en el presente volumen[87].

Esta traducción pretende tener presentes todas las más recientes aportaciones al estudio de este autor minoritario.

---

86 W. H. D. Rouse, *Nonnos' Dionysiaca,* I-III, Londres, 1940.

87 F. Vian, Nonnos de Panopolis, *Les Dionysiaques,* tomo V: XI-XIII, París, Belles lettres, 1995. B. Gerlaud, Nonnos de Panopolis, *Les Dionysiaques* VI: XIV-XVII, París, Belles lettres, 1994, J. Gerbeau y F. Vian, Nonnos de Panopolis, *Les Dionysiaques* VII: XVIII-XIX, París, Belles lettres, 1992. N. Hopkinson, y F. Vian, Nonnos de Panopolis, *Les Dionysiaques* VIII: XX-XXIV, París, Belles Lettres, 1994.

Destaca, por último, la reciente traducción de M. Maletta[88], con notas de F. Tissoni, que se ocupa precisamente de los cantos XIII-XXIV, y que ha arrojado bastante luz sobre ellos.

---

[88] M. MALETTA, *Le Dionisiache- 2: Canti 13-24.* Nonno di Panopoli; edición de DARIO DEL CORNO; traducción de MARIA MALETTA; notas de FRANCESCO TISSONI, Milán, 1999.

NOTA TEXTUAL

Los pasajes en los que hemos decidido apartarnos de la edición de Keydell, base de la de *Belles Lettres,* vienen enumerados a continuación, con la lectura adoptada y preferida a la derecha, junto con su procedencia. A la izquierda figuran las que se han desechado:

	Texto de keydell	*Texto adoptado*
Canto XIII:		
183	γείτονας L	γείτονος Graefe
232	Νωδαίοιο L	Μωδαίοιο Faure
249	λαοῖς Keydell κόλχων L	κόλχοις Graefe
432	Λίτρος L	Λῆδρος Masson
451	πάτρην Keydell	πέτρην L
Canto XIV:		
25	Ρείη P Keydell	Ρείῃ L
138	ἐπ᾽ ἀνδράσιν Keydell	ἐπ᾽ ὄμμασιν Ludwich
145	ἀλλοφυη L / ἀλλοφυές Graefe / δισσοφυές Koechly	ἀνδροφυές Rouse-Lind
200	ἐρώτων L	ἀρότρων L *alt. manu*
237	ἐνεθήκατο Castiglioni-Keydell	ἐπεθήκατο L
390	ταρσῷ Mss.	παλμῷ Graefe

Texto de keydell		Texto adoptado
CANTO XV:		
3	ἀγχιβαθὴς GRAEFE ἀγχιβαφὴς L	ἀγχιβατὴς ROUSE-LIND
10	ἀνήφυσεν TIEDKE	ἀνειρυσεν KOECHLY
241	Ἠώς KEYDELL	Ἥρη L
245	νόσφι μένων KEYDELL	νόσφιν ἐῶν L
CANTO XVI:		
65	ποθεω L KEYDELL	ποθεων FALKENBURG
91	ὕλαι L KEYDELL	ὕλη ROUSE-LIND
116	χαριέντας KEYDELL	μυρόεντας ROUSE-LIND
125	αὐτὰς KEYDELL	αὐτὸς MSS. ROUSE-LIND
285	πολλὴ KEYDELL	πνοιὴ GRAEFE
290	ὑμηνυμέναια KEYDELL	Ὑμὴν Ὑμέναιε L
CANTO XVII:		
115	ἄφρονα MARCELLUS-KEYDELL	ἔμφρονα L
312	τύμβου GRAEFE-KEYDELL	δένδρου LUDWICH
335	αἰδοκόμοι ὁ ἀνδοκόμοι L / αἰνόμοροι KEYDELL	ἁβροκόμοι LUDWICH
CANTO XVIII:		
19	δῶμα CUNAEUS-KEYDELL	παῖδα L
280	μηροῦ L KEYDELL	μαζοῦ ROSE
288	ὅσον αὀρὶ KEYDELL	ὅσσον δορὶ L
321	ἤνυε L KEYDELL	ἤνυσε LUDWICH
CANTO XIX:		
15	ἐμῇ KEYDELL	ἐμοί L
149	τηλεπόρου KEYDELL	τηλεφόρου L
226	φωνήεντα KEYDELL	τεχνήεντα L
295	οἰνοπότῃσιν L KEYDELL ὀπώρης KEYDELL	οἰνοδοτησιν KOECHLY ὀπώπαις L
324	ὁμοίιον L KEYDELL	ὁμώνυμον MARCELLUS

Texto de keydell		*Texto adoptado*
CANTO XX:		
93	οὐ ψαύουσιν L	οὐ λήχουσιν HOPKINSON
164	ῥυμὸς L	τύπος KOECHLY
234	εὔια L	ἐπάξια HOPKINSON
CANTO XXI:		
30	Λυκούργῳ KEYDELL	Λυκούργου L
54	Λυαίου L	Λυκούργου GRAEFE
182	μητροκασιγνήτην...μητέρας L	αὐτοκασιγνήτην ... μητέρας HERMANN
256	ὄγμον KOECHLY	ἑσμὸν L
CANTO XXII:		
25	ἔγχοον KOECHLY	ἄγχοον L
103	τέον KEYDELL	μέγας L
116	φυλλάδος LOBECK	φωλάδος L
CANTO XXIII:		
5	φόβῳ L KEYDELL	φόβνῳ GRAEFE
	στείνοτες KEYDELL	στίζοντες L
26	κυμαίνοντι L KEYDELL	κυματόεντι HOPKINSON
57	φλογερῷ GRAEFE-KEYDELL	φθονεωῷ L
131	ἐνδάπιον KOECHLY-KEYDELL	ἐνδάπιων L
CANTO XXIV:		
2	ἀράσσων KEYDELL	ἱμάσσων L
43	ἀρτιφυῆ KEYDELL	ἀλλοφυῆ L
334	ἐπεστρέψαντο KEYDELL	ἐπεστορέσαντο F^2

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones y traducciones

G. Falkenburg, *Nonni Panopolitae Dionysiaca,* Amberes, 1569.

E. Lubinus, *Nonni Panopolitae Dionysiaca,* Hanau, 1605.

P. Cunaeus & D. Heinsius, *Nonni Panopolitae Animadversionum liber / Dissertatio de Nonni Dionysiacis et eiusdem Paraphrasi,* Hanau, 1610.

G. H. Moser, *Nonni Dionysiacorum libri sex, ab octavo ad decimum tertium,* Heilderberg, 1809.

F. Graefe, *Nonni Panopolitae Dionysiacorum libri XLVIII,* Leipzig, 1819-1826.

Comte de Marcellus, *Les Dionysiaques ou Bacchus,* París, 1856.

A. Koechly, *Nonni Panopolitani Dionysiacorum libri XLVIII,* Leipzig, 1857-1858.

A. Ludwich, *Nonni Panopolitani Dionysiaca,* I-II, Leipzig, 1909-11.

T. von Scheffer, *Die Dionysiaka des Nonnos,* 2 vols., Múnich, 1929-1933.

W. H. D. Rouse, *Nonnos' Dionysiaca,* I-III, Londres, Loeb Classical Library, Harvard-Heinemann, 1940.

R. Keydell, *Nonni Panopolitani Dionysiaca,* Berlín, Weidmann, 1959.

F. Vian, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* I: I-II, París, Belles Lettres, 1976.

P. Chuvin, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* II: III-V, París, Belles Lettres, 1976.

G. Chrétien, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* IV: IX-X, París, Belles Lettres, 1985.

D. Ebener, *Nonnos, Werke* (vols. I y II), Berlín, 1985.

F. Vian, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* IX: XXV-XXIX, París, Belles Lettres, 1990.

J. Gerbeau y F. Vian, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* VII: XVIII-XIX, París, Belles Lettres, 1992.

P. Chuvin, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* III: VI-VIII, París, Belles Lettres, 1992.

B. Gerlaud, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* VI: XIV-XVII. París. Belles Lettres, 1994.

N. Hopkinson y F. Vian, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* VIII: XX-XXIV, París, Belles Lettres, 1994.

S. D. Manterola y L. M. Pinkler, *Nono de Panópolis. Dionisíacas* (vol. I), Madrid, Gredos, 1995.

F. Vian, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* tomo V: XI-XIII, París, Belles Lettres, 1995.

M. Maletta, *Le Dionisiache - 1: Canti 1-12. Nonno di Panopoli,* Milán, 1997.

F. Vian, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* X: XXX-XXXII, París, Belles Lettres, 1997.

H. Frangoulis, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* tomo XIII: Chant XXXVII, París, Belles Lettres, 1999.

M. Maletta, *Le Dionisiache- 2: Canti 13-24, Nonno di Panopoli,* Milán, 1999.

B. Simon, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques* XIV: XXXVIII-XL, París, Belles Lettres, 1999.

Léxicos

F. A. Rigler, *Lexicon Nonnianum,* Berlín, 1850-62. Staastbibliothek. Manuscrito inédito.

W. PEEK, *Lexicon zu den Dionysiaka des Nonnos,* Hildesheim, 1968-1975.

Monografías

B. ABEL-WILMANNS, *Der Erzählaufbau der 'Dionysiaka' des Nonnos von Panopolis,* Francfort, 1977.

V. BULLA, *Le Dionisiache e l'ermetismo,* Catania, 1964.

P. CHUVIN, *Mythologie et géographie dionysiaque. Recherches sur l'oeuvre de Nonnos de Panopolis,* Clermont-Ferrand, Adosa, 1991.

P. COLLART, *Nonnos de Panopolis: Études sur la composition et le texte des Dionysiaques,* El Cairo, Publications de l'Institut français d'Archéologie orientale, 1930.

G. F. DAMIANI, *L'ultimo poeta pagano,* Turín, 1902.

G. D'IPPOLITO, *Studi Nonniani. L'epillio nelle «Dionisiache»,* Palermo, 1964.

W. FAUTH, *EIDOS POIKILON. Zur Thematik der Metamorphose und zum Prinzip der Wandlung aus dem Gegensatz in den 'Dionysiaka' des Nonnos von Panopolis,* Gotinga, 1981.

D. GIGLI PICCARDI, *Metafora e poetica in Nonno di Panopoli,* Florencia, Università degli Studi di Firenze, Dipartimento di Scienze dell'Antichità «Giorgio Pasquali», 1985.

A. GONZÁLEZ SENMARTÍ, *La poesía de Nono de Panópolis,* Tesis, Universidad de Barcelona, 1977.

H. HAIDACHER, *Quellen und Vorbilder der 'Dionysiaka' des Nonnos von Panopolis,* Graz, 1949.

R. KOELHER, *Über die 'Dionysiaka' des Nonnus von Panopolis,* Halle, C.E.M. Pfeffer, 1853.

E. LIVREA, *Da Callimaco a Nonno: Dieci studi di poesia ellenistica,* Messina-Florencia, 1995.

I. MARONI, *Temi vegetali e relativi miti nelle 'Dionisiache' di Nonno di Panopoli,* Milán, 1993.

A. F. NAEKE, *De Nonno imitatore Homeri et Callimachi,* Bonn, 1835.

W. PEEK, *Kritische und erklärende Beitrage zu den 'Dionysiaka' des Nonnos,* Berlín, 1969.

F. A. RIGLER, *De Beroe Nonnica,* Potsdam, 1860.

—, *Melemata nonniana,* Potsdam, 1862.

H. J. Rose, *Mithra-Phaéton chez Nonnos,* París, Leroux, 1932.

V. Stegemann, *Astrologie und Universalgeschichte: Studien und Interpretationen zu den 'Dionysiaka' des Nonnos von Panopolis,* Leipzig, Teubner, 1930.

—, *Weltbild und Himmel in den 'Dionysiaka' des Nonnos von Panopolis,* Heidelberg, Diss. Phil., 1930.

M. String, *Untersuchungen zum Stil der 'Dionysiaka' des Nonnos von Panopolis,* Hamburgo, Diss. Phil., 1966.

F. Tissoni, *Nonno di Panopoli. I Canti di Penteo ('Dionisiache' 44-46). Commento,* Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1998.

S. Uwarow, *Nonnos von Panopolis, der Dichter. Ein Beytrag zur Geschichte der griechischen Poesie,* San Petersburgo, 1817.

H. White, *Studies in Late Greek Epic Poetry,* Amsterdam, 1987.

A. Wifstrand, *Von Kallimachos zu Nonnos: metrisch-stilistische Untersuchungen zur späteren griechischen Epik und zur verwandten Gedichtgattungen,* Lund, C.W.K. Gleerup, 1933.

J. Winkler, *In Pursuit of the Nymphs: Comedy and Sex in Nonnos' Tales of Dionysos,* Texas, diss. Univ. of Texas, 1974.

K. H. Wójtowicz, *Studia nad Nonnosem,* Lublina, 1980.

Artículos mas recientes

D. Accorinti, «'Ιππότης ῞Ωρη», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 91 (1992), 52.

—, «L'etimologia di Bêrutos: Nonn. *Dion.* 41.364-7», *Glotta* 73 (1995-96 [1997]), 127-133.

—, «Ancora su Nonno e la crocifissione», *Studi Ital. di Filol. Class.* 89 (1996), 249-251.

G. Agosti, «Ancora su Proteo in Nonno, *Dion.* 1.13 ss.», *Prometheus* 22 (1996), 169-172.

J. Arce, «El mosaico cosmológico de Augusta Emérita y las *Dionysiaca* de Nonno de Panópolis», en J. M.ª Álvarez Martínez (ed.), *Eugenio Sandoval in Memorian,* Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, 1996, pág. 201.

F. BORNMANN, «Sulla spedizione di Dionisio in India», *Studi Ital. di Filol. Class.* 47 (1975), 52-67

M. BRIOSO SÁNCHEZ, «De la épica como crónica a la épica subjetiva: Nono de Panópolis», *Exc. Philol.* 4-5 (1994-95), 9-30.

G. D'IPPOLITO, «Nonno e Virgilio», en *Studi di filologia classica in onore di Giusto Monaco*. Università di Palermo, 1991, págs. 527-532.

—, «Nonno e Gregorio di Nazianzo», en F. DEL FRANCO (ed.), *Storia, poesia e pensiero nel mondo antico. Studi in onore di Marcello Gigante,* Nápoles, Bibliopolis (Saggi Bibliopolis, 46), 1994, págs. 197-208.

M. DI QUOSA, «Note critiche ed esegetiche al canto 41 delle *Dionisiache* di Nonno di Panopoli», *Byzantinische Zeitschrift* 90 (1997), 349-366.

T. DUC, «La question de la cohérence dans *Les Dionysiaques* de Nonnos de Panopolis», *Revue de Philologie, d'Histoire et de Littérature Anciennes* 64 (1990), 181-91.

K. H. ELLER, «Die Metamorphose bei Ovid und Nonnos», *Der altsprachliche Unterricht. Arbeitshefte zu seiner wissenschaftlichen Begründung und praktischen Gestalt* 25 (1982), 6, 88-98.

M. C. FAYANT, «Hermès dans les *Dionysiaques* de Nonnos de Panopolis», *Revue des Études Grecques* 111 (1998), 145-59.

H. FRANGOULIS, «Nonnos transposant Homère: étude du chant 37 des *Dionysiaques* de Nonnos de Panopolis», *Revue de Philologie, d'Histoire et de Littérature Anciennes* 69 (1995), 145-68.

D. GIGLI, «Alcune nuove concordanze tra Nonno e Achille Tazio», en *Studi in onore di Anthos Ardizzoni*. Filologia e Critica. Roma, 1978.

—, «Tradizione e novità in una ricorrente espressione nonniana», *Giornale Italiano di Filologia* 32 (1980), 107-117.

—, «Il Perseo nonniano. Osservazioni su uno studio sull'ironia nelle *Dionisiache», Prometheus* 7 (1981), 177-188.

—, «Dioniso e Gesù Cristo in Nonno *Dionys.* 45, 228-39», *Sileno,* 1984, Studi in onore de A. Barigazzi.

—, «Nonno, Proteo e l'isola di Faro», *Prometheus* 19 (1993), 230-234.

—, «Nonno e l'Egitto», *Prometheus,* año XXIV (1998), fascs. 1 y 2.

A. S. HOLLIS, «Nonnus *Dionisiaca* 47.181: The husband was a goat», *Liverpool Classical Monthly* XVII (1992), 36.

—, «Nonnus and Hellenistic Poetry», en N. HOPKINSON (ed.), *Studies in the 'Dionysiaca' of Nonnus,* PCPhS Suppl. 17, Cambridge, 1994, págs. 43-62.

N. HOPKINSON (ed.) «Studies in the 'Dionysiaca' of Nonnus», Cambridge: Cambridge philological society, 1994. - (The Cambridge Philological Society. Suppl. Vol. 17).

A. W. JAMES, «Night and Day in the Epic Narrative of Nonnus and Others», *Museum Philologicum Londiniense* 4 (1981), 115-142.

P. E. KNOX, «Phaethon in Ovid and Nonnus», *Classical Quarterly* (1988), 38/536 y ss.

E. LIVREA, «Il Poeta ed il Vescovo», *Prometheus* 13 (1987), 97-123.

—, «Un frammento di Dionisio e Nonno», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 106 (1995), 56-60.

—, «Sul Dioniso di Euforione, Nonno e Dionisio», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 108 (1995), 55 ss.

L. LOMIENTO, «Semantica agonistica: kylindein in Pind. *Nem.* 4, v. 40 e Nonn. *Dionys.* 48, vv. 134», *Nikephoros* 3 (1990), 145-155.

E. MAGAÑA ORUÉ, «Una nueva fuente latina de Nono de Panópolis: Nemesiano», *Cuad. Filol. Clás. (L)* 13 (1997), 83-89.

O. MASSON, «The Mention of a Cypriote Hero by Nonnus, *Dion.* 13.432.», *Classical Quarterly* 44 (1994), 1, 286-287.

T. MICHNA, «Arete im mythologischen Epos: eine bedeutungs- und gattungsgeschichtliche Untersuchung von Homer bis Nonnos», Frankfurt/Main u.a. Zugl. Múnich, Univ., Diss. 1993: Lang. 1994 (Europäische Hochschulschriften, 15, 63).

J. G. MONTES CALA, «Un apunte sobre *imitatio cum variatione* noniana», *Exc. Philol.* 4-5 (1994-1995), 63-75.

R. F. NEWBOLD, «Space and Scenery in Quintus of Smyrna, Claudian and Nonnus», *Ramus* 10 (1981), 53-68.

—, «Power Motivation in Sidonius Apollinaris, Eugippius and Nonnus», *Florilegium* 7 (1984), 1-16.

—, «Discipline, Bondage and the Serpent in Nonnus' *Dionysiaca*», *Classical Weekly* 78 (1984), 89-100.

—, «Sensitivity to Shame in Greek and Roman Epic, with particular Reference to Claudian and Nonnus», *Ramus. Critical studies in Greek and Latin Literature* (Clayton, Victoria), 14 (1985), 1, 30-45.

—, «Quintus of Smirna and Nonnus Non-verbal communication», en F. POYATOS (ed.), *Nonverbal expressiveness in late Greek epic,* Amsterdam and Philadelphia Benjamines 1992, págs. 271-283.

—, «Some Problems of Creativity in Nonnus' *Dionysiaca», Classical Antiquity* 12 (1993), 1, 89-110.

—, «Flights of Fancy in Nonnus and J. M. Barrie», en *Electronic Antiquity* 35 (1996), 1-8.

—, «Fear of Sex in Nonnus' *Dionysiaca», Electronic Antiquity* 4.2 (1998), 1-15.

—, «Chaos Theory in Nonnus Dionysiaca», *Scholia* 8 (1999), 37-51.

G. SALANITRO, «Nemesiano e Nonno di Panopoli», *Sileno* 23, 1-2 (1997), 273-274.

R. SCHMIEL, «Nonnus' typhonomachy: an analysis of the structure of *Dionysiaca* II», *Rheinisches Museum* 135 (1992), 369-375.

—, «The story of Aura «(Nonnos, *Dionysiaca* 48.238-978)», *Hermes* 121 (1993), 470-483.

—, «The Style of Nonnus' *Dionysiaca:* the Rape of Europa (1.45-136) and the Battle at the Hydaspes (22.1-24.143)», *Rheinisches Museum* 141 (1998), 393-406.

—, «Repetition in Nonnos' *Dionysiaca», Philologus* 142 (1998), 326-334.

F. VIAN, «Préludes cosmiques dans les *Dionysiaques* de Nonnos de Panopolis», *Prometheus* 19 (1993), 39-52.

—, «Dionysos, 'prôtos heuretês' de la vigne en Asie Mineure (Nonnos, *Dion.* 12.172-397)», *Revue des Études Grecques* 107 (1994), X-XI.

—, «Mârtus chez Nonnos de Panopolis: étude de sémantique et de chronologie», *Revue des Études Grecques* 110 (1997), 143-160.

—, «L'histoire d'Asterios le Crétois: Nonnos tributaire des *Bassariques* de Dyonisios?», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 122 (1998), 71-78.

A. Villarrubia, «Nono de Panópolis y la intervención del aedo Leuco de Lesbos», *Exc. Philol.* 4-5 (1994-1995), 123-125.

—, «Nono de Panópolis y el mito de Acteón», *Habis* 29 (1998), 249-268.

—, «Nono de Panópolis y el magisterio amoroso de Pan», *Habis* 30 (1999), 365-376.

D. Willers, «Dionysos und Christus-ein archäologisches Zeugnis zur «Konfessions-angehörigkeit» des Nonnos», *Museum Helveticum* 49 (1992), 141-151.

C. A. Wilson, «Dionysian ritual objects in Euphorion and Nonnus», en Francis Cairns, Malcolm Heath (eds.), *Roman poetry and prose, Greek rhetoric and poetry.* Leeds, 1993, págs. 213-219.

H. Wójtowic, «Chrystianizacja poematu Dionysiaká Nonnosa z Panopolis», *Rocz. Hum.* 42 (3) (1994), 99-110.

D. Zoroddu, «Un pesce di nome 'echenêis': storia di un prestito eschileo in Nonno di Panopoli e altre esperienze intertestuali», *Discentibus obvius: omaggio degli allievi a D. Magnino,* Como 1997, págs. 127-142.

CANTO XIII

SUMARIO

— Preliminares a la guerra contra los indios, vv. 1-52: Iris anuncia a Dioniso su misión, vv. 1-34. Rea da la señal y convoca a los ejércitos, vv. 35-42. Invocación a las Musas y a Homero para poder enumerar los ejércitos de Dioniso, vv. 43-52.

— Catálogo de los ejércitos griegos de Dioniso, vv. 53-308: Acteón y los beocios, vv. 53-82. Himeneo, y los orcomenenses y focenses, vv. 83-134. Los Coribantes y los eubeos, vv. 135-170. Erecteo y los atenienses, vv. 171-200. Éaco y los eginenses, vv. 201-221. Asterio y los cretenses, vv. 222-252. Aristeo y los arcadios, vv. 253-308.

— Catálogo de los ejércitos extranjeros de Dioniso, vv. 309-568: Acates y Fauno, y los sicilianos, vv. 309-332. Cratégono y los libios, vv. 333-392. Ogiro y Orfeo, y los Samotracios, vv. 393-431. Ledro y Lápeto, y los chipriotas, vv. 432-463. Estabio y Estamno, y los lidios, vv. 464-510. Príaso y los frigios, vv. 511-545. Mileto y los carios, vv. 546-568.

EN EL CANTO DECIMOTERCERO HABLARÉ DE UN EJÉRCITO INNUMERABLE, Y DE LOS BELICOSOS HÉROES QUE SE PREPARAN EN AUXILIO DE DIONISO

Zeus Padre envió en aquel momento a Iris hacia el celestial palacio de Rea para anunciar a Dioniso, que preparaba ya la guerra, que debía expulsar del Asia la estirpe de los soberbios indios, que ignoraban la idea de la justicia [1], empuñando su tirso vengador y trabando batalla naval contra el astado hijo de un río, el rey Deríades [2], pues había de enseñar a todas las razas los sagrados misterios nocturnos y el fruto purpúreo de la vendimia.

Iris, por su parte, impulsándose decidida con un ventoso batir de alas, entró en el resonante establo, en la gruta de los leones, sin dejar oír sus pasos, y un mudo silenció tensó sus labios. Quedóse en pie como una esclava ante la reina de las montañas, haciendo una reverencia. E inclinando la cabeza, besó con labios suplicantes los pies de Rea. Los Coriban-

---

[1] El motivo de la campaña contra los indios es su impiedad. Se les retrata como una raza bárbara, de tez oscura, que no conoce la justicia ni la piedad hacia los dioses, y se les empareja en este sentido con los árabes.

[2] Deríades, rey indio y máximo antagonista de Dioniso, es hijo del río Hidaspes.

tes[3], a una señal de la lúgubre Rea, le sirvieron junto a la crátera de la divina mesa. Y bebiendo admirada un sorbo del vino recién nacido, se complació y se turbó. Entonces, con gesto grave, la divinidad proclamó la voluntad de Zeus al Crónida que estaba allí presente:

«¡Oh valeroso Dioniso! Tu padre te anima a aniquilar la raza de los indios, que no conoce la piedad. Ea, alza el tirso guerrero en tus manos y alcanza el cielo a través de tus hazañas, pues el divino palacio de Zeus no te ha de recibir sin arduas fatigas, ni te abrirán jamas las Horas las puertas del Olimpo si no te has esforzado para el triunfo[4]. Del mismo modo, Hermes llegó con dificultades al cielo, no antes de dar muerte con su bastón a Argos el pastor, cuyos ojos relucían desde los pies hasta su cabellera, y liberar a Ares de sus cadenas[5]. Apolo tuvo que domar a la dragona Delfine[6] y sólo entonces pasó a habitar el Éter. Incluso tu mismo padre Zeus, el príncipe de los bienaventurados, próvido en las alturas, el propio soberano de las estrellas, ascendió a los cielos no sin fatigas, ya que hubo de apresar a aquellos que amenazaban el Olimpo, a los Titanes, y arrojarles al abismo del Tártaro. Y tú, después de Apolo y Hermes, con esfuerzo obtendrás como recompensa a tus fatigas habitar el cielo paterno.»

---

[3] Los Coribantes ocultaron a Zeus recién nacido en Creta, protegiéndole de su padre Crono. Evitaron que éste oyera el llanto de Zeus niño entrechocando sus escudos y produciendo gran estrépito con su baile (Eurípides, *Bacantes* 120-122; Calímaco, *Himno* I 52; Lucrecio, 629-639; etc.). Son parte del ejército de Dioniso (cf. XIV 23-35).

[4] Las Horas guardan las puertas del Olimpo.

[5] Cuenta Homero que Ares fue encadenado y encarcelado en un cofre durante trece meses por los descomunales Oto y Efialtes (*Ilíada* V 385-391). Hermes mató a Argos, su guardián, y le liberó.

[6] Se trata del dragón que mató Apolo en Delfos, allí donde habría de instaurar su oráculo.

Y habiendo hablado así, la diosa regresó al Olimpo. Rea, la madre de todas las cosas, envió inmediatamente un mensajero, a Pírrico[7], el que baila con ruidoso estrépito, para reunir el ejército y anunciar el clamor de la batalla del Dioniso Lieo en armas. Congregando una variopinta armada para Dioniso, Pírrico recorrió todas las regiones del sempiterno mundo. A las naciones y razas de toda Europa y Asia condujo hacia la tierra de los vivaces lidios.

Ea, cantad, oh Musas, aquella heroica tribu de caudillos que se extendía por todo el mundo, los velludos Sátiros, sangre de la estirpe de los Centauros y la antigua falange de los Silenos, con sus hirsutas piernas, y las tropas de Basárides Coribántides. Pues yo no podría cantar a tantas razas ni aunque tuviera diez lenguas o diez bocas que derramaran una voz de torrente broncíneo[8], todos cuantos Baco el lancero pudo reunir. Sin embargo, en alabanza de tales adalides llamaré a Homero como ayuda, ese gran puerto de bellas palabras, del mismo modo que los marineros errabundos llaman como salvador al de oscura cabellera[9] cuando pierden el curso de la navegación.

En primer lugar se presentó veloz Acteón, a la llamada de Dioniso, el de hermoso tirso, por respeto a la sangre que

---

[7] No es conocido en mitología, seguramente se trata de una personificación de la danza pírrica, baile guerrero de los espartanos, cuyo origen se sitúa en Creta.

[8] Desde el verso 43, Nono imita el catálogo de las naves que hace Homero (*Il.* II 484 y ss.), concretamente, esto es un calco de una expresión homérica (cf. Hom., *Il.* II 488-490). Nono confirma más adelante su inspiración.

[9] Se refiere a Poseidón, el de oscura o azulada cabellera (*kyanochaítēs*), usando el epíteto homérico de este dios (Hom., *Il.* XII 563, XIV 390, etc.). En las *Dionisíacas* aparece casi siempre solo, mientras que en Homero va acompañado por el nombre del dios.

les era común[10], tras abandonar la tierra de las siete puertas, en su patria Aonia. Acudieron en tropel las falanges beocias. Por un lado, las que habitan la tierra de Tebas, de bellas torres, las de Onquesto, allá donde está la morada de Poseidón[11] el dios que agita la tierra, y las de Peteón, Ocalea y Eritra, a las que se añadió la vinosa ciudad de Arne, que se gloria de Dioniso.

Por otro lado, llegaron los habitantes de Midea y de las muy famosas villas de Ilesia, Escolo y Tisba, la de asiento marino, el puerto de hermosos amarres de la Afrodita marina. También los de la tierra de Esqueno, Eleona, la de pulcra cabellera, y la gloriosa tierra de Copas, donde aún pueden oírse las aguas del lago que lleva su nombre, excelente criadero de anguilas. De la frondosa Medeón vinieron otros muchos, y de Hile, la de espesos pastizales, aya de largas grebas de Tiqueo, el célebre curtidor[12], de su llanura de amplios sembrados, custodiada por el oráculo arcano que toma el nombre de Anfiarao y su carro póstumo[13]. Otros eran de la ciudad de Tespia y de Platea, la de escarpadas laderas, y de la húmeda Haliarto, que está separada del Helicón por las corrientes de un río montañoso que corre por entre medias.

Y todavía venían ejércitos de la ulterior Antedón, cercana al ponto, la humilde ciudad de Glauco, pescador inmortal

---

[10] Hijo de Autónoe y Aristeo, y por tanto nieto de Cadmo, como Dioniso, Acteón murió despedazado por sus propios perros, tal y como narra NONO en *Dion.* V 287-551. Cf. A. VILLARRUBIA, «Nono de Panópolis y el mito de Acteón», *Habis* 29 (1998), 249-268.

[11] Onquesto es una ciudad beocia consagrada a Poseidón (cf. HOM., *Il.* II 501) Todas las ciudades que se citan a continuación aparecen en la *Ilíada,* en el catálogo del canto II.

[12] Célebre artesano beocio (cf. HOM., *Il.* VII 220).

[13] Se refiere, haciendo un juego de palabras, a la llanura de Harma (carro, en griego), donde Anfiarao fue tragado por la tierra cuando se dirigía a Tebas.

que habita en el mar[14], y de la inhóspita Ascra, patria del pastor más celebrado con el laurel[15], de Grea, la ciudadela sagrada, y de Micaleso, ciudad de espléndidas danzas que lleva su nombre por causa del rugido de Euríale[16]. Incluso acudieron desde la tierra Nisea y de la acrópolis que lleva el nombre de Corono[17].

Y a estos que llegaban hasta las regiones orientales del mundo los conducía Acteón como caudillo. Apolo, el adivino de la corona de laurel, que era padre de su padre, estornudó profetizando la victoria a la partida del joven[18]. El amado de Bromio[19], Himeneo[20], de hermosa cabellera, capitaneaba la otra escuadra de Beocios, floreciente en su lozanía con sus imberbes mejillas. Y llevaba el muchacho

[14] Glauco era un pescador que habitaba en Potnia, en la Beocia, y que fue transformado en una divinidad marina tras ingerir unas hierbas mágicas. Nono lo menciona como criatura marina en *Dion.* I 111; X 103; XI 143, etc. El epíteto *hygrobíou,* que se refiere a él, puede significar, «que vive en el mar» o «del mar».

[15] El poeta Hesíodo nació en Ascra, y el calificativo de «pastor» le viene por haber escrito *Los trabajos y los días,* sobre las labores del campo. Irónicamente Hesíodo aborrecía de su ciudad (cf. *Trab.* 640).

[16] La peculiar etimología de Nono relaciona Micaleso con el verbo *mykáomai* (mugir).

[17] La ciudad de Coronea, en Beocia.

[18] El estornudo se consideraba un buen augurio.

[19] Bromio es un epíteto de Dioniso, uno de los nombres del dios, cuyo origen se relaciona con el verbo *broméō* («retumbar»). Ya aparece en Píndaro (fr. 45, 10) y Esquilo *(Eum.* 24).

[20] Se trata de un caudillo beocio, un enamorado de Dioniso, inventado por Nono, aunque parece que le identifica con el dios de los matrimonios y la procreación, que presidía los cánticos de la noche de bodas, cuando se entonaba el *Hymēn Hyménaios*. Su madre es la musa Urania, en lo que Nono sigue a Calímaco (cf. Calím., *Ait.* I fr. 2.ª, 43).

como tutor a un canoso príncipe llamado Fénix[21] que semejaba mucho a Laoconte, el caudillo que otrora acompañara en su navegación al guerrero Meleagro, embarcándose hacia la Cólquide en el Argo, la nave de Jasón[22].

Aún más, tal muchacho, que estaba en la flor de la juventud, Himeneo el de dulce cabellera, se dirigía al combate con los indios, haciendo ondear a ambos lados de la cabeza su melena, tan lozana como él mismo. Sus escuderos le acompañaban; unos procedían de la ciudadela de Aspledón, otros, del recinto sagrado del baile de los dos Eros que se encuentra en Orcómeno, la ciudad de Minias, la que nunca abandonan las Gracias[23], y también le seguían los que pueblan Hiria, la tierra de cultivo que acoge a los dioses y que lleva el nombre del hospitalario Hirieo, allí donde el inmenso gigante Orión, de tres padres, naciera de un lecho carente de bodas, pues surgió de su madre la Tierra formándose por sí solo como un retoño después de que tres generaciones de dioses derramaran su orina sobre el surco abierto por el fecundo arado, que se convirtió en el partero del hijo silvestre de la Tierra[24].

Asimismo llegaron los oriundos de la rocosa Áulide, aquella acogedora tierra en la que los aqueos se reunieron

---

[21] Fénix es un nombre parlante que alude al origen fenicio de la ciudad de Tebas, que fundó Cadmo. Fénix sería, según Nono, hijo de Belo, el egipcio, abuelo de Cadmo (cf. III 291 y ss.).

[22] Referencia al viaje de los Argonautas, (cf. APOL. ROD., *Arg.* I 194).

[23] El culto de las Gracias en Orcómeno era de notable antigüedad y fama. Minias es el fundador de la ciudad. Se cuenta que sus hijas, al negarse a rendir culto a Dioniso, enloquecieron y despedazaron a uno de sus hijos (cf. W. F. OTTO, *op. cit.*, págs. 39, 60, etc.).

[24] Orión era un gigante cazador de Beocia que nació de la orina de tres dioses (cf. OVIDIO, *Fastos* V 495, por etimología de su nombre con *oûron*, «orina»). Persiguió a las Pléyades y junto con ellas fue convertido en constelación.

en asamblea[25], sede de la flechadora[26] Ártemis, donde Hera, la diosa del profundo rencor aceptara un día como víctima inmolada en su altar montañoso a una falsa Ifigenia, en realidad un cervatillo criado en los montes, que ardió en un fuego irreprochable, como si fuera en verdad el cuerpo de la secuestrada Ifigenia, a la que raptó el artero Ulises para que fuera la concubina de Aquiles antes del fragor de la batalla. Por ello se llama Áulide con el nombre de la supuesta alcahueta de Ifigenia, que pese a todo no se desposó[27]. Pues sopló sobre los veleros argivos un viento impulsor que fustigaba la silenciosa cima de la calma que guardaba las naves, llevando una brisa que devolvía a la muchacha al rey matador de ciervos. Y la niña, marchando al fin por el aire en alta mar hacia la tierra de los tauros, aprendió la terrible ley de sus inhóspitos calderos, llenos de hombres descuartizados, y del altar homicida pudo rescatar a su hermano Orestes, derrotado en la mar[28]. Tal era la expedición de beocios, de innumerables hombres, que acudió con Himeneo para alistarse en la campaña contra los indios.

Y a éstos se añadieron, en las cercanías de la sabia roca de Delfos, sus compañeros focenses; unos eran los custodios del campamento de Cipariso[29] y la tierra de Hiámpolis, a la que llamo así porque lleva el mismo nombre que la tie-

---

[25] La armada griega se reunió en Áulide antes de partir a la guerra de Troya. Allí tiene lugar la tragedia de EURÍPIDES, *Ifigenia en Áulide*, cuyo argumento expone Nono a continuación.

[26] Epíteto de Ártemis, *iochéaira*, la flechadora (cf. HOM., *Il.* V 447).

[27] NONO parece refutar con estas palabras la versión de un autor desconocido para nosotros, que habría dicho esto.

[28] Argumento de *Ifigenia entre los tauros*, de EURÍPIDES.

[29] En griego «ciprés». Probablemente es una ciudad epónima de Cipariso, un laconio amado de Apolo (cf. II 81 ss.).

rra de los cerdos de Aonia[30], la cual se enorgullecía de la hermosura de sus lechones y llegó a competir por ellos con la diosa Tritogenia[31]. Otros, a su vez, eran de Pitón, y de las eras que medran en torno a sus barrancos, de la celebrada Crisa, de Dáulida y Panopea, vecinas de Baco, puesto que el laureado Apolo compartió sus predios con su hermano Dioniso en el Parnaso de doble cumbre.

Y mientras los habitantes de Delfos se congregaban, la roca Pitia clamó con voz de inspiración divina, y su trípode resonó espontáneamente a la vez que burbujeaban con su sabio fluir las locuaces ondas de la célebre fuente Castalia. Los Coribantes portadores de escudos, que habían guardado a Dioniso hasta que creció, comandaban las falanges eubeas: los del golfo de Frigia ya habían rodeado con su estrépito a Baco cuando era niño, junto a Rea, la que vaga por los montes. Antaño le hallaron los Coribantes en las montañas, cubierto por un velo de color púrpura vinoso, como un infante astado, allá donde Ino se lo había confiado a Místide la niñera, la madre de Corimbo[32].

En aquel momento todos acudieron desde la famosa isla: Primneo, Mimas, el de pies corredizos[33], Acmón el errabundo, Damneo y Oquítoo el belicoso. Con ellos vino hasta Ideo, como compañero de viaje, Meliseo el impetuoso, a quienes una vez expulsó su padre Socos, cegado por el insensato aguijón de la impiedad, de su patria ceñida por el

[30] Nueva etimología noniana: Hiámpolis, es decir «ciudad de los cerdos». ESTRABÓN la atestigua en *Geog.* IX 3, 15 (él la llama Hisámpolis).

[31] Atenea nació en el río Tritón, en Libia. De ahí que se la denomine «Tritogenia».

[32] Místide («iniciada») y Corimbo («racimo») son personajes que personifican los misterios dionisíacos y los racimos de uva, respectivamente. Para Místide, véase IX 111 ss.

[33] Este adjetivo *eilipódēs*, «el de pies que giran» es típico en Nono para designar a los bailarines.

mar junto con su madre Combe, de siete vástagos[34]. Y ellos, en su huida, llegaron hasta la tierra de Cnosos, y de nuevo anduvieron errantes desde Creta hasta llegar a Frigia, y desde Frigia hasta Atenas, donde habitaron como colonos hasta que Cécrope mató a Socos con el bronce vengador de la justicia. Entonces, abandonando la tierra de Maratón, batida por el mar, dirigieron sus pasos de vuelta a su patria, hacia la sagrada tierra de los Abantes, el linaje terreno de los primigenios Curetes cuya vida no es sino la música de los oboes[35] y el fragor de las espadas golpeadas. Ellos se cuidan del ritmo circular de los pies y del baile de los escudos[36]. Así pues, los combativos hijos de los Abantes se unieron también a la empresa, tanto los que procedían de la elevada Eretria, como los que participaban de Estira y Cerinto, los poblados de la renombrada Caristo y la pedregosa llanura de Dión. También estuvieron allí los habitantes del cabo batido por las olas, el célebre cabo Geresto, que nunca enmudece, y los de Estiga y la fortaleza de Cocileo y aquellos que provenían de la villa de Siris, los estrechos de Marmario, y la llanura de Egis ogigia[37]. A ellos les acompañó el pueblo cuya patria era la Calcis, la metrópoli de los Elópidas de luengas cabelleras.

---

[34] El mito sobre los Coribantes y sus padres, Combe y Socos, solamente se encuentra atestiguado en Nono.

[35] Nos referiremos con «oboe» de ahora en adelante al *aulós* griego, la flauta doble característica de Pan, pues traducirlo como «flauta» no es del todo correcto. Su invención se atribuye a Atenea. Se trataba de dos tubos cónicos hechos de caña o hueso y unidos entre sí por una cinta. Tenían de tres a seis agujeros.

[36] Alusión a la famosa danza de guerra de los Curetes, la danza pírrica (véase nota a XIII 37).

[37] El sobrenombre «ogigia» le viene a Egis de Ógigo, divinidad ancestral de la Beocia y también rey mítico del Ática. Se llegó a emplear de forma proverbial para decir «arcaico» o «ancestral» (cf. Hes., *Teog.* 806).

Siete caudillos armaron este ejército, pero un solo espíritu tenían todos para el combate. En un altar resplandeciente aplacaron a los astros que habitan el camino del Zodíaco, encomendando la batalla a los errabundos planetas de par número.

Conducía a los Cecrópidas Erecteo, que nunca se saciaba de combatir, pues por él corría la dorada sangre de Erecteo[38], el de hijos ilustres, a quien una vez la doncella Atenea, que nació por si sola, amamantó de su masculino pecho en el lecho de sus virginales aposentos de fuego[39]. Y así la diosa de ojos brillantes, que nunca conoció el amor, se tornó nodriza de niños, y avergonzada, cogió con sus vírgenes e inexpertas manos, al hijo de Hefesto, después de que el mal casado cojo derramara su simiente sobre la tierra en amor no correspondido, y sembrara aquella fértil espuma de amor, que procreó por sí misma. De ahí nació el caudillo de los atenienses, el príncipe Erecteo, que contaba como compañero de fatigas con Sifno, caudillo de su misma ciudad. Asimismo acudieron los que poseen la fecunda llanura de Enone, los que venían de los valles llenos de miel que están cerca del monte Himeto y del recinto sagrado del profundo bosque de Maratón, tierra de olivos.

Otros llegaron desde la ciudad de Celeo[40] y también los habitantes del puerto de Atenas, del marino Braurión o de la yerma Ifigenia. Los de la tierra de Tórico y de la fecunda Afidne se les sumaron y así los del país eleusino de Deo, la

[38] Se refiere en realidad a Erictonio, que nació del semen derramado de Hefesto, cuando intentó en vano unirse a Atenea. Gea, la tierra, engendró al niño, pero Atenea lo cuidó. Nono lo confunde con Erecteo, otro rey mítico de Atenas y compañero de Atenea. (cf. Hom., *Il.* II 547).

[39] El Partenón estaba alumbrado por antorchas continuamente, de ahí los «aposentos de fuego» de Palas Atenea.

[40] Es decir, Eleusis. Triptólemo es el hijo de Celeo (cf. XIX 82).

de célebres hijos, el de los iniciados en la canasta de la divinidad de bellos frutos, engendrados a partir de la sangre de Triptólemo, el cual una vez condujera a través del aire su carro uncido de serpientes, portando abundante trigo y fustigando el lomo de los reptiles[41]. Y muchos ancianos acarnienses acudieron agitando sus armas de hierro aquí y allá para exhortar a sus hijos. Y llegaron como auxiliares las cohortes áticas incitando al combate con lanzas y con puñales, los atenienses de hermosos yelmos marchaban enfervorecidos a la lucha, y el puerto de Falero se llenó con los ecos de los que iban a la guerra. Y ciñéronse muchas cigarras de oro a sus bien peinados cabellos, anunciando su primigenia y autóctona raza[42].

También dejó Éaco[43] su tierra patria, él, a quien engendró un ave fingida tras unirse a la hija de Asopo, a la cual secuestró. Pues era en verdad el altísimo Zeus el cónyuge alado de Egina, y él fue llamado Éaco a causa de tales bodas[44]. Aún más febrilmente corría en auxilio de su hermano Dioniso. Así ordenó con diestro arte las falanges de mirmidones, que en una época se arrastraban por el suelo, pues no eran sino hormigas de innumerables y atareadas patas, hasta

---

[41] Deméter concedió a Triptólemo las artes de la agricultura para que las extendiese por el mundo. Para el relato de este mito, cf. XIX 82-96.

[42] Alude a una costumbre que señalaba a los atenienses «viejos». Los atenienses se jactaban frente a los espartanos de su origen autóctono griego, previo a las invasiones dorias (sobre esta autoctonía, véase N. Loraux, *Les enfants d'Athéna*, París, 1982).

[43] Éaco era hijo de Zeus y Egina, isla hija del río Asopo (cf. Calim., *Himnos* IV 78). Su hijo, Peleo, fue el padre de Aquiles y cuando murió se convirtió junto a Minos y Radamantis en uno de los jueces de las almas en el Hades.

[44] Nono hace derivar de forma inverosímil el nombre de Éaco *(Aiakós)* a partir de *aietós*, águila.

que, cambiando la forma nacida de la tierra de sus cuerpos insignificantes en otra figura más noble, Zeus, el de altos pensamientos, les modeló, y de tal manera surgió un ejército en armas, pues de repente la hilera de hormigas de extrañas formas que estaban sin habla diseminadas por el suelo, se metamorfoseó en cuerpos humanos dotados de voz[45].

Su capitán Éaco llegaba, y en su bien labrado escudo había hecho grabar como signo de su alcurnia la imagen de aquella águila fingida, su próvido padre Zeus llevando a una mujer en sus consideradas garras, también cerca de aquél, se dibujaba un río de fuego, a cuyo lado una muchacha se apenaba con amargura, a pesar de ser tan sólo una imagen sin aliento. Volvía sus ojos oblicuos como si estuviera angustiada por su padre Asopo, el de pesadas rodillas, e incluso parecía decir lo siguiente: «¡Hermosa dote me has regalado destruyendo a mi padre!»[46].

Por otro lado, Asterio, de resplandeciente hermosura, tan encantador como poderoso, se erigía como caudillo de Creta, pueblo de multitud de voces. A aquél lo engendró Androgenia, de Festos, en un lecho de Cidonia[47], tras desatar el nudo de su doncellez ante Minos. Pues bien, él mismo, en aquel momento, como guía del pueblo de las cien ciudades al servicio del vinoso Baco, acudía en reverencia a la sangre de su padre, que les unía por nacimiento, pues Minos era primo de Sémele, de linaje común al de Cadmo.

---

[45] Se cuenta que una epidemia diezmó a los habitantes de Egina, y Éaco pidió a Zeus que lo remediara. Éste creó hombres a partir de hormigas. En la *Ilíada* los mirmidones son los soldados de Aquiles.

[46] Zeus raptó a Egina transformado en águila, y el padre de ésta intentó perseguirle, por lo que fue fulminado por el rayo.

[47] Festos y Cidonia son dos ciudades cretenses, pero desde Calímaco, el adjetivo «cidonio», equivale a «cretense».

Todos los soldados de diverso origen confluyeron en torno a un solo caudillo que les infundía ánimo. Unos eran guerreros de Cnosos, otros de Licto, y habían venido como compañeros de los soldados de Mileto[48]. Y junto con ellos se armaron muchas ciudadanos de Gortina, la de altas colinas, otros tantos habitantes de Ritio y de la fértil Licasto[49]. Y la tierra de Zeus Nodeo[50], las sedes de Bebe y la llanura de Cisamo, así como los nobles bosques sagrados de Citeo. Acompañado de tal forma se presentó el príncipe de Creta, y a su llegada la estrella de Ares relució sobre Asterio, que lleva su nombre[51], derramando con cálidos rayos un resplandor profético, como presagio de la victoria que iba a fraguarse.

Mas en cierta ocasión, tras haber vencido una batalla, Asterio, que nunca se había enamorado, sintió el impuro dardo en un país implacable. Ciertamente no habría de ver de nuevo, tras la campaña contra los Indios su patria de yelmos brillantes y la cueva del escarpado monte Ida, sino que prefirió vivir lejos de su tierra, y en vez de ser ciudadano de Dicte se quedó como colono de Cnosos en Escitia.

---

[48] Se refiere a la Mileto cretense, y no a la de Asia Menor, su colonia, y sin embargo, más conocida que la metrópoli. Todo el pasaje es imitación homérica (cf. Hom., *Il.* II 646-648, en donde se citan estas ciudades).

[49] El texto tiene una laguna, según Ludwich, tras el verso 235.

[50] Este pasaje está corrupto. La lectura de los manuscritos, «Zeus Nodeo», es extraña, pues no se conoce tal advocación del dios. Faure propone «Zeus Modeo» *(Bull. Corr. Hell.* 86, 1962, pág. 55), argumentando que Modeo es el nombre del rey indio que sucede a Deríades (cf. XXXII 165, XLV 236). Podría tratarse de un topónimo desconocido, pero, en todo caso, preferimos la lectura de Faure, aunque no solucione la corrupción textual.

[51] Juego etimológico con Asterio, nombre semejante a estrella *(astḗr)*. Sobre la fuente que utiliza Nono, cf. F. Vian, «L'Histoire d'Astérios le Crétois: Nonnos tributaire des Bassariques de Dionysios?», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 122 (1998), 71-78.

Abandonando al canoso Minos y a Androgenia, marchó como único hombre civilizado entre los bárbaros pueblos de la Cólquide, asesinos de extranjeros. Y a éstos, cuya naturaleza les proporcionaba bárbaras costumbres, les denominó Asterios, ofreciéndoles un nombre cretense. En efecto, dejó su patria cretense y el río Amniso que le había criado para ir a beber el agua impía del Fasis con boca avergonzada.

Aristeo[52] llegó solo y tarde, el último de todos cuantos habitaban las regiones cuyos límites conforman la tierra helénica. Una vez alzó su cabeza orgulloso de sus colmenas de mil panales, llenas de dulce miel, retando a Dioniso, el escanciador de vino, con la vana esperanza de una victoria de su gustosa miel. Los jueces en la disputa fueron aquellos que habitan el Olimpo, pero he aquí que el hijo de Febo, tras presentar a los inmortales el jugo recién sacado de sus colmenas, no alcanzó la melosa victoria, puesto que los dioses, al aceptar el espeso licor de la abeja, que ama las jóvenes flores, quedaron al punto hastiados de aquel jugo que saciaba. Ya la tercera copa dejó ahítos a los bienaventurados, y no hubieran gustado la cuarta porción que se mezclaba de nuevo, incluso aunque tenían sed. Sin embargo, después de que Baco hubiese extraído su licor de suaves gotas, los dioses se regocijaron en su ánimo y bebieron todo el día el jugo del incesante vino.

Y embriagándose admiraron el dulce vino que encanta el corazón. Zeus alabó el don de Aristeo, obra de la abeja, de dulces gotas, y el esfuerzo artesano de su vástago api-

---

[52] Aristeo, hijo de Apolo y Cirene, esposo de Autónoe y padre del malogrado Acteón, tiene gran fama por ser un experto agricultor, cazador y pastor (cf. PIND., *Pít.* IX 65), además de lo cual, domina las artes médicas (cf. XVII 357 ss.). Murió al pisar una serpiente venenosa mientras perseguía a Eurídice, de la que se había enamorado.

cultor, y, no obstante, ofreció las primicias de la victoria, que disuelve las penas, a Dioniso, el que escancia el vino.

Y de ahí que Aristeo llegase con tardanza a la guerra contra los indios. Tarde había apaciguado su antiguo resentimiento, tras abandonar la roca de Arcadia, su morada en la sede de Hermes, en Cilene[53]. Pues aún no había pasado a habitar la isla llamada antaño Méropis[54], ni había amansado el aliento de fuego de la estación sedienta, trayendo los vientos portadores de vida de Zeus Protector. No había dispuesto su férrea armadura, para que reflejase el resplandor de la estrella de Sirio, calmando su reluciente fuego durante toda una noche, de modo que otra vez, exhalando la ardiente llama reseca a través del aire con su inflamada garganta, las brisas lo enfriaran con sus leves alientos. No, aún no había sucedido esto, puesto que habitaba en la llanura de Parrasia[55].

Era seguido Aristeo por el errante pueblo Arcadio en armas, que se alimenta de bellotas[56]. Por un lado, los habitantes de Lasión y de los nobles bosques de Liceo, la rocosa Estinfalo y las celebradas ciudades de Ripa, Estratia, Manti-

---

[53] Hermes tenía un culto en el monte Cilene, en Arcadia (cf. *Himno Homérico a Hermes* 304).

[54] Nono confunde Cos, llamada también Méropis, con Ceos, donde existía en realidad un culto a Aristeo. El error se debe a un escolio a Apolonio de Rodas, del que proviene la historia, un mito local sobre el verano. Cuando tuvo lugar el catasterismo de Sirio (que marca la estación más calurosa, la Canícula) se produjo una gran sequía que devastó las islas Cícladas. Los habitantes de Ceos pidieron ayuda a Aristeo, quien llegó e instauró un culto a Zeus Lluvioso, para que trajese el agua, e igualmente sacrificios a la estrella en su estación. Por ello los vientos etesios soplan en esta estación para favorecer la agricultura (Escolio a Apol. de Rod., XI 498).

[55] Nombre poético de Arcadia.

[56] Cf. el oráculo que aparece en Heródoto, I 66. Los arcadios tenían fama de «comedores de bellotas», es decir, de ignorantes y primitivos.

nea, Enispa y la frondosa Parrasia, allí donde está aún la planicie nunca hollada en la que dio a luz antaño la divina Rea[57], la llanura de Feneo y Orcómeno, patria de la danza[58], rica en rebaños y morada de los Apidaneos.

Por otra parte estaban los ciudadanos de Arcadia, villa de Arcas, a quien una vez diera a luz Calisto de Zeus, quien le llamó a la bóveda celeste para dejarlo ahí transformándolo en la constelación del Boyero, que trae el granizo[59]. Tal fue el ejército que armó Aristeo con la pica arcadia, llevando al combate también perros pastores para que lucharan con los hombres. A Aristeo lo engendró la ninfa Cirene, una segunda Ártemis, veloz cazadora de ciervos y matadora de leones, por el amor de Febo, cuando el hermoso Apolo le llevó a la arenosa Libia como colono en su nupcial carro raptor[60]. Y él, su padre Apolo, abandonando su laurel profético, le armó a toda prisa con sus propias manos. Le entregó el arco a su hijo y ajustó a su mano un escudo curtido de piel de buey, poniendo a su espalda un cóncavo carcaj, que pendía de su hombro en bandolera.

Desde Sicilia llegó Acates el arquero para combatir con él, y también sus escuderos le acompañaban para asistirle, provenientes de los pueblos cilirio y elimo, que formaban un gran ejército, así como los que gobiernan la tierra de los

[57] Cf. CALIM., *Him.* I 10 ss., en donde se refiere que Rea dio a luz a Zeus en aquel lugar.

[58] Nueva etimología dudosa para el nombre de Orcómeno, que se relaciona con *orchéomai*, «bailar», *orchēthmós*, «danza», etc.

[59] Calisto fue transformada en osa por Ártemis, pues faltó a sus reglas de castidad al unirse a Zeus. Arcas, el hijo de ambos, estuvo a punto de dar caza, sin saberlo, a su madre. Zeus transformó a Calisto en la constelación de la Osa Mayor, y a su hijo Arcas, en la del Boyero.

[60] La historia de Apolo y Cirene, ninfa Tesalia, la cuenta PÍNDARO, en *Pít.* IX.

Pálicos[61]. Incluso le acompañaban los que habitan junto al lago de Catania, que se halla cerca de ciudad de las Sirenas, a las que la rosada Terpsícore parió en un lecho de cuernos de toro tras unirse a su amante, el impetuoso río Aqueloo[62]. Los de Camarina, vinieron por su lado, allí donde el inquieto río Híparis escupe sus aguas tortuosas en una corriente atronadora, y también los que pueblan la sagrada villa de Hibla y el cercano Etna, en donde burbujean ardientes los cráteres de la ígnea piedra que sirve de lecho de llamas a Tifón[63], y aun los que tienen sus hogares en torno al abrupto Peloro, en la tierra isleña de Páquino, con sus rompientes de olas, y en la Aretusa siciliana. Por allá se arrastra el errabundo río Alfeo, un forastero orgulloso de su corona pisana que cruza los profundos rompientes arrastrando sus aguas como esclavo del amor a través del ponto sin mezclarse con éste, pues alberga un fuego abrasador a través de las aguas heladas[64].

A continuación llegó Fauno[65], tras haber abandonado su tierra peloria rodeada de fuego en Sicilia, la escarpada isla de los tres picos. Dio a luz a éste Circe, la astuta hermana de Eetes, que habitaba en un abismal palacio de piedra, tras unirse en las profundidades al Cronión[66].

Marcharon juntamente en armas los libios, que habitan en la región occidental de la tierra, cerca de las nubes, en las

[61] Divinidades sicilianas.

[62] Los ríos, como divinidades, se representan con cornamenta de toro.

[63] Tifón fue arrojado al Etna tras ser derrotado por Zeus, cf. II 622-624 y Hom., *Il.* II 783 para la expresión «lecho de Tifón».

[64] Se refiere a la leyenda del río Alfeo y su amada Aretusa (cf. VI 339 ss.): el río marchaba sobre el mar, sin mezclarse con él, para alcanzar a Aretusa.

[65] Nono introduce aquí a un ser de la mitología romana, Fauno, guardián de bosques y jardines, que se suele asimilar a los Sátiros.

[66] Se refiere a Poseidón, no a Zeus.

ciudades del errante Cadmo. Pues allí mismo vivió Cadmo en un tiempo remoto, llevado hasta allá por vientos contrarios cuando estaba embarcado con su prometida sitonia, Harmonía, que aún era doncella. De ella, por su belleza, se había difundido una fama que engendraba guerra y odio entre vecinos, ya que las tropas libias la habían nombrado su Gracia.

En efecto, la delicada muchacha bistonia[67] floreció verdaderamente como una Gracia terrenal y por ello toma su nombre hoy en día la cima de las Gracias en Libia. Y es que, por su hermosura, el pueblo Mauro[68], que habita el desierto, fue poseído por una insensata pasión de guerra y latrocinio y esta terrible tribu, como un Ares bárbaro, se levantó en armas por amor. Pero el esposo de Harmonía, blandiendo en su mano defensora de su mujer la lanza de Atenea Libia[69], los combatió con su escudo y aterrorizó a toda la nación etíope del occidente[70], gracias a las armas de Zeus, Ares y Citérea. Y allí mismo fue donde, según se cuenta, yació Cadmo el errante con Harmonía, junto al lago Tritonis, y las Ninfas Hespérides tejieron para ellos su melodía, mientras que Cípride y los amores adornaban un bello lecho nupcial, colgando en el tálamo el fruto dorado de su jardín, una dote de amor digna enteramente de la novia. Harmonía y Cadmo trenzaron sus cabellos con generosas

[67] Bistonia, como Sitonia, en el verso 336, son nombre poéticos de Tracia, y como tales pueden usarse como adjetivo gentilicio.

[68] Nono se refiere a los etíopes occidentales (cf. ESTRAB., *Geog.* XVII 3, 5), pueblo particularmente agresivo. La leyenda de Atenea en Libia se halla en CALÍMACO (fr. 37 PFEIFFER).

[69] Se llama «libia» a Atenea en relación con su nacimiento en el río Tritón, en Libia. De ahí que también se la denomine «Tritogenia».

[70] Los griegos clasificaban a los etíopes en orientales y occidentales, cf. HOM., *Od.* I 23.

ramas llenas de hojas, en vez de rosas nupciales junto a su opulento lecho.

Y más delicada la novia parecía llevando frutos dorados, honor de la dorada Afrodita. Su abuelo, el libio y encorvado Atlas, despertó la música de la celestial cítara y con pie danzarín hizo girar la esfera celeste entonando a la vez una armoniosa melodía con voz acorde. En memoria de su amor por su esposa, también Cadmo puso precio al desembarco de sus pies en tierra libia, pues fundó cien ciudades y entregó a cada una de ellas unas murallas inexpugnables que fueron alzadas con pétreas torres. Y como guardasen este recuerdo de aquel hecho, se enrolaban los soldados como vanguardia meridional de Enío[71] en la guerra de Bromio, ya que habitaban las cercanías de aquellos poblados donde se cuenta que nació la Luna[72] y los palacios meridionales de Zeus Asbistes[73], el adivino astado, en el que Amón, en la apariencia de un carnero con cuernos de tres espirales, muchas veces profetizó con los labios visionarios del Zeus Occidental.

Otros que asimismo lo hicieron habitaban junto a la corriente del Cremetes y del Cínifo[74], en la arenosa llanura de tierra árida, en las compañeras Ausica y Bacales[75], ciudades que aman a Ares mucho más que ninguna otra, y que han

[71] Diosa de la guerra, equivalente femenino de Ares, como la romana Belona. Nono usa su nombre para decir «guerra» o «combate», por lo que será traducido alternativamente de ambas maneras, como divinidad, y como la guerra en sí misma.

[72] Se refiere a Atenea, equiparable a la Luna; véase nota al verso 345.

[73] Zeus de los asbistos, un pueblo del norte de África. Seguramente se trata del Zeus egipcio, Zeus Amón, a juzgar por las virtudes proféticas y la cornamenta que se le atribuyen.

[74] Ambos son ríos de Libia.

[75] Ciudades epónimas de los belicosos pueblos del norte de África que Estrabón cita en IV 171 ss.

sido edificadas al amparo de una esquina remota del Céfiro. Tanta era la gente de las Cien Ciudades.

Y a cargo de tal multitud estaba Cratégono[76], que nació de la joven Anquírroe, hija de Cremetes, junto a las llanas riberas de su padre, al unirse en un amor breve con el insensato Psilo, pues el amante que estrechaba entre sus brazos había desafiado a los dioses. Por ello Noto, el ardiente viento del Sur, abrasó con su árido aliento a sus vástagos. Y sin embargo aquel pertrechó una armada de buques y guerreros de altivos penachos para que lucharan contra los etéreos vientos de la Enío meridional con ánimo vengador, incitados a matar al ardiente Noto. Hasta la propia isla de Eolo[77] llegó la armada blandiendo sus grandes escudos, mas los vientos flechadores tomaron sus armas, fustigando con ímpetu a aquel hombre enloquecido que había reunido la armada, sacudiendo su flota federada en una tempestad de único aliento y enterraron la armada y a Psilo bajo el mar.

Desde Samotracia confluyeron muchos otros guerreros con escudos, incitados por su comandante Ematión, el de espesa barba y pesadas rodillas, que tenía ya una cabellera nevada, semejante a los Titanes por su tamaño. De ellos, unos poseían tanto Mírmex, vecina al mar, como el florido monte Saoce, y la tierra de Teumerio, los prados de hermo-

[76] El mito de Cratégono y Anquírroe (hija del río Cremetes), y de Psilo, padre de aquél, es desconocido y sólo está atestiguado en Nono, que quizás se basa en Apolodoro, que habla de una Anquínoe, hija del Nilo (II 1 4). Es un mito sobre el origen del pueblo africano de los psilos, invulnerables a la picadura de las serpientes. Es fama que los psilos atacaron a Noto, el viento del sur, por haber destruido sus cisternas (cf. Heród., IV 173), sin embargo, aquí Nono habla de Eolo.

[77] Desde esta desconocida isla, Eolo controla los vientos (cf. Hom., *Od.* X 1 ss.) Nono parece situarla cerca de Sicilia.

sos pastos y los umbríos bosques de Fesíades[78], con su frondosa espesura, y la divina Cerinto, poblada por los insomnes Coribantes, y fundada por la renombrada Pérsida[79] en el lugar en donde se hallan los peñascos sagrados que visitan los iniciados de la Doncella[80] con sus antorchas. Otros, en cambio, gobernaban Brontio y la tierra que está bajo sus cimientos de muchas puntas, y en Atrapites[81], cuyo nombre puedo oír en el cercano mar del profundo Poseidón.

Tales eran las tropas que llegaron como auxiliares mostrando su lealtad al linaje que compartían con la primigenia Electra[82]. Allí mismo, pues, en un tiempo pasado, Ares, Zeus y Citerea concedieron a Cadmo, paladín de los dioses, a una mujer de estirpe marina como don, a Harmonía, de familia divina. Y ante tales y tantos soldados que se alzaban en armas junto a Dioniso, el de hermoso tirso, la estrella de Electra, la séptima de las Pléyades[83], se elevó a través del firmamento como augurio favorable al combate. Proclamaba ya la victoria la voz de las Pléyades, llena de ruidosos ecos, concediendo esa gracia a Dioniso, que también llevaba la sangre de su hermana, y dio ánimo igualmente a todo el ejército. Ogiro les capitaneaba en su marcha hacia la guerra,

---

[78] Tanto Teumerio como Fesíades son lugares desconocidos en Samotracia.

[79] La hija de Perses, Hécate. El adjetivo *phatizoménēs*, «renombrada» alude a la obra literaria en la que se basa Nono para esta cita.

[80] Se refiere a Deméter, la «doncella» *(Kórē)*, a quien se le rendía el culto de Eleusis.

[81] Nombre de lugar. Significa «los caminos».

[82] Electra, hija del titán Atlas, es la madre de Harmonía, y por tanto Dioniso desciende de ella, al ser hijo de Sémele.

[83] Las Pléyades eran las siete hijas de del titán Atlas: Maya, Taigete, Alcíone, Astérope, Celeno, Mérope y Electra. Fueron elevadas al cielo como constelación (como sus hermanas las Híades), junto con Orión cuando éste las perseguía.

como si fuera un segundo Ares, de frente tan elevada como la imagen de los Gigantes, con un cuerpo enteramente inflexible. Desde la cabeza y la nuca tensa, hasta la cadera le caían en bucles los cabellos sobre la espalda que portaba su melena, a imagen de un espinoso erizo. Tenía también una garganta temible e inabarcable, que asemejaba un cuello de roca. Era de carácter y linaje bárbaro.

Ningún otro hubo más poderoso que aquel en la guerra oriental contra los Indios, con salvedad de Dioniso. Y pronunció el juramento de la victoria, prometiendo que devastaría él solo con su lanza la tierra de los indios.

Eagro[84], el audaz hijo de Ares, abandonando su ciudad de Pimplea, en tierra bistonia, se puso en marcha con todos ellos. En efecto, marchó tras dejar a Orfeo sobre las rodillas de Caliopea, cuando aún era un recién nacido que sólo se ocupaba de alimentarse de aquel pecho de reciente leche. El valiente Ledro y Lápeto[85], de hermosa cabellera, comandaban las falanges chipriotas. Y muchos hombres se armaron junto con ellos, unos procedentes de Esfecia, isla del cerco batido por el mar, otros de Chipre, la tierra que acoge a los dioses y que pertenece al bien alado Amor, pues lleva el nombre de Cipris, que nació por sí sola. La isla que antaño fue moldeada por Nereo con la forma de un delfín, trazando sus esquinas con el profundo tridente de muchas puntas. Cuando Urano formó su amorosa espuma que se derramó en

[84] Rey de Tracia, esposo de Caliopea y padre del mítico cantor Orfeo. Destaca por sus hazañas bélicas en el canto XXII.

[85] Ledro y Lápeto son dos caudillos seguramente inventados, que llevan el nombre de sendas ciudades de Chipre. Lápeto está situada en la costa norte de la isla. Sobre Ledro (actual Nicosia, capital de Chipre), cabe decir que se trata de una corrección de Masson al texto manuscrito, que nos da «Litro» (cf. O. Masson, *Bull. Corr. Hell.* 101 [1977], 323 ss.; y «The Mention of a Cypriote Hero by Nonnus, *Dion.* 13.432», *Classical Quarterly* 44, 1 [1994], 286-287).

torrente de varonil licor, engendró a la Afrodita Pafia, y un delfín dotado de entendimiento surcó las olas hasta la astada tierra de Chipre, llevando a Afrodita sentada sobre su lomo[86].

Otros provenían de la llanura de Hilates y de las poblaciones de Sesto, Támaso, Tembro, la ciudad de Eritras y el bosque sagrado de profunda espesura de la agreste Panacro. Y procedente de Solon una numerosa armada se pertrechó, y otra que venía de Lápeto, que se llama así a partir del nombre de su príncipe, que reunió a su pueblo y en la guerra del tirso pereció, siendo enterrado con honores. Por ello dejó su nombre a sus ciudadanos. E incluso estaban presentes los de la ciudad de Ciniras, que lleva el nombre del primigenio Ciniras[87], tierra en la que reside Urania, denominada así por causa del vacío celeste, porque crió ciudadanos que brillaron como estrellas en el firmamento. También acudieron otros muchos procedentes de Crapasia, tierra coronada por las olas, y Pafos, puerto que lleva la diadema del amor, de dulce cabellera, allí donde desembarcó Afrodita desde las aguas profundas donde se encuentran las aguas nupciales de la Afrodita Pafia, nacida del mar, es decir, el amable río Sétraco, en donde muchas veces Cipris, tras bañar al hijo de Mirra, le puso los vestidos que para él había cogido, y también la ciudad del antiguo Perseo, la cual una vez Teucro[88], partiendo de Salamina por la cólera de Tela-

---

[86] Nono menciona también el mito del nacimiento de Afrodita, en XII 45 ss. Según Hesíodo, nació de la espuma del mar que se formó al caer los genitales de Urano cuando fue castrado por Crono, su hijo (cf. Hes., *Teog.* 188-205).

[87] Rey mítico de Chipre y padre de Adonis, al que tuvo de la unión incestuosa con su hija Mirra. En Chipre instauró el culto a Afrodita.

[88] Teucro, hijo de Telamón, fue exiliado a Chipre por la causa de su cólera de su padre, tras volver de la guerra de Troya, pues fue acusado de

món, fortificó con torres como si fuera la famosa Salamina, pero más joven.

Una refinada guarnición de lidios llegó al punto en torrente. Algunos provenían de las dos ciudades, Cimpso la pedregosa e Itone la elevada. Otros, de la enorme Torebio, y otros aun de la fructífera Sardis, nodriza de riquezas, tan antigua como la misma aurora. Asimismo los había de la tierra de Baco, fértil en viñedos, en la que el vinoso Dioniso mezclara por vez primera el vino en una copa rebosante para su madre Rea, y de ahí que se llame a la ciudad Cerasa[89]. Otros venían de la atalaya de Oano, y otros gobernaban el río Hermos y la caudalosa Metalo, en donde las doradas riquezas hacen brillar los pantanos de Pactolia.

Un gran ejército tomó las armas procedente de Estátala, allí donde Tifoeo, haciendo brotar el ardiente aliento del rayo ígneo, incendió las tierras vecinas. Y entre el torbellino de humo, las montañas fueron reducidas a cenizas por el abrasador Tifoeo, al quemarse sus cumbres entre chispas devoradoras. Pero un sacerdote de Zeus Lidio, tras abandonar su sagrado templo, le hizo frente sin acero, sino con afiladas palabras, con palabras arrojadizas, en vez de forjado acero. Pues contuvo con conjuros al hijo de la tierra, ya que tenía una lanza impetuosa en vez de boca, mágicas palabras como puñales y voz de escudo. Tales cosas que se derramaban de sus labios inspirados por la divinidad le decía: «¡Levántate, maldito!»[90], y el gigante incandescente, como

---

no haber vengado a su hermanastro Ayante. En aquella isla fundó una ciudad, una nueva Salamina.

[89] Juego de palabras: Dioniso mezcló *(kérasse)* para Rea el vino, y de ahí el nombre de Cerasa.

[90] Nuevo juego etimológico de *aitía:* para explicar el nombre de Estátala (en realidad Sátala), se alude a esta frase, «levántate, maldito», que en griego es *stêthi tálan.* Según GIGLI, hay, en la historia de este sacer-

por arte secreta, fue retenido por la sabia cadena de estas palabras inexorables, aterrado ante un hombre armado por la lanza de su propio entendimiento, como si tuviera grilletes hechos de voces vengadoras, que no de acero. Tan enorme monstruo, que no había temblado ante aquél que arroja los rayos, lo hacía ahora ante aquel guerrero místico que arrojaba el dardo de las palabras de su boca. En efecto, cedió ante él, sufriendo las heridas de su voz, y atravesado por una ardiente pica, Tifón cayó ante este otro fuego más abrasador, el de la mente. Sus pies inamovibles de reptil echaron raíces a la fuerza y se anclaron en su madre Tierra, herido sin marca su cuerpo por un dardo que no se mancha de sangre[91].

Pero estas hazañas fueron hechas por una generación de antiguos hombres, pues ahora, haciendo resonar la tierra bajo su rítmico paso, Estabio y Estamno[92] marchaban en armas hacia la tumultuosa expedición contra los indios. Y al ver el danzante ejército que avanzaba con paso circular, bien podrías decir esto, que el general les conducía a un baile más que al combate, pues guiaba un grupo de bailarines armados[93]. Así, acompañando su marcha, el ar-

---

dote que hace frente a Tifón, un paralelo muy interesante con la poesía oracular y neoplatónica, y representaría un rito teúrgico que se practicaba en el Egipto de Nono, descrito en la línea mágica de los oráculos caldeos (cf. D. Gigli, *op. cit.*, págs. 221-224 para la explicación, y además, Jámblico, *Sobre los misterios egipcios* 246-249, el sacerdote detiene a los dioses con sus palabras mágicas, armas de su inteligencia).

[91] Nono narra la historia del gigante Tifón y su lucha contra Zeus desde I 154 hasta el final del canto II.

[92] Nombre parlante, Estamno significa «jarro de vino». El personaje es, por otra parte, totalmente desconocido.

[93] El baile como metáfora de la guerra está frecuentemente atestiguado en Nono, en particular en los ejércitos de Dioniso, para los que se convierte en un arma fundamental (cf. D. Gigli, «La guerra come danza in armi», *Metafora e poetica in Nono di Panopoli*, págs. 131-133).

pa migdonia[94] entonaba música de baile incitando al combate que resonaba sobre el tumulto, y su melodía, que mueve a los pueblos, en verdad enviaba a los hombres a la lucha en vez de la danza. Las trompetas marciales eran en realidad flautas amorosas que resonaban a la vez que las gemelas flautas berecintias[95], junto con el estruendo de los tambores de piel de buey golpeados por ambas caras con el bronce que manejaban manos de sordo resonar.

También los frigios se alistaron a esta armada entre los destacamentos combativos de los lidios. Los había de Budío y de la famosa ciudad de Temenia, con sus bellos bosques, recinto sagrado y umbrío de esa tierra. Pero también estaban aquellos que gobiernan Dresia y Óbrimo, que deja fluir sus aguas por las corrientes tortuosas del Meandro y la llanura que lleva el nombre de Deante[96]. Así llegaron los que administran la villa de Celena, de tejados de oro, allí donde se guarda la imagen de la Gorgona.

Con ellos marchaban en armas también los que habitan la vecina ciudad de Sangario y los que se han asentado en la tierra de Eléspide. A todos ellos comandaba Príaso, originario de la serpentina Dirce, y colono desde esa tierra de Aonia[97]. Pues cuando el lluvioso Zeus inundó la llanura de Frigia, derramando sus aguas celestiales en mares de lluvia, y los árboles quedaron ocultos, y en las cavidades donde brotan los espinos, las sedientas colinas fueron anegadas de

---

[94] Hemos traducido como «arpa» la *phórminx* o «forminge», un antiguo instrumento (que ya aparece en HOMERO, por ej., *Il.* I 603) semejante a un arpa pequeña, de sólo tres, cuatro o siete cuerdas. «Migdonio» es un adjetivo de uso poético que equivale a «lidio», muy común en NONO (cf. XII 124; XXV 456) y en OVIDIO (*Met.* VI 11).

[95] Nombre poético de Frigia.

[96] Para más información sobre estos ríos de Apamea, P. CHUVIN, *op. cit.*, págs. 112-125. Óbrimo aparece en PLINIO, *Hist. Nat.* V 106.

[97] La historia del dragón de Dirce, la cuenta NONO en IV 356 ss.

agua, entonces Príaso, abandonando su casa sumergida, inundada por el diluvio y todas las aguas derramadas desde el cielo, que habían caído como dardos sobre su palacio, emigró a la cóncava región de Aonia, para huir de las aguas lluviosas de Zeus, portadoras de la muerte. Pero siempre se acordaría de Sangarios, derramando lágrimas entre estos extranjeros, y echaría de menos su familiar manantial, aunque bebiera ya el agua extranjera del rio Eonio. Al fin, muy tarde apaciguó el altísimo Zeus el diluvio que ya se cubría de nieve y el furor de sus aguas, y desde las cumbres del Sípilo hizo desaguar la inundación de nuevo desde la encharcada Frigia. Poseidón, el que sacude la tierra[98], llevó toda esta corriente hasta las impenetrables profundidades del océano con su tridente, sin dejar señal de ella, y con un rugido las cumbres se desnudaron otra vez de la nieve. Entonces, partiendo de la tierra de Beoto, Príaso volvió por el mismo camino que había tomado antes, pero esta vez hacia su patria. A su regreso, con un abrazo lleno de dicha, estrechó en su regazo a su anciano padre, al cual, en mérito a sus buenas acciones, había salvado el gran Zeus del diluvio destructor: su nombre era Brombio. Y desde el golfo Frigio, sus guerreros secundaron orgullosos a Príaso.

Aunque su padre Asterio se había marchado por otro lado, el joven Mileto llegó para acompañar a Baco. De su misma edad era su hermano Cauno[99], que le asistía en ar-

---

[98] Epíteto homérico de Poseidón, *ennosígaios,* «el que sacude la tierra», pues además de ser el dios del mar, Poseidón era el responsable de los terremotos y maremotos. (cf. Hom., *Il.* VII 455; VIII 201; 440, etc.).

[99] Cauno es hijo de Mileto, el fundador de la ciudad homónima, y hermano de Biblis. Se cuenta que se enamoraron incestuosamente. Por ello, Cauno huyó y se exilió en otras tierras, y Biblis lloró tanto que se convirtió en río, o que de sus lágrimas se formó el manantial que lleva su nombre, pues cuentan diversas versiones de la historia. Una de las más hermosas es la de Partenio de Nicea, en *Sufr. Am.* XI. Sobre la canción

mas. Aquél ya conducía al pueblo cario en formación hacia las guerras indias, aun siendo sólo un muchacho. Pues todavía no había fraguado en su interior ese desamor por su hermana, ni componía en aquel tiempo sus seductoras canciones, tras sentir el dardo primerizo. No había, pues, cantado aún a la misma Hera, unida a su hermano Zeus en un lecho de igual cariz, retrato fiel de su propio amor, o sobre el aprisco latmio de aquel pastor que nunca dormía, feliz por su entrega al amor, sentado en una roca cercana, Endimión, el novio de la deseada Selene[100]. Al contrario, aún era Biblis amante de su doncellez, aún Cauno estudiaba las artes de la caza, ignorante de amores incestuosos. En efecto, todavía no había formado su cuerpo la muchacha de lágrimas derramadas, aún no se había convertido en un manantial de llorosa corriente, ni había huido su hermano de suave cabellera. Ahora otros guerreros valerosos eran la única compañía de Mileto, los que habitaban en Micale y en el recodo del río que baña la tierra del tortuoso Meandro, que va y viene deslizándose entre las grutas.

Tales eran las tropas que acudieron, y con su marcha de buen ánimo, se reunieron los pueblos y resonaron los palacios de Cibeles, y las calles de la ciudad migdonia se abarrotaron.

---

que, según afirma NONO, entonó Cauno, no tenemos ninguna referencia. Probablemente su fuente fue un poema alejandrino sobre el tema.

[100] NONO refiere el mito de Endimión, pastor raptado por Selene, en VII 238 ss.

CANTO XIV

SUMARIO

— Catálogo de los ejércitos y de las armas, vv. 1-246: Se reúne el ejército de los inmortales, bajo los auspicios de Rea, invocación a los vientos de Apolo para el catálogo de los ejércitos divinos, vv. 1-16. Catálogo de los ejércitos divinos de Dioniso (masculinos), vv. 17-202. Catálogo de los ejércitos divinos de Dioniso (femeninos), vv. 203-227. Las armas de Dioniso, 228-246.
— Preliminares del combate, vv. 247-322: Campaña a través de Frigia, buenos augurios de Níobe para el ejército, vv. 247-283. Campaña a través de Ascania, sumisión de pueblos y nuevos augurios favorables, vv. 284-294. Embajada a los indios y declaración de guerra, vv. 295-322.
— Batalla del lago Astácida, vv. 323-437: Comienzo del combate y prodigios de las Bacantes, vv. 323-385. Fortuna de los ejércitos dionisíacos, vv. 386-410. Milagro del agua transformada en vino, elogio del vino, vv. 411-437.

ESCUCHA DE CORAZÓN EL CANTO DECIMOCUARTO,
PUES AQUÍ SE ARMA TODO EL EJÉRCITO DIVINO
DE REA PARA LA GUERRA INDIA

Rea, la diosa de paso veloz, tras uncir en su montaraz establo los hirsutos cuellos de sus leones, alzó su tobillo que marcha a la vez que los vientos, recorriendo con sus sandalias el espacio etéreo entre las brisas. A fin de reunir las divinas tropas para Lieo[1], atravesó las sedes del universo como si fuera un ala o un pensamiento[2], hacia el Sur, hacia el Norte, a poniente y hacia la región de la Aurora. Para árboles y ríos una sola voz resonó, convocando a sus Ninfas, las Náyades y las Hadríades, la armada de los bosques. La estirpe de los dioses, que escuchó las órdenes de Cibeles, se congregó desde todos los lugares. Y de lo alto llegó con paso firme Rea a la tierra de los lidios, y de vuelta levantó ligera la antorcha mística de noche para calentar por segunda vez[3] el aire con el fuego migdonio[4].

---

[1] Epíteto de Dioniso, «el liberador» (del verbo *lýō),* en relación con la faceta liberadora de su culto, que saca al hombre fuera de sí (cf. W. F. Otto, *Dioniso,* págs. 74, 80, 85).

[2] Expresión homérica, cf. Hom., *Od.* VII 36.

[3] La primera vez a la que se refiere, es en XII 390.

[4] Sobre el adjetivo «migdonio», cf. nota a XIII 505.

¡Pero, ea, vientos de Febo, habladme ahora del ejército divino, tras haber cantado la armada de héroes de mortal estirpe! En primer lugar, desde Lemnos, la de la montaña de ígnea cumbre, la llamada que se convocaba junto a la mística antorcha de Samos[5], hizo que los dos hijos de Hefesto, los Cabiros, vistieran sus armas.

Éstos toman el nombre de la familia de su madre, a quien antaño dio a luz la tracia Cabiro para el herrero celestial. Eran Alconte y Eurimedonte, muy versados en las artes de la fragua[6]. Desde Creta se congregaron crueles guerreros, los Dáctilos del Ida, que habitan en las cuevas de esta montaña, y los Coribantes[7], nacidos de la tierra, que les acompañaban. Otrora éstos nacieron para Rea de forma espontánea y se formaron enteramente a partir de la tierra. Ellos fueron quienes rodearon a Zeus niño, cuando no era más que un recién nacido, junto a la roca en la que vio la luz, bailando con el escudo en la mano[8], pues hacían un estrépito engañoso con sus danzas que recorría los montes y enloquecía al propio aire. En verdad, el ruido del bronce al chocar llegó a los oídos de Crono, en sus nubosas alturas, ocultando el llanto infantil de su hijo con tambores de piel de buey. Y el príncipe de los Coribantes tejedores de danzas

[5] Se refiere a Samotracia.

[6] Alconte y Eurimedonte, los Cabiros, son hijos de Hefesto y Cabiro (cf. Heród., III 37). Su número no se sabe a ciencia cierta y sus nombres eran secretos para los no iniciados, aunque Nono los asimila a los Dioscuros en número y personalidad (como hace Cicerón, *De Nat. Deor.* III 21, 53), y les da estos nombres parlantes con referencia a su vigor quizás tratando de mantener el secreto.

[7] Nono asimila también los Coribantes a Curetes y Dáctilos, seres míticos que cuidaron a Zeus en su infancia en la isla de Creta, y le ocultaron de su padre Crono (véase nota a XIII 14).

[8] Referencia a la danza pírrica, baile guerrero de los Coribantes, que se ejecuta haciendo chocar los escudos (cf. Estrabón, X 3 12).

era Pírrico del Ida, el que blande su gran escudo. Junto a él se puso las armas también el cnosio Cirbas y su variada tribu, a la cual daba el nombre.

Los odiosos Telquines[9] llegaron como tropas auxiliares para la campaña contra los indios, tras agruparse desde las profundas cuevas del océano. Lico acudió esgrimiendo en su brazo sobrehumano una gran pica. Celmis secundaba a Damnameneo, guiando el carro marino de su padre Poseidón. Todos eran errantes colonos de la mar, procedentes de la tierra de Tlepólemo[10], divinidades enfurecidas que habitan el océano. En un tiempo pasado, Trínax, Macario y el famoso Auges, hijos de Helio, les expulsaron muy a su pesar de la tierra de sus padres. Perseguidos, pues, en su tierra patria, tras extraer con sus vengativas manos el agua de la Estigia, inundaron la tierra de cultivo de la fértil Rodas, arruinando los campos con aguas del Tártaro[11].

---

[9] Son seres malignos que habitaban en Rodas (véase también Estrabón, X 3, 19), y su maldad es proverbial en la literatura griega hasta el punto de que su nombre pasó a ser usado como adjetivo, ya en época de Nono, como se ve en VIII 108. No en vano, Calímaco usó su nombre para designar a sus críticos literarios (cf. *Ait.* 1, 1; 7; 75, 65). Celmis o Escelmis y Damnameneo son los Telquines, hijos de Poseidón. Celmis aparece en XXI 197, aunque se les suele considerar Dáctilos, los herreros del Ida (cf. escolio a Apol. Rod., 1126-1131b). Obviamente Nono confunde estos oscuros seres.

[10] Es Rodas, patria de los Telquines, a donde marcha Tlepólemo con sus huestes dorias. El mito que se narra a continuación sobre esta isla aparece también en Estrab., XIV 10, 7.

[11] Nono se refiere a un confuso mito transmitido por Píndaro *(Pít.* IV 40 ss.) y Calímaco. La historia está llena de variantes. Parece que los Telquines y los Flegeos (en Euforión, fr. 115 Powell), inundaron la isla de Ceos, o bien Rodas, con las aguas infernales de la Estigia. Por ello, los dioses desterraron a los Telquines y exterminaron totalmente al pueblo flegeo, salvo a dos mujeres pías, Macelo y su hija (cf. XVIII 35 ss. y nota *ad loc.).*

Al punto, la dulce estirpe de los centauros, de doble naturaleza, se unió a ellos[12]. Con Folo, que tenía forma de caballo, vino su compañero Quirón[13], de extraña apariencia, indomable y sin riendas. Afluyeron también en caudal las falanges de los Cíclopes. Éstos con manos inermes arrojaban colinas enteras en combate, como si se tratase de lanzas de piedra, y sus escudos no eran sino las montañas.

Como casco usaban un escarpado promontorio cubierto de colinas, y sus flechas ardientes eran las sicilianas llamas del Etna. Se pertrechaban como guerreros empuñando en sus manos portadoras de fuego el resplandor de la fragua que les es tan familiar. Eran sus nombres Brontes, Estéropes, Eurialio, Elatreo, Arges, Traquio y el ufano Halimedes[14]. Sólo faltaba uno de extraordinarias cualidades, que se había quedado al sur, y era Polifemo[15], alto como las nubes, simiente de Poseidón, el que hace temblar la tierra. La razón que le retenía en su lugar era otro amor de caminos marinos, más querido que la guerra. En efecto, tras haber contemplado oculto en una ocasión a Galatea[16], hizo retumbar el veci-

---

[12] KOECHLY marcó en su edición una laguna tras el verso 49, que parece a todas luces corrupto. De hecho, el adjetivo *prēeîa,* «dulce», no es demasiado apropiado para los centauros, y hace sospechar la corrupción del texto.

[13] Quirón es un sabio y benévolo centauro, como excepción a su raza. Fue maestro de héroes como Asclepio, Jasón y Aquiles (cf. HOM., *Il.* VI 219), cuya lanza fue un regalo a su padre Peleo (cf. *ibid.* XV 143). A su muerte Zeus le convirtió en la constelación del Centauro.

[14] Según HESÍODO, *Teog.* 139-146, los Cíclopes, hijos de Urano y Gea, eran solamente tres, Brontes, Estéropes y Arges (trueno, rayo y relámpago). Para Homero eran pastores que vivían en Sicilia.

[15] Hijo de Poseidón y Toosa, cegado por Ulises en HOM., *Od.* I 68-73, lo que fue la causa de la ira de Poseidón.

[16] El famoso amor de Polifemo y Galatea, inspiración de nuestro Siglo de Oro, aparece en NONO, VI 300 ss., entre otros lugares (cf. OVIDIO, *Met.* XIII 784 ss.).

no ponto vertiendo la música de la rústica flauta nupcial que declaraba su amor por la muchacha.

Los habitantes de las montañas también acudieron desde sus palacios de techos construidos por ellos mismos, portadores del nombre de Pan[17], su padre, que vive en soledad, y vistieron sus armaduras para alistarse. Los Panes, a su forma humana, añadían un rostro de cabra de espesa pelambrera. Y con esta extraña apariencia, los doce Panes de bien astada cabeza, llegaban moviendo su cornamenta. Todos ellos nacieron de un único padre, de Pan, el que vaga por los montes. A uno ora lo llaman Celaines[18] a causa de su aspecto, ora Argeno[19] a otro, por su naturaleza. A Egícoro[20] le pusieron también un nombre apropiado, puesto que entre el pastoril rebaño solía hartarse de la leche que ordeñaba de las ubres de las cabras.

Otro admirable Pan era el llamado Eugenio, pues tenía una barba como un prado espeso de crines en sus mejillas. Dafoineo, por otro lado, se preparaba para la lucha junto con Omestes el pastor. Fobo acompañaba a su vez a Filamno, el de velludas pantorrillas, mientras que con Janto llega-

---

[17] Pan es hijo de Hermes y Calisto (o Penélope, según versiones), dios arcadio de los pastores y rebaños (cf. Herod., VI 105). Se habla también de los «Panes», en plural, en referencia a los múltiples hijos de Pan con las ninfas a las que persigue, que representan su multiplicidad como símbolo de la naturaleza y de lo pastoril.

[18] Comienza la enumeración de los Panes, cuyos *nomina significantia* denotan sus características, relacionadas con el color o su comportamiento, aquí, Celaines «el negro» (nombre que coincide curiosamente con el de uno de los generales indios, cf. v. 310. Para el abundante uso de estos nombres en Nono, véase D. Gigli, *Metafora e poetica in Nono di Panopoli,* Università di Firenze, Florencia, 1985, págs. 140 ss.

[19] Argeno, «el blanco».

[20] Egícoro, «saciado por la leche de cabra», que es una corrección del texto de los manuscritos, que leen Egícero, «de cuernos de cabra».

ba su colega Glauco, que tenía el mismo color blanco en sus miembros que las olas claras, mientras que Janto era de rubia cabellera, y por ello llevaba tal nombre el cornudo habitante de las montañas. Luego venía el audaz Argo con su melena blanca como la nieve.

Con ellos había aún dos camaradas Panes, a los que había engendrado Hermes, tras unirse en oculto amor con dos Ninfas gemelas. Por un lado, en el lecho de Sose, la agreste adivina, engendró un hijo inspirado con facultades adivinatorias, Agreo, que se adiestraba con habilidad en la caza de bestias salvajes. Por otro lado estaba Nomio[21], amado por los rebaños, que se afanaba en hacer sonar la pastoril siringe[22], al cual engendró cuando se introdujo en el lecho de la montaraz Penélope[23]. Junto a ellos, se abría paso Forbas, sanguinario e implacable.

También el anciano Sileno[24], empuñando la férula, se había pertrechado para la guerra, el hijo de doble naturaleza de la tierra, de bella cornamenta. Traía consigo a sus tres hijos en comitiva, pues Astreo se puso las armas, Marón llegó a continuación y Leneo les seguía hacia el tumulto de la expedición. Todos sostenían las manos de su padre,

---

[21] El resto de nombres parlantes significan en orden: «de hermosa barba», «el sanguinario», «el que come carne cruda», «el rubio», «el blanco», «el cazador» y «el pastor», epíteto del dios Pan en el *Himno homérico a Pan* 5, y en *Dion.* XV 417, entre otros.

[22] La siringe o siringa *(sýrinx)* es una flauta pastoril propia de Pan y ligada a su imagen en la iconografía. Estaba formada por siete cañas de diferente longitud, atadas entre sí, que se soplaban directamente sin boquilla.

[23] No es la esposa de Ulises, sino una ninfa del mismo nombre.

[24] Esta criatura báquica siempre se representa como un anciano (cf. Eur., *Cicl.* 101). Los Silenos tienen «doble naturaleza», de hombre y de caballo, aunque aquí aparece también con la cornamenta característica de los Sátiros.

de montés errar, con un bastón, ese compañero de la vejez. Como le faltaran las fuerzas al anciano, su cuerpo entorpecido se sostenía gracias a un báculo florido de vid, pues contaba ya a su edad con muchos años, y de ellos había surgido la vivaz estirpe de los Sátiros, de ambigua apariencia.

A estos Sátiros cornudos les dirigían los siguientes caudillos: Pemenio, Tíaso, Hipsícero, Orestes y el cornudo Flegreo, secundado por Napeo[25]. Acudió asimismo Gemón, y el audaz Licón con sus armas. Fereo, amante de los juegos, seguía al sonriente Petreo, mientras que el montés Lamis tenía como camarada de viaje a Lenobio. Escirto se ponía en el camino con Estro y junto a Ferespondo[26] marchaba ya Lico, el sonoro heraldo, y Prónomo, admirado por su prudencia. A todos ellos había engendrado Hermes tras unirse a Iftime en oculto himeneo. Ella a su vez era hija de Doro[27], vástago de la estirpe de Zeus, y raíz de la familia de Helén, pues a partir del patriarca Doro floreció la sangre aquea de la tribu doria. A ellos, el honor y el cetro de heraldo celestial les concedió Irafiotes[28], su padre, sembrador de sapiencia. Pues comoquiera que siempre se embriagan con copas

[25] Otra lista de *nomina significantia* de los caudillos de los Sátiros. Por orden, significan: «pastor», «miembro de la congregación», «el de alta cornamenta», «montaraz», «fogoso» y «selvático».

[26] Ferespondo («portador de tregua») es uno de los heraldos de Dioniso, que será enviado en embajada a los indios (cf. XVIII 313; XXI 200-278).

[27] Doro es el legendario fundador de la raza de los dorios, hijo de Helén, hijo a su vez de Zeus. (cf. Hes., fr. 9 Merk-West). Es fama que Helén, fundador epónimo de los helenos, engendró a los tres antecesores de las tres grandes razas griegas, a Doro (dorios), Eolo (eolios) y Juto (aqueos y jonios).

[28] Sobrenombre de Dioniso de oscuro significado. Posiblemente «el joven macho cabrío»; cf. W. F. Otto, *op. cit.*, pág. 124, atestiguado en el *Himno Homérico* 33 A 2, B 8, 11; *Ant. Pal.* IX 524, etc.

de vino sin mezclar, toda la raza de los Sátiros es de audaz corazón, mas en combate no son sino fanfarrones que huyen siempre de la lucha. Lejos de ser leones, más bien son liebres de la guerra, expertos bailarines y más avezados que ningún otro en verter el suave licor de la crátera que contiene el vino. Pocos de ellos han sido soldados instruidos por el bravo Ares en todo el arte de la guerra [***][29] y en la organización de las tropas[30].

Pero al vestir las armas Lieo, unos cubrían ya su cuerpo con pieles de buey sin curtir, otros se guarnecían con hirsutas pellizas de león, y otros aún, vestían pavorosas pieles de pantera[31]. Mientras tanto otros Sátiros se acorazaban con racimos de largas puntas y se vestían pieles de ciervo de variadas motas, de igual número que las estrellas. Las dos puntas afiladas de su cornamenta se extendían en torno a la frente, sobre las sienes, y en lo alto de su cráneo enjuto surgía una cabellera rala que caía sobre sus ojos torvos, y las brisas aladas hacían ondear las orejas puntiagudas a medida que acudían a toda prisa, golpeando sus peludas mejillas. Sus colas de caballo que se alargaban desde el lomo rectas y girando sobre sí mismas, les batían contra la cintura.

[29] Keydell sospecha que existe una laguna en el texto en este lugar, tras el verso 127.

[30] La cobardía de los Sátiros y Silenos era casi proverbial (cf. Sófocles, fr. 756 Radt).

[31] En griego antiguo, «pantera» y «leopardo» se decía con la misma palabra: *pórdalis / párdalis* según fuera macho o hembra, tal y como nos refiere la lexicografía (cf. Hesiquio, 3009). El animal que se suele representar acompañando a Baco es más bien la pantera. Nuestro autor dice *pórdalis*. Nótese además que los Sátiros se visten paradójicamente la pelliza de león, atributo del valeroso Heracles, como el propio Dioniso en *Las Ranas* de Aristófanes (38 ss.).

Otra raza de Centauros de forma medio humana llegaba a continuación, la velluda estirpe de los Fereos[32] de hermosos cuernos, a los que Hera proporcionó un cuerpo diferente, de humanas formas pero con cornamenta. Pues antaño nacieron de las Náyades, de acuática generación, pero con forma mortal, es decir, de las llamadas Híades[33], tribu fluvial que habita el río Lamos. Ellos criaron a la feliz descendencia de Zeus, a Baco, que aún rezumaba su parto de remiendos, como ayos protectores del invisible Dioniso[34]. Entonces no tenían su extraña apariencia. En su antro oscuro muchas veces sostuvieron en sus plegados brazos al niño que decía «papá» mirando al firmamento, sede paterna de Zeus, cuando aún era un retoño, aunque ya lleno de sabiduría.

Porque, en parte, se comportaba de forma muy parecida a un cabrito recién nacido, escondido en la majada, y su cuerpo singular se cubría de un pelaje largo mientras derramaba un balido engañoso entre los dientes, e imitaba la forma de andar de las cabras, con peculiares pezuñas.

---

[32] Probablemente el origen de esta raza de centauros es invención de Nono, siguiendo el tema de la cólera de Hera. Los Feres son los hijos de las Híades, a los que Hera castigó transformándolos en monstruosos centauros por haber criado a Dioniso. En HOMERO, los Feres son otra denominación para los Centauros (cf. HOM., *Il.* I 268).

[33] Las Híades, niñeras de Dioniso, eran hijas de Atlas y proporcionaban la humedad y el agua a la tierra. Fueron elevadas al cielo como una constelación junto a las Pléyades y a Orión. Las Náyades, por otro lado, son simplemente las Ninfas de los ríos y fuentes. Son siete, Ambrosía, Eudora, Pedile, Coronis, Polixo, Pito y Tíone. Según FERÉCIDES, fueron combatidas por Licurgo (en HIGINIO, *Fab.* II 21 1). NONO las enfrenta a Licurgo en XXI 1-89, hasta que son elevadas al firmamento en recompensa por su valor, XXI 295.

[34] Suele ser Sileno el que se considera ayo de Dioniso en su infancia, según aparece en la iconografía.

Pero, en parte también, con falsa traza femenina, se mostraba entre vestidos igual que una muchacha de túnica azafranada, y para desviar la atención de la envidiosa Hera, imitaba con los labios llenos de ecos la voz femenil. Ceñíase un perfumado velo en torno a sus cabellos, vistiendo un elaborado peplo de mujer[35]. Y se ponía en la mitad del pecho un ceñidor y en la línea de su seno [***][36] un cinturón de doncella. Y cual si fuera un virginal lazo, se ajustaba una trencilla púrpura alrededor de su talle.

Mas en vano fue su estratagema, pues desde lo alto Hera se dio cuenta, al hacer girar sus omnividentes ojos por doquier, espiando las cambiantes metamorfosis de Lieo. Entonces Bromio montó en cólera contra los guardianes del dios, y tras recibir de la Oscuridad[37] un ramo de engañosas flores de los prados tesalios[38], derramó el sueño sobre las cabezas de los hechizados ayos, vertiendo sobre sus cabellos una pócima mágica[39]. Y aplicando la mágica espuma del ungüento maléfico en el rostro de todos ellos, mudó la antigua semblanza humana de su mirada, y apareció en su lugar una faz de grandes orejas. Les salió una cola de caba-

---

[35] Ecos de Hom., *Od.* V 230-2; X 543-5. El peplo era una vestimenta sin mangas, típicamente femenina.

[36] Probable laguna de un verso, señalada por Koechly, por el raro uso de *éballe*, «puso».

[37] *Achlýs,* cf. Hes., *Escudo* 264 ss. Para Nono se trata de una hechicera.

[38] Tesalia era la región hechicera por excelencia (cf., por ej., Tibulo, II 4 56). Nono la menciona en este sentido en XXII 76.

[39] El término griego es *mángana,* que significa filtro o poción mágica, pero también trampa o maquinación. La escena del filtro mágico de Hera, que esparce sobre el rostro de los Feres, parece inspirarse en Apolonio de Rodas *(Arg.* III 846 ss.), y su transformación recuerda a la de Lucio en asno en *El Asno de Oro* (III 24) de Apuleyo, como ha sabido ver F. Tissoni en sus notas a la traducción de M. Maletta, *Nonno di Panopoli. Le Dionisiache- 2: Canti 13-24,* Milán, 1999, pág. 208.

llo erguida de su lomo, que fustigaba las caderas de sus hirsutos portadores.

Surgió además una cornamenta de buey en sus sienes, y los ojos se les ensancharon en el rostro de su enorme cráneo, mientras que en su boca les crecían blancos colmillos de las quijadas y espontáneamente una insólita cabellera que les crecía a través del velludo cuello por la cintura hasta llegar a la punta de los pies.

Doce caudillos guiaban a todos ellos: Espargeo, el danzante Gleneo, con Euribio venía su camarada Ceteo, de raras trazas, a Rifono seguía Petreo. También estaba allí el bebedor Esaco y Ortao, con los que marchaban Anfítemis y Fauno, mientras que con Fanes, de bella cornamenta, llegaba su compañero Nomeo[40]. Y aún se armaba otra raza de Centauros, de extraña naturaleza, los de Chipre, pues cuando Cípride corría como los vientos huyendo de los pasos de su padre, que la deseaba, a fin de evitar convertirse en incestuosa amante de su progenitor[41], su padre Zeus renunció a esta unión, dejando intacta a Afrodita, más veloz, que le rechazaba inaccesible. Así que, en lugar de en el lecho de Cípride, sembró su simiente en la tierra, derramando el líquido de amor del arado que engendra a los hijos. Y la tierra, como recibiera la espuma nupcial del Cronión, hizo brotar de ella una estirpe peculiar de bella cornamenta.

---

[40] Los nombres de los centauros, menos Gleneo, hijo de Heracles, Rifonos, Anfitemis, hijo de Apolo y Fanes, que se llama como la divinidad órfica, también son *nomina significantia* inventados por Nono: «Hinchado», «de gran fuerza», «pétreo», etc.

[41] Nono sigue en esta ocasión la versión homérica del nacimiento de Afrodita, contrapuesta a la hesiódica. Según Homero, Zeus es el padre de Afrodita, pues la tuvo con Dione (Hom., *Il.* V 370-371). Hesíodo, en cambio, sostiene la versión más difundida, según la cual Afrodita nació del semen de Crono, cuando Zeus le cortó los genitales y los arrojó al mar (*Teog.* 188 ss.).

Con estos pueblos llegaron a su vez las Bacantes[42]. Unas desde los desfiladeros de Meonia[43], otras, en cambio, se lanzaron desde la cumbre que se halla sobre las escarpadas montañas de Sípilos[44]. Y las Ninfas de largas túnicas, las Oréades, Ninfas de los montes, de ánimo viril, acudían en tropel, enfervorecidas junto a los guerreros de bello tirso. Unas habían girado muchas veces en torno al poste de la meta de sus muchos años en una vida prolongada[45]. Unas, que habitan cerca de las montañas, son las Ninfas que se cuidan de los rebaños de ovejas, y otras, al abandonar sus boscosos recintos sagrados y las cordilleras de agreste follaje, son las Melias[46], Ninfas de los fresnos, de igual naturaleza y edad que estos árboles. Todas estas comadres se apresuraban hacia el combate; unas golpeaban tambores de bronce, instrumentos de Rea Cibélide, otras, por su parte, llevaban los rizos cubiertos de hiedra enredada. Algunas otras ceñían sus cabellos con serpientes, y en las manos blandían el tirso aguzado. A ellas, en aquel momento, se unieron las intrépidas Ménades lidias en la campaña contra los indios. A toda prisa también, con sabio arte, marchaban las orgiásticas Basárides, las más poderosas, las nodrizas de Dioniso: Egle, Calícore, Eupétale, Ione, la risueña Cálice, Briusa, compañera de camino de las Horas, Silene, Rode, y también Oquínoe; iban también Ereuto, Acrete, Mete, y les

[42] Con las Bacantes comienza el catálogo de las tropas femeninas. Sin embargo, las Bacantes y Basárides no son de naturaleza divina, y por ello se las debía haber citado en el catálogo del canto XIII.

[43] Antiguo nombre de Lidia.

[44] Sípilos es la región fronteriza entre Lidia y Frigia.

[45] Se refiere al poste que sirve de meta en las carreras de carros, en una metáfora temporal según la cual cada año sería como una vuelta al estadio. Cf. D. Gigli, *op. cit.*, págs. 119-120.

[46] Las Melias son Ninfas llamadas con el nombre del árbol que habitan, el fresno (griego *meliē)*, cf. Hes., *Teog.* 187.

seguía su comadre, la rosada Enante junto con Arpe, Licaste, la de pies de plata, Estesícore y Prótoe. La sonriente anciana Trigie, cargada de vino, se armó en último lugar[47].

Por separado cada ejército era conducido ante Baco, pero de todos ellos era el ígneo Irafiotes[48] general tan resplandeciente que se hacía ver por todos. Bailaba hacia el combate, sin escudo, sin blandir la lanza veloz, sin espada al hombro, sin llevar yelmo sobre su cabellera intacta, ni protección de bronce en su cabeza incólume. Tan sólo ceñían los cabellos sin trenzar de su cabeza lazos de serpiente, y una corona pavorosa le enmarcaba la frente. En vez de llevar hermosas y bien labradas grebas hasta el contorno de la cadera, calzaba solamente purpúreos coturnos, y sobre el pecho tenía atada una piel de ciervo cubierta de vello, por lo que tenía el tronco moteado, igual que las estrellas del firmamento[49]. En la mano izquierda sostenía un cuerno labrado en oro, rebosante de gustoso vino, y de tal cuerno escanciador brotaba un torrente del licor que se vertía[50] derecho. En la derecha empuñaba el afilado tirso, estrechado por la vinosa hiedra, y en su parte superior tenía una punta de pe-

---

[47] Más nombres parlantes, por orden, «resplandor», «hermosa danza», «bellos pétalos», «arpa», «cáliz», «floreciente», «lunera», «rosada», «mente veloz», «rubicunda», «vino sin mezclar», «ebriedad», «hoz», «flor de vino», «espinosa», «bailarina», «corredora» y «vendimiadora».

[48] Otro nombre de Dioniso, de oscura interpretación, pero de posible origen cultual (cf. *Himno homérico a Dioniso* III A 2).

[49] Dioniso-Irafiotes aparece vestido con ropas femeninas continuamente en la iconografía. Él es el «forastero afeminado» del que habla Penteo en Eurípides, *Bacantes* 353 (también en Nono, XLIV 134).

[50] Estos versos tratan el *tópos* épico del armamento del héroe, que en el caso de Dioniso no se corresponde con las armas homéricas. Para Nono, Dioniso aparece en la campaña contra los indios sosteniendo un cuerno para beber. No así en Valerio Máximo III 6, 6, que habla de un cántaro.

sado bronce sombreada de hojas[51]. Se ciñó al fin una ventrera dorada en torno a los costados.

Pero cuando Dioniso tomó en el patio de armas de los Coribantes el mando de bien trabajado oro del dios de la guerra, dejando atrás la serenidad del recinto de la danzante Rea, marchó cruzando Meonia. Y junto con las montaraces Bacantes se unían los guerreros a la marcha del dios de los racimos. Unos soldados llevaban sobre un carro mular con hermosas ruedas los retoños de la nueva planta de Baco, y muchas hileras de mulas marchaban acarreando sobre sus lomos ánforas con el néctar de la vid. A la espalda sufrida de los lentos asnos ponían purpúreos mantos y variadas pieles de ciervo. Otros, que eran bebedores de vino, hacían llevar junto a las doradas copas, cráteras de plata y demás utensilios para la mesa.

Los Coribantes vigilaban cerca de la jaula brillante de las panteras, unciendo con las correas del yugo sus cuellos, y confiaban sus leones a los petrales atados con hiedra, estrechando la amenazadora rienda en sus fauces. Un centauro erizado de hirsuta barba puso el cuello de buen grado por sí solo bajo el yugo, tensándolo [***][52] y deseando mucho más que los Sátiros el suave vino, este hombre mitad caballo relinchaba, deseoso de llevar a Dioniso sobre sus hombros.

El dios iba sentado sobre el parapeto de su carro de hermosas ramas y pasó junto a la corriente del río Sanga-

[51] La descripción del armamento de Dioniso se basa en patrones épicos, más cercanos a la épica tardía que a Homero, que sigue un orden ritual en la mención de las armas (cf. QUINTO DE ESMIRNA, I 141 ss.). Nono incluye las llamadas «armas paradójicas», que le caracterizan en contraposición con el armamento normal (casco, escudo y lanza), véase D. GIGLI, *op. cit.*, págs. 135 ss.

[52] Algunos editores marcan una laguna aquí (LUDWICH y LOBECK, que señala otra en el verso 269), pero no parece necesario según COLLART.

rio[53], en torno al valle de la tierra Frigia y atravesó la luctuosa roca de la pétrea Níobe[54]. Esta piedra, como hubiese contemplado la marcha de la expedición de los indios contra Lieo, había pronunciado estas palabras enardecidas con voz humana:

«No trabéis combate con un dios que es el hijo de Zeus, insensatos indios, para que no os vaya a convertir Baco en piedras a vosotros también, como hizo Apolo conmigo. Que no tengáis que lamentar una metamorfosis como la mía, de aspecto rocoso, ni contempléis al yerno de Deríades herido junto a la corriente del río que lleva su nombre, el indio Orontes[55]. La encolerizada Rea es más poderosa que Ártemis la arquera. Huid pues de Baco, hermano de Febo. Me avergonzaría tener que derramar lágrimas por extranjeros, si los indios fueran exterminados.»

Tras decir tales cosas la piedra, de nuevo el silencio la ahogó. El dios de la vid, después de atravesar la cordillera Frigia, entró en la llanura de Ascania. Todos los ciudadanos reunidos, a los que Iobaco había ofrecido su fruto, habían acogido sus misterios y recibían con cariño sus danzas, in-

---

[53] El frigio río Sangario es, según Hesíodo, hijo de Tetis y Océano (cf. Hes., *Teog.* 344).

[54] Níobe, la hija de Tántalo, estaba muy orgullosa de su prole, y afirmó que era mejor que la de Leto. Por ello los hijos de Leto, Apolo y Ártemis, mataron a flechazos a los de Níobe, y ésta se convirtió en piedra de tanto llorar. Se suele localizar esta piedra en el monte Sípilos. (cf. Pausanias, I 21, 3), donde se mostraba a los turistas en época romana una piedra con forma de mujer a través de la cual fluía un manantial, sus supuestas lágrimas.

[55] Orontes, que aparece personificado más adelante como caudillo de los indios, es en realidad un río indio, situado en Siria, entre Apamea y Antioquía (según Estrabón, VI 2, 9, 16). En XVII 229-289 desafía a Dioniso a un duelo, y, tras ser derrotado, se suicida, convirtiéndose en el río que lleva su nombre.

clinando sus cabezas ante el invencible Dioniso, pues deseaban la tranquilidad de una paz sin derramamiento de sangre. Tan grande era el cornudo ejército de Baco, en el que incluso las Bacantes habían vestido las armas para la guerra. El cielo tronó toda la noche, alzando sus ígneas riendas estrelladas para el insomne Lieo, puesto que con un testimonio de fuego Rea le había profetizado una victoria final con una matanza de indios.

Hacia el griterío de la guerra marchó el dios al alba, incitado por la arrogancia de esos hombres de oscura raza, y a fin de liberar el cuello esclavo de los lidios y de los habitantes y ciudadanos de Frigia y de Ascania del yugo de su terrible tiranía[56].

Entonces Baco envió dos heraldos para difundir la consigna de la guerra, huir o luchar[57]. Y emprendió con ellos el camino Pan, el de pies de cabra, que tenía una barba peluda que le sombreaba todo el pecho.

Mas Hera, la de veloces sandalias, tomando la forma de un indio, Melaneo, de crespa cabellera, ordenó a Astraente, el comandante de lanza veloz, que no empuñara el vinoso tirso y que no honrara el grito de guerra de los Sátiros, amantes del vino, sino que entablara una lucha sin cuartel contra Dioniso. Así, pronunció estas palabras para persuadir al comandante de los indios:

«¡Bueno eres si tienes miedo a una débil tropa de mujeres! ¡Al ataque Astraente y, tú también Celaneo[58], a las ar-

---

[56] Dioniso aparece aquí en su faceta de «liberador», en consonancia con su epíteto Lieo. En este aspecto, se asemeja a Alejandro Magno en su campaña contra los indios, en la que los macedonios tomaban el papel de libertadores (cf. Quinto Curcio, III 10 5).

[57] Eco homérico, de los dos heraldos de Héctor (Hom., *Il.* III 116 ss.).

[58] Celaneo («el oscuro», el mismo nombre del Sátiro que aparece en el verso 74) es otro de los generales indios (cf. v. 324), que tendrá un im-

mas, coge el bronce que es capaz de despedazar a Dioniso, portador de racimos, pues un tirso no es comparable a tu lanza! ¡Ea Celaneo, cuídate del enloquecido Deríades, que no te destruya por huir de una insignificante mujer desarmada!»

Y habiendo hablado así, le persuadió poco a poco y la divinidad se sumergió en el Éter. La divina madrastra estaba irritada con el valeroso Dioniso. Entretanto, los heraldos de Bromio partieron hacia su destino, y el insolente Astraente, visible desde cerca, amenazándolos implacablemente, montó en cólera contra los Sátiros de cuernos de toro y contra Pan, deshonrando a los embajadores del dulce Dioniso[59]. Ellos volvieron atrás sus pies con pasos temerosos en huida hacia casa, de vuelta con Dioniso, que estaba ya en pie de guerra. Pues Baco armaba ya a su ejército contra las cohortes enemigas de los indios. No le pasó desapercibida la afeminada armada al oscuro Celaneo, sino que saltando inaccesible pertrechó el ejército de los indios. El osado Astraente, alimentando en su interior un ímpetu feroz contra el enemigo, quedóse en pie junto a las aguas del lago Astácida, para hacer frente a su llegada a Dioniso, el dios de la uva.

Mas una vez que los generales hubieron organizado todas las tropas de los dos ejércitos como si fuera un solo pueblo de opuesta divisa, los oscuros Indios avanzaron hacia la contienda con gran estrépito. Parecían grullas de la Tracia, siempre que éstas huyen del azote del invierno y de

---

portante papel en la batalla de Dioniso contra Deríades (cf. cantos XXVIII y XXIX).

[59] Ésta es la primera embajada de Dioniso a los indios, para intentar evitar la guerra. A ella envía a dos heraldos, siguiendo el modelo homérico y reservando al Sátiro Ferespondo para la siguiente (Ferespondo parte en XVIII 313 ss.). Los indios son retratados como bárbaros que no conocen la justicia (cf. XIII 3). En XXI 200 ss. se desarrollará la segunda embajada a los indios, que es más extensa.

las tempranas lluvias torrenciales y se lanzan en tropel sobre las cabezas de los pigmeos en torno al río de Tetis. Entonces, con su afilado pico, aniquilan esa raza insignificante de estirpe impotente, volando como nubes sobre el cuerno del Océano[60].

Corrían así pues como en éxtasis los soldados de uno y otro lado hacia el estruendo del combate, especialmente los implacables servidores de Dioniso. Avanzaban en torrente las falanges de Basárides[61] y mientras se agrupaban, una de ellas ciñó un lazo serpentino en torno a su cabeza, mientras otra, por su parte, trenzaba su cabellera con hiedra perfumada. Otra a su vez blandía en la mano el tirso de bronce, que causa la locura, y otra aun soltaba el nudo que ataba los bucles de su largo cabello sobre su cuello, como una Ménale[62] sin velo, y sobre ambos hombros hacía batir el viento sus rizos sin trenzar. Entre tanto, otra agitaba el bronce doble de dos aldabones[63], sacudiendo sobre su cabeza los rizos espirales, Otra Basáride, poseída por la fuerza de la locura, batía sus palmas sobre los timbales de piel de buey, de profundo bramido, hacía resonar en sus manos un repique que imitaba

[60] Estos versos, 329-337, son una larga paráfrasis de Homero, *Il.* III 1-6 en los que se compara la carga del ejército como una ruidosa bandada de grullas. Según los griegos, los pigmeos habitaban «sobre el cuerno del Océano» en las legendarias fuentes del Nilo (cf., para el uso de esta expresión, Hes., *Teog.* 789; sobre los pigmeos, Estrab., *Geog.* II 1 9).

[61] Nono distingue los orígenes geográficos de las seguidoras de Dioniso. Las Basárides son de Asia Menor, mientras que las Bacantes son europeas. La diferencia es geográfica más que cultual, aunque se supone que las últimas son recién llegadas al culto de Dioniso, y por ello más desbocadas.

[62] Sinónimo de Ménade o Bacante. Hija del monte Ménalo, en Arcadia, que estaba consagrado a Pan y a Dioniso (cf. Teocr., *Id.* I 124).

[63] Se trata del *rhóptron*, un instrumento de percusión propio del culto dionisíaco, parecido a un pandero con platillos de bronce.

el fragor de la batalla. Así los tirsos se hicieron lanzas, pues oculta entre pétalos de vid estaba la hoja de la lanza broncínea. Había otra Bacante, ávida del sangriento combate, que adornaba su cuello con un collar de serpientes devoradoras de carne cruda, mientras que otra se ponía un velo hecho de piel de panteras moteadas sobre su pecho, y una tercera vestía su cuerpo a modo de túnica con las pieles de variados colores de unos ciervos montaraces, ajustándose la piel de un colorido cervatillo[64].

Otra, por su parte, a un cachorro de una leona de velludo pecho, le ofrecía con toda confianza su pecho varonil, lleno de insólita leche[65]. Había una aún que ató una serpiente enroscada en tres espirales en torno a su saludable regazo, como un cinturón con fauces oculto por dentro, cerca de sus muslos, que siseaba dulcemente, como una espía en vela de la embriagada muchacha y su femenino sopor. Otra de ellas, a su vez, encaminando sus pies sin sandalias hacia los montes, pisando sobre zarzas y cardos de afiladas espinas, detuvo sus pasos sobre un agudo espino. Otra se lanzaba contra un camello de largas piernas, cortó su curvo cuello con el tirso segador, de modo que avanzaba mutilado tropezando sus pies ciegos por el camino, pues el cuerpo sin cabeza del errante camello caminaba con paso vacilante. En un momento, tras topar sus pezuñas con un agujero, cayó boca arriba sobre el polvoriento suelo dando una vuelta sobre sí mismo.

Había una Basáride que encaminó sus pasos hacia los abruptos pastos de bueyes que estaban entre la floresta, y

[64] La *nebrís*, o piel de ciervo que vestían los seguidores del culto (cf. Euríp., *Bac.* 24, 835, etc.).

[65] Estos prodigios de las Bacantes se inspiran en Eurípides, *Bac.* 693-703, especialmente la escena de la Bacante amamantando a las fieras salvajes.

agarrando a un toro enloquecido de su indómita piel, le arañaba con sus uñas terribles hasta desgarrar el recio cuero taurino. Otra, a continuación, le arrancaba todas las vísceras... ¡Si hubieras visto a esa otra doncella descalza y sin velo saltando por entre los riscos! No le aterraba el inaccesible promontorio, ni temía que los riscos del monte arañasen sus pies descalzos[66].

Por doquier, en torno al lago Astácida, caían muertos incontables guerreros de raza india ante el acero de los Curetes. Los soldados rodeaban las falanges de los enemigos, oponiéndoles sus armas e imitando la rítmica danza de los escudos con el paso circular de sus pies. Y mientras tanto, elevando en sus peludas manos una montaña rocosa, se armaba Leneo[67] y arrojaba la puntiaguda cima al enemigo. Una Bacante profirió el grito de guerra, a la vez que una Basáride arrojaba su vinosa lanza, segando las cabezas de muchos hombres de raza oscura con el tirso femenino. Eupétale se pertrechaba para la batalla, y tras atravesar a un valiente soldado con su letal alabarda, lanzó su afilada hiedra de pétalos de vid contra el acero[68]. Estesícore, la de hermosos racimos, se precipitó hacia el tumulto del combate, y con un rugido homicida segó una tribu entera de enemigos, haciendo girar un par de broncíneos címbalos de ronco sonido.

---

[66] Nuevo eco euripideo, el descuartizamiento de un toro en *Bac.* 734-747. Además se alude a otro típico prodigio dionisíaco la llamada *oreibasía*, es decir, cuando los iniciados recorren descalzos y desnudos como animales los montes, poseídos por el éxtasis del dios, sin sentir frío ni dolor.

[67] Uno de los tres hijos de Sileno (vv. 100 ss.).

[68] Nótese el recurso estilístico al *hýsteron-próteron:* primero lo atraviesa y a continuación lanza su pica.

Una gran contienda se desató entre ambos bandos: bramó la siringe, la siringe que alienta la batalla, y resonó el oboe de guerra, junto con las Basárides, que aullaban a su son. Y una vez desatado el fragor de la batalla, el aire, que proviene de Zeus, mugía ennegrecido con tronante estrépito, profetizando la futura victoria de Baco. Una gran multitud se lanzó a la carga. Toda la sedienta tierra se enrojeció con la sangre húmeda y las aguas del lago Astácida corrieron bulliciosas con sangre, sangre derramada de los indios.

Mas el dios que ama la alegría se compadeció del enemigo y derramó el don de la embriaguez en las corrientes de agua. Cambió los níveos torrentes por unas aguas de tono amarillento[69], y el río burbujeó arrastrando las melosas corrientes. Incluso las aguas se embriagaron. Tras esta metamorfosis de las aguas, los vientos soplaron perfumados con la ebriedad recién vertida. [***][70]. Las riberas se ruborizaban. Un caudillo indio que bebió esta agua pronunció maravillado las siguientes palabras:

«Estoy contemplando una extraña e increíble bebida, pues no es como la blanca leche de las cabras, ni es negra como las aguas. No se asemeja tampoco al licor de las laberínticas colmenas, donde se produce la miel con un zumbido de dulce cera. Al contrario, esto tiene un perfume fragante y a la vez hace gozar el entendimiento. Cuando un hombre sediento se abrasa con el aliento del calor y vierte en sus manos un poco de agua, se desembaraza al punto del huracán de su sed ardiente. Así sacia también la miel con más

[69] Con palabras casi idénticas describe NONO el milagro de Cristo del agua y el vino en su *Paráfrasis al Evangelio de San Juan* II 36, paralelo a este verso 413. El poeta recalca la doble vertiente de Dioniso, como dios cruel (410) y compasivo (417) a la par, tal y como apunta ya EURÍPIDES en *Bac.* 861.

[70] KEYDELL ha supuesto una laguna en este lugar (verso 416).

rapidez. Pero, ¡oh gran maravilla!, al beber este líquido, ansío beber de nuevo[71], pues este licor es a la vez más dulce y no engendra la saciedad entre los hombres. Hebe, levanta tu copa y ven aquí con Ganimedes, tu escanciador troyano, servidor de los vasos divinos, para que llene cráteras enteras de este río dulzón para Zeus[72]. Venid amigos, y gustad de este meloso manantial. Desde aquí puedo ver la imagen de los cielos, pues aquello que llaman el licor de Zeus, néctar del Olimpo, burbujea espontáneamente en las corrientes terrenales de las Náyades.»

---

[71] De nuevo, se insinúa aquí un paralelismo con los dogmas cristianos. Esta agua de la que se maravilla el indio, pues bebe y bebe pero siempre ansía beber más, nos recuerda al *agua viva* del *Evangelio* de San Juan (IV, 9-15), que Nono recrea en su *Paráfrasis* IV 61 ss., tal y como ha visto Tissoni en, M. Maletta, *op. cit.*, pág. 216, n. 48.

[72] Hebe y Ganimedes son los dos escanciadores del Olimpo. (cf. XIX 214-8).

CANTO XV

SUMARIO

— Batalla del lago Astácida (cont.), vv. 1-168: Embriaguez del ejército indio al beber el agua transformada en vino, vv. 1-86. Derrota de los indios, adormecidos por la embriaguez, vv. 87-168.
— Historia de Nicea e Himno, vv. 169-422: Retrato de Nicea, vv. 169-203. Retrato de Himno, vv. 204-219. Pasión de Himno por Nicea y requiebros de desamor, vv. 220-289. Desprecio al amor de Himno y muerte de éste, vv. 290-369. Luto de la naturaleza por la muerte de Himno, vv. 370-394. Canto fúnebre por Himno, vv. 395-422.

EN EL DECIMOQUINTO CANTARÉ A LA VIGOROSA NICEA, LA CAZADORA DE ROSADOS BRAZOS, QUE DESPRECIA LOS AMORES

Y tras hablar de esta forma, se formó una nube de indios de caras tostadas en torno a la corriente del río de melosas aguas [1]. Entre ellos, uno que se acercó a las aguas, plantó sus dos pies sobre el légamo, y apoyándose allí, se hundió hasta la cintura, mojándose el ombligo en la corriente. De tal guisa, inclinado hacia delante, con la espalda doblada, extraía aquel agua de gustosas gotas formando un cuenco con las manos. Otro indio que estaba junto al manantial, poseído por una abrasadora sed, sumergía su prominente barba entre las olas rosadas, tras extender su pecho a lo largo de la ribera del río para sorber con sus labios entreabiertos el licor de Baco. Otro más, encorvándose hacia delante, acercaba su boca a la vecina fuente, y apoyando sus ágiles manos sobre la tierra arenosa, recibía con labios ávidos las aguas que inspiraban aún más sed.

[1] A continuación, tras el elogio del vino por parte de uno de los indios, con el que se cerraba el canto XIV, Nono hace un elenco de las formas de beber y de los efectos de la embriaguez. Cabe destacar el uso de *nephelēdón* «nube», un *hápax* en Nono.

Algunos otros sacaban en copas hechas de arcilla el vino, usando el fondo partido de un ánfora de dos asas. Un gran enjambre de soldados bebió de la rubicunda corriente, vaciando en jarras de hiedra una gran cantidad de agua de aquel río, con rústicas copas de pastores. Y como los enemigos comenzasen a vomitar por efecto del vino con las mandíbulas desencajadas, se veían a sus ojos dobles las montañas, y les parecía contemplar a través de sus párpados un río con aguas gemelas. La corriente del río de vino sin mezclar canturreaba haciendo burbujear su blondo manantial de ebriedad y las riberas perfumadas vomitaban caudales de dulce vino.

Aquel río de puro vino embriagó totalmente a los enemigos[2]. Entonces, uno de los indios, turbado por el insensato dardo de la embriaguez, se lanzó hacia un rebaño que estaba junto a la maleza de hermosos pétalos[3]. Sacó a rastras a un peligroso toro encadenado con sus osadas manos, en la creencia de que había atrapado por los cuernos gemelos a Dioniso transformado en toro, unciéndole el yugo servil. Otro soldado, que sostenía la afilada quijada de una hoz de acero, le cortó el cuello a una cabra montañesa, que murió a manos de la cortante podadera, como si estuviera segando la garganta de Pan, el de hermosa cornamenta, con el bronce de uñas corvas. Otro aniquiló un rebaño de astados bueyes, como si en realidad estuviese exterminando la estir-

[2] Este pasaje, que describe la embriaguez de los indios, que masacran a los animales salvajes que encuentran en su camino, está sin duda inspirado en la descripción que hace Eurípides de los ritos de las Bacantes en el Citerón (cf. Eur., *Bac.* 918 para la visión doble, 615 ss. para la captura del toro, etc.).

[3] Los indios, en su locura, atacan un rebaño creyendo que es el enemigo, tal y como hace Ayante (cf. Sóf., *Ay.* 62 ss.). También Penteo, en las *Bacantes* de Eurípides, 618-622, captura a un toro tomándolo por Dioniso, escena que Nono recrea en XLV 216 ss.

pe de aspecto taurino de los Sátiros. [Tras saltar sobre la raíz de un árbol viejo, extrajo un brillante tallo nuevo de untuoso olivo, empapándose de su goteante licor, como si estuviese arrancándole la barba a Marón empapada de gotas de vino][4].

Perseguía aún otro indio a un grupo de ciervos de prominente cornamenta, tras descubrir la traza multicolor de su cuerpo moteado, pues creía dar caza a las tropas de Basárides. Su vista era engañada por el parecido entre las pieles de los ciervos[5]. Manchado su pecho con los chorros de sangre, el cetrino indio se tiñó del cruor que le salpicaba. Alguno llegó a tomar sus armas a grandes voces contra un árbol cercano, golpeándolo por ambos flancos, convencido de que las hojas movidas por las brisas primaverales eran cabellos. Así segaba las ramas de su cumbre de dulce cabellera, pensando que cortaba con un cuchillo la rizada madeja de Dioniso, el de cabellera sin trenzar. Combatía pétalos en vez de hacer frente a los Sátiros, pues obtenía un placer estéril con aquel vano triunfo ilusorio.

Aun otra escuadra de enemigos había enloquecido. En vez de lanza, uno empuñaba un tambor de profundo sonido, y se lo colgaba a los hombros con una correa. De esta forma hizo sonar una doble cadencia, sacudiendo con golpes alternos el bronce contra el tambor de piel de buey. Otro milite,

---

[4] Hemos situado aquí los versos 60-63, tras el 39, por tratarse de una interpolación que vuelve al tema de los indios que combaten árboles y animales en su embriaguez, creyendo que son Sátiros, Silenos o Bacantes. Por ello, estos versos se ajustan mejor a este lugar, aunque parecen corruptos, como ha señalado Lind-Rouse en la edición de Loeb, vol. I, pag. 507 (véase bibliografía).

[5] Pues la única vestimenta de las Bacantes es la *nebrís*, la piel de un cervatillo.

turbado por el sonido del bien perforado oboe[6], cayó en el delirio de la danza con los pasos circulares de sus pies. Había otro que se llevaba a sus desacostumbrados labios el loto, y tocaba una canción de armonía dual con la flauta migdonia.

Otros muchos imitaron los saltos de los Coribantes, aquellos que sacuden sus grandes escudos, enloquecidos por el vino que sin remedio priva del juicio, y hacían girar sus pies en danza armada, con puñales, lanzas y yelmos. Y con los golpes alternos de sus manos hacían chocar en un torbellino sus escudos con sus volatineras espadas. Otro de ellos, que había observado con atención los misterios del tíaso[7] de las Musas, saltaba en un remedo del baile de los Sátiros, y había otro que como sintiera un dulce humor y una disposición melómana al oír el sonido de los tambores de piel de buey, arrojó a los vientos su temible carcaj impulsado por la locura.

Un cierto caudillo indio, loco por las mujeres, atrapó por los bucles de su cabellera a una Bacante de altiva cabeza, y la arrastraba a la indomable doncella hacia una unión inexorable. Para ello la aprisionaba contra el suelo, y tendido sobre la tierra desabrochaba su vestido con manos febriles de deseo, incitado por una desatinada esperanza. Y, de improviso, una serpiente que estaba oculta en el regazo de la muchacha reptó con la cabeza erguida y se lanzó contra el cuello del adversario. Trenzó un velo oblicuo en torno a su garganta dando vueltas en espiral y aquel hombre de tez oscura, escapando aterrorizado, olvidó el ardiente dardo del

---

[6] El epíteto «bien perforado» del oboe, se refiere a los agujeros del *aulós* griego, en contraposición con la flauta migdonia del párrafo siguiente.

[7] El tiaso es el cortejo dionisíaco.

deseo no aplacado, pues le oprimía el cuello la presión de un aguijón serpentino.

Y después que los indios vagaran ebrios por los montes, un profundo sueño cayó extendiendo sus pesadas alas sobre los ojos vacilantes de los feroces soldados, y les hizo dormir, pues ya tenían aturdido el entendimiento por causa del vino sin mezclar, gracia de Dioniso, padre de Pasítea[8]. Así, uno yacía boca arriba, con la cara vuelta hacia el cielo, respirando con dificultad a causa de la embriaguez a través de su soñolienta nariz. Un segundo reposaba su cabeza cargada sobre una roca, tumbado perezosamente en la pedregosa ribera del río, y canturreaba entre sueños diurnos de desvarío, tamborileando con los dedos sobre sus sienes. Otro compañero, tendido hacia delante, tenía ambas manos apoyadas por igual sobre los muslos, y aun otro se sujetaba la cabeza sobre la muñeca, mientras el vino salía aún burbujeando de su boca. Otro soldado índico, plegando sus curvos miembros como una serpiente enrollada sobre sí misma, se acurrucaba y dormía hecho un ovillo.

Y de esta manera, las tropas del enemigo se arrastraban por todo el frondoso monte: éste dormía bajo una encina, ése bajo el tronco de un olmo, aquél se reclinaba contra un haya, tendiéndose sobre su costado y poniendo la mano izquierda contra su ceñudo rostro, pesado por el vino. De esta suerte, una gran multitud dormitaba como un montón de ca-

[8] Finalmente, tras los variados efectos de la ebriedad entre los indios, el sueño se apodera de ellos. A este respecto, Pasítea aparece aquí por ser la amada de Hipno, dios del sueño, una de las Gracias (cf. Hom., *Il.* XVI 269). Nono convierte a Dioniso en padre de todas las Gracias (cf. XLVIII 555).

dáveres balbucientes, exhalando al aire un irrefrenable alboroto de sonidos carentes de sentido[9].

Había uno que sacudía la cabeza, volviendo su anchurosa espalda contra la raíz de un viejo laurel, y a otro que dormía profundamente sobre un lecho de honda cubierta le abanicaba el soplido de las ramas espirales de una palmera de alta copa o de un olivo preñado. Otro indio se tendió sobre el polvoriento suelo, mientras las puntas de sus pies eran bañadas por la corriente del río. Había otro enloquecido por el poder del vino y su falta de costumbre a tal licor que había recostado su pesada cabeza contra un pino que estaba cerca de él. Y mientras tanto, otro de los indios respiraba entre jadeos y los nervios[10] de su frente se agitaban.

Al ver a sus enemigos durmiendo, habló el soberano Baco con expresión burlona, derramando su imperiosa voz:

«Sirvientes del invencible Dioniso, matadores de indios, aprisionad a todos los violentos hijos de la India, ahogados sin necesidad de batalla, en combate incruento; que sirvan como esclavos a mi Rea[11] y su séquito, agitando el tirso del vino tras hincarse de hinojos ante el poderoso Dioniso; que ciñan los coturnos a sus pies tras arrojar a los vientos sus grebas plateadas y que coronen sus cabezas con mi lazo de hiedra cuando se desnuden de las crines de sus yelmos de

[9] Nono usa curiosas metáforas para señalar los efectos del vino. Así, el indio durmiente es un *lálos nékys* o «cadáver parlante», que balbucea sonidos ininteligibles. (cf. D. Gigli, *op. cit.*, pág. 91, nota 44).

[10] La palabra griega *neûra* señala, ya desde antiguo, los tendones (véase I 511-512, el episodio de Tifón, cuando éste le roba los tendones a Zeus), pero aquí tiene el sentido moderno que se le da al castellano «nervios».

[11] Rea es la madre de Zeus y otros dioses olímpicos, y suele identificarse con Cibeles, la diosa madre. De ahí su relación con Dioniso.

altivos penachos; que entonen el báquico *evohé*[12] en honor de Dioniso, portador de racimos tras abandonar su grito de guerra y el repicar de las lanzas.»

Y tras hablar así, sus sirvientes cumplieron sus órdenes . De tal modo, uno de ellos trenzando una serpiente como lazo en torno al cuello de un enemigo, le arrastraba encadenado con la reptilínea cuerda. Otro sirviente, cogiendo las cerdas laxas de la hirsuta barba de otro indio, le levantaba por su cuello de profundo bramido. Incluso había un sirviente báquico que, extendiendo sus manos sobre la sien de rizados cabellos de otro enemigo, le llevaba arrastrando de la cabellera, como prisionero de guerra sin cadenas.

Otro criado, por su parte, rodeó con un lazo espiral de asfixiante junco el cuello de uno de los indios, tras atarle las manos a la espalda con un trenzado nudo. Mientras tanto, Marón daba vueltas y se sacudía con terrible ímpetu llevando a sus ancianas espaldas a otro indio adormecido, y otro dionisíaco arrastraba a un índico lancero con un lazo de vides en torno al cuello, después de atraparle vencido por el sueño. Le llevó preso hasta el parapeto de un carro tirado por panteras moteadas. Y mientras otro soldado indio dormía pesadamente, la turba que marchaba al son del *evohé* le anudó las manos a la espalda con un lazo irrompible, y le subió a la cerviz de un elefante de rígidas patas[13]. Muchos otros había que tomaban por la bandolera escudos indios de piel de buey y se los ataban a los hombros con la correa.

Algunas Basárides empuñaron el cayado de pastor, al tiempo que, soltando espuma por la boca en una delirante

---

[12] *Evohé* es el grito ritual del culto de Dioniso.

[13] Para los griegos, los elefantes no tenían rodillas, de ahí que Nono hable de «rígidas patas». Según Aristóteles en *Investigación sobre los animales* II 498a8, los elefantes no podían doblar las rodillas a causa de su gran peso.

ola de locura[14], arrastraban con sus manos atrevidas, de los rizados cabellos, a un indio que había descubierto las riquezas del profundo mar, para conducirle a una servil esclavitud. Y a una señal de Lieo, el férreo Erecteo levantó sobre sus inflexibles hombros a un adversario de hermosa armadura. Una rústica Bacante apartó a una fiera de negra tez de su amo, que se tambaleaba embriagado, fustigando las caderas de los elefantes ganados al enemigo. Himeneo, por otro lado, se apoderó de un dorado escudo tras despojar a su portador.

Mientras esto ocurría, el alegre Baco contemplaba con amorosa mirada al muchacho que resplandecía al llevar las armas del soñoliento adversario. El joven lanzó un fulgor dichoso entre sus aparejos de guerra, tal y como hizo Diomedes tras arrebatar las armas del licio Glauco, cuando centellearon sus opulentos escudos[15]. El ejército báquico saqueó a otros muchos soldados enemigos, poseídos por el dulce sueño en compañía del gustoso vino.

Allí había por aquel entonces una doncella armada de corvado arco que habitaba en la desierta floresta, que se crió y floreció entre las Ninfas de Astacia, la hermosa Nicea, una segunda Ártemis, cazadora de liebres, que permanecía ajena al amor e inexperta en las artes de Citerea, dedicada a la ca-

[14] Nono usa con frecuencia la expresión «ola de locura» para expresar el efecto de la *manía* provocada por la divinidad (cf. D. Gigli, *op. cit.*, pág. 101).

[15] Este episodio lo cuenta Homero en *Il.* VI 235, de forma que las armas de Glauco son casi proverbiales para indicar riqueza. Glauco pierde la razón y cambia sus armas por las de Diomedes, de inferior calidad. El beocio Himeneo (cf. XIII 84 ss. y nota) aparece aquí semejante a Glauco en su esplendor, como *eromenês* de Dioniso, que siempre se muestra enamorado de él. Sin embargo, la mención de este episodio es anacrónica, pues la campaña contra los indios sucede antes de la Guerra de Troya.

za de fieras salvajes y a rastrear los montes. No se ocultaba ella en los perfumados aposentos de las doncellas, sino que su único telar era el arco, en su marcha por las montañas y por desiertas llanuras. Siempre en el interior de los bosques, fueron las flechas sus largos hilos, y las recias de la red de caza fueron los únicos telares para esta Atenea montera. Marchaba como compañera de fatigas de la casta Flechadora[16], y en los montes tejía la red de caza con más placer y hábito que los hilos trabajados con arte[17]. Pero nunca alcanzaba con su arco el moteado cuerpo de un ciervo huidizo, ni perseguía a ninguna gacela o liebre, sino que solía flagelar el lomo brillante de los leones de velludo pecho, ciñéndoles la ensangrentada rienda. A menudo alzaba su lanza contra un oso fiero y reprochaba a la Flechadora porque no uncía a su carro sino insignificantes ciervos, habiendo renunciado a la caza de fieras especies, como las panteras jaspeadas o los leones.

Tampoco le importaban los perfumes, y prefería las gélidas aguas que vierten las corrientes cristalinas de un caudaloso manantial a las copas de suave hidromiel. El único e inaccesible hogar para esta muchacha eran las desiertas cumbres con el natural abrigo de una gruta. A menudo después de haber llevado a buen término la cacería diaria se sentaba cerca de las panteras y al abrigo de una cóncava ca-

[16] Ártemis, la arquera, como en 187.

[17] Es un *tópos* habitual de la literatura erótica que los amantes se desentiendan de las ocupaciones más normales, como hace aquí Nicea. Además, su insolencia al descuidar el amor y las labores propias de las mujeres (atributos de Afrodita y Atenea, respectivamente), y al ocuparse de la caza (atributo de Ártemis), recuerda en cierta manera la *hýbris* de Hipólito en la obra homónima de Eurípides. Nicea peca, pues, contra los dioses, y en especial, contra Dioniso, como se verá en el siguiente canto. El retrato de Nicea, además, parece inspirado directamente en el de Cirene (cf. Pínd., *Pít.* IX 18-25).

verna dormitaba al mediodía junto a una leona parturienta. La amable fiera lamía con ceño calmo la piel de la muchacha, con las fauces abiertas, pero sin hacerle daño. Como si fuera un perro manso con fauces temerosas, gañía la recia quijada de la leona que acababa de parir[18], conteniendo sus instintos, pues pensaba que la doncella no era sino la diosa Ártemis. De tal manera, inclinando su cabeza suplicante hacia el suelo, la leona doblaba su velluda cerviz ante la muchacha[19].

Florecía en aquel tiempo un joven pastor de bueyes que había sido criado en los montes, de recios músculos, alto y de lozana juventud. Se llamaba Himno[20], y apacentaba hermosos bueyes en medio de la agreste floresta, muy cerca de los lugares que frecuentaba la doncella. En sus encantadoras manos sostenía el cayado pastoril. Se enamoró perdidamente un día y ya nunca más disfrutó del pastoreo, tal y como le ocurrió a Anquises, el de rosada figura, cuyo rebaño de blancos toros montaraces pastoreó una vez Cipris, agitando en sus manos su cinturón para azuzar a las bestias[21]. El pastor, al contemplar entre la espesura a la pálida

---

[18] La leona madre es de extrema peligrosidad, según atestiguan muchos autores antiguos (cf. Euríp., *Med.* 187; Teócr., *Id.* XVI 21; Ovidio, *Fastos* V 177 ss.).

[19] Creyendo que es la diosa Ártemis, en su faceta de *pótnia thērôn*, señora de los animales, la leona se inclina ante ella.

[20] Personaje desconocido, acaso de nombre parlante *(hýmnos)* que puede hacer referencia a un himno epinicio dedicado a la fundación de la ciudad de Nicea.

[21] Del troyano Anquises se enamoró la diosa Afrodita (véase *Himno Homérico a Afrodita* 53 y ss.) y, tras unirse a ella, nació Eneas, protagonista de la *Eneida* de Virgilio (cf. I 617), tal y como cuenta Homero en *Il.* II 820, o Apolodoro en *Bibl.* III 12 2. Esta es la única alusión en Nono a esta historia de amor. El cinturón bordado del que habla es el «cesto» *(kestón)*, atributo de Afrodita.

muchacha cazando, perdió todo cuidado por su rebaño de bueyes[22]. Así, sus terneros abandonados pacían vagando por si solos en las vegas, privados de su antiguo amo, que sufría de mal de amores. La ternera marchaba errante por las colinas en busca de su patrón. Pero el joven boyero deambulaba de un lado a otro para contemplar las rosadas facciones del virginal rostro.

Con malicia incitó Amor al pastor enamorado, turbándole con su irresistible dardo. Como se lanzase a la caza la doncella entre los riscos por caminos infranqueables, todas sus ropas se hinchaban al viento con una ligera brisa, y su cuerpo resplandecía de hermosura. Sus blancos muslos brillaban y se ruborizaban sus tobillos, como lirios los unos, como anémonas los otros. Aparecían sus níveos miembros como un prado rosáceo[23], y el joven, llevado por el deseo, miraba de forma insaciable contemplando la visión completa del borde de sus muslos [...][24]. Agitaba los bucles de su cabellera el viento, que elevaba ligera a ambos lados de la cabeza, y al levantarse sus cabellos relucía su cuello desnudo con blanquecinos destellos[25].

---

[22] Lo que sigue es un *tópos* bucólico, el enamorado pastor abandona sus quehaceres, y los rebaños vagan solos por los montes (cf. Teócr., *Id.* XI 12-16).

[23] Todas estas flores son sugerentes desde el punto de vista erótico en la descripción de la belleza de Nicea, pero más aún la palabra *leimṓn*, «prado», que tiene claro doble sentido, de índole sexual, ya que se usaba en griego antiguo para designar el órgano sexual femenino. Para las connotaciones sexuales en Nono, véase J. Winkler, *In Pursuit of the Nymphs: Comedy and Sex in Nonnos' Tales of Dionysos*, Texas, diss. Univ. of Texas, 1974, págs. 24-25. Para las metáforas sobre la unión sexual y el cuerpo humano, véase Gioli, *op. cit.*, págs. 21-31.

[24] Texto corrupto.

[25] Eco de Ovidio, *Met.* I 527-530, referido a Dafne.

El joven que erraba por los montes perseguía sin cesar a la muchacha, ora tocaba sus redes o tentaba su arco, ora espiaba a la encantadora muchacha cuando extendía sus rosados dedos para lanzar su venablo de amores. Y si entonces, al disparar, tensaba su arco con la cuerda y su mano quedaba desnuda, con torva mirada el joven se escondía y espiaba con detenimiento los blancos brazos de la muchacha arquera.

Y dirigiendo hacia ella su mirada de nuevo, consideraba si Hera tenía los brazos tan pálidos como Nicea y esforzaba sus ojos hacia la caída de la noche para ver quien era más blanca, la muchacha o Selene[26].

Y el joven que albergaba en su corazón la herida del amor[27], ya estuviera cerca o lejos de Nicea, no dejaba de pensar en ella: de qué forma había lanzado ella sus flechas hacia un oso de las montañas; cómo había estrangulado con sus propias manos el cuello de un león, rodeándolo con ambos brazos en un nudo que dejaba huella; de qué manera, tras sudar de nuevo por sus fatigas, se había lavado en la corriente de un manantial dejándose ver a medias y aún recordaba así más sus vestiduras cuando el viento furioso las azotaba y las levantaba hasta el ombligo, y, desnudando la flor de su hermosura, hacía florecer su cuerpo[28]. Y como

---

[26] Hera es proverbialmente pálida. Su epíteto homérico, que aparece aquí es «la de blancos brazos» *(leukṓlenos)*. Cf., por ej., Hom., *Il.* V 711, 767, etc. También se aplica a Helena de Troya o a Andrómaca.

[27] La herida del amor es un lugar común en la literatura griega (cf., por ej., Euríp., *Hip.* 392; Calim., *Ep.* XLVI 10; Teócr., *Id.* XI 15, etc.). Aquí, Nono usa la palabra *hélkos* como en el pasaje citado de Teócrito, en el que sin duda se inspira. En el verso 324, *ōteilḗ*, y muchas otras palabras a lo largo de las *Dionisíacas*. Un buen estudio de este *tópos* puede hallarse en D. Gigli, *op. cit.*, págs. 41-45.

[28] Este pasaje parece estar basado en Apolonio de Rodas, cuando describe la pasión de Medea por Jasón (Apol. de Rod., *Arg.* III 453-456).

conservase aquel recuerdo, rogaba a los dulces vientos para que una vez más levantaran su túnica de hondos pliegues.

El joven incansable, junto a su bien conservado rebaño, contemplando a la muchacha de altiva cabeza que cazaba fieras a su vera, pronunció con voz llena de deseo las siguientes palabras:

«¡Ojalá fuera yo una flecha, una red o un carcaj! ¡Ojalá fuera yo una flecha matadora de fieras para que me lanzase con manos desnudas! Aún más, ojalá fuera una cuerda de su arco bien tensado hacia atrás, para poder estar junto a sus níveos pechos, sin su casta ventrera. —¡Oh, sí, mi ternero, sí, mi vaquilla, sin su casta ventrera!— ¡Ay, muchacha, tú llevas una flecha feliz, pues tus dorados dardos son más felices que Himno el boyero, porque pueden tocar tus manos que destilan amor! Deseo tus dulces redes sin voz, y no sólo me arrebata la pasión por tus redes, sino que también anhelo tu arco y tu inerte carcaj.

¡Ojalá ella refrescara su cuerpo hoy a mediodía en esa fuente encantadora, pues así podría ver a la muchacha de altiva cabeza —sí, vaquilla mía, sí, ternero— sin su odiosa túnica! ¿Es que nunca te has compadecido de mí, Citerea, que me encuentro en tal apuro? [¿Por qué te enojas con un pastor?][29]. No conozco Trinacria[30] ni a su cornado rebaño, ni pastoreo a los bueyes de Helio por estas montañas, y mi padre nunca desveló tus secretos amoríos con Ares. ¡Oh,

[29] El texto entre corchetes corresponde a una conjetura de KEYDELL, a partir de los restos de un verso en el papiro Π, y de la similitud del contexto con XXXIII 310-312.

[30] Isla en la que guardaba sus bueyes y ovejas sagradas Helio, quien contó a Hefesto el adulterio de Afrodita y Ares (cf. HOM., *Od.* VIII 271; XII 127, ss.). Himno se pregunta por qué se ha ganado el odio de Afrodita, que no le concede el amor. Todo el discurso del pastor se inspira en el *Idilio* XX de TEÓCRITO.

doncella, no me rechaces porque llevo a mis bueyes a los pastos, pues no son sino pastores los que pueblan los lechos de los inmortales. El rosado Titono fue el pastor por cuya belleza la Aurora portadora de la luz detuvo su carro, a fin de poder raptarlo. El mismo copero de Zeus era un pastor de bueyes, y a causa de su hermosura, Zeus, el de alas altivas, le elevó por los aires con sus cuidadosas garras.

Y tú, ven aquí, lleva los bueyes conmigo, tú serás la nueva Selene, y yo el nuevo Endimión con mis bueyes[31]. Arroja al suelo tus flechas y toma el cayado para que se pueda decir de ti: 'Citerea apacenta los bueyes de Himno el pastor'».

Así dijo, e imploró aferrado a sus rodillas con manos locas de amor. La siguió al punto, y temblando al dirigirse a ella por efecto del dardo de amores, le reprochaba su silencio. Y una vez hubo reunido suficiente valor, tomó el pastor las armas de Nicea para pretender un legítimo amor conyugal. Blandió su recia lanza, y bajo un aguijón de deseo más hirientes, cogió también el dulce carcaj de la muchacha, que se irritaba más y más, mientras besaba sus ligeras redes y sus dardos inertes, estrechando contra sus labios gozosos una flecha manchada de sangre, que apoyaba contra su pecho, apretándola febrilmente en sus manos[32]. De tal suerte, pronunció estas palabras con voz casi inaudible:

---

[31] Nono describe diversos ejemplos de pastores raptados por dioses. Titono, cuyo mito se narra en XLVIII 666 ss. (también en Hom., *Il.* XI 1 y Hes., *Teog.* 984), era hijo de Laomedonte, rey de Troya, y fue el amado de la Aurora. El copero de Zeus es, evidentemente, el bello Ganimedes, que fue raptado mientras apacentaba su rebaño (cf. Apolod., *Bibl.* III 141). Endimión es el amado de la luna, Selene (cf. Teócr., *Id.* XX 37 ss.). Este pasaje se inspira en Teócrito (*Id.* XX 34 ss.), que trata todos estos ejemplos, e indirectamente en Ovidio (*Her.* 16).

[32] Destaca esta especie de «fetichismo» que siente Himno por los instrumentos de caza de su amada, y tiene un paralelo interesante en la

«Por Afrodita Pafia, hablad de nuevo árboles, como en tiempos de Pirra y Deucalión[33]. Censurad a esta muchacha insensata. Y también tú, querida Dafne, emite tu arbórea voz. ¡Ojalá la hermosa Nicea hubiera vivido en tiempos pasados! Entonces Apolo habría perseguido por ser la más deseable, y Dafne no se habría convertido en árbol[34].»

Y así habló. Al momento, junto a la casta niña entonó una melodía amorosa con la siringe, como testimonio de su dolor. Pero la muchacha le replicó, burlándose del pastor:

«¡Pero qué hermoso Pan tenemos aquí, tocando esa canción pafia con la siringe! Muchas veces cantó al amor, mas nunca consiguió casarse con Eco[35]. ¡Ah, cuantas melodías entonó también Dafnis el pastor! Pero tras la tonadilla, la doncella se ocultó en unos riscos sin hollar para huir de las canciones del pastor. ¡Ah, cuantas canciones escuchó Dafne del melodioso Febo sin regocijarse en su corazón![36]».

---

novela amorosa de Longo, *Dafnis y Cloe* (I 24, 2-4, cuando Dafnis besa la corona y la siringa de Cloe), y en el *Arte de Amar* de Ovidio (II 189).

[33] La Edad que representan Pirra y Deucalión se remonta al diluvio de Zeus, en lo que representa la versión helena del diluvio universal. Deucalión, hijo de Prometeo, fue el único que se salvó, junto con su esposa Pirra, del diluvio con el que Zeus decidió exterminar a los hombres, harto de sus crímenes. Deucalión engendró a Helén, ancestro de los griegos.

[34] Los amores de Dafne y Apolo han sido inmortalizados muchas veces por el arte. Apolo se enamoró de la ninfa Dafne, una doncella cazadora que también rechazaba el amor. Perseguida por Apolo, rogó a su padre, el Tesalio río Peneo, que la salvase., y éste la transformó en laurel (cf. Ovid., *Met.* I 452 ss.; Partenio de Nicea, *Sufrimientos de amor* 15).

[35] Los amores de Pan por la doncella Eco, nunca correspondidos, tuvieron un trágico final cuando ésta fue despedazada por unos pastores enloquecidos por el vengativo Pan. A partir de entonces, su voz se oye por doquier.

[36] No confundir a Dafnis con Dafne. Dafnis, pastor y hábil flautista, murió de amores, al no ser correspondido (cf. Teócr., *Id.* I 95 ss). El

Tras decir esto, mostró su terrible lanza al desatinado pastor. Y sin embargo, él, golpeado por el dulce dardo de la amorosa locura, y sin pensar que la Amazona pudiese ser tan implacable, le dirigió estas palabras de desamor, que preludiaron su propia muerte:

«Sí, te lo ruego, dispara tu amado dardo, y mátame con tus níveas manos para darme placer. No le tengo miedo a tu lanza, ni a la espada de una doncella que rechaza el matrimonio, porque deseo que traigan el fin más veloz, para que pueda escapar de la amarga y dura herida de amor, del fuego que se aviva en mi corazón[37]. ¡Ojalá pueda morir, porque ese destino es lo que más deseo! Y si con tu pica me atraviesas también tú, porque ya lo hizo Cipris la arquera —por la diosa Pafia[38]— no me la claves en el cuello, lanza tu dardo contra mi corazón, allí donde se aloja ahora el venablo del amor. Lánzame mejor tu alabarda al cuello, no golpees con ella mi corazón, pues ya no necesito ninguna herida más. Y si te place, sufriré otro flechazo, para que la tierra me oculte y cubra mi herida de fuego después de que el acero me hiera. Mata a este hombre enfermo de amor, que no vacile tu arco, pues tu acero se vuelve femenino cuando tocas tus flechas. Aquí me quedo en pie, como blanco de

mito de Dafne y Apolo, y la metamorfosis de ésta en laurel es más conocido (cf. v. 302 y nota *ad loc.).*

[37] Hallamos aquí el fuego como metáfora del amor y el deseo, junto con la herida de amor (cf. XV 244 y nota), otro recurso literario para expresar el enamoramiento con gran tradición en la poesía helenística (cf. Teócr., *Id.* III 17, y el comentario de D. Gigli, *op. cit.*, «Il fuoco dell'amore», págs. 45 ss.).

[38] La diosa de la isla de Pafos es, cómo no, Afrodita, que habita allí (cf. Hom., *Od.* VIII 363). Tuvo un famoso templo de esta diosa ya en época micénica. Cipris es otro sobrenombre de la diosa que hace alusión a su nacimiento mítico.

buen grado[39], observando con mis ojos dichosos cómo tus dedos centellean entre las muescas de las flechas y estiran a lo largo la dulce cuerda, acercándola a tu rosado pecho derecho. Muero como cadáver de amor deseoso de su destino. No me preocupa la muerte y no temo la nube de flechas, si puedo contemplar tu mano desnuda tocando el arco y la encantadora flecha. Lanza, pues, contra mí todos los dardos de tu carcaj, lanza contra mí todos los dardos asesinos, pues mucho más crueles son esos otros dardos ardientes que ya me han alcanzado.

Y si me matas con tu arco y por fin das paz a mi corazón, muchacha, no quemes mi cuerpo en el fuego ceremonioso, pues no necesito ninguna otra pira. Pero tú, niña, haz tan sólo una cosa sin importancia, derrama sobre mí el suave polvo con tus manos, como postrer favor, para que la gente pueda decir: '¡Cómo le compadeció la doncella que le dio la muerte!'. Y una vez que me haya muerto, no pongas mi oboe ni mi arpa lidia sobre mi tumba, no pongas mi cayado de pastor como testimonio de mi oficio. Clava tan sólo tu dardo mortífero sobre mi tumba, aún bañado en mi propia sangre enamorada. Concédeme aún esta postrer gracia, planta la flor del hermoso Narciso sobre mis restos, o acaso el encantador azafrán, o la amorosa flor de Mílaco y planta también una anémona de primavera, de breve vida, para que proclame a todos mi lozanía de breve florecer[40]. Y si no te

[39] Eco de un epigrama de Posidipo *(Ant. Pal.* XII 45, 1).

[40] Himno se compara aquí con cuatro efímeras flores, aludiendo a los mitos que están relacionados con ellas, pues todas nacen de bellos jóvenes muertos. El de Narciso, y su flor homónima es el más conocido: se enamoró de su propia imagen reflejada en el agua y se transformó en flor. Los mitos relacionados con el azafrán *(krókos)* y la flor de Mílaco *(mílax),* es decir, la zarzaparrilla, son similares. Croco y Mílaco padecieron desamor, y acabaron transformados en las flores que llevan sus nombres (cf. Ovidio, *Met.* IV 283 y *Fas.* V 225 ss.). Por último queda la anémona,

ha engendrado el océano inmisericorde o las montañas, derrama alguna lágrima por mí, tan sólo alguna que llegue a humedecer de rocío el rosado contorno de tu adorable mejilla, y con tu propia mano escribe estas palabras con la fúnebre piedra roja de minio[41]: 'Aquí yace Himno, el pastor de bueyes, a quien mató la virgen Nicea sin concederle la gracia de su lecho, rendid honras fúnebres a sus restos'.»

Y tras pronunciar estas palabras, Nicea montó en cólera. Enloquecida desnudó la funesta cobertera de su carcaj flechador y extrajo un dardo de recto sendero. Rodeó en toda su extensión el curvo cuerno del arco, tensándolo hacia atrás, y lanzó el dardo veloz como el viento contra la garganta del pastor que apenas había acabado de hablar. La rauda flecha ahogó con un lazo irresistible las palabras que aún resonaban.

Mas el pastor moribundo no se quedó sin lágrimas. En efecto, por una parte, la ninfa de las montañas se lamentaba entre reproches a la homicida Nicea, llorando la muerte de Himno, y, por otra, tras salir de su palacio de hermosos torrentes, la ninfa del Ríndaco[42], era llevada descalza por las aguas, estaba totalmente desolada. Las Náyades lloraban e incluso la roca de Níobe[43], que esta cerca de Sípilos, derramaba espontáneamente lágrimas de duelo. La Náyade Abarbarea reprochaba sin cesar a la muchacha, aunque ella misma no había yacido aún en el lecho de Bucolión[44].

---

que nació de la sangre de Adonis, muerto a consecuencia de sus amores con Afrodita.

[41] Las inscripciones fúnebres de las lápidas solían estar pintadas de rojo para hacerlas resaltar.

[42] El Ríndaco es un río que corre entre Frigia y Misia (cf. APOL. ROD., *Arg.* I 1164 ss).

[43] Véase nota 44 del canto XIV. También en XII 79.

[44] Abarbarea, cuyo nombre tiene una etimología transparente, es una Náyade troyana que aparece en la *Ilíada* VI 20 y ss. Se unió a Bucolión,

Venidas de la cumbre del Dindimón[45] y reunidas en el bosque vecino, las comadres de Cibeles censuraban el comportamiento de la ninfa Astácida[46] y entonaban una letanía. Y las hijas del sol sollozaban más desconsoladamente que cuando murió Faetonte[47] cumpliendo su flamígero destino. Y al darse cuenta Eros de que la sanguinaria muchacha poseía un corazón indomable, arrojó su arco al suelo y pronunció un juramento por el carro de bueyes, a fin de someter a la doncella en contra de su voluntad bajo el poder de Dioniso.

Sin lágrimas en los ojos, Rea, la que habita en el Dindimón, soberana madre de Zeus, se afligió por el joven asesinado sobre su carro leonino. Se dolió por la funesta suerte de Himno la doncella Eco, aunque ella misma aborrecía del matrimonio. Incluso los árboles gemían entre susurros: «¿Cómo te pudo ofender tanto el pastor? ¡Ojalá nunca te sean propicias ni Citerea ni Ártemis!».

Vio Adrastea[48] a la muchacha asesina, la vio. Vio Adrastea el cadáver palpitante muerto por el hierro, y mostró el

---

hijo de Laomedonte, y tuvo de él a Esepo y Pédaso, que participan en la guerra de Troya. Además aparece en XL 363.

[45] El Dindimón es un monte situado en Pesino, Frigia, en el que se hallaba uno de los santuarios más antiguos de Cibeles-Rea, la diosa madre.

[46] Pues habitaba junto al lago Astácida.

[47] Se refiere a las Helíades o hijas del sol, que lloraron la muerte de Faetonte (cf. XXXVIII 410 ss.). Para este, que se identifica confusamente en Nono con Hélios, la personificación del sol como astro y como divinidad, véase H. J. Rose, *Mithra-Phaéton chez Nonnos,* París, Leroux, 1932, y más recientemente, P. E. Knox, «Phaethon in Ovid and Nonnus», *Classical Quarterly* (1988).

[48] Adrastea, cuyo nombre significa «la inevitable», «aquella de la que no se puede huir», es una advocación de Némesis, diosa de la venganza (cf. XVI 220-3 y nota).

cuerpo recién muerto a la Ciprogenia[49], lanzando reproches al propio Eros. Junto a la floresta de hermosos pétalos derramó abundantes lágrimas el toro compadeciendo a Himno, lloró también la ternera y se postró tristemente ante el cuerpo palpitante del joven boyero, de modo que parecía cantar:

El bello pastor ha muerto,
Lo mató una hermosa niña.
Una doncella dio muerte
A quien de veras la amaba,
En vez de filtro de amores,
Fatal recompensa diole,
Bañó su bronce en la sangre
Del pastor enamorado
Y extinguió el fuego de amor.

El bello pastor ha muerto,
Lo mató una hermosa niña.
Vistió de luto a las Ninfas,
No ha escuchado a la montaña,
No atendió al olmo y al pino
Que le decían así:
'No le lances la saeta
no mates a ese pastor'.
Aun el lobo llora a Himno,
Se duelen los fieros osos.
Con coraje en la mirada,
Le llora incluso el león.

El bello pastor ha muerto,
Lo mató una hermosa niña.
Buscad otro monte, bueyes,
Otro monte en el exilio,

[49] Otro epíteto de Afrodita, la diosa nacida en Chipre.

Pues mi amoroso pastor
Murió a manos de una niña.
¿Qué nuevos pastos veré?
Adiós mis pastos, adiós
A vuestros lechos silvestres.

El bello pastor ha muerto,
Lo mató una hermosa niña.
Adiós picos y montañas,
Adiós torrentes y Ninfas,
Adiós a vosotros árboles
Tanto Apolo como Pan
Claman tan desconsolados:
El oboe calla indignado,
¿Dónde se halla la justicia?
¿Dónde se encuentra el amor?
Eros, no toques tus flechas,
Que no cante la siringe:
Murió el músico pastor[50].

Y Febo mostró a su hermana Ártemis la sangre enamorada del triste pastor sin culpa, y hasta ella misma lloró por el amor inerte de Himno, si bien ella era ajena al amor.

---

[50] Este curioso fragmento, un *thrênos* o lamento en forma de poesía bucólica, es único en la épica griega, y pone de manifiesto la originalidad de Nono, que incluye en su epopeya ejemplos de los más variados géneros literarios, en un sincretismo insólito. Destaca el estribillo «El bello pastor ha muerto, etc.», con el que comienza cada estrofa, pues es típico de la poesía bucólica (Para ejemplos de este género véanse las obras de Teócrito, Bión y Mosco. Concretamente, para el estribillo, cf. BIÓN, *Canto fúnebre a Adonis* 1 ss.; TEÓCR., *Id.* XXIII 45, etc.).

CANTO XVI

SUMARIO

— Historia de Nicea y Dioniso, vv. 1-405: Pasión de Dioniso por Nicea, vv. 1-145. Desprecio de Nicea a Dioniso, vv. 146-182. Dioniso se queja de amores a su perro, vv. 183-227. Un árbol se burla de la pasión de Dioniso para que cambie de estrategia, 228-249. Nicea bebe el agua transformada en vino y se embriaga, vv. 250-262. Teogamia de Dioniso y Nicea, vv. 263-291. Se aparece el fantasma de Himno a Nicea, vv. 292-305. Pan y un Sátiro envidian las bodas de Dioniso, vv. 306-340. Luto de Nicea por su virginidad perdida, vv. 341-394. Nacimiento de Teleté, hija de Nicea y Dioniso, y fundación de la ciudad de Nicea en su nombre, vv. 395-405.

EN EL CANTO DECIMOSEXTO HE DE CANTAR LAS BODAS DE NICEA, DURMIENTE CONCUBINA DEL INVENCIBLE DIONISO

No quedó sin vengar el crimen del desdichado pastor, sino que el valeroso Eros, tras tomar su arco y su flecha de amor, se armó invisible contra el propio Dioniso, mientras éste reposaba junto a la ribera del arenoso río. La veloz Nicea, sudando tras terminar su acostumbrada cacería por causa de las fatigas de la montería, descansaba su cuerpo desnudo bañándose en un rocoso manantial. No vaciló entonces el flechador Eros, sino que puso la barbada punta de una flecha alada en torno a la cuerda, tensó su arco y acertó de lleno en el corazón de Lieo, enloqueciéndole de amor. Y como viera Dioniso a la muchacha de piel desnuda bañándose en el torrente, una dulce locura turbó su ánimo por causa del dardo inflamado.

Deambulaba por doquier, siguiendo a la muchacha cazadora de liebres dondequiera que fuera. Ora contemplaba extasiado los rizados bucles de su cabellera, cuando iba a la carrera y la movían las brisas, ora acechaba para ver como relucía su cuello desnudo por entre los rizos agitados, despidiendo un fulgor comparable al de la luna. No se cuidaba ya de los Sátiros, ni encontraba ninguna diversión con las

Bacantes. De tal manera, alzando la vista hacia el Olimpo[1], habló con una voz que emanaba deseo:

«Marcharé allá donde se encuentre su dulce cacería, allá donde esté su carcaj, su suave flecha y su arco de mis amores; allá donde se halle el lecho silvestre de la muchacha virgen, perfumado con su fragancia. Tocaré sus redes y sus cercos de caza con mis manos, y también yo participaré en la montería, dando muerte al consabido ciervo. Mas si me despecha como una colérica amazona también a mí, vomitando sus melosas amenazas de mujer[2], tocaré con mis manos las rodillas de tan iracunda muchacha, abrazándome a ellas como un suplicante. Pero no he de empuñar una rama de olivo, porque este árbol pertenece a Atenea[3], la implacable doncella que no conoce el amor. Por el contrario, en vez de esa amarga rama untuosa, seré un suplicante que presente ante la dulce muchacha un racimo de dulces gotas que contenga el fruto del vino.

Y si la niña del curvo arco se disgusta, que no golpee mi cuerpo con su lanza, que no arroje contra mí su dardo homicida, ojalá se comporte bien y golpee mi cuerpo con el cerco de su dulce arco. No me importa que me golpee si así apacigua mi corazón. Y si ella quiere, que agarre mi cabellera con sus delicadas manos, levantando los rizados bucles de

---

[1] Se refiere a una montaña, la más alta de Bitinia, no al Olimpo de los dioses.

[2] Nono emplea a menudo el verbo *ereúgomai*, para indicar que la persona que habla es presa de la ira y «vomita» palabras amenazantes, como se ve también en XVII 318 (cf. D. Gigli, *op. cit.*, pág. 91).

[3] El acto de súplica era en el mundo griego una manera formal de pedir protección. El suplicante, con ramas de olivo en sus manos, se arrodillaba y abrazaba las rodillas de la persona cuya protección pedía, alzando las manos hacia su mentón (cf. por ej., las obras de Esquilo; Eurípides, *Las Suplicantes;* Sófocles, *Edipo Rey*, 1-13, etc.).

mi trenzado cabello[4]. Nunca me apartaré de esta doncella, como si estuviera estrechando con la fuerza de mis manos acaparadoras la mano que me atrapa, y cogiera sus purpúreos dedos con el férreo nudo de los míos, como consuelo de las fatigas que de amor sufro. Pues una muchacha ha arrebatado toda la belleza del Olimpo. ¡Ten piedad Cerne[5]! La Astácida ha florecido como si se tratase de una nueva Aurora de rosáceos dedos, o como si otra portadora de la luz hubiera ascendido al firmamento. En verdad, Nicea es una joven Luna, de inalterable efigie.

Ojalá pudiera yo adaptar mil formas variadas para expresar mi deseo[6]. Si no lo hago es porque me retiene el pudor y el respeto a mi padre. Mas yo también marcharía a través de las aguas de Tiro, transformado en toro que camina sobre las aguas, y llevaría por entre las olas a mi Nicea, a salvo del mar, a modo del novio de Europa. Sin quererlo sacudiría el lomo, y la niña se asustaría, agarrándose con su blanquísima diestra a mi cornamenta. Desearía convertirme en su alado marido para bailar con la ligera muchacha sin derribarla, como también hizo el hijo de Crono con Egina,

---

[4] Dioniso está dispuesto a humillarse, a dejarse arrancar el cabello y recibir los golpes de Nicea con tal de disfrutar de su amor (cf. Tibulo, I 6, 71). Tissoni ha interpretado esta actitud como un cierto «masoquismo» por parte del dios, en M. Maletta, *op. cit.*, págs. 230-1, n. 4-7 (véase también el citado artículo de J. Winkler).

[5] Isla situada en el Golfo Pérsico o más allá de las Columnas de Hércules, según Estrabón, en la que, creían los griegos, habitaba la Aurora (cf. Licofrón, *Alejandra* 18; Diodoro Sículo, III 54, 4; Estrabón, *Geog.* I 3, 2; Plinio, *Hist. Nat.* VI 198 ss.). Chuvin trata de ella en su estudio, *Mythologie et géographie dionysiaque. Recherches sur l'oeuvre de Nonnos de Panopolis*, Clermont-Ferrand, Adosa, 1991, págs. 152-154.

[6] Nono cita a continuación tres aventuras amorosas de Zeus, en las que el dios se metamorfoseó para satisfacer su deseo: las teogamias de Europa (en toro), Egina (en águila), y Dánae (en lluvia de oro).

de tal suerte que tras unirme a ella, engendre a otra águila divina, a guisa de estrella del amor nupcial[7].

Mas yo no he de lanzarle un rayo a mi amante, no, ni tampoco le ofreceré a la novia como funesta dote la muerte de su padre[8]. No he de ofender a la dulce Nicea con su pérdida. Ojalá fuera una extraña ave de bellas alas, pues también mi niña adora los dardos alados. Más bien quisiera para mí la acuátil figura de amor de Dánae, oh, si pudiera convertirme en amante lluvia de oro, sería a un tiempo dote de bodas y esposo, y podría danzar a su alrededor derramando un aguacero de amor con diluvio generoso[9]. Convendría a mi Nicea, la niña de bellos ojos, tener un amante dorado, pues posee una belleza de oro.»

Tales palabras decía con voz extasiada de amores.

Y un día, mientras se adentraba por los prados perfumados, observó que todas sus flores medraban con los mismos colores que la muchacha. Al darse cuenta, pronunció estas palabras hacia los etéreos vientos:

«Heme aquí al fin, Nicea, contemplando tu hermosura en este mismo lugar. ¿Acaso has cambiado tu belleza por la de una flor? Al ver ese rosal de hermosas formas he reconocido tus mejillas. Mas tu rosa florece continuamente, pues tú abrazas la purpúrea anémona, que no cesa de medrar. Y cuando vuelvo mi mirada hacia el lirio, no veo sino tus níveas manos, y al contemplar el jacinto, intuyo tu cabellera de destellos azulados[10]. Acógeme como camarada en tu ca-

---

[7] Referencia a la constelación del Águila, como en la enumeración de VII 117 ss.

[8] El padre de Egina, el río Asopo, fue fulminado por el rayo de Zeus (cf. XIII 217 ss.).

[9] Zeus se unió a Dánae transformándose en lluvia de oro, véase VII 120.

[10] Dioniso hace referencia a tres de las flores con las que se comparaba Himno en el canto anterior, el lirio, el jacinto y la anémona, añadiendo la rosa (cf. XV 352-6 y nota *ad loc.)*.

cería y, si quieres, yo mismo llevaré el peso de tus amenos aparejos, yo mismo cargaré con tus botas de caza, tu arco y tus adorables flechas. No necesito a los Sátiros. ¿Acaso no llevaba el mismo Apolo las redes de Cirene por los bosques[11]? ¿Qué hay de malo si también yo te sigo con las redes? No me ha de fatigar la carga de mi Nicea sobre los hombros, mas no pretendo superar a mi padre, que llevó en forma de toro marino a Europa sana y salva por entre las olas.

¡Oh, rosada doncella! ¿Por qué te place tanto el bosque? Descansa tu cuerpo gracioso, que no fatigue tu espalda el duro lecho silvestre que forman las rocas. Yo seré, si así lo quieres, tu sirviente de cámara, y en tu palacio nemoroso prepararé tu cama y tenderé sobre ella las coloridas pieles de leopardo. Pondré por encima las formidables crines del lomo de mis leones, a modo de velo, tras desnudar mis propios brazos. Gozarás de un dulce sueño envuelta en las pieles policromas de Dioniso. Y por encima de todo extenderé un dosel ideal para ti, hecho de pieles de ciervo migdonio, tras quitárselo a los Sátiros. Y si necesitas perros de caza, yo te ofrezco como sabuesos a mi jauría de Panes, e incluso traeré otros canes desde Esparta, los que crió Apolo Carneo[12] por amor a su mancebo[13]. Llevaré también los dogos

---

[11] La historia de la ninfa Cirene, cazadora de leones, guarda mucho parecido con la de Nicea. Nono parece inspirarse en esta ninfa para el retrato de Nicea. Cirene también aparece en XIII 298 ss. y XXV 180 ss. (cf. la narración de este mito que hace Píndaro en *Pít.* IX 5 ss.).

[12] Advocación doria de Apolo, tradicional en Esparta, probablemente identificada con un antiguo dios local llamado Carnos. Sus fiestas (las *Kárneia)* se celebraban en agosto (el mes *Karneîos),* según atestigua Heród., VII 206; Pínd., *Pít.* V 80, etc. Por otra parte, los perros de caza criados en Esparta gozaban de gran fama, como refiere Jenofonte, *Cin.* X 1, y los sabuesos de los Panes eran elogiados en Calímaco, *Himno a Ártemis* 87 ss.

[13] Jacinto.

de presa de Aristeo, traeré redes y aparejos con regalos apropiados, como las grebas del Pastor y Cazador[14], el cual conoció en otro tiempo tanto el prado de bellos pastos, como las sanas fatigas de la caza. Y si temes el ardor de la sed durante la temporada estival, plantaré sobre tu lecho retoños de viña, para que te embriaguen las perfumadas brisas del vino cuando reposes bajo el dosel cargado de racimos.

¡Oh doncella errante, ten piedad de las mejillas de tu propio rostro que desata el amor! ¡Que el resplandor de Helio no apague los rayos que despide tu cuerpo! ¡Que los vientos no destruyan tus rizos perfumados! Duerme en medio de un campo de rosas y de pétalos de jacinto, recostada tu cabeza junto a un ciprés, para que puedas consagrar un festín en honor de cuatro divinidades a la vez: Febo, Céfiro, Cípride y Dioniso[15].

Yo, tu esposo en la cámara nupcial, podría ofrecerte como botín la estirpe de los indios de cetrina tez, mas, ¿por qué he mencionado esa malvada raza como dote de tu lecho de bodas? ¿Acaso se ha mezclado alguna vez la inmaculada Aurora con la noche oscura? ¡Oh Astácida, tú eres una joven Ártemis! Y lo que es más, yo mismo te he de traer sesenta esclavas bailarinas, tantas como las siervas de la montaña de la diosa flechadora[16], tantas como las hijas de Océano, y ni siquiera podrá superarte Ártemis cuando esté de cacería, aunque ella sea la señora de la caza. Te obse-

---

[14] Se trata de los tres sobrenombres de Aristeo según PÍNDARO, *Pít.* IX 65; y DIODORO SÍCULO, IV 81, 2.

[15] A Febo (Helio), por el sol que les alumbrará; a Céfiro, por el cálido viento de poniente; a Cípride (Afrodita), por el amor que les unirá; y a Dioniso por honrarle con esta unión. Además las tres primeras divinidades están acompañadas por sus plantas simbólicas, la rosa (Cípride-Afrodita), el jacinto (Febo-Apolo) y el ciprés (Céfiro), que han amado en sus mitos.

[16] Las sesenta vírgenes que sirven a Ártemis, la diosa flechadora, son las Oceánides, o hijas del Océano, según CALÍMACO, *Himno* III 13.

quiaré con las Gracias de la divina ciudad de Orcómeno, que servirán a mi propia progenie una vez las haya alejado de Afrodita.

Ea, cautiva tu libérrimo corazón con el amor, y te recibiré en mi lecho tras las fatigas de la caza, para que puedas parecer una Ártemis en los montes y una Afrodita en mi tálamo. Pues, ¿qué habría de extraño si fueras de caza junto a Dioniso el cazador? Si tú también posees el impulso de la lid, como una amazona de curvado arco, habrás de venir conmigo a la guerra contra los Indios, para que puedas convertirte en Atenea en la batalla, y en Persuasión[17] cuando cese el combate. Acepta además, si así lo quieres, el tirso de Lieo, flechador de ciervos, y conviértete en cazadora de venados. De tus propias manos [***][18] y con tu esfuerzo adorna mi carro mular, unciendo al bocado panteras y leones.»

Y mientras de tal guisa hablaba, de cerca perseguía a la muchacha por los montes, diciéndole a voces: «Detente, niña, espera a tu amante Baco.» Y la enojada doncella alzó su vigorosa voz , dirigiendo estas rudas palabras a Lieo:

«Cuéntale esas cosas a otra, a quien guste del amor. Si eres capaz de arrastrar a Ártemis, o a la diosa de ojos albos[19] al lecho nupcial, tendrás a la valerosa Nicea como novia obediente, pues yo soy su compañera. Pues si Atenea rehuye tus bodas, y nunca has podido embaucar la mente de

---

[17] La diosa Persuasión o Peito *(peíthō)* es la compañera de Atenea respondiendo al ideal homérico de vigor en el combate y persuasión en la (Hom., *Il.* XVIII 242) pero puesto en contexto amoroso.

[18] Keydell sospecha que falta al menos un verso tras el 141, en este lugar.

[19] Se refiere a Palas Atenea, pues este es su epíteto homérico, *glaukôpis* «la de ojos albos» o, según otros, «la de ojos de lechuza» (por ej., Hom., *Il.* I 206; VI 88, etc.).

la flechadora Ártemis, no desees el lecho de Nicea[20]. Que no te vea yo tocando mi arco o manejando mi carcaj, para que no tenga que matarte a ti también, como a Himno el pastor de bueyes.

Heriré a Dioniso, el que nunca ha sido herido, y si ni siquiera el acero logra vulnerar tus miembros y el venablo no altera tu efigie, habré de imitar a los hijos de elevado penacho de Ifimedea, y te cargaré de férreos grilletes, exactamente como él le hizo a tu hermano Ares[21]. Después te guardaré dentro de una vasija de bronce hasta que hayan transcurrido doce ciclos lunares y hayas arrojado a los etéreos vientos el aguijón de tu deseo por mí. No toques mi carcaj con esas manos enfermas de pasión. Yo sostengo el arco y tú el tirso. Aquí mismo, en las montañas Astacias, disparo mis dardos contra los jabalíes y los leones, yo, la compañera de fatigas de Ártemis. Vete tú por tu lado, a cazar ciervos con Afrodita por los montes del Líbano[22].

No acepto tu lecho de amor, aunque lleves la sangre del mismo Zeus. Pues si yo deseara un dios por amante, no tomaría a Dioniso, un débil esposo de dulce cabellera, sin armas ni escudo, y de apariencia femenina. El amante para el que se guarda mi cámara nupcial es el famoso señor del arco, o bien el broncíneo Ares. El primero por ser arquero, y

[20] Ártemis, la diosa cazadora, y la belicosa y sagaz Atenea son las diosas vírgenes, y es imposible (además de impío) pretender seducirlas (cf. *Himno Homérico a Afrodita* 7-20). De la misma forma, nadie puede aspirar al amor de Nicea, que es una doncella cazadora y guerrera.

[21] Los hijos de Ifimedea, Oto y Efialtes, apresaron a Ares de tal modo, como cuenta Homero, *Il.* V 385: le ataron con un fuerte nudo, y le encerraron en una vasija de bronce durante trece meses. Nono sigue de cerca este pasaje homérico, aunque él habla de doce ciclos lunares.

[22] En referencia a Adonis, amante de Afrodita de trágico destino que acompañaba a la diosa por los montes del Líbano. En estas palabras, pues, hay una velada amenaza de Nicea a Dioniso.

el segundo por su espada como dote de bodas. Pero ya que no he de aceptar a ninguno de los bienaventurados, tampoco siento el impulso de llamar suegro al Cronión. Busca otra nueva novia que sea más complaciente, Baco, ¿por qué te esfuerzas? Has emprendido una carrera inacabable, como hicieron en su día el hijo de Leto, que persiguió a Dafne, o Hefesto, a Atenea[23]. ¿Por qué corres? Esta carrera es inútil, pues entre los montes son mejores las botas de caza que los coturnos.»

Y habiendo hablado así, escapó de Baco. Pero éste buscaba sin cesar por la fecunda floresta a la montaraz muchacha. Mientras ella se apresuraba, le perseguía de cerca con el ánimo avezado, con un perro que una vez ofreció Pan, el de elevada cornamenta, el criador de sabuesos, como regalo a Dioniso montero mientras estaba de caza. Baco el enamorado, creyendo que su compañero de camino y fatigas era capaz de entender y escuchar, le dijo dulcemente:

«Oh sabueso errabundo ¿pero por qué sigues a Lieo en su caminar, si eres digno de Pan, que te adora? ¿Por qué acompañas solitario a Dioniso cuando persigue a una muchacha? ¿Acaso te adiestró tu dueño para compadecer a los enfermos de amor? Sigue buscando a nuestra niña, y no dejes a Baco vagabundo solo por entre los riscos y las montañas. Sólo tú te apiadas de mí y me acompañas como una persona por las colinas de la escarpada floresta que habita la errante doncella. Esfuérzate por tu amo, porque te concederé una gracia en pago a tus labores. Te conduciré al firmamento y te convertiré en un astro, como Sirio, la estrella de

[23] Apolo, el hijo de Leto, persiguió en vano a Dafne, que se transformó en laurel para huir de él, como cuenta Nono en II 108 ss. (cf. también Ovidio, *Met.* I 452 ss.; Partenio de Nicea, *Sufrimientos de amor* 15). Atenea rechazó a su vez a Hefesto que intentó unirse a ella. Su semen cayó sobre la tierra y engendró a Príapo (cf. Higinio, *Fab.* 166).

Maira, poniéndote cerca de la estrella del primer can[24], para que tú también puedas ayudar en la vendimia de la vid, iluminando con tu brillo los viñedos de Ilitía[25]. ¿Por qué no elevar al firmamento un tercer perro? Pues también brillas tú como compañero de camino cuando la estrella de la liebre se pone en marcha. Y si acaso fuera lícito, repróchale a la casta muchacha y apiádate de mí, volviendo tus ojos de través hacia el espeso bosque de Cibeles, porque esa mujer aún me rehúye, a mí, un dios que la pretende. Y repróchaselo también a Adonis y a Citerea, persigue a la inconstante Eco, errabunda en los montes, para que no inspire a la muchacha un odio aún mayor al himeneo. No abandones a tu Pan, que anda enfermo de amores tras la muchacha, para que no vaya a atraparla y uncirla el yugo de una unión forzada. Y si acaso ves a la doncella, vuelve raudo para anunciarlo a Dioniso con tu silencio acusador, o tus ladridos certeros. Sé mensajero de amor y que algún otro perro persiga jabalíes o leones entre los riscos.

---

[24] Dioniso promete elevar a su perro al firmamento como tercera estrella, cerca de la Canícula (estrella del pequeño perro) de Sirio, que marca el momento más caluroso del verano, y de Proción, el primer o gran perro (en la constelación de Orión). La Canícula marca la estación de la vendimia. Por otro lado, Maira, aquí, se refiere a la historia de Icario y Erígone, que narra Nono en XLVII 34 ss. Dioniso, al llegar al Ática, enseña el cultivo de la vid a Icario, en agradecimiento a su hospitalidad. Pero los agricultores se embriagan y le dan muerte. Maira, perro de Icario, encuentra su cadáver, y su hija Erígone se ahorca. Todos ellos son elevados al firmamento en forma de estrellas: Icario como el boyero, Erígone como la virgen, y el perro como Proción. Se trata de un típico mito sobre la llegada de Dioniso y el aprendizaje del cultivo del vino (cf. W. F. Otto, *Dioniso* 65-7).

[25] Ilitía es la diosa de los partos, que es invocada cuando una mujer va a dar a luz. Aquí se relaciona también con la fertilidad de los campos. Nono usa el verbo *akontízō*, para la acción de la estrella, que ilumina lanzando sus rayos como picas (cf. D. Gigli, *op. cit.*, pág. 182).

Querido Pan, te proclamo el ser más dichoso, porque tus perros son también sabuesos del amor. Y tú, Fortuna[26] multiforme, tú que juegas con la raza humana, compadécete, todopoderosa. Además de la estirpe de los hombres, también gobiernas sobre la de los perros, puesto que este infortunado vagabundo sirve a Lieo, cuitado de amores, tras haber ayudado a Pan. Reprochadle a esa muchacha, queridos árboles, y decid vosotras, piedras: 'incluso los perros se apiadan y no perdonan a la amazona.' Resulta que también existe juicio en los canes, a los que el Cronión concedió el humano entendimiento, pero no les proporcionó voz como a los hombres[27].»

Así decía, junto a un árbol, y a través de su capa de hermoso follaje, un viejo fresno[28] escuchó la voz enamorada de Dioniso y le replicó con voz desdeñosa:

«Otros dueños de perros cazan por estos lugares con la flechadora Ártemis, Dioniso, pero tú eres un cazador de Afrodita. ¡Vaya un cazador, que se asusta de esa niña virginal de suave piel! Baco el valiente suplica y mendiga por un poco de amor. Con sus manos matadoras de Indios le ruega

---

[26] La diosa Fortuna *(týchē)* tuvo un culto muy importante en edad tardía, llegando a ser asimilada a Némesis-Adrastea (cf. XV 392). En cuanto a la invocación a Pan como experto alcahuete, véase A. Villarrubia, «Nono de Panópolis y el magisterio amoroso de Pan», *Habis* 30 (1999), 365-376.

[27] Nono hace referencia aquí a una cuestión muy debatida por los filósofos de la Antigüedad, la inteligencia de los animales. Ya Anaxágoras afirmaba que todos los animales poseen entendimiento (fr. 101 Diels-Kranz), y Plutarco escribió un breve tratado sobre el tema, *Acerca de si los animales tienen entendimiento,* manteniendo esta tesis *(Moralia* 959a-971e).

[28] Los fresnos están habitados por las Melias, o Ninfas de los fresnos, nacidas de la sangre de Urano. Tienen un carácter belicoso por ello, pero, en cuanto que divinidades de la vegetación y la naturaleza, todas las Ninfas se muestran como aliadas de Dioniso en la obra de Nono.

a tan débil doncella. Tu padre no sabe del amor de persuasivas palabras nupciales que conducen al himeneo a una doncella convencida. El nunca imploró a Sémele mientras la cortejaba. Nunca sedujo a Dánae para arrebatarle la virginidad. Tu conoces la historia de la mujer de Ixión, que fue raptada por Zeus, y su boda entre caballos, aquel hípico himeneo. Has oído sin duda hablar del gracioso rito de amor de Antíope y el risueño Sátiro, su amante de híbrida apariencia[29].»

Y así habló, burlándose de las tímidas intenciones de Baco, y al punto se introdujo en un árbol de su misma edad. Mientras tanto, Dioniso perseguía sin cesar entre las colinas a la enfurecida muchacha, con pasos guiados por su loco deseo, y la amazona de veloces sandalias avanzaba sin pausa por las inaccesibles rocas, ocultando su rostro al acechante Lieo.

Pero los dulces labios de la muchacha se secaban de sed, puesto que Faetón fustigaba su piel con su fuego abrasador, y la niña, ignorante del engaño preparado por su enamorado Dioniso, se fijó en el agua blonda de un río de puro vino y bebió de su dulce corriente, de la que también habían bebido los indios de oscura tez. La cabeza le dio vueltas y bailó en su embriaguez. Agitaba su mareada cabeza de un lado a otro y al volver la mirada le parecía contemplar dos lagos de anchurosa cuenca. Veía el dorso de la colina fecunda en fie-

---

[29] Nuevo catálogo de los amores adúlteros de Zeus: Sémele, Dánae y Día. Sémele, la famosa madre de Dioniso, fue fulminada por el rayo de Zeus. Dánae ya ha aparecido en el anterior catálogo (versos 49-70). Día, esposa de Ixión, fue raptada por Zeus en forma de caballo, y de esta unión nació Piritoo. Antíope fue otro de los amoríos de Zeus, que se transformó en Sátiro para unirse a ella (cf. Ovidio, *Met.* VI 110). Eurípides escribió sobre ella una tragedia, de la que hoy sólo hay fragmentos, en la que Zeus se transformaba en hombre (cf. Euríp., *Ant.* fr. 210). De ella tuvo a Anfión y Zeto.

ras como si en realidad hubiera otra más, pues su entendimiento estaba nublado. Y con pies tambaleantes resbaló en el polvo y fue arrastrada de cabeza bajo el ala del inminente Hipno[30]. La muchacha con las rodillas pesadas había sido hechizada por aquel báquico galán.

Eros, compadeciendo a Himno, se la mostró a Baco al verla durmiendo. Némesis se reía al observarla y el taimado Dioniso, con silenciosos coturnos, se deslizó sin hacer ruido con un calculado movimiento de los pies hacia el tálamo nupcial. Acercóse a la doncella y tirando poco a poco de la parte superior del nudo, desató con manos cuidadosas la ventrera que la guardaba incólume, para que el Sueño no abandonase a la muchacha. La Tierra hizo brotar una perfumada retama de plantas en honor a Dioniso. Y elevando ligero un velo de abundantes racimos, cargo con el fruto de la vid un entretejido cobertizo, que proyectaba la sombra de sus hojas sobre el lecho. Una vid de hermosos racimos, que surgió por sí sola rodeó en espiral el tálamo. Y aquí y allí muchos brotes dispersos del fruto rojizo se levantaban desde el suelo hasta cubrirlo entre las brisas del amor. De esta forma se ocultaban Dioniso y Nicea. Un encantador retoño de vid se embriagaba a su vez al entrelazarse con los brotes de una hiedra que se arraigaba sobre la cepa medrada[31].

Fue una unión engañosa, a guisa de sueño de amor, con ayuda de Hipno. La muchacha soñolienta dejó su doncellez

---

[30] Hipno es el dios del sueño, hijo de la Noche, y hermano de Tánatos, la muerte.

[31] Los prodigios de la vegetación marcan esta teogamia o unión entre el dios y la mortal. Las plantas crean un *locus amoenus,* un lugar bucólico, apto para que los amantes se oculten. El esplendor de la vegetación siempre acompaña a Dioniso (véase D. Gigli, *op. cit.,* «La vegetazione», págs. 187-190, y I. Maroni, *Temi vegetali e relativi miti nelle 'Dionisiache' di Nonno di Panopoli,* Milán, 1993).

atrás, y contempló al sueño como guía de Eros y ayudante en una unión conseguida mediante la embriaguez. Y el viento que soplaba incesante, con rachas de elevadas sendas, tejió un himno de amor a lo largo del bosque extasiado, y la melodía de este montaraz himeneo, llevada por las brisas, la respondió Eco, doncella de labios pudorosos, la última que cantó después de Pan. Y mientras bailaba sobre la llanura, resonaba su oboe: «Himen, Himeneo»[32] —cantaba— «¡Qué boda más tierna!» decía un pino del bosque. El alma de pastor, lanzándose a través del Éter, aterrorizó a la durmiente doncella con ensoñaciones nocturnas[33]:

«También las Erinias pueden ser galantes, oh doncella de feliz matrimonio. Si huiste una vez de tu pretendiente Himno, ahora te has unido a Dioniso. Has juzgado con malicia, muchacha, pues eres ahora una alcahueta: mataste al que de verdad te amaba y ahora persigues al que no se esposa. Oh doncella, has entregado a tu enamorado Himno un sueño de bronce[34], pero escúchame niña, porque también el dulce sueño ha destruido tu doncellez. Contemplaste riendo la sangre digna de compasión de un pastor caído, y en cambio ahora has visto entre lamentos una mancha de sangre más triste aún, la de tu propia virginidad.»

---

[32] Canción griega de origen desconocido que se cantaba en la noche de bodas.

[33] El alma del pastor se aparece a Nicea. Nono gusta de estas apariciones nocturnas de difuntos, en la línea de la aparición del fantasma de Patroclo a Aquiles de noche en Hom., *Il.* XIII 105 (cf. la aparición del alma de Acteón a su padre en V 416 ss., la visión de Ágave en XLIV 52 ss., etc.). Sin embargo, hay una incongruencia en el relato, pues la aparición es nocturna, aunque la unión de Dioniso y Nicea se produce a pleno sol.

[34] Este «sueño de bronce» es una expresión homérica para la muerte, el bronce simboliza lo eterno y duradero (cf. Hom., *Il.* XI 241).

Y habiendo hablado así, el alma plañidera del amoroso pastor se evaporó como si se tratara de humo sombrío, y sumergióse en el inaccesible palacio del Tártaro, que a todos acoge, celoso del himeneo que Baco había disfrutado a través del vino. Arrancando de las cañas sonoras una melodía de bodas que ocultaba su envidia latente, Pan, el señor de los himnos, entonó una canción de reproche por aquel himeneo forzado. Uno de los Sátiros, loco de amor, que había sido insaciable espectador en el bosque vecino de esta unión secreta, exclamó al ver el lecho de Baco y de su hermosa doncella:

«Cornado Pan, ¿todavía persigues solamente a Afrodita? ¿Cuándo te convertirás en el novio de la ansiada Eco? ¿Cuándo maquinarás un engaño como éste, para que te ayude y te asista en tus himeneos sin novia? Querido Pan, conviértete tú también en un jardinero en vez de ser un pastor, abjura de tu cayado pastoril y abandona sobre las rocas bueyes y ovejas. ¿De qué te sirven los pastores? Despierta y comienza a plantar el vino que conduce al desposorio.»

Y no había terminado aún de hablar, cuando le contestó Pan, el criador de cabras:

«Ojalá mi padre me hubiera enseñado los trucos del vino que consuma las bodas[35]. Ojalá fuera yo el dueño de la engañosa uva, como Baco, pues podría también yo calmar el aguijón inconstante del amor, al ver a la desdeñosa Eco dormida y embriagada. Séame favorable este prado, pues mientras abreve estas ovejas junto a la cercana fuente, Dioniso arrastrará reticentes doncellas al himeneo gracias a su manantial de amorosa corriente, pues él ha hallado un fár-

[35] Este primer verso coincide con un epigrama de CIRO DE PANÓPOLIS (*Antología Griega* IX 136), compatriota de Nono, que comienza: «Ojalá mi padre me hubiese enseñado a pastorear las ovejas de espesa lana...». Sin duda uno de los dos imitó al otro.

maco para el amor, su propia planta[36]. Malditas sean mis cabras, y maldita la leche de mis ovejas, porque ellas no pueden conducir al sueño del deseo o arrastrar a una doncella al matrimonio. Sólo yo, Citerea, estoy angustiado. ¡Ay de mí, Eros! La siringe de Pan ha huido de sus himeneos sin consumar y entona con notas espontáneas el evohé en honor de la reciente unión de Dioniso. Y aún más, Eco responde en consonancia a la melodía de la siringe con su acostumbrada canción. ¡Oh Dioniso, encantador de mortales, pastor de la virginal ebriedad, solamente tú eres dichoso, pues aunque la doncella rehusaba, hallaste el vino como alcahuete y escudero del amor!»

Estas fueron las palabras que pronunció afligido Pan, enfermo de amores, pues envidiaba y deseaba la cumplida unión de Lieo. Y este, una vez consumado el amor y el deseo del lecho que estaba en el camino, se alzó con secreto paso. Al despertar la muchacha, reprochó a la fuente fluvial, encolerizada con el Sueño, Cípride y Dioniso, derramando otro río de lágrimas. Afligida escuchó los restos lejanos de la melodía nupcial, que todavía entonaban las Náyades, y contempló el lecho silvestre, heraldo de los amores del voluptuoso Lieo, ensombrecido por el follaje de las vides y coronado por las pieles nupciales de los ciervos de Dioniso, que anunciaban sus propios himeneos ocultos. También pudo ver su propia ventrera de doncella, humedecida por la unión conyugal. Se arañó entonces las rosadas mejillas y se golpeó los muslos mientras decía con voz lastimera:

[36] De nuevo el tema del amor como enfermedad *(nóson)* para la que existen fármacos o medicinas (cf. Euríp., *Hip.* 40, 205, 269, etc.). El tema del «remedio de amor» aparece ya en Teócrito *(Cic.* 1-4), en el que se inspira Nono para este pasaje. Dioniso ha hallado, sin duda, el mejor «remedio» en la línea de los *Remedia amoris* de Ovidio.

«¡Ay de mi doncellez! Me la robó el licor de Dioniso. ¡Ay de mi doncellez! Me la robó el sueño del amor. ¡Ay de mi doncellez! Me la robó Baco el errabundo. Maldita sea esa bebida traicionera de las Hidríades[37], maldito sea ese lecho. Oh, Ninfas de los bosques, ¿a quién he de reprochárselo? Pues el Sueño, el Amor, el Engaño y el Vino me han arrebatado mi virginidad. Incluso Ártemis ha renegado de su doncella. Pero ¿por qué ni siquiera Eco, la enemiga del matrimonio, me advirtió del todo el engaño? ¿Por qué no me lo susurró al oído el pino, para que no lo oyese Baco? ¿Por qué no me dijo Dafne: 'Doncella, guárdate de beber ese agua dolosa?'»

Así hablaba y derramaba una lluvia de lágrimas sobre su rostro. Unas veces pensaba en clavarse una espada en el cuello, y otras deseaba arrojarse rodando sobre sí misma desde una montaña, para perecer finalmente, cayendo de cabeza en el polvo. Y hubiera hecho desaparecer la bebida de la fuente nupcial, si no se hubiera transformado en blancas aguas cantarinas el licor de Baco, y fuera aún el líquido que libera de las penas. Rogó al Crónida y a Ártemis para que convirtieran los palacios de las Náyades en una corriente seca y polvorienta, y volvió sus ojos sin cesar hacia las montañas, por si pudiera hallar algún vestigio vago del invisible Dioniso, y disparar contra el dios su arco, aniquilando a la vinosa divinidad. Deseó con más fuerza aún destruir con el fuego ardiente todo aquel lecho de racimos. Continuamente lanzaba tempestades enteras de flechas al

[37] Reprocha a las Hidríades, Ninfas de los ríos, puesto que bebió el vino de su corriente, creyendo que era agua.

firmamento, al contemplar en los montes las huellas de Baco, y levantaba su lanza para arrojarla contra cualquier blanco, esperando herir el incólume cuerpo de Dioniso.

Mas en vano le atacaba, pues no le podía alcanzar. Entonces se enfureció con el río y juró que nunca volvería a beber con sus labios sedientos aquel agua seductora. Juró mantener insomnes sus pupilas noche tras noche. Juró que nunca disfrutaría de nuevo del dulce sueño en los montes. Y con los perros guardianes se indignó, porque tampoco ellos atacaron a Lieo, hechizado de amor. Incluso deseó, como solución, ahorcarse de una mortífera cuerda, estrechando su cuello en círculo con un lazo asfixiante, para evitar los reproches jocosos de sus coetáneas. Abandonó a regañadientes el bosque lleno de fieras que siempre había frecuentado, demasiado avergonzada de mostrarse a la Flechadora tras pasar por aquel lecho.

Como estaba llena de las gotas de la divina simiente de Lieo, portaba en su vientre la gravidez del embarazo. Y cuando llegó el momento del parto, las Horas[38] que calientan la vida asistieron como comadres a este alumbramiento femenino, y como testigos del curso de nueve ciclos de la luna. De aquella unión con Bromio floreció una niña de divino hálito a la que llamaron Teleté, la que siempre disfruta de las celebraciones, una muchacha que danzaba en la noche, siguiendo a Dioniso, y que se deleitaba con las pande-

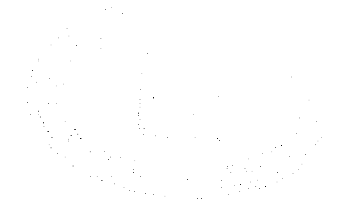
[38] Las Horas son divinidades de las estaciones del año (cf. Hes., *Teog.* 901). Hijas de Zeus y Temis, son normalmente tres, primavera, verano e invierno. Se asocian a Afrodita y en Nono tienen relación con los nacimientos. (cf. I 172).

retas y el doble tambor de piel de buey[39]. Y junto al lago de vino puro alzó el dios la ciudad de Nicea, la de recias piedras[40], llamada así en recuerdo de la muchacha Astacia, y también por la victoria sobre los indios[41].

[39] Teleté, la hija de Dioniso y Nicea, glorifica a la vez al culto de su padre y a la ciudad que se rememora con esta fábula, pues significa en griego «iniciación».

[40] Quizás en recuerdo de las murallas que mandaron restaurar Trajano y Adriano, y que aún hoy existen. Para CHUVIN, en cambio, este adjetivo se referiría más bien a piedras lujosas, como el mármol con el que, al parecer, estaban pavimentadas las calles (cf. P. CHUVIN, *op. cit.*, págs. 152, 315).

[41] Por el juego etimológico entre *níkē*, victoria, y *Níkaia*, Nicea.



CANTO XVII

SUMARIO

— Continuación de la campaña contra los indios a través de Asia, vv. 1-31.
— Historia de Brongo, que acoge como huésped a Dioniso a su paso por Alibe, vv. 32-86.
— Batalla del Tauro, vv. 87-397: Preludio, se reúnen ambos ejércitos, el de Dioniso, vv. 87-96, y el de los indios, con Astraente y Orontes, vv. 97-132. Comienza el combate, éxitos de las Bacantes y los Panes, vv. 133-167. Exhortación de Orontes a los indios, éxitos de Orontes, vv. 168-224. Desafío de Orontes a Dioniso, y duelo de ambos, vv. 225-268. Suicidio de Orontes, y transformación de su cuerpo en río, vv. 269-314. Victoria del ejército de Dioniso y fuga de los indios y su caudillo Astraente, vv. 315-356. Curación de las heridas de guerra con las medicinas de Aristeo, vv. 357-384. Rendición de Blemis y los indios eritreos, que reinarán en Eritrea, vv. 385-397.

EN EL DECIMOSÉPTIMO CANTARÉ LAS PRIMICIAS DEL COMBATE Y LA VINOSA CORRIENTE DEL RÍO QUE DESTILA MIEL

Tras haber hecho presa inmóvil de la estirpe de los indios en el ebrio sueño del vino sin mezclar, Dioniso, sin un sólo rasguño, no volvió a su lucha contra los vientos del olvido, sino que, de nuevo, empuñó su tirso frigio y marchó al combate contra Deríades, el caudillo de altivo penacho, abandonando al olvido el engaño de la niña amazona, su amor cargado de vino y sus soñolientos himeneos [1].

El dios marchaba en cabeza, portando un rayo celeste, heraldo de su estirpe Crónida en su rostro refulgente. En torno al lidio carro de guerra de Dioniso, el matador de Gigantes, se alineaban las cohortes enarbolando sus tirsos y le rodeaban a cada lado sus guerreros. Entre ellos resplandecía y brillaba más que el Olimpo. En belleza eclipsaba todas las cosas, y al contemplarle podrías decir al instante que era el fogoso Helio en medio de sus estrellas dispersas. Y el caudillo de aquel ejército se armó para la guerra sin necesidad de armadura, sin cuchillo ni lanza de fresno que lleva la

---

[1] En estos primeros versos, Nono enlaza perfectamente la historia de la rebelde Nicea con la guerra contra los indómitos indios, a los que asimila, comparando la ebriedad que ha provocado en todos ellos, y su común suerte, ser sometidos por el dios-héroe.

muerte; y en vez de bronce tenía una lanza irrompible hecha de hiedra que ciñó en las ciudades de Asia y en su suelo plantó. Y condujo el carro salvaje de la divina Cibeles mientras fustigaba con un florido látigo a la pareja que tiraba de su carro, llevando una bandolera hecha de hojas de vid, bajo la sombra de una hiedra de su misma edad. Embriagó la región del poniente con el fruto maronio[2], todo el ejército báquico acudió en tropel para seguir a Bromio, llenos de buen ánimo gracias al primer combate, cuando el desarmado Sileno, de dulce extravío, se apoderó con sus dos brazos de un indio armado, que dormía como un muerto silencioso aún consciente, y tras levantarlo en brazos se alejó con piernas pesadas, como un caminante indolente. Mientras marchaba al doble ritmo de sus pasos, la báquica Mimalone[3] sin velo daba palmas sobre el cuerpo de un indio aún dormido, y estrechó una cuerda en torno a su cuello, cazándole como botín de guerra que se hubiera entregado por sí mismo [***].

De ciudad en ciudad marchó, y llegó hasta las cercanías de la feliz llanura de Alibe[4], allí donde la vecina Geudis tiñe

---

[2] Vino maronio, es decir, de Marón el hijo de Evantes. La expresión señala un vino de gran calidad, pues en la Odisea, Marón era sacerdote de Apolo, y Ulises le regaló un vino excelente (cf. Hom., *Od.* IX 197). En las *Dionisíacas*, Nono le considera hijo de Sileno (cf. XIV 99) y usa su nombre aquí para señalar la excelencia del vino (cf. XI 121). Por otra parte, tras este verso 21 y tras el 29 Keydell señala sendas lagunas.

[3] El nombre Mimalón o Mimalone, al parecer de origen macedonio, aparece en Licofrón *(Alejandra* 1464), Euforión *(Fragmenta,* ed. Lloyd-Jones, H., 418) y Herodiano *(De Pros. Cath.* III 1, 31; *Perì kliseōs onomátōn* III 2, 734), para designar a las Bacantes, quizás haciendo referencia a su origen geográfico. En el mismo sentido, Nono suele distinguir entre Basárides, de origen minorasiático, y Bacantes, de origen europeo. El término Mimalone está atestiguado en varios pasajes de las *Dionisíacas* (XVII 29; XXI 186; XXI 285; XLIII 316).

[4] Se trata de un río legendario, que ya cita Homero en *Il.* II 857 como lugar famoso por sus minas de plata. Se hallaría en el mítico país de Ali-

de blanco el rompiente de olas enviadas por Zeus con sus fecundas corrientes y el ímpetu de sus ubérrimas aguas, cortando hoces en derredor de la plateada planicie. Allí mismo, a Baco, al pasar junto a la roca de fecunda riqueza, como un viajero que caminaba en compañía de los Sátiros de cuernos de buey, le acogió un campesino en su solitaria cabaña.

Era Brongo[5], montaraz ciudadano de las deshabitadas cavernas, pues había construido junto a los cimientos sin hollar de las raíces que nacen en la tierra, un inhóspito hospedaje. Y tras ordeñar el blanquecino licor de una cabra y mezclarlo, el hospitalario pastor endulzó al dispensador de la alegría con la leche. Soltó a una oveja de su redil para sa- 44
crificarla como ofrenda a Dioniso, mas el dios lo impidió, y el anciano obedeció las órdenes inapelables de Baco. De este modo, dejando intacta su oveja, dispuso un banquete de pastores ante Dioniso, el que libera de las penas, pues así lo quiso el dios. Preparó un banquete que no era banquete en una mesa para la que no se había sacrificado nada, con rústicas copas y una insignificante colación[6], como la que dicen los poetas que sirvió Molorco de Cleonas a Heracles,

---

be, que Estrabón localiza en Bitinia (cf. Estrab., XII 3 20). Nono lo cita también en XI 36 y XLIII 417. Geudis es un río de Nicomedia, que situaría la acción más bien allí.

[5] Personaje desconocido. Su nombre puede tener algo que ver, según Vian, con un lugar de descanso en la ruta hacia Jerusalén, cercano a Nicomedia, que se llamaba Brunga. (cf. F. Vian, «La grotte de Brongos et Cybèle: Nonnos, Dionysiaques 17, 32-86», *Rev. Ét. Grec.* 104 [1991], 584-93). Por otra parte, es una típica *theoxenía,* una historia de hospitalidad a un dios, en este caso Dioniso, que en agradecimiento por la hospitalidad recibida, honra al anfitrión con el vino, cf. la historia de Icario y Erígone en el canto XLVII (para los mitos de este tipo, véase el capítulo «El dios que viene», en W. F. Otto, *Dioniso,* págs. 65-67).

[6] Siguiendo a Keydell, hemos puesto el verso 45 tras el 51.

cuando se dirigía a su combate con el león[7]. Aprestó Brongo en la mesa la flor otoñal del olivo bañada en salmuera, a imitación de aquel pastor amable, ofreciendo también queso recién curado, fresco y redondo, en trenzadas canastillas[8].

Y el dios rió al contemplar el festín frugal del pastor, dirigió una mirada compasiva a aquel generoso cabrero y al fin probó la modesta refección, masticando sin saciarse. Aquel párvulo convite le recordaba sin cesar al festín que se prepára para su madre, la agreste Cibeles. Admiróse entonces de las pétreas puertas de aquel patio circular, ¡cuán trabajosamente había esculpido la naturaleza aquella morada! ¡Cómo se habían torneado las rocas sin artificio alguno en modos opuestos las unas a las otras! Y cuando al fin el soberano Baco se hubo saciado de aquellos bucólicos alimentos, el pastor Brongo, inspirado por el divino hálito del dios, hizo sonar la conocida canción de Pan, presionando el oboe de Atenea, de doble sonido, y tocando en honor de Dioniso. Y éste gozó en su corazón de la melodía, y mezclando en la crátera el licor recién prensado en el lagar, [diole de beber a Brongo y le dijo estas palabras que cautivaron su corazón][9]:

«Recibe este don, anciano, que libera de toda preocupación. No desearás nunca más la leche teniendo este perfumado manantial, semejante en la tierra al néctar celeste que

[7] Nono se remite una vez más a los poetas alejandrinos, en los que se basa muy a menudo. La fuente a la que se refiere es CALÍMACO (fr. *Hec.* 248 y 339 PFEIFFER, en el que habla de Cleonas, y *Ait.* fr. 3, 54 PFEIFFER). Se refiere a la historia de la hospitalidad que dispensó Molorco a Heracles.

[8] La colación que ofrece Brongo a Dioniso es el típico ejemplo de la humilde comida de los pastores en el Mediterráneo: aceite de oliva, aceitunas y queso fresco.

[9] Hay una laguna indudable tras el verso 72. Lo que figura entre corchetes es un añadido de otra mano, acaso de algún copista, que, no obstante, imita a la perfección la métrica y el estilo de Nono, por lo cual no nos resistimos a incluirlo aquí, previa la pertinente advertencia.

Ganimedes escancia en el Olimpo para alegrar al gran Zeus. Cesa en tu deseo por esa vieja leche, pues las níveas gotas ordeñadas de las ubres de una cabra que acaba de parir no deleitan a los hombres, ni disuelven las penas.»

Y tras hablar así, entregó el fruto de los hermosos racimos, madre del vino que apaga las penas, como regalo para la mesa del pastor, y el soberano le enseñó las amorosas labores de la viña, a plantar los sarmientos circularmente en un hoyo redondo de buen medrar, y a podar las puntas que brotan de las cepas viejas para que puedan crecer nuevos racimos de la vid que engendra el vino[10]. Y una vez hubo dejado al pastor, dirigióse el dios hacia la agreste floresta de las montañas, a fin de afrontar otra boscosa batalla contra los Indios. Exhortando al séquito de los Sátiros que le acompañaba en su camino, se rodeó de nuevo del tíaso[11] de sus sirvientes las Bacantes. Sediento de sangre y de batalla[12] con su hermoso tirso, tomó la trompeta de hondo bramido, que proviene del mar Tirreno[13], y lanzó un mugido con tal concha, incitando al combate y congregando a su pueblo. Embriagó a sus valerosos guerreros para arrastrar hacia la lucha a sus hombres con pensamientos más ardientes, a fin

[10] En estos versos se usa el vocabulario agrícola del cultivo de la vid. Tal es el «amoroso trabajo» al que se refiere: cavar un agujero de forma circular *(gyróō)*, plantar y podar *(tmḗssō)* las puntas.

[11] El tíaso *(thýasos)* es la congregación de Bacantes y seguidores del culto de Dioniso que se reúne para celebrar sus misterios.

[12] La sed es normalmente una metáfora para la pasión amorosa en Nono (cf. D. Gigli, *op. cit.*, págs. 39-41), aunque también puede referirse, como en este lugar, al furor del combate (cf. *ibid.*, pág. 96).

[13] Según la tradición, los Tirrenos o Etruscos inventaron la trompeta. Pero el verso es deliberadamente ambiguo, en un juego de palabras con este mito, pues también puede referirse a la «trompeta del mar», es decir, a una caracola usada como trompeta.

de que la estirpe de los indios, enemiga de los ritos báquicos, fuese totalmente aniquilada.

El caudillo Dioniso ordenó sus tropas para el combate con los indios, pero Astraente marchó imperturbable hacia el río Orontes, para decirle con voz luctuosa que la raza de los Indios era ya esclava:

«Escúchame, valeroso yerno de Deríades, el de osada lanza, y no montes en cólera mientras me oyes, pues te haré saber de la victoria obtenida mediante fármacos del inerme Dioniso. Hubo un combate entre indios y Sátiros, resonaron los gritos de las Basárides y mi pueblo se levantó en armas contra Lieo, haciendo resplandecer sus escudos. Tembló de miedo el muy astuto lidio al ver a mis huestes armadas de lanza, y el capitán de los inofensivos Sátiros se puso en pie. No blandía lanza llena de ardor guerrero en la mano, ni había desnudado su espada, ni tampoco estiraba sobre la cuerda la flecha que vuela veloz por los aires apuntando hacia el blanco. Tan sólo tenía un cuerno de buey, y en aquel cuerno cóncavo alzó un fármaco líquido, cuya engañosa corriente vertió entera en las aguas del argénteo río, tiñendo de púrpura sus dulces manantiales con aquel licor. Y al beber de él todos los indios de caras tostadas, por estar sedientos y abrasados por el calor del combate, comenzaron a bailar en su lúcido delirio. Luego les poseyó un sueño maléfico y sin haber sido derrotados, tras el frenesí báquico, durmieron sobre escudos de piel de buey. Otros se recostaron sobre lechos silvestres sin preparar, volviendo sus indolentes cuerpos hacia un sueño sin tálamo, como si fueran presa de guerra de las inofensivas Bacantes y de Dioniso.

Sin necesidad de combate o espada bien afilada, esas mujeres hicieron botín de sus entorpecidos cuerpos, unciéndoles el yugo de la servidumbre, y sobre los hombros de estas enemigas, como si fueran muertos en vida, eran lleva-

dos los indios. Unos que todavía rebosaban de aquel traicionero licor de Baco, fueron esclavizados por la fuerza de los desarmados Sátiros, pues ya habían perdido el juicio con aquel fármaco líquido. Solamente yo quedé incólume tras la batalla, a salvo de aquel fluido letal, pues escapé del brebaje embrujado con mis labios secos. Pero tú guárdate de esa bebida, oh veloz lancero, para que no triunfe otro engaño en esta guerra sobre el resto de los indios, tras esta ventajosa victoria que ha obtenido Lieo pacíficamente y sin mancharse de sangre.»

Y tras haber hablado así, Orontes, el de grave cólera, se enfureció aún más, y velozmente marchó otra vez hacia el combate. Pues la guerra aún no había llegado sino a la mitad, y se habían establecido los cimientos de un segundo combate. Y en tanto que Ares[14] pertrechaba sus huestes de indios, las Basárides marchaban hacia la batalla desde lo alto del muy tortuoso Tauro. Los Bacos desfilaron en formación y con ellos los Feres[15] desarmados. Los unos arañaban los cimientos de las grutas, y los otros los altos riscos de las montañas.

Al comenzar el combate cargaron contra el enemigo. Torrentes de flechas de múltiples hendiduras llovieron en espiral sobre las cabezas de los indios. Con pies ligeros los danzantes Panes se lanzaban al ataque, enloquecidos entre las escarpadas rocas. Uno de ellos, después de asir el cuello de un enemigo con las manos, hundió en él sus garras caprinas, rasgándole la ijada y la recia armadura por la mitad. Y

[14] Ares no participa en la batalla, es simplemente su mención en el sentido figurado de «guerra» o «furor guerrero». Como tantas otras veces sucede con Enío, Nono usa los nombres de estos dioses para hablar de la guerra.

[15] Son un tipo especial de centauro que Nono describe en su catálogo de las tropas dionisíacas, en XIV 143 (véase nota a ese pasaje).

otro, tras cargar contra un errabundo indio, embistiéndole con su cornamenta de bien afiladas puntas, lo alzó ligero enviándole de una doble cornada a recorrer las aéreas vías dando vueltas sobre sí mismo. Y aún otro, que blandía en la mano la hoz cortadora de cañas de Deo, la diosa portadora de gavillas, segaba con su curvado garfio broncíneo las rodillas de los enemigos como si fuesen brotes de trigo de la batalla, o más bien gavillas del combate.

De tal manera se aprestaba un cortejo báquico en honor de Ares y a la vez una ofrenda de las primicias del campo de batalla para Dioniso, al cercenar así las cabezas del enemigo. El curvo acero, empapado de sangre humana, se ofrecía a Baco, que estaba presente, como libación sangrienta. Y se embriagaron también las Moiras, al derramar sobre una copa de guerra la libación[16].

Por su parte, uno de los Panes, criadores de cabras, trenzaba sus manos como un nudo en torno al cuello de un soldado indio que estaba en pie. Y asiéndolo fuertemente, embistió a su bien pertrechado enemigo con la cornamenta, abriéndole en dos partes la garganta, mientras otro se enfrentaba a un indio que empuñaba su cayado, rompiéndole el cráneo por en medio de las cejas.

---

[16] Con esta metáfora de la libación de sangre humana, se rinde tributo a tres divinidades, jugando con la paradoja, dentro de la *poikilía* poética de NONO. Con la hoz, instrumento consagrado a Deo-Deméter, diosa de la agricultura, Pan ofrece a Ares, dios de la guerra, un «cortejo báquico», una «bacanal de Ares», como metáfora de la guerra. A Dioniso, por el contrario, le honra con las *thalýsia,* o «primicias del campo», que era la fiesta de la cosecha en honor de Deméter. En tercer lugar, las Moiras, divinidades que rigen el destino y el momento de la muerte, se empapan de esta sangrienta libación en el campo de batalla. Por otro lado, la hoz sería una de esas «armas paradójicas» que estudia D. GIGLI en *op. cit.,* págs. 135-139.

Y el osado Orontes enardecía a sus huestes indias derramando amenazas con su voz altisonante:

«¡Ea, amigos míos, coraje! Presentad batalla a los Sátiros. No temáis hacer la guerra a Dioniso, el que huye del combate. Que ninguno de vosotros beba de aquellas rubicundas aguas para que no le enloquezca al punto el engañoso brebaje de esa dulce fuente y no os destruya el sueño también a vosotros, como a tantos otros soldados indios desafortunados que sucumbieron a manos de Lieo.

¡Coraje, digo! Volvamos a la lucha de nuevo con buen ánimo. ¿Acaso podrá hacerme frente Baco en singular combate? ¿Alguien que ignora las artes guerreras? Si es que puede hacerlo, que se presente ese caudillo de cobardes para que pueda enseñarle cuales guerreros entrena Deríades para el combate. ¡Dejadle que luche con sus ramas! Yo le haré frente con mi flamígero acero. ¿Qué daño puede hacerme un lidio armado con un florido pedazo de madera cuando empuñe mi broncínea lanza? Arrastraré ante mi a ese guerrero, a ese flaco y afeminado Dioniso, tras atraparle con un lazo como botín para Deríades.

¡Eh tú, ese de ahí, el de la suave piel de mujer, deja a un lado a todos estos indios y enfréntate a Orontes en singular combate![17]. Mirad cómo agita los rizos abombados de su cabellera el infeliz, mirad qué encantador es el príncipe de las Basárides. Pero también estas mujeres disparan belleza en vez de flechas. Yo combatiré a todos estos adalides con

[17] El desafío de Orontes contiene los típicos insultos de los impíos enemigos de Dioniso, que ya aparecen en *Las Bacantes* de Eurípides (cf. v. 353, Penteo le llama «afeminado forastero»). Las *Dionisíacas* están llenas de estas referencias cruzadas a la obra de Eurípides. Todos los teómacos que se enfrentan al dios están retratados de manera similar en su soberbia. Cf. XLIV 135 cuando Penteo le llama «esclavo lidio, afeminado vagabundo» o el discurso de Licurgo en XX 319 y ss.

mis indios, locos por las mujeres, y acabaré arrastrándolas a los lechos de unas bodas ganadas con la lanza.»

Y diciendo así, el impetuoso Orontes atravesó las filas de vanguardia, segando una cosecha de vidas de ambos sexos[18]. Nadie era capaz de resistir el demoledor empuje de tal guerrero. Ni siquiera el valiente Eurimedonte, ni Alconte, el de su misma estirpe[19]. Huyó incluso Astreo, caudillo de Sátiros, y ninguno de los Silenos pudo plantarle cara.

Con paso tempestuoso avanzaba enloquecido el bravo yerno de Deríades, lanzando una roca surcadora de los aires contra los Centauros. De esta suerte dio muerte a Hileo. Pues quebrantó con aquella piedra, que semejaba una muela, la frente del velludo pastor. Destrozó el pétreo dardo su protección, que era una imitación fingida, pintada con el conocido yeso[20] en sustitución de un yelmo auténtico, y cayó al suelo en pedazos, tantos como brillantes cenizas que em-

---

[18] La metáfora de la cosecha para designar la gran mortandad de la batalla, se puede encontrar ya en Homero (cf. *Il.* XIX 222). Nono la usa con frecuencia, utilizando para ello palabras como «mies», «grano», «cosecha» o «primicias» *(lḗïon, stáchys, théros, thalýsion,* etc.). Esto ha sido bien estudiado en D. Gigli, *Metafora e poetica*, págs. 126-128.

[19] Ambos son los dos hermanos Cabiros, hijos de Hefesto, que se citan en el catálogo de los ejércitos (cf. XIV 17).

[20] El yeso es un elemento clave en los misterios órficos y dionisíacos, de ahí que sea «conocido» para el Centauro, que lleva la cara pintada de yeso, a modo de yelmo. En efecto, en el mito de Dioniso Zagreo, de origen órfico, que Nono trata en VI 103-228, los Titanes engañan al niño Dioniso y aprovechan la situación para asesinarle y comerse su cuerpo despedazado. Los Titanes van enmascarados para cometer su crimen, con su cara pintada con yeso (VI 179 *gýpsōi),* que en griego tiene además otro nombre similar al de los Titanes *(titanós)*. Para West, el yeso convertía a los guerreros en fantasmas (cf. M. L. West, *Orph.*, pág. 154), y no es de extrañar que fuera usado en este contexto por los iniciados en los misterios órficos y dionisíacos (véase también W. F. Otto, *op. cit.*, págs. 138-142).

blanquecían el polvo. Y de esta forma, aquél, golpeado por esa pétrea lanza, abrazó el suelo con las manos[21].

Acertó a la cornada cabeza de otro Centauro, clavando en su hirsuta frente un hacha de doble filo[22] que destruyó su taurina cornamenta. De un salto, éste se precipitó a tierra de cabeza, rodando medio muerto sobre sí mismo, y batiendo el suelo con las orejas. Al punto, irguió tambaleante su cuerpo y bailó en éxtasis dionisíacos antes de desplomarse el sombrío baile de muerte con paso rodante[23]. La criatura rugió roncamente cuando le golpearon en la testa, como si fuera un toro lanzando un mugido salvaje de su garganta degollada.

El implacable Erembeo[24] atacó por otra parte a Hélice, clavándole su espada en el pecho. Su oscura mano trazó el pálido contorno de los senos con sangre púrpura, y otra aflicción se añadió al dolor de la joven, cuando los vientos flechadores alzaron sus vestiduras mientras caía a tierra herida. Su delicada piel se empapó de cruor mientras ella, avergonzada, trataba de cerrar con la mano derecha la túnica

---

[21] Metáfora de origen homérico muy usada en la épica tardía (cf. Hom., *Il.* XI 425; Quinto de Esmirna, I 350). Significa «morder el polvo», «caer muerto».

[22] El *boúplex*, arma proporcionada por Hera, que utilizará Licurgo contra Dioniso en el canto XX.

[23] Nono usa con frecuencia la danza como metáfora de la guerra (cf. XIII 501 ss., y nota *ad loc.).* Aquí, la danza de la muerte son los últimos pasos tambaleantes del guerrero antes de morir (cf. D. Gigli, *Metafora e poetica,* págs. 131-133.) La muerte del Centauro se contrapone con la de Hélice, a continuación, mucho más digna.

[24] Es un sobrenombre de Orontes, que señala su posible origen árabe. Su nombre está seguramente relacionado con los erembos, una tribu árabe en Hom., *Od.* IV 84, de extremada ferocidad. Los árabes son aliados de los indios «de oscura tez» en las *Dionisíacas.*

que se le desprendía, guardando los misterios de sus níveos muslos[25].

En tanto el dios, al ver que la victoria cambiaba de bando y que sus Sátiros huían en desbandada, lanzó tal alarido entre el tumulto del combate, que resonó como si un ejército de nueve mil hombres hubieran derramado de sus ruidosas gargantas un bramido sonoro con voces al unísono[26]. Y Oronte, el de veloces rodillas, se enfrentó a Bromio en singular combate. Aunque era mortal, había desafiado a un dios con su voz humana. Marcharon ambos a la par al duelo. Uno portaba lanza, el otro su tirso aguzado. El soberbio Oronte, bien pertrechado, alcanzó la cabeza de Baco, que restó incólume. Pues en vano arañó el afilado cuerno de Bromio, porque la testa invulnerable del soberano Dioniso no tenía la forma taurina del rostro de la luna, que puede ser cortada por el destructor acero del hacha de doble filo, como cuentan los poetas que le ocurrió al cornado Aquelóo cuando otrora le cortó Heracles la cornamenta y se la llevó a su cortejo de bodas[27].

---

[25] Curiosa metáfora para el órgano sexual femenino, *órgia*, «los misterios» o «los ritos secretos» de los muslos. La muerte de Hélice se enmarca dentro de los mitos de doncellas pudorosas hasta el momento de la muerte, como la Polixena de Eurípides *(Hec.* 568 ss.), o la Pentesilea de Quinto de Esmirna (I 621 ss.).

[26] Imitación de Homero, *Il.* V 860 ss., cuando describe el grito de guerra de Ares como el de «nueve mil o diez mil soldados».

[27] En efecto, el río Aqueloo disputó con Heracles por el amor de Deyanira. Los ríos son representados en mitología en forma de cornudos toros, y Heracles venció a Aqueloo cortándole un cuerno que a continuación le entregó a Amaltea, su famoso cuerno de la abundancia (cf. Sóf., *Traq.* 9 ss., 503 ss.; Apolodoro, *Bibl.* I 64 5; II 148) Nono habla a menudo de lo que cuentan «los poetas», refiriéndose sobre todo a Apolonio Rodio, Calímaco y los poetas helenísticos en general. Para Homero reserva otro tratamiento más respetuoso.

Lieo, por el contrario, tenía la celeste figura de la Luna de ojos bovinos[28], con un brote irrompible de cuernos divinos que es inmune al enemigo. El osado indio arrojó contra él un segundo dardo, como una tempestad aérea, pero, ay, su punta se derritió como plomo fundido al tocar la nébride, la piel de ciervo de Dioniso. En respuesta, Baco lanzó su vinoso tirso contra las anchurosas espaldas de Oronte, errando a propósito. Y burlándose de la pica de hiedra de Lieo, dijo el teómaco Oronte:

«Lucha si puedes con tu tirso femenil, tú que has armado a ese puñado de mujerzuelas contra mis huestes. Vence si puedes, y si es verdad que tú eres el todopoderoso que deleita los corazones de los mortales, doma solamente el de Orontes el indómito. En pie, enfréntate a mí y conocerás al poderoso príncipe que ha engendrado mi anciano indio Hidaspes[29]. Yo no nací en Frigia, allí donde hombres son mujeres que han segado la flor de la juventud sin bodas ni descendencia[30]. No soy, pues, un inerme siervo del cobarde Dioniso. Los fármacos no han de salvar a tus guerreros. Cogeré como botín a las siervas de tus congregaciones, conduciré a tus Silenos como vasallos a mi majestad cuando acabe el combate, y aniquilaré a todos tus huidizos Sátiros con mi lanza.»

Así habló el amenazante caudillo del ejército, y al escucharle se enfureció el soberano Baco, y le lanzó con cuidado

---

[28] Se entiende que lleva una cornamenta como la de la luna en fase creciente. Nono juega con las divinidades que llevan cuernos en la mitología griega, los ríos (el Aqueloo) y Dioniso, comparándolos con la Luna, que por su faz, es también portadora de cuernos.

[29] Se refiere al río indio de este nombre, que en la actualidad se llama Jhelum.

[30] Alude a los sacerdotes de Cibeles, de origen frigio, que se castraban en honor a su diosa y siguiendo el ejemplo de Atis (cf. XXV 313 ss. y Juliano, *De la Madre de los Dioses* 168d ss.).

un brote de vid sobre el pecho. Le acertó con una pequeña cepa de vino abriendo en dos su pechera. No prendió la lanza báquica con su filo en la oculta piel, ni rasgó con su punta el cuerpo. Mas la coraza cayó resonante rota en pedazos y dejó desnudo a Oronte. Y volviendo su vista hacia las estepas de oriente dijo sus últimas palabras al sol desde la región opuesta:

«¡Oh Helio, tú que cortas el Éter con tu carro de llamas[31] arrojando tus rayos sobre los cercanas tierras de siembra de los Céteos[32], quédate en tu biga por mí y dile a Deríades que la estirpe de los indios ha sido esclavizada, que Orontes se ha quitado la vida, y que los frágiles tirsos nos han derrotado. Cuéntale también la victoria de Dioniso, bisoño en lides guerreras, pero pródigo en fármacos, y háblale sobre la vinosa corriente del río que priva de la razón. Cuéntale cómo unas simples mujeres han diezmado el invencible ejército de los indios armados de acero, solamente con ayuda de un puñado de hojarasca. Y si aún hoy te acuerdas del lecho de tu Clímene[33], protege a Deríades, pues es un vástago de tu estirpe que lleva la sangre de As-

[31] Nono imita aquí la famosa invocación a Helio del *Ayante* de Sófocles, vv. 845 ss.

[32] Los Céteos son un pueblo indio que Alejandro halló en el Punjab, y que también aparecen citados en las *Basáricas* de Dionisio (fr. 19 ss. Livrea). El nombre Céteos fue una corrección al texto manuscrito por parte de Wifstrand.

[33] Clímene es una de las Nereidas, amante de Helio, tuvo a Faetonte de él, como cuenta Eurípides en los fragmentos que han llegado hasta nosotros de su tragedia *Faetonte*, de la que es protagonista (cf. también Virgilio, *Georg.* IV 345; Ovid., *Met.* I 746, etc.). Nono intenta crear un vínculo genealógico entre el caudillo de los indios, Deríades, y Helio a través de una de las hijas de Clímene y Helio, Astris, que sería la madre de Deríades (aparece ya en VII 301; véase más adelante, v. 282, y también XXIII 236; XXVI 353; XVII 199, etc.).

tris, tu hija, según se cuenta. No me sometí a Bromio, el de corazón de mujer, y traigo como testigos de ello al Sol, a la inabarcable Tierra y al dios de los indios, el Agua sagrada[34]. Me despido de ti, ten piedad en el combate cuando luches contra los indios, y entierra a Orontes cuando perezca.»

Y tras hablar así, sacó su acero y tras apoyarlo en medio de su vientre, se lanzó contra la hoja con ánimo suicida, cumpliendo su penoso destino[35]. En aquel momento, cayó rodando al río, al que a partir de entonces dio su nombre: Orontes[36]. Y mirándole mientras aún respiraba agonizante, le habló el soberano Baco con voz burlona[37]:

«Yaz ahí, como un cadáver entre aguas extrañas, y ojalá tu padre Hidaspes sirva de sepultura a tu Deríades. Así destruiré tanto al suegro como al yerno, blandiendo mi tirso báquico y su vinoso filo de vid, en vez de una lanza manchada de sangre, o de un cuchillo bien afilado. Pero tú te has dado muerte con tu propio acero cruel y no has bebido de las dulces corrientes del río de meloso vino. Sin embargo, un río te cubre ahora, aunque nunca cataste el dulce licor. Si quieres, puedes beberte ahora todo ese manantial, pero no lo necesi-

---

[34] Para Nono, la religión de los indios es de índole natural, y sus principales dioses son el Agua, la Tierra y el Sol, como corresponde a un pueblo bárbaro que no conoce el politeísmo heleno.

[35] Orontes se arroja sobre su espada, suicidándose de la misma forma que Ayante en Sóf., *Ay.* 815-865.

[36] Así se explica el origen del río Orontes, en Asiria (cf. Estrabón, VI 2 9 16). Cuenta Pausanias a propósito de esto, que una vez, los romanos desviaron la corriente de este río hacia la ciudad de Antioquía, y hallaron en su lecho una vasija enorme, de once codos de largo, que contenía un esqueleto de la misma estatura. Al preguntar al oráculo de los Sirios, en Claro, este desveló que se trataba de Orontes, de la estirpe de los indios, famosos por su enorme estatura (cf. Pausanias, VIII 29, 3).

[37] Las despectivas palabras de Baco ante el cadáver de Orontes recuerdan las de Aquiles ante Licaón en Hom., *Il* XXI 122-135, al que da muerte y cuyo cuerpo yace entre las aguas del Escamandro.

tas, porque has de tragar las aguas del funesto río Aqueronte. Con corrientes homicidas y amargos humores se hincha tu vientre, pues estás lleno de lo que te ha deparado el destino. Prueba ahora las aguas del Cocito, y, si así lo quieres, las del Leteo, para que puedas olvidar la guerra y el acero empapado en sangre[38].»

Así dijo, burlándose del viviente cadáver de Orontes, que fue arrastrado, hinchado por las olas incesantes. La corriente vomitó sobre las riberas del río el cuerpo inerte, que flotaba con miembros helados. Le enterraron y lloraron las Ninfas con cantos de duelo, las Ninfas de los bosques, junto a las raíces de un dorado laurel[39], que está cerca de las aguas del río. E inscribieron sobre el árbol: «Aquí yace el indio Orontes, príncipe de los ejércitos; deshonró a Baco y murió por su propia mano.»

Pero éste no fue el fin de la nefasta guerra, pues el combate había quedado medio acabado y la contienda no podía acabar así. El Ares indio[40] lanzó su alarido de guerra desde las alturas, y el báquico señor de la guerra condujo a sus huestes a otro combate, lanzando letales racimos al enemigo

---

[38] Se citan tres de los cinco ríos del infierno, el Aqueronte, el Cocito y el Leteo. El Aqueronte es también el nombre de un río real del sur del Epiro, que pasa a través del lago Aquerusio, y tras recibir a su afluente el Cocito, desemboca en el golfo Tesprotio. El Leteo, en la poesía latina (fuente de Nono aquí) es el río del olvido, que hace olvidar todo cuando se cruza. Los otros dos ríos son el Piriflegetonte y el Éstige.

[39] Ambiguo como siempre, la expresión de Nono *(chryséēs parà pythména Daphnês)* puede tener dos interpretaciones, en un intraducible juego de palabras: «junto a las raíces de un dorado laurel», o bien «junto a los fundamentos de la dorada Dafne», si se toma como nombre de ciudad. Dafne, ciudad de Antioquía, fue célebre por su espléndido templo de Apolo. Hemos optado por la primera traducción, pero reflejando este juego de palabras, que puede dar a entender ambas interpretaciones.

[40] De nuevo, en su uso figurado por «ejército», «furor guerrero».

y bramando un montón de amenazas lidias en el fragor de la lucha que se reanudaba, enloquecido por el ansia de lucha. Los enemigos de Lieo, amante de la vegetación, eran muertos por el filo de la madera que les infligía mortales heridas. Con lazos de vid una sola Bacante desarmada superó el acero de los indios de broncíneas armaduras, para su gran asombro, y sus torsos quedaban al descubierto y llenos de heridas de la hiedra punzante. Morían con más facilidad los que iban acorazados que los que no llevaban armadura. Les sobrevenía a uno tras otro la inagotable muerte, y las corazas rotas por las hojas de vid en el Tauro se teñían con la roja sangre de los guerreros.

Las invencibles Bacantes bailaron en círculo en torno a las cohortes de los indios, que se habían reagrupado, y el oboe de guerra entonó su lúgubre canto. En medio del fragor de la batalla, los Bacos, siervos de Dioniso, bisoño en lides de guerra, eran golpeados por hachas y dagas de doble filo, y sin embargo resistían todos como si fueran una torre. Los enemigos de suave cabellera eran muertos uno tras otro por los frágiles pétalos y la lluvia espesa de flechas que lanzaban los indios erraba siempre y acababa clavándose una tras otra en árboles de ramas extendidas. La lanza de largo vuelo hería sólo al abeto. Los golpes caían sobre el pino y las saetas sobre el laurel, pese a que era el árbol de Febo[41]. Entre sus hojas pudorosas escondía la nube de flechas de amplias alas para que Apolo no pudiera ver cómo le herían tales dardos. Con la mano derecha, sin escudo y sin espada, otra Bacante blandía su maza y ante ella cayó muerto un guerrero bien pertrechado de escudo.

---

[41] El laurel es el árbol consagrado a Febo (Apolo). Con sus hojas se coronaba a los campeones de los juegos píticos, y se cuenta que Dafne, perseguida por Apolo, se transformó en este árbol (Ovid., *Met.* I 452).

Los tambores retumbaron, y bailaron los guerreros. Los címbalos resonaron y el indio suplicante dobló su cerviz ante Lieo. En las livianas pieles de ciervo se doblaban las recias puntas de flechas, y el irrompible yelmo hecho de pesado bronce era cortado por simples hojas. Un caudillo de los belicosos Sátiros hirió a un guerrero arrojándole báquicos pétalos. La vinosa hiedra partió la armadura en dos, hiriendo a su portador. Y al observar que la balanza del combate se inclinaba hacia un bando[42] y que profetizaba la victoria de Lieo, matador de indios. Astraente huyó incólume, escapando de un funesto destino por su terror a la florida lanza de Dioniso.

Aristeo[43] anduvo entonces repartiendo medicinas salvíficas, y sanó todas las heridas de las Basárides con las artes de Febo. Primero puso sobre la heridas de una de ellas un emplaste de la planta del Centauro. A otra que estaba dolorida, le lavó las heridas, limpiándolas de coágulos de sangre. De esta manera curaba también a las llorosas Bacantes, mezclando hierbas diversas y de formas variadas sobre las heridas de las muchachas, ya estuvieran en el pie, en la mano, en el pecho o en los costados. A uno de los soldados, que había sido alcanzado por un letal dardo, le extrajo la afilada punta, y apretando la herida con las manos, sangró

---

[42] La imagen de la balanza como metáfora de la guerra, que se decanta a uno u otro lado a instancias de los dioses, es homérica (cf. HOM., *Il.* XIX 221-223).

[43] A continuación Aristeo, esposo de Autónoe y padre del malogrado Acteón, se dedica a sanar a los heridos en el combate, haciendo un exhaustivo catálogo de medicinas y técnicas curativas. Este personaje tiene gran fama por ser un experto agricultor (ARIST., *Mir.* 838b 23), cazador y pastor, según PÍNDARO *(Pít.* IX 65), que anticipa este episodio en la *Pítica* IX, cuando Asclepio cura las heridas mediante ungüentos.

cuidadosamente la hemorragia[44]. Puso sus manos sobre otro, rasgando con sus dedos prevenidos el borde infectado de una herida de flecha envenenada. Lo cortó con un cuchillo, y contuvo la herida al punto con los dedos. Mezcló la verde flor de la tierra nutricia con el fruto elaborado de la miel, que cura los males, y todo ello lo roció con el licor de Baco, que calma el dolor[45]. A otros heridos les curó por medio de los encantamientos de Febo, murmurando un temible cántico de múltiples nombres[46], pues conocía los misterios del arte de salvar vidas, que heredó de su padre.

De esta suerte, curaba Aristeo gran variedad de heridas. Y mientras tanto, la nefasta guerra india de bárbaros acentos había ya cesado entre los combatientes. Las Basárides habían reunido gran número de prisioneros de la batalla, y otros muchos enemigos, que habían quedado en los montes del Tauro, regresaron a la región india de la Tierra, al palacio de Deríades, con sus esperanzas frustradas, a lomos de sus longevos elefantes. Pan el pastor, que conducía a los Sátiros al ebrio baile tras el combate, entonó su melodía derramando de sus labios un himno de victoria.

---

[44] La extracción de una flecha es un lugar común en HOMERO (*Il.* IV 213 ss.).

[45] La miel se consideraba una eficaz medicina (cf. GALENO, VI 266; PLINIO, *Hist. Nat.* XI 37, etc. Asimismo, también el vino se usaba para estos menesteres.

[46] Aristeo, aparte de usar sus artes médicas, parece conocer los sortilegios, que en el mundo heleno contenían una gran variedad de nombres e invocaciones, a fin de acertar con más posibilidades. Los encantamientos y conjuros mágicos hallados en papiros griegos dan testimonio de estas comunes prácticas de hechicería para sanar o enfermar (véase *Textos de magia en papiros griegos*, B. C. G. 105, Madrid, Gredos, 1987). Sobre las llamadas «artes de Febo», hay que notar que la medicina también atañe a Apolo, como padre de Asclepio, fundador de la medicina.

Blemis, el de crespa cabellera, príncipe de los indios eritreos, levantó una rama de suplicante olivo en son de paz, doblando su rodilla servil ante Dioniso, el matador de indios. El dios, al ver a aquel hombre inclinado sobre el suelo, le puso en pie cogiendo su mano[47], y junto con su pueblo de muchas lenguas, le guió lejos de los cetrinos indios de Eritrea, a la llanura de Arabia, pues aborrecían del gobierno y de las costumbres de Deríades. Y hoy habitan allá, junto al mar, en aquella fértil tierra. El veloz Blemis llegóse a la boca del Nilo de siete caudales, donde habría de convertirse en portador del cetro regio entre los Etíopes, que eran de su mismo color de piel. Le acogió aquella tierra, la muy fecunda Méroe[48], a él, al caudillo que habría de dar nombre a sus descendientes: los blemios[49].

---

[47] Ceremonia de vasallaje por la que Blemis se somete al vencedor Dioniso.

[48] Patria de los blemios, tribu etíope según Estrab., XVII 1, 2. Está situada en el alto Egipto. Nono les retrata como una raza de cabellos crespos y piel oscura (cf. XXV 328).

[49] De esta forma explica Nono el origen de los blemios, una tribu etíope del Sur de Egipto, de allende la Tebaida (patria de Nono), que constantemente era saqueada por estos pueblos fronterizos, a pesar de que Maximino les venciera en 451 y que Roma concertara con ellos una paz de cien años. La relación de los blemios con los indios es clara, el color oscuro de la piel, asociado en Nono a la impiedad, a los enemigos del dios (como los árabes). Sobre este «proto-racismo» noniano y su peculiar imagen de los «indios de piel oscura», véase J. F. Schulze, «Das Bild des Inders in den Dionysiaka des Nonnos von Panopolis», *Wiss. Z. Univ. Halle*, 22 (1973), pág. 106. Seguramente Nono, como habitante del Sur de Egipto, asimilaría a los indios con las razas etíopes de piel oscura que hostigaban su provincia, describiéndolos con evidente hostilidad.

CANTO XVIII

SUMARIO

— Estancia de Dioniso en el palacio de Estáfilo, rey de Asiria, vv. 1-368: Llegada de Dioniso a Asiria. El rey Estáfilo y Botris, su hijo, invitan a Dioniso a su palacio como huésped, vv. 1-61. Descripción del palacio de Estáfilo, vv. 62-92. Banquete y baile en honor de Dioniso, vv. 93-165. Sueño profético de Dioniso sobre la futura confrontación con Licurgo, vv. 166-195. Preparativos para la batalla. Estáfilo exhorta a Dioniso para que emule las hazañas de su padre, vv. 196- 305. Ferespondo, heraldo de Dioniso parte en embajada a los indios, vv. 306-326. Muere Estáfilo. Dioniso regresa a su palacio ante el duelo general y se entera de la muerte de su anfitrión, vv. 334-368.

EN EL CANTO DECIMOCTAVO SE PRESENTAN ESTÁFILO Y BOTRIS, QUE INVITAN A UN FESTÍN AL MONTARAZ HIJO DE TÍONE

Ya volaba la alada Fama[1] de voces mil recorriendo toda la hilera de las ciudades asirias para proclamar el nombre de Dioniso, el portador de la vid, su audaz guerra contra los indios, y su fruto de brillantes racimos. Y he aquí que el rey Estáfilo[2], como hubiese sabido de las historias sobre el ejército desarmado de los Sátiros, los misterios del vino y los tirsos del culto de Lieo, deseó con vehemencia verle en persona. El soberano de Asiria trajo además a su hijo Botris[3] en lo alto de su biga veloz como el viento y se encontró con el vinoso Dioniso a su llegada.

Al verle viniendo en su plateado carro de mulas, tirado por panteras y leones uncidos a un yugo y a relucientes riendas, Botris, el de larga cabellera descendió del carro de su padre. Estáfilo, el portador del cetro, bajó también de su

[1] El renombre personificado (cf. PLUT., *Cam.* 30).

[2] Desconocido como rey de Asiria, Estáfilo es invención de Nono. Su nombre significa «racimo». La Asiria que NONO representa es un país aliado de Dioniso, que nada tiene que ver con los indios, ni étnica ni culturamente, sino que parece más bien un reino helenizado (cf. P. CHUVIN, *op. cit.*, págs. 165-166).

[3] Nombre parlante, *bótrys* en griego significa «uva».

carro de dos caballos cuando vio que el paso de las panteras de Dioniso se detenía. Hincando en el suelo las rodillas dobladas y sosteniendo en su piadosa mano una rama de olivo[4], el rey alabó a Dioniso con amigables palabras:

«Por el Zeus de los suplicantes, tu progenitor, oh Dioniso, y por Sémele, la madre del dios niño, no pases por alto a mi hijo[5]. Escucha mis palabras: una vez a tu padre le convidó Licaón, junto con los demás bienaventurados, y tras trocear a su hijo Níctimo con sus propias manos, se lo sirvió a tu padre, que desconocía lo que había sucedido, y probó ese banquete con el próvido Zeus en la llanura arcadia[6].

En otra ocasión, bajo las cumbres de Sípilo, se cuenta que Tántalo hospedó a tu progenitor, y que, tras dar muerte y despedazar a su propio hijo, se lo ofreció a los dioses como comida. Y el anchuroso hombro de Pélope, la única porción que se había comido Deo, tuvo que modelarlo el Cronión con marfil y artificio de extraño ornato, e hizo resucitar al muchacho despedazado, juntando de nuevo los miembros separados unos con otros[7]. Pero ¿por qué te he narrado, oh

[4] Como un suplicante (véase nota a XVI 30).

[5] Esta frase de NONO *(emòn mḕ paîda parélthēis)* es un calco de una expresión bíblica *(Génesis* 18, 3: *mḕ parélthēis tòn paîda sou).*

[6] Estáfilo enumera una serie de «teoxenias», o historias de hospitalidad a los dioses. Licaón, rey de Arcadia e hijo de Pelasgo, fue transformado en lobo *(lýkos)* tras haber sacrificado a un niño. Instauró el culto a Zeus Liceo. También se cuenta sobre él que cuando Zeus y Hermes estuvieron en Arcadia, sirvió carne humana a Zeus, por lo que le convirtió en lobo, tras aniquilar a todos sus hijos (cf. APOLOD., *Bibl.* III 99 1).

[7] Tántalo fue hijo de Zeus y Pluto («riqueza»), y tras unirse a Dione, hija de Atlas, engendró a Níobe y a Pélope. A este último fue al que troceó y sirvió en un banquete a los inmortales (cf. PÍND., *Ol.* I 36 ss.). Por ello fue condenado a un terrible castigo en el Tártaro: siempre hambriento y sediento, tenía a su alcance un estanque que se vaciaba cuando trataba de beber, y un árbol frutal que apartaba sus ramas cuando intenta-

Dioniso, la historia de Licaón, el asesino de su propio hijo como anfitrión de los dioses, y la de Tántalo, el errabundo en los cielos que maquinó para llevarse las copas del néctar divino? ¿Por qué te he hablado de este ladrón de néctar y ambrosía? Pues en una misma mesa, Macelo[8] convidó a Zeus y Apolo [***][9].

[***] y Poseidón, el que sacude la tierra, cuando hubo arrojado a todos los flegios[10] al mar y desgarrado toda la isla con su tridente, salvó tan sólo a estas dos mujeres y no las destruyó con su tridente. Pero tú haz como tu padre, amante de la hospitalidad, y entra en mi palacio por esta jornada. Concédenos esta gracia a Botris y a mí, su padre.»

Y habiendo hablado así, le persuadió y condujo su carro de dos caballos hacia su morada, que consideró dichosa por ello, mientras Dioniso le seguía. El audaz Botris tomó en sus manos la ligera fusta hípica y, tras atravesar tortuosamente la desierta planicie que rodea el monte Tauro, guió el carro de su padre y condujo a Lieo a tierra asiria. Marón, el auriga de Bromio, tomó entonces las riendas doradas del ca-

---

ba alcanzarlas. Otra versión del castigo es que una piedra que pendía sobre su cabeza le impedía comer y beber.

[8] La historia de Macelo es poco conocida. Se cita en Baquílides, I 71-83; Píndaro, *Fr. Peán* IV 40; Calímaco, frag. 75, 67, etc. Se trataría de otro ejemplo de hospitalidad a los dioses, en la línea de los anteriores, según el cual Macelo hospedó a los dioses y por ello se libró de ser exterminada por Poseidón junto con los demás flegios, que murieron por haber inundado la isla de Ceos con aguas de la laguna Estigia (véase también nota a XVI 41 ss.).

[9] Hay una laguna en el texto.

[10] Los flegios son un pueblo bárbaro que ya Homero cita como oriundos de Tracia (Hom., *Il.* XIII 302) y que Estrabón localiza entre Macedonia y Tesalia. Toman su nombre de Flegio, hermano de Ixión (según Estrab., IX 5.21). Según otra versión del mito, que también recoge Nono, no son los Flegios, sino los Telquines los que son castigados por su impiedad (véase nota a XVI 41 ss.).

rro migdonio y condujo a las fieras de cuello uncido por el yugo sin saciarse de azotarlas, pues blandía el látigo regidor de bestias con su implacable silbido, haciendo avanzar el tempestuoso carro de las panteras. Los Sátiros avanzaban por delante ejecutando su ruidosa danza, mientras daban vueltas en torno al carro de Lieo, el que recorre los montes.

Aquí y allá correteaban multitud de Bacantes, amantes de las flores que recorrían la infranqueable senda con pie franco, y cruzaban las hoces de la montaña con paso veloz, batiendo palmas y bailando al ritmo que incitaba el aguijón de la locura para evitar la fatiga del escarpado camino. Los Panes, en lo alto de las rocas, pues a ellas estaban acostumbrados, danzaban sobre el polvo con sus piernas de hermosas grebas, cruzando de tal manera las cumbres de aquella cordillera que jamás había sido hollada.

Mas cuando llegaron, apareció a la vista el palacio del rey, que se veía desde muy lejos, resplandeciente con el ornato de variados colores de sus piedras[11]. En ese momento, Botris, el de hermosa cabellera, descendió de la biga paterna y penetró velozmente en la mansión, como adelantado de la comitiva, pues quería tener todo aprestado. Con la diligencia de un buen anfitrión dispuso un banquete muy variado
68 en la opulenta mesa.

67 Y mientras Botris pertrechaba un hermoso festín para
69 Lieo, el soberano de variados dones mostró a Baco el her-

[11] En una nueva imitación de Homero, he aquí la descripción del suntuoso palacio de Estáfilo, que recuerda al palacio de Menelao (en Hom., *Od.* IV 37 ss.) y al de Alcinoo (Hom., *ibid.* VI 295 ss.), que se convierte en un *tópos* épico, pues también aparece en Apolonio de Rodas (*Arg.* III 215 ss.) y en el propio Nono (III 180 ss.). Las descripciones de edificios en Nono las ha estudiado G. Agosti en «Nonno, *Parafrasi* E 1-2 e la descrizione di edifici nella poesia tardoantica», *Prometheus* 24 (1998), 193-214. En cuanto al orden de los versos, hemos seguido la edición de Keydell.

moso artificio de su palacio tallado en piedra, del cual emanaba un marmóreo resplandor de dispar colorido, como las tonalidades del sol y sus reflejos en la luna[12]. Los muros emblanquecían con plata procedente de las minas y se podía ver en ellos la licnita, que toma su nombre de la luz, irradiando su fulgor sobre el rostro de los mortales. El palacio tenía relucientes rubíes, piedras rojizas que se distinguían con claridad y también había amatistas de color de vino engarzadas en los muros junto con zafiros. Emanaban estos el brillo ardiente de la pálida ágata y con moteados tonos refulgía la escamosa ofita[13]. Despedía sus verdosos rayos la esmeralda asiria y sobre un ejército de columnas que rodeaban el palacio, se teñía de ámbar el dorado lomo del tejado, formando un opulento velo de madera. Un mosaico de intrincadas y metálicas teselas adornaba con arte el pavimento y el contorno de las puertas estaba labrado en madera con tal ornato que parecía una delicada talla de marfil recién cortado[14].

Todas estas maravillas le mostraba el anciano rey a Baco para hacerle partícipe de ellas, y apenas si era capaz de avanzar por la sala que acogía al dios que guiaba de la mano. Este, por su parte, caminaba maravillado, y los pies rehusaban a obedecerle cuando volvía la vista en derredor. Admiróse el dios al contemplar la áurea sala del trono de aquel hospitalario rey, toda constelada con refulgentes adornos.

---

[12] NONO recoge aquí restos de teorías científicas de la época, como ésta, que era totalmente acertada, sobre el origen de la luz de la luna, que no es propia, sino reflejo de la del sol.

[13] «Piedra de serpiente», y por tanto llena de escamas.

[14] La expresión es homérica (cf. HOM., *Od.* VIII 404, describiendo la espada con empuñadura de marfil que Euríalo entrega a Ulises).

El soberano apremiaba a sus sirvientes e instaba a sus criados para que sacrificaran una hecatombe de bueyes y otra de ovejas para los Sátiros de Dioniso, el de cuernos de buey. Se trabajaba a toda prisa bajo las acuciantes órdenes que Estáfilo dirigía a unos siervos y a otros al tiempo. Una multitud de criados acudía en tropel para servir la mesa, y degollaba a los toros y a rebaños enteros de robustas ovejas de los pastos. Hubo un gran baile y las perfumadas brisas resoplaron dentro de la mansión, que ya resonaba con el arpa. Las calles de la ciudad se impregnaron de fragancias y todo el palacio se embriagó con enormes torrentes de vino. Los címbalos chocaron entre sí y las siringes de Pan tocaron su melodía junto a la mesa de hermosos sones. Tronaron los oboes entretejiendo sus melodías con el profundo bramido del redondo tambor de piel de buey, que retumbó en el palacio con su doble percusión. Hubo también un gran estrépito de castañuelas durante la cena.

En medio de todos y entumecido por el vino, Marón iba de un lado a otro, movido por el dardo de la locura y el impulso inseguro de sus tambaleantes pies. Apoyándose con las manos en la espalda de dos Sátiros, se encaramó a ellos dando un salto desde el suelo y retorciendo sus piernas entre ambos. Entonces se elevó ligero sobre pies ajenos cuando los Sátiros brincaron. Tenía la piel enrojecida, y todo su rostro, que asomaba entre ambos, irradiaba rayos purpúreos, como si fuera la imagen reflejada[15] de la luna creciente. En la mano izquierda sostenía un odre recién lleno del acostumbrado vino, que llevaba atado al cuello por una correa. Las Bacantes rodearon al anciano que bailaba sobre pies de

[15] Nono parodia con esta descripción de la embriaguez de Marón el lenguaje mágico de estos textos y del *Himno Homérico a Helio* (10-11). La expresión es del lenguaje oracular (cf. *Oráculos Sibilinos* I 33; VIII 270).

otros agitando la cabeza, tanto que parecía estar siempre a punto de caer sin acabar de derrumbarse. Los propios criados y siervos, que se tambaleaban en su ebriedad, bailaban en éxtasis tras gustar por vez primera el dulce vino al que no estaban habituados.

El torrente vinoso embriagó a Mete[16], la de noble alumbramiento, esposa del rey Estáfilo. Con su aturdida cabeza pedía a las Bacantes que le dieran de nuevo de beber, y danzaba en torno a la crátera de Dioniso, dispensadora del vino. Hizo girar su cabeza a un lado y otro con doble impulso, dejando caer su cabellera sobre la espalda por ambos lados y volviéndola vacilante aquí y allá. Parecía que sus pies iban a resbalar y hubiera caído Mete sobre el suelo si una Bacante no la hubiera enderezado sujetándola con sus manos.

De esta manera, Estáfilo se embriagó también, y las copas de vino puro enrojecieron las mejillas del ebrio Botris. El hijo de incipiente barba, junto con su padre Estáfilo, ataba sus cabellos sin trenzar con la insólita hiedra, que se ceñía a modo de corona. Y alternando paso tras paso, bailó Botris en espiral con ágiles pies, girando el derecho sobre el izquierdo. También Estáfilo saltó con un danzante impulso de sus pies, girando en curvo paso de impulso circular y apoyando el brazo en torno al cuello del Botris mientras bailaba. Bendijo así la bebida de Dioniso, tejedor de danzas, y tambaleándose mientras agitaba sus bucles colgantes que bailaban de un lado a otro sobre su espalda. Mete, por su parte, danzaba apoyando sus brazos en su hijo y su marido, entre Estáfilo y Botris. ¡Si pudieras ver el triple deleite de aquel baile entrelazado! Pito[17], un anciano que todavía era

[16] Otro nombre con significado, *méthē* en griego es «embriaguez».

[17] Nuevo juego con los significados de los nombres propios: *píthos* en griego significa «jarra».

robusto, sacudía sus canosos cabellos a los vientos, empapado hasta los dientes en aquel licor dulzón, y bailaba con pies vacilantes. De su garganta salía la espuma de esa dulce libación, que emblanquecía su blonda barba.

Bebieron durante todo el día, y aún seguían llenando copas cuando la oscuridad ennegrecida comenzó a extenderse a través de todas las tierras del occidente con su sombra, y el aire bicolor se oscureció dando brillo a los astros tornasolados con una suave luz, mientras Faetonte se ocultaba bajo el sombrío cono dejando tras su senda el leve rastro de la aurora. La silenciosa noche vistióse de tinieblas con su propio color, envolviendo el cielo con su constelado manto[18]. En ese momento, terminadas las cráteras embriagadoras y el banquete de la mesa, Botris, su padre y Dioniso, el dispensador del vino se retiraron a sus lechos bellamente dispuestos en líneas separadas. Y tras atrapar el don del sueño, tuvieron oníricos encuentros.

Pero cuando el alba, mensajera de la aurora, surcó refulgente en lo alto la niebla que ya disipaba sus sombras con rosados destellos, entonces Baco, el de hermosa cabellera, se alzó de su lecho con presteza, incitado por la esperanza de victoria. En la noche había soñado que destruía la estirpe de los indios con su tirso recubierto de hiedra, teniendo en su mente la engañosa imagen de una victoria de ensueño. Había escuchado el estrépito de los Sátiros y el sordo silbido de las flechas, y le había sacudido el estruendo de la oní-

[18] Sobre el uso estilístico y metafórico de la noche y el día en NONO, véase D. GIGLI, *op. cit.*, págs.171 ss. y A. W. JAMES, «Night and Day in the Epic Narrative of Nonnus and Others», *Museum Philologicum Londinense* 4 (1981), 115-42. Según GIGLI, este tipo de expresión, sobre todo la alusión al manto lleno de estrellas, denota una simbología órfica (cf. *Fragmentos órficos* 143 y 238 KERN). En particular, la metáfora del manto de la noche es muy frecuente en la literatura griega.

rica batalla, dispersando su sueño de guerra. Tenía un espantoso miedo en su corazón, pues había visto una profecía amenazante en sus sueños. Vio el espectro de su combate con Licurgo[19], un presagio de lo que había de suceder, puesto que vio un audaz león que salía del interior de un bosque y saltaba inexpugnable desde una roca sobre Baco, cuando estaba bailando y desarmado. Le hacía huir despavorido hasta conducirle a las profundidades del mar, oculto entre las olas, tras escapar de la amenaza de aquella fiera.

Y aun vio otra terrorífica visión. El audaz león perseguía a unas mujeres que portaban el tirso con sus fauces abiertas, desgarrándolas con sus garras. Mientras las mujeres eran despedazadas, de sus manos caían al polvo los objetos del culto, y los címbales yacían en el suelo. Una Bacante que se había liberado ató las fauces del león con un nudo, apretando una vinosa cuerda en torno a su cabeza. Así apresaba el cuello del león con un lazo estrangulador. De tal guisa un tumulto femenil se precipitó confusamente hacia la fiera, y desgarraron así sus espantosos miembros con ramas de espino. A duras penas pudo salvarle Ártemis, pues estaba enredado entre cepas espirales. Un relámpago ígneo que provenía del regazo del cielo fue a darle en pleno rostro a la bestia, de tal forma que le convirtió en un ciego vagamundo.

Tal fue el sueño que tuvo Dioniso. Cuando se levantó de su lecho, revistióse el pecho con la estrellada coraza de

[19] En estas líneas, 174-195, se narra el sueño profético de Dioniso, que adelanta la historia de Licurgo (cf. XX 149-XXI 169), en un procedimiento que emplea mucho NONO, amigo de incluir elementos sobrenaturales, magia y adivinación en los mitos clásicos. Así, existen varias escenas paralelas en las *Dionisíacas*, como el sueño de Aristeo, al que se le aparece su hijo Acteón una vez despedazado por sus perros (V 415 y ss.), el sueño de Sémele (VII 142 y ss.), en el que se profetiza su unión con Zeus y el sueño de Ágave, que augura la muerte de su hijo Penteo (XLIV 46 y ss.).

bronce, que estaba manchada de sangre del indio enemigo, y ciñóse la cabellera con una retorcida corona de serpientes. Ciñó sus pies con el coturno enrojecido de sangre, y empuñó el tirso en su mano, aquella florida lanza guerrera. Convocó entonces a uno de sus sirvientes, un Sátiro. Y el príncipe Botris despertó al oír el altisonante eco que salía de la boca del divino Baco, vistiéndose su cota de malla. Al durmiente Pito [llamó][20]. Y Mete, por su parte, cuando oyó aquella voz, levantó apenas su cabeza, pesada por el vino, y tras dejarla caer perezosamente, se durmió de nuevo. Aún permanecía dormida la reina por la mañana con el más dulce sueño en sus pupilas, hasta que hubo de abandonar su lecho con pasos que de mala gana la obedecían.

Estáfilo, amante de la uva, escoltó a Lieo, ofreciéndole sus dones de hospitalidad para el viaje que se avecinaba: una áurea jarra de doble asa acompañada de sus copas de plata, con las cuales solía beber la leche fresca que ordeñaba de sus cabras. Díole vestimentas variadas que había fabricado con artificio una Aracne[21] persa de fino hilar, junto a las aguas del Tigris. Y el soberano de múltiples dones dirigió a Bromio estas palabras:

«Lucha por mí, Dioniso, y haz gestas dignas de tu padre. Demuestra que llevas la sangre del Crónida, pues éste, siendo aún joven, expulsó del Olimpo a los Gigantes nacidos de la Tierra. ¡Y no era más que un muchacho! Ea, marcha tú ahora al combate y aniquila la soberbia raza de los indios terrígenas. Recuerdo una historia que contaba a mi padre Be-

---

[20] Laguna en el texto al final del primer hemistiquio del verso 205, según KEYDELL.

[21] Nono usa aquí el nombre de la mítica Aracne como una metonimia por el arte de tejer, de la misma forma que cuando habla de Ares o Enío para decir guerra.

lo[22] el asirio, soberano de esta mi tierra y abuelo mío. Ahora te la contaré yo a ti:

Una vez, Crono alzó en son de guerra su hoz castradora, aún húmeda, y con ella, cuando se dirigía al lecho de su madre, cortó la viril simiente del arado paterno que ya no pudo procrear. Así, como precursor de los Titanes, combatió a tu progenitor. Crono, el de espesa barba hizo estallar la guerra al blandir sus lanzas de hielo contra el Cronión, arrojándole al punto su dardo de agua helada. Y desde los cielos cayó entonces una lluvia de afiladas flechas de granizo. Sin embargo, Zeus, portador del fuego, se pertrechó para el combate con más ardor que el propio sol, y pudo disolver el agua petrificada con llamas ardientes[23].

Ahora fustiga a tus leones carnívoros y marcha hacia la lucha contra los indios. No temas sus elefantes, porque el próvido Zeus, tu padre, también pudo destruir con su rayo al descomunal Campe[24], de elevada cabeza, cuyo cuerpo estaba formado por multitud de extrañas criaturas. Tenía, pues, un millar de colas reptantes que surgían de sus patas de ser-

---

[22] Personaje desconocido, para Tissoni, se trata de la transcripción al griego del semítico dios Baal (cf. M. Maletta, *op. cit.*, pág. 264, n. 24). En las *Dionisíacas* hay otros dos personajes con este nombre (cf. III 31 y XL 392).

[23] El mito que aquí se narra sobre la castración de Urano por parte de su hijo Crono, aparece en Hesíodo, *Teog.* 173-206, y Apolodoro, *Bibl.* I 2, 1; y el de la lucha de Zeus con los Titanes, en *Teog.* 617 ss. Sin embargo, Nono parece interpretar el mito de la «castración» de Urano (el cielo) por Crono y el de la Titanomaquia, de manera alegórica, haciendo referencia a las estaciones. Crono y los Titanes representarían así el invierno. Zeus, con el calor de su fuego, disuelve los hielos del invierno.

[24] Campe es un monstruo mitológico, que habita en el Tártaro (cf. Apolod., *Bibl.* I 2, 1), en donde vigila a los monstruos que Zeus encerró allá tras su guerra con Crono. Su nombre, curiosamente, significa «oruga». Por lo demás su descripción recuerda a la de Tifón, en I 155 ss., para lo que Nono se basó en Hesíodo, *Teog.* 820 ss.

piente, y escupía veneno con gran alcance aquel híbrido y retorcido ser, que se inflamaba provocando guerra. En torno a su cuello cincuenta cabezas de diversas fieras florecían. Algunas de ellas rugían con figura leonina, con la apariencia de la intrigante Esfinge[25] de terrible rostro. Otras, en cambio, eran de jabalí y rezumaban espuma de sus colmillos, en una perfecta imitación de la faz de Escila[26], con una cohorte reunida de cabezas de muchos perros.

Era doble su naturaleza, y a partir de la mitad de su cuerpo, se aparecía en forma de mujer, de cabellos de serpiente que lanzaban veneno. Su híbrida y enorme figura, desde lo más alto del pecho hasta la articulación del muslo, estaba cubierta de escamas como un monstruo acuático. Las garras de sus manos, que se extendían por doquier, se doblaban como una hoz de uñas corvas, y desde lo alto de la espalda, reptaba un escorpión enroscado sobre sí mismo a través de su pavoroso lomo, con una cola de granizo afilada con un agudo aguijón que se levantaba sobre su cuello.

Así era el multiforme y serpentino Campe cuando se alzó en armas: volaba con el impulso variado de sus oscuras alas, dando vueltas sobre la tierra, el Éter y las tempestuosas profundidades, mientras blandía huracanes y se armaba de tormentas. Tal era aquella ninfa del Tártaro, de negras alas. Las llamas rutilantes de sus párpados despedían chispas que salían despedidas a distancia. A tal bestia dio muerte tu padre, el celeste Zeus, venciendo a aquella serpentina criatura de guerra que le enviaba Crono. Y tú has de emular a tu pa-

---

[25] La Esfinge era un monstruo mitológico con cuerpo de león y cabeza de mujer, famoso por la adivinanza que planteó a Edipo (cf. Apolod., *Bibl.* III 5 8).

[26] Escila es otra criatura monstruosa, con la que Nono compara a Campe. Cuenta con doce pies, seis cuellos con seis cabezas y tres hileras de dientes en cada boca (cf. Hom., *Od.* XII 85-100).

dre para que puedas ser llamado exterminador de los terrígenas, como el propio Crónida, cuando hayas segado de este mundo la hostil cosecha de los indios, nacidos de la Tierra. Tu gesta es, pues, semejante a la de tu padre. Él, en su lucha contra Crono, derrotó también a Indo[27], aquel famoso adalid primigenio, hijo de la Tierra, de enormes miembros, que dio origen a la estirpe de los indios. Si tu padre venció a Indo, derrota tú a Deríades, su descendiente.

Has de mostrarte ante mí semejante a Ares, puesto que él también venció a un enemigo de los dioses de igual clase, a un hijo de Equidna[28], que escupía el espantoso dardo de un veneno terrible y poseía una doble naturaleza en un mismo cuerpo. Desde el interior de las selvas se movía agitando en espiral su cola, la espina de su madre. Crono dispuso de tan inmensa criatura para combatir el rayo, un guerrero de belicosos silbidos mientras se movía reptando como una serpiente, cuando elevaba sus manos sobre el contorno de su pecho [***][29], y luchaba contra tu Zeus.

En sus aéreos caminos alzaba su cabeza elevada sobre las hileras de nubes, y devoraba de una vez, con sus enormes fauces, a las aves que a menudo vagaban entre sus intrincados cabellos. A esta extraordinaria criatura dio muerte tu hermano Ares, y a ti no he de considerarte inferior a él, pues podrías sin duda rivalizar con todos los hijos de Zeus. Tu sobresales entre ellos con tu tirso mortífero, al igual que

---

[27] Solamente aparece en Nono. No es el río Indo, sino un ancestro primigenio de los indios, a la manera de Doro (de los dorios), Eolo (de los eolios) o Helén (de los helenos).

[28] Equidna («víbora» en griego), es otro monstruo mitológico, mitad mujer, mitad serpiente. Hija de Crisaor y Calírroe, fue encerrada por los dioses en el subsuelo, bajo el mítico país de los Arimos (cf. Hes., *Teog.* 295-305).

[29] Keydell señala una laguna tras el verso 280.

Ares cuando lucha con su lanza, y a la vez, tus hazañas son comparables a las de Febo.

Yo, por mi parte, he hospedado en mi palacio a otro hijo de Zeus, matador de bestias, pues ayer mismo llegó a mi mansión Perseo[30], el de hermosas alas, tras haber abandonado la reluciente Cidno, cerca de Córico, como tú, amigo mío. Él me refirió cómo había trazado los contornos de una ciudad de nueva fundación, en el país de los cilicios, que tomó el nombre de su pie veloz[31]. Él portaba la cabeza que coronaba a la Gorgona Medusa, cuya visión es insoportable, y tú, por tu parte, llevas el vinoso fruto de la vid, heraldo de gozo y olvido de las penas humanas. Si Perseo dio muerte al monstruo acuático que moraba en el mar de Eritrea, tú, por tu lado, has derrotado a la estirpe de los indios eritreos. Destruye ahora a Deríades, tal y como has matado al indio Orontes, que era un malvado peor que el monstruo marino. Y si Perseo salvó a la afligida Andrómeda, tu también has librado con tu gran victoria a la Virgen de las estrellas[32]

---

[30] La comparación entre Dioniso y Perseo es un tema recurrente a lo largo de las *Dionisíacas* (especialmente en XXV 1-173, en el que se comparan las hazañas de ambos). Perseo es el arquetipo de héroe y quizás el más conocido de los héroes griegos. Hijo de Zeus y Dánae, llevó a cabo increíbles aventuras, como cortar la cabeza de Medusa, etc.

[31] Se refiere a la fundación de la ciudad de Tarso, en Cilicia, cuyo nombre relaciona Nono, mediante etimología popular, con *társos*, en griego, «pie» o «talón», y que fue fundada por Perseo según la leyenda narrada por Antípatro (*Ant. Pal.* IX 557). Se dice que Perseo acabó sus días reinando entre los persas, que por ello tomaron su nombre. Otra leyenda, narrada por Dionisio Periegeta (868 ss.) cuenta que el nombre de Tarso se debe a que el famoso caballo Pegaso puso la huella de su pezuña allí.

[32] Lejos de la iconografía cristiana, se trata en esta ocasión de una referencia astral, muy del gusto de Nono, a la constelación de Virgo, que se identifica con Dice, la Justicia (Arato, *Fen.* 96 ss.). Por ello se dice que los indios, pueblo que practica la *adikía*, ha pecado contra ella.

deshonrada por las notorias ofensas de los injustos indios. Así podré ofrecer un cortejo triunfal en honor de Perseo, matador de la Gorgona, y de Dioniso, matador de indios.»

Y habiendo hablado así, regresó a su palacio el opulento rey que había acogido a Bromio como huésped. Como oyese estas palabras de ánimo del soberano, Dioniso se complació en su corazón, y entró en éxtasis tras escuchar con oídos embelesados las hazañas de su padre. Quiso entonces competir con el Crónida y deseó obtener aun una tercera victoria más grande, tras la doble batalla que había presentado a los indios. Y sentía así porque tenía envidia del Crónida. De esta forma, convocó a Ferespondo[33], vástago del divino heraldo e Iftime y veloz como el viento, dirigiéndole estas amigables palabras:

«¡Oh, hijo de Hermes, mi querido heraldo, apresúrate y lleva este mensaje al valeroso Deríades!: '*Señor, acepta los dones de Lieo sin luchar, o enfréntate a Bromio y acabarás igual que Orontes.*'»

Así dijo, y el heraldo de veloces sandalias marchó de país a país, por el camino que lleva hasta la gran planicie del Oriente, llevando el cetro de su padre. Sobre un áureo carro de dos caballos marchó de ciudad en ciudad, llevando con pasos inspirados por su piedad el fruto de la vid, la uva que deleita los corazones. De este modo llenó toda la tierra asiria con este fruto, enseñando a los agricultores el cultivo de la flor del vino.

[33] Ferespondo («portador de tregua») es uno de los Sátiros, hijo de Hermes, «el divino heraldo» y de Iftime. Es nombrado en el catálogo de XIV 112, y protagonizará la escena de la segunda embajada a los indios en XXI 200 ss., tras el fracaso de la primera en XIV 299 ss.

Mientras recorría con su errante carro, portador del vino, la tierra de Siria, junto al ala del oriental Euro[34] de oscura faz, la muerte le sobrevino a Estáfilo. En el palacio, los sirvientes se desgarraban las vestimentas y el pecho, y los criados aullaban de dolor. Se golpeaban las mujeres los senos y los enrojecían de sangre, y las plañideras se arañaban el rostro con sus uñas en señal de duelo.

Dioniso regresó muy tarde al palacio de Botris sobre su carro engalanado de vides, recordando la hospitalaria mesa de Estáfilo. Cuando se percató del rostro abatido de Pito, adivinó de inmediato la muerte de Estáfilo, a causa de aquel silencio revelador. Y tras llamar a Mete a su presencia, le dijo:

«Dime, mujer, ¿qué sufrimiento ha mudado tu belleza? Te dejé resplandeciente, y ahora te veo apagada. ¿Quién ha extinguido tu indecible hermosura? Ya no despiden tus mejillas de color de vino aquel fuego sano y purpúreo. Y tú, anciano, no me ocultes la razón de tu llanto. ¿Quién ha cortado la barba luenga como una cabellera de tus anchas mejillas? ¿Quién ha afeado tus canas? ¿Quién ha rasgado tu túnica? ¿También tú, vástago de tu madre Mete, amante del vino, también tú, hijo de mi Estáfilo? ¿Por qué no tiene pelo tu cabeza? ¿Qué envidioso hizo desaparecer tu rizada cabellera?[35].

Tus bucles no se derraman ya sobre tus cándidos hombros sin trenzar, ni exhalan ya la fragancia de los ungüentos tirios. Ya no festejáis mis misterios, y tus mejillas ya no

[34] El Euro es el viento del Este, y por tanto sinónimo de su punto cardinal.

[35] Éstas son las señales de luto más frecuentes en el mundo griego: rasgarse la ropa, arañarse el pecho y la cara, y cortarse cabello y barba. El final de este canto es un completo catálogo de las expresiones de duelo más comunes.

despiden aquel esplendor rosado que emanaba de tu rostro. ¿Por qué llevas estas ropas manchadas de polvo? ¿Dónde están tus ropajes regios teñidos en el mar de Tiro? Ya casi no te reconozco con ese rostro tan afligido.

Decidme ahora, ¿adónde ha marchado Estáfilo, el portador del cetro? Decid, ¿quién se ha llevado a tu padre en una sola hora? He comprendido vuestro dolor, aunque intentéis ocultarlo. No me hacen falta vuestras palabras, pues estos rostros silenciosos al punto me comunicaron vuestra pena. He comprendido vuestro dolor, aunque intentéis ocultarlo. Vuestras lágrimas revelan vuestro sufrimiento, y estos vestidos ennegrecidos que lleváis anuncian a gritos la muerte de mi querido Estáfilo. La envidia se me ha llevado la esperanza, porque creí que, después de mi campaña contra los indios, habría podido llevar en mis manos las nocturnas antorchas junto con el rey Estáfilo, en el cortejo nupcial de Botris, mi conmílite, cuando se celebraran sus bodas.»

CANTO XIX

SUMARIO

— Consolación de la viuda y el hijo de Estáfilo por medio del vino, que disuelve las penas, vv. 1-58.

— Juegos fúnebres en memoria de Estáfilo, junto a su tumba, vv. 59-348: Concurso de canto, participan dos aedos, Eagro, padre de Orfeo, y Erecteo el ateniense, vv. 59-79. Canción de Erecteo, la historia de la diosa Deo, huésped en el palacio del rey Celeo y su hijo Triptólemo, y comparación con la familia de Estáfilo, vv. 80-99. Breve canción de Eagro, la historia de Apolo y Jacinto. Dioniso corona a Eagro y le concede el primer premio por aclamación vv. 100-117. Concurso de danza. Descripción de los premios, dos cráteras, una de oro y otra de plata, la una llena de vino, la otra de mosto. Dioniso convoca a los bailarines, vv. 118-157. Discurso de Marón antes de participar, vv. 158-197. Descripción de la danza de Marón, que representa a los escanciadores del Olimpo, Hebe y Ganimedes, vv. 198-224. Descripción de la danza de Sileno, que describe la disputa entre Aristeo y Dioniso, sobre la miel y el vino, vv. 225-284. Sileno tropieza en el baile, dando la victoria a Marón, y se transforma en río, 285-302. Marón se dirige a Sileno y le consuela, recordándole el mito de Apolo y Marsias, 303-348.

EN EL DECIMONOVENO CANTO BACO INSTAURA UNOS JUEGOS JOVIALES EN REVERENCIA A LA TUMBA DE ESTÁFILO Y SU PERFUMADA CRÁTERA

Y tras hablar el dios, albergando el pesado dardo de este nuevo dolor en su corazón, el joven mantuvo sellados sus labios con un silencio sin voz, vencido por las lágrimas que brotaban espontáneas. Más tarde, su madre Mete, reverenció a Lieo con estas compasivas palabras:

«¡Tu Estáfilo, Dioniso, el que veía sin dormir[1] tus danzas, duerme ahora el sueño eterno! ¡Tu Estáfilo, Dioniso, ha sido arrebatado por los vientos de Caronte! Ahora, el peso de una doble pena me embarga. Por un lado, Baco, el señor de la vid, me ha abandonado, y por otro, mi marido ha caído enfermo. Un común dolor me embarga por ambas cosas, por la muerte de Estáfilo y por la ausencia de Lieo. Ea, dame de la copa llena de tu burbujeante fruto, querido Baco, para que lo beba y pueda sosegar mi profundo dolor con ese vino tuyo que alivia las penas.

¡Oh Dioniso, el del *evohé,* mi única esperanza, sólo con ver tu fruto, sólo con ver tu crátera ya no derramaré más lágrimas!»

---

[1] Los ritos del culto dionisíaco se caracterizaban por celebrarse de noche.

Y tras hablar así, enterneció a Dioniso, y éste, mezclando en una copa el licor del vino, que disuelve las penas y aleja el dolor, se lo ofreció al hijo y a la madre. Ambos bebieron el meloso líquido de aquella vendimia de gotas que deleitan los corazones. Tanto Mete como Botris apaciguaron su doliente pena, y la mujer le dijo a Baco, el que hechiza los corazones:

«Viniste a mí, amado Baco, tú que eres mi más querida luz, y ya no hay dolor, ya no hay pena en mí, pues Dioniso se me ha aparecido. Viniste a mí, amado Baco, tú eres mi más querida luz[2]. He apaciguado mis lágrimas con tu bebida, el salutífero vino. Y ya no me lamento más por la pérdida de un esposo, de un padre. Abandonaré incluso a mi Botris si es tu voluntad, pues sólo en Baco tengo a un padre, un hijo y un marido. Te seguiré, si es tu voluntad, hasta tu propia morada. Ojalá pudiera convertirme en una Basáride de tu séquito, y si así lo quisieras, yo llevaría tu tirso y tu encantadora cosecha de uva, y con mis labios tocaría para ti el oboe del lagar. No me dejes viuda, que no aumente esta doble pena mía, por la muerte de Estáfilo y la ausencia de Dioniso. Tendrás a Botris como aprendiz: que aprenda tus danzas, tus misterios y todos los secretos de tu culto, y, si así es tu voluntad, que luche contra los indios. He de contemplar a mi hijo riendo junto al lagar de vino sin mezclar, pisando con pie recio el fruto de tu vendimia. Y acuérdate del anciano Pito, que no se quede él sin aprender tus misterios y sin tomar parte del dulce vino.»

Así dijo, y el soberano Baco animó a Mete con rostro sonriente, diciéndole a la mujer:

---

[2] Expresión de origen homérico. Penélope se dirige así a Telémaco en HOM., *Od.* XVI 23, pero también puede implicar un significado cultual, indicando que Dioniso es la luz salvífica (cf. TISSONI, en M. MALETTA, *op. cit.*, pág. 270, n. 4).

«Señora de relucientes dones, tú eres una segunda Afrodita, la dispensadora de gozo [***][3] que deleita a los mortales, madre de Eros[4], toma parte en el banquete junto con Lieo. Tú has de ser, como Afrodita, la portadora de la corona para Dioniso, ciñéndome a la cabeza flores y frondosos racimos. Las coronas que rodeen tu cabellera serán la envidia de la propia Victoria. Serás también mi escanciadora, junto con Hebe, la de dorado trono[5]. Has de ser la acompañante del vinoso Lieo, la seguidora que dispense copas báquicas y, de esta manera, la saciedad del vino que deleita a los mortales será llamada con tu nombre, Mete. Llamaré Botris al propio fruto de la vendimia que hace olvidar el luto, y Estáfilo será el nombre del racimo lleno de uvas[6]. Nunca más podré ya celebrar un festín sin Mete, nunca más marcharé en comitiva sin Mete.»

Y tras decir estas palabras, Dioniso, el que disipa las penas, instauró unos juegos sin luto junto a la tumba de Estáfilo, que oscilaba por el vino. Presentó un macho cabrío de hermosas barbas y un viril buey, y dispuso como premios ambas bestias. Convocó al certamen a participantes que su-

[3] Laguna en el texto en la mitad del verso 45 (cf. la edición de KEYDELL).

[4] Mete «la embriaguez», es saludada por Nono, quizás jocosamente, como deleite de mortales y «madre del amor».

[5] Hebe, hija de Zeus y Hera, y esposa de Heracles, es la otra escanciadora de los dioses, junto con Ganimedes, que fue raptado por Zeus para este propósito. Es la personificación de la juventud *(hḗbē*, en griego) y se le representa en un trono dorado.

[6] NONO juega aquí con el significado en griego de Mete, Botris y Estáfilo *(méthē, bótrys, stafýlos)*, «ebriedad», «uva» y «racimo», respectivamente.

pieran tocar melodías pierias[7] con el arpa. Dispuso como premios ambas bestias y exhortó a los competidores, expertos en la lira de hermosos sones, con estas palabras:

«Aquí haré comenzar el cortejo ático, pues al hombre que se alce con la victoria, le otorgaré este buey de pingües carnes, y a aquel que sea vencido, le concederé el hirsuto macho cabrío.[8]»

Así dijo Bromio, y al punto se adelantó un hombre que sabía tocar la lira. Era Eagro, ciudadano de la gélida tierra Bistonia[9], que llevaba el arpa colgada al hombro y sostenía su plectro. Después de éste, se presentó Erecteo, habitante del Ática, la patria de los himnos. Ambos se pusieron en medio de los otros concursantes en la lid, como conductores de las arpas. Ciñéronse la cabellera con pétalos de laurel y los miembros con túnicas, y comenzaron a tocar con una leve presión de sus acostumbrados dedos, pulsando la hilera alterna de cuerdas extendidas. Estiraban éstas por el borde, para que la cuerda estuviese tensa, y no se desafinaran, afeminando el tono de aquella viril melodía. El primer turno le correspondió a Erecteo, el ciudadano de Cecropia[10], que hi-

---

[7] Pieria es una comarca de Macedonia donde es fama que habitan las musas (cf. Hom., *Il.* VI 226; Hes., *Teog.* 53; *Himno Homérico a Hermes* 70; etc.).

[8] En los festivales de teatro en Atenas, las Dionisias y Leneas, el premio para el mejor coro era un buey, y para la mejor tragedia, una cabra.

[9] Eagro, el tracio, es padre de Orfeo, y aparece en el catálogo de los ejércitos en XIII 428 (véase nota *ad loc.).* Sus hazañas en combate se narran en XXII 168-217 y 320-353. Bistonia es otro nombre para Tracia.

[10] Otro nombre del Ática, que se debe a su mítico primer rey, Cécrope, mitad serpiente, mitad hombre. Se cuenta que, en la disputa entre Poseidón y Atenea, él fue el árbitro que concedió la tierra a Atenea. Erecteo es el caudillo de los atenienses que aparece en el catálogo (cf. XIII 171-200). Sus hazañas en combate se ven en XXII 293-319.

zo sonar la cítara con maestría, pues tocaba una canción de su tierra que decía:

«Una vez, en la divina Atenas, Celeo, junto con su hijo Triptólemo y la anciana Metanira, hospedó a la diosa Deo, madre de toda vida, quien les ofreció a cambio su cereal por lo cual Triptólemo descubrió la manera de plantar su semilla en los surcos de la tierra, montado sobre su carro de dos caballos, portador del trigo. Pero Celeo murió, y junto a su tumba recién construida, Deo con sus primicias le lloró sin lágrimas en los ojos. Consoló de su profundo pesar a Triptólemo y Metanira con palabras que deleitan los corazones, extinguiendo su dolor[11]. Y así también sucedió que Dioniso fue acogido por el rey de Asiria en su palacio. El soberano correspondió a su hospitalidad ofreciéndole sus dones mistéricos y su fruto vinoso. Y cuando murió Estáfilo, el rey amante del vino sin mezclar, el dios puso fin al luctuoso llanto de su hijo Botris, y consoló la pena de su afligida esposa Mete.»

Tal fue la canción que entonó el poeta a la lira. Todos se deleitaron por igual con su melodía, y junto con Lieo, el de hermoso tirso, admiraron la tonada ática acompañada por una voz armoniosa.

En segundo lugar, el soberano Eagro entonó un variado himno como correponde al padre de Orfeo, de íntima amis-

[11] El mito que narra Erecteo para compararlo con la historia de Estáfilo, es el de Triptólemo, que fue elegido por la diosa Deméter (o Deo, en el texto) para transmitir a los mortales las artes de la agricultura y del cultivo del cereal. (cf. PLAT., *Leyes* 782b5; PAUS., I 14, 2 ss.) Se trata de un mito que ha sido interpretado de diversas maneras (que recoge APOLOD., *Bibl.* I 32), como mito fundacional de los misterios de Eleusis (se afirma que Triptólemo sería hijo de Eleusis), o bien como mito órfico, por la relación de la diosa Deméter con el mundo de los muertos y sus viajes a ambos lados. No en vano PLATÓN incluye a Triptólemo entre los jueces del Hades (PLAT., *Apol.* 41a4).

tad con su Musa. Cantó solamente un dístico melódico, acompañado de la música de Febo, pues era hombre de pocas palabras, de voz cadenciosa, a la manera amiclea[12]:

Apolo devolvió la vida a Jacinto, el de hermosa cabellera
y ahora Dioniso ha logrado que Estáfilo viva por siempre.

Y apenas hubo terminado esta declamación, cuando todo el mundo comenzó a vitorearle con halagos que parecían provenir de una sola garganta, y los Sátiros reunidos se pusieron a aplaudir. Al punto, Baco dio un salto desde su trono y empezó a agitar su mano derecha de arriba abajo, mientras Botris corría también para honrar la hermosa armonía del poeta con voces enfervorecidas. El soberano coronó de hiedra[13] la cabeza de Eagro, y el padre de Orfeo puso firmes sus pies sobre el suelo, para recibir de buen grado al buey asilvestrado como premio a su poema. En derredor se congregaron sus compañeros en fila. El ateniense, en cambio, se llevó con mano avergonzada el macho cabrío de hermosas barbas, sufriendo por la envidia y el desconsuelo.

A continuación Iobaco[14], el de hermosa cabellera, dispuso de su generosa mano y trajo premios dignos del triunfo en el certamen tejedor de danzas: una crátera rebosante de aromático vino añejo, y una copa dorada para tomar incontables medidas de él y hacer burbujear sobre la sedienta tierra la libación del licor de Lieo, que tenía cuatro años. Era ésta una obra artesana del Olímpico Hefesto, que en una

[12] Es decir, brevemente, a la manera de Laconia (región donde se sitúa Esparta). De ahí viene en castellano el adjetivo «lacónico».

[13] La corona debería haber sido de laurel, árbol consagrado a Apolo, dios de la poesía y la música, pero se trata de un certamen dionisíaco, y en consecuencia la corona es de hiedra.

[14] Sobrenombre cultual de Dioniso, relacionado con su invocación: ¡Io, Baco!

ocasión regaló Cípride a su hermano Dioniso, el señor de las uvas. Trajo también una crátera más pequeña, hecha de plata refulgente y redonda.

Ésta la había recibido Baco una vez que se hospedó en el hospitalario palacio del rey de Alibe[15], junto a la fértil llanura donde el negro recodo de las minas de la tierra se emblanquece de rayos argénteos. En torno al canto, donde se posan los labios, sobre un vinoso racimo de uvas, había una hiedra grabada en espiral y en derredor estaba adornada con áureo artificio[16]. Y otra cosa aún añadió, respirando trabajosamente por su reciente trabajo en el lagar: era el mosto, bebida de ebriedad sin esposar[17]. Y es que no es de extrañar que corresponda al vencido beber un licor que no embriaga. Pero cuando Baco hubo dispuesto ya los premios en medio del certamen, convocó a los expertos bailarines dando fe con estas palabras:

«Quienquiera que compita dando giros con su experto talón y llegue a vencer en la justa de los pasos de baile, se habrá de llevar esta crátera de oro y el dulce licor del vino, pero quien tropiece con un impulso de sus tambaleantes pies, y resulte bailar peor, que reciba el peor premio. Pues yo no me doy por igual a todos. Al ganador, al que venza el hermoso certamen de danza, no he de ofrecerle un brillante trípode, ni un veloz caballo, no he de darle lanza ni coraza manchada de la sangre de los indios, como si fuera una competición de lanzadores del disco que recorre caminos. Y tampoco se trata de una carrera pedestre, ni un concurso de lanza arrojada a distancia.

---

[15] Sobre el mítico país de Alibe, véase nota a XVII 33.

[16] Para la descripción del trofeo, un *tópos* de la poesía helenística, Nono se ha basado en la de TEÓCRITO, *Id.* I 29.

[17] «Sin esposar» con agua, se entiende. Pues el vino se bebía mezclado con agua, y el mosto no.

En honor del rey muerto, de Estáfilo, un hombre que amó la danza, he convocado este concurso festivo de danza. No he de dar premios a la lucha de vigorosos brazos, ni a la carrera hípica, pues estos no son los juegos de la Élide[18], ni las carreras de Enómao, el asesino de sus yernos[19]. Mi meta es la danza, y mi punto de arranque es el movimiento de los pies, la mano que gira, la voltereta, la expresión cambiante del rostro afectado y el silencio que se deja oír cuando se mueven los dedos en círculo, en definitiva, la propia figura del bailarín[20].»

Tales fueron sus palabras, y un cornudo Sileno se levantó sobre sus pesados pies. Era el vetusto Marón, que contemplaba la reluciente crátera de oro, no porque la de oro fuera la mejor, sino porque solamente aquella contenía todo el envejecido licor de dulces gotas, y estaba llena de él hasta el mismo canto. Su amor por el dulce vino le hizo rejuvenecer, y el báquico perfume llenó de vigor sus canas. Hizo girar los pies en prueba de que conservaba su vigor, y de que la pesada vejez no había privado a sus miembros de la danza. El anciano intentó ganarse la benevolencia del al-

---

[18] Es una región del oeste del Peloponeso, en la que se sitúa Olimpia. Por tanto, se refiere a los Juegos Olímpicos.

[19] El rey de Pisa, Enómao convocó una carrera para conceder su reino y la mano de su hija Hipodamia a quien la ganara, pero siempre vencía y daba muerte a todos sus pretendientes (cf. PÍNDARO en *Olímp.* I 75 ss. APOLOD., *Bibl.* II 5).

[20] Nono resalta la superioridad del certamen intelectual sobre el físico mediante la contraposición entre los juegos atléticos (como los del canto XXIII de la *Ilíada)* con los artísticos. La discusión retórica sobre qué es mejor en la vida, si la guerra, el deporte, el amor, etc., se encuentra en la literatura griega desde SAFO (cf. XVI 1 ss.) y PÍNDARO (cf. *Olímp.* I 1 ss.), en cuya obra se exaltan los juegos Olímpicos. Gigli comenta la el uso metafórico del vocabulario deportivo para describir la danza en este pasaje («mi meta es la danza», «mi punto de arranque», etc.) en D. GIGLI, *op. cit.*, págs. 153-154.

ma de Estáfilo, con estas palabras que salieron en torrente de sus hirsutas mejillas:

«Soy Marón, compañero de Lieo, el que no conoce la pena. Yo no sé que es llorar, pues, ¿qué tienen que ver las lágrimas con Dioniso? Los dones fúnebres que presento ante tu tumba son los giros de mis pies. Acéptalos con una sonrisa benevolente, Marón no conoce las penas, Marón no conoce el lamento, ni el peso de la dolorosa aflicción, sino que es un gracioso siervo de Dioniso, el que no conoce la pena. Sé benévolo para tu Marón, incluso si acaso bebes ahora las aguas del Leteo. Concédeme tu gracia para que pueda beber yo también de este vino añejo, y que Sileno se beba el que está recién prensado. Yo he de bailar para Estáfilo en la muerte como si estuviera vivo, ya que prefiero la danza a los banquetes que huelen al pingüe humo de los sacrificios. Para ti, Estáfilo, cuando vivías y aun ahora que no respiras, bailaré con el estrépito de la fúnebre comitiva.

Yo soy siervo de Baco, no de Febo, y no he aprendido los cantos fúnebres que el soberano Apolo entonó en Creta una vez, tras derramar lágrimas por su amado Atimnio[21]. Soy ajeno a las Helíades y extraño a Erídano. Desconozco a Faetonte, y su muerte como auriga[22]. No soy ciudadano de

[21] Un muchacho cretense, de Gortina, amado por Apolo, que también aparece en XI 130 (cf. Apolod., *Bibl.* III 3 6).

[22] Las Helíades son las hijas de Helio, el sol, y hermanas de Faetonte. Cuando este murió fulminado por Zeus al intentar conducir en vano el carro de su padre el sol (XXXVIII 410 ss.), las Helíades lloraron junto al río Erídano, en el que se había precipitado su hermano, hasta convertirse en álamos, y sus lágrimas se convirtieron en ámbar; cf. Ovidio, *Metam.* III 240 ss.; Euríp., *Hip.* 735-741. El río Erídano, por otro lado, es el actual Po, en el norte de Italia (cf. Euríp., *Hip.* 737). Nono cuenta su leyenda en XXXVIII 432 ss.

Esparta, ni llevo las fúnebres coronas de flores agitando los suaves pétalos de los jacintos llorosos[23].»

Y si es que hoy mismo te sientas ya junto a Minos como juez o si acaso posees el palacio florido de Radamantis[24], caminando feliz entre los bosques y la pradera del Elíseo, se benévolo para tu Marón. Pues yo mismo, en vez de copas, derramaré en tu honor una libación consciente de mi boca sin libaciones. Ten piedad de tu Marón, concédeme la vinosa victoria, una victoria que proclame mi nombre por doquier. Y yo mismo, desde encima de tu sepultura, verteré las hermosas primicias de mis copas de oro, comenzando por mi crátera, en conmemoración de mi victoria.»

Y diciendo así, Marón bailaba con paso circular, cambiando su moviente talón de derecha a izquierda, y describiendo en el silencio de sus gestos diversas historias. Entonces hizo girar sus ojos errabundos, como la imagen de su narración, tejiendo un ritmo elocuente con habilidosos gestos. Agitaba la cabeza, y hubiese querido mover sus rizos al viento, si no hubiera tenido desnuda la cara y la cabeza sin pelo.

Y no obró como correspondía a un anciano con sangre de Titán, describiendo a la estirpe Titánida con parlantes figuras, pues no representó a Crono, ni a Fanes[25], más arcaico

---

[23] Referencia a la historia de Jacinto, joven de Amiclas, en las cercanías de Esparta, del cual se enamoraron el dios Apolo y Céfiro, el viento de poniente. Al preferir al primero, el viento hizo que un disco lanzado por él le matara, y de su sangre brotó la flor que lleva su nombre.

[24] Única aparición en las *Dionisíacas* de este personaje, hijo de Zeus y Europa, hermano de Minos y junto con él, juez de ultratumba, que pesa las buenas y malas acciones de las almas.

[25] Fanes, una arcaica divinidad de la creación del mundo en la teogonía órfica, que se suele describir con la forma de varios animales combinados (cf. PROCLO, *In Tim.* I 427, 20; *Himno Órfico* VI 8; *Argonáuticas*

que éste, ni a la raza del Titán Helio, tan vieja como el mundo. Por el contrario, abandonando toda aquella masa informe de los astros[26], imitó con elocuente silencio al escanciador del Crónida, con variados movimientos, tendiendo la copa a Zeus, y alegrando el corazón de los demás inmortales copa tras copa, mientras vertía el divino licor de la crátera. Versaba, pues, su composición sobre el dulce beber. Pero también bailó en imitación de la doncella Hebe, escanciadora de néctar. Y de esta manera, cuando se volvía hacia los Sátiros, representaba, con sus manos mudas, la figura de Ganimedes, y cuando miraba a las Bacantes, les mostraba con un silencio revelador a Hebe, la de sandalia dorada[27].

Tales cosas representaba Marón con su danza, moviendo sus dedos de variadas posturas y levantando los pies al ritmo de un estudiado impulso: ejecutaba sin cesar sus pasos de baile de muchas curvas. Al punto quedóse en pie, temblando y mirando en derredor con ojos torvos, para averiguar quién vencía a quién y quién se llevaría a su casa la crátera más grande y llena de vino.

Sileno bailó a continuación, y su mano tácita describió símbolos artísticos con afectación y variados giros. Entonces, con las manos ejecutó la siguiente representación: una

---

Órficas II 15). Para más información sobre los órficos, cf. L. Brisson, *Orphée. Poèmes magiques et cosmologiques*, Belles Lettres, París, 1993.

[26] Se trataría de una interpretación astrológica de estos mitos primordiales.

[27] Abandonando la seriedad de los temas teogónicos, la danza mímica representa a los dos encantadores jóvenes que escancian en el Olimpo, Hebe y Ganímedes. Muy verosímilmente esta sofisticada escena podría describir, más que una danza, un ejercicio de pantomima, función teatral típica de Roma, en la que un único actor representaba con sus gestos y bailes un argumento mitológico (cf. Luciano, *Sobre la danza* 37-61, y los comentarios de D. Gigli, *op. cit.*, págs. 150 ss. sobre las representaciones de danza pantomímica en Nono).

vez hubo una gran disputa entre el hijo de Cirene[28] y Dioniso, acerca de la bebida, y todos los bienaventurados asistieron. No hubo pugilato, ni carrera, ni siquiera una competición de lanzamiento de disco. Tenían las copas dispuestas, como cuidados instrumentos, para el hijo de Febo y para Dioniso, y sus cráteras respectivas: la primera, rebosante de vino añejo, la segunda contenía nuevos dones de la abeja, amante de los brotes. Y el Crónida se sentó en su trono de impartir justicia. A continuación se presentó ante los contendientes el ameno combate para aquella victoria dulce como la miel, y también las copas estaban allí, como avíos, y, a la manera de un Hermes de doradas alas[29], allí en medio estaba en pie el amoroso Eros en persona, como árbitro de aquella justa, sosteniendo en una sola mano la hiedra y un brote de olivo. La flor de la hiedra era para Baco, y para Aristeo, la rama de olivo, que semejaba la corona de Pisa[30], sagrado exvoto de Palas.

En la copa de miel pura, Aristeo mezcló, en primer lugar el fruto de la dulce miel, y ofreció a los inmortales aquella elaborada bebida[31]. Así, complaciéndoles uno tras otro, distribuía la copa a cada uno en fila. Pero después de comenzar a beber aquel licor de dulces gotas, sintieron una aguda saciedad, y, tras sacar la tercera copa, rehusaron beber más, y ni siquiera llegaron a tocar la cuarta. De tal manera, reprocharon a la miel porque saciaba muy rápidamente. En cam-

[28] Aristeo. Véase la nota a XIII 253. El mimo de Marón cuenta la disputa entre el vino y la miel, uno de los temas favoritos de Nono (cf. *loc. cit.)*.

[29] Pues siempre presidía los concursos.

[30] Pisa es vecina a Olimpia, y a menudo se nombran indistintamente en poesía. La corona es, pues, el primer premio de los Juegos Olímpicos.

[31] Se trata del *melíkrēton*, una especie de hidromiel, en realidad, mezcla de miel, agua y leche. Solía servir de ofrenda al Hades (cf. Hom., *Od.* X 519; XI 27).

bio, Dioniso, el de suave túnica, sacó de la crátera su bebida, y sirvió dos copas con un doble movimiento, ofreciéndoselas al Crónida la primera, y a Hera la segunda. La tercera copa fue para el dios que sacude la tierra, hermano de su padre, y, a continuación, mezcló juntamente para los demás dioses, y para el padre Zeus, una y otra copa, para su deleite. Solamente Febo no estaba satisfecho, pues cuando Dioniso le servía sonriente una copa, tenía celos de él.

Así, con copas incesantes, deleitaba su espíritu, pero aunque bebían continuamente, cada vez estaban más sedientos, y pedían de nuevo otra , y nunca hallaban hartura en las copas. Los inmortales gritaban en su gozo y se dirigieron hacia Baco para entregarle el primer premio y la victoria a la dulce bebida del vino. Eros el inalcanzable, se emborrachó, y como árbitro del torneo, coronó con la hiedra vinosa la cabellera de Lieo.

Tal fue el mito que tejió el cornudo Sileno con su mano de artista, que terminó, deteniendo la mano derecha. Con su paso de baile de variados saltos, levantóse sobre el suelo y volvió su rostro hacia el cielo. Brincaba ora juntando los pies parejos uno con otro, ora separándolos y moviéndolos a saltos con agilidad alterna. Entonces, danzando sobre el suelo a vueltas, se agitaba erguido sobre sus talones con un impulso espiral. Sobre el pie derecho, Sileno, el de pesadas rodillas, se alzó sin doblar su cuerpo, bien sosteniendo la punta de los dedos del otro pie, o bien doblando la rodilla, la articulación de sus anchurosos muslos, con las manos reunidas y dando un recto impulso a sus pies. Después elevó el pie izquierdo sobre sus costados y su espalda, alzándolo en círculo hasta levantar la pierna doblada y enroscarla en torno a su cuello por detrás con destreza. Finalmente se dobló hacia atrás dando una vuelta sobre sí mismo, con un impulso giratorio de su danza de espaldas y circular pericia, mos-

trando según caía su vientre curvado hacia los aires, y así hacía como que rodeaba la inamovible meta en círculo[32].

Su cabeza estaba extraviada, como si estuviera en todo momento tocando el suelo, pero sin llegar a dar en el polvo. Sileno, con los pies hirsutos arañaba la tierra, y bailaba en éxtasis sin cesar, aquí y allá, con el impulso de sus pies. En aquel momento, su rodilla falló, y él se derrumbó sobre el suelo agitando la cabeza, boca arriba y rodando sobre sí mismo. Entonces se metamorfoseó en río: su cuerpo burbujeaba como un manantial con espontáneas corrientes, y transformando su rostro en el de un río tortuoso, se hincharon sus cuernos como olas, y las aguas rompientes se elevaron hacia lo alto turbando su faz, y su vientre se excavó en el suelo arenoso, como si se tratara de las profundidades donde habitan los peces. La cabellera de Sileno, que ahora fluía como un manantial, se transformó en un manojo de juncos que surgieron por sí mismos, y sobre este río, las cercanas cañas silbaron en tonos agudos, impulsadas por las brisas.

Sin embargo, Marón se alzó con la dulce victoria. Sostuvo en sus brazos la crátera llena de gustoso vino, y tomando la otra crátera, la de plata, el premio de Sileno, que ahora fluía como un manantial, derramó su contenido en la corriente como si fuera una libación, y embriagó las aguas de aquel río tejedor de danzas, en el mismo lugar que ahora lleva el nombre de Crátera[33]. Y aún ahora se escucha las aguas de Sileno, el de dulce bebida, cantando el evohé. Ma-

[32] Sileno adopta la forma de una rueda. Se agarra los pies, los pasa por la espalda, y da una serie de cabriolas inverosímiles, rodando como una rueda.

[33] Lugar desconocido. El mito es un probable *aitíon* o explicación mítica de un lugar geográfico, que, sin embargo, no podemos precisar.

rón, por su parte, dirigió este discurso al manantial de este río:

«No te maltratará Marón, oh Sileno, pues he vertido en ti el rubicundo vino, y por ello te he de llamar dispensador de vino. Acepta esta bebida de ebriedad, tú que no encuentras saciedad en la embriaguez, acepta la crátera de plata que te ofrece Baco. Así serás tú el río de argénteos remolinos. Oh, Sileno, el de pies giratorios, también entre las aguas bailas, y conservas tus pasos espirales incluso entre las olas, aún ahora danzas en procesión con húmeda apariencia. Ea, sé benévolo para las Bacantes y los Sátiros, y también para las cosechas que nos dan el vino. Cuídate de tus Silenos, vástagos de tu propia especie. Concédele tu gracia a Marón, el gran bebedor, que no vea yo que ocultas entre las aguas celos por mi victoria. Más bien haz crecer con tus corrientes las cosechas de vino de Marón, unido por el mismo sentir a Dioniso incluso entre las aguas.

Necio, ¿quién te enseñó a competir con aquellos que son mejores que tú? Hubo una vez otro Sileno que hacía sonar su oboe con orgullo, y alzando su cabeza en señal de arrogancia, quiso disputar con Febo[34]. Pero éste, tras despellejarle y quitarle su velluda piel, le ató a un arbusto, y puso su piel desollada a los vientos, colgándola de lo alto de un árbol. Así se formó una imagen semejante a él, pues se llenaba de aire el interior de la piel, de tal forma que parecía que

[34] Se trata de Marsias, un Sileno que era tan diestro con la flauta que quiso competir con la lira de Apolo. El mito lo resume Nono con cierto encanto. Al final, el Sileno se transformó en el río Marsias, un afluente del Meandro (actual Dinar Suyu, en Turquía), que era el río de la ciudad de Apamea (actual Dinar) en Asia Menor. Su fama se debe a que fue un *leitmotif* en el arte antiguo. Mirón esculpió un grupo, conocido por copias romanas, que le representaba recogiendo la flauta que Atenea había rechazado, porque afeaba su rostro al tocarla.

el pastor cantaba siempre y nunca quedaba en silencio. Y así fue hasta que Apolo Délfico se compadeció de él y le transformó en el río que ahora lleva su nombre. Aún ahora se habla de las aguas sinuosas de aquel velludo Sileno, y resuena el fragor de sus aguas en los vientos, como si aún tocara su frigio oboe en respuesta a los juncos.

Y tú, tras haber cambiado tu forma por disputar con alguien mejor, eres en todo semejante a aquel antiguo Sileno. Ya no perseguirás a una Bacante descalza para desposarla, como solías hacer, a una Bacante montaraz de sueltos cabellos, pues ahora alegra tu corazón la numerosa estirpe de las Náyades de cabellera sin trenzar. Ya no perseguirás los serpentinos lazos de Lieo, pues ahora buscas las anguilas, retorcido fruto de las aguas, y si echas de menos las serpientes, con moteadas escamas reptan los peces que medran entre tus aguas. Aunque te hayas alejado de Dioniso, el señor de la uva, te considero más dichoso aún, porque eres tú quien hace crecer la uva.

¿Qué otra cosa podrías desear, ahora que Zeus, padre de todas las especies, después de Baco, alimentan a la vez tus corrientes? En vez de tus Sátiros, tendrás huestes de ríos, en vez del lagar, podrás bailar sobre el lomo del cantarín océano. Tienes una apariencia idéntica incluso entre las aguas. No es, pues, de extrañar que Sileno que alardeaba de su frente con cuernos de buey, tenga ahora una cornamenta taurina en su forma de río».

Y así dijo Marón. Todos se admiraron cuando vieron las tortuosas aguas de Sileno el de hermosas corrientes, haciendo cabriolas, pues era de la misma naturaleza que aquel río de muchos recodos.

CANTO XX

SUMARIO

— Banquete en el palacio de Estáfilo y Botris, tras los juegos, coronación de Botris, vv. 1-34.
— Preparación para la campaña contra los Indios, vv. 35-148: Aparición de Eris en el sueño de Dioniso, que le exhorta a marchar contra los indios, vv. 35-98. Preparativos y marcha del ejército hacia Arabia, patria de Licurgo, vv. 99-148.
— Historia de Licurgo, vv. 149-404: Retrato de Licurgo, vv. 149-181. Hera, a través de Iris, incita a Licurgo a luchar contra Dioniso, ensoñación de Licurgo, vv. 182-261. A la vez, Iris, convence a Dioniso para que vaya desarmado al encuentro de Licurgo, 261-303. Discurso de Licurgo y ataque a Dioniso y a sus nodrizas, vv. 304-351. Huida de Dioniso al fondo del mar, vv. 352-369. Cólera de Licurgo y advertencia de Zeus, vv. 370-404.



EL VIGÉSIMO CANTO HABLA DEL HACHA HOMICIDA DE LICURGO, QUE PERSIGUIÓ A DIONISO HASTA LAS PROFUNDIDADES MARINAS

El certamen finalizó y los Sátiros, con Dioniso, el de hermoso tirso, se alojaron en el espléndido palacio de Botris. Las Horas del vino festejaron junto con los participantes en el banquete, y hubo un gran estruendo de tambores amenizando el festín, y cantó la siringe de agudos tonos por doquier. Los escanciadores se esforzaban llevando las copas en aquel banquete sin fin, pero los invitados pedían continuamente que los criados les sirvieran más y más vino. Una Bacante brincó haciendo girar sus cimbales. Los cabellos sin trenza ni velo de la muchacha volatinera se agitaban a los vientos. Y el dios de la vid, tras hacer venir a la esposa de Estáfilo, puso fin a la suciedad de su luto y le adornó con un peplo del color del vino. A Pito, el de hermosa barba, le limpió completamente de sus manchas y vistióle de nuevo con una inmaculada túnica, arrojando a un lado las ropas luctuosas, manchadas con puñados de ceniza.

Y sin derramar ni una lágrima más sobre sus mejillas, Botris puso fin a su dolor, y obedeciendo a Dioniso, abrió los perfumados cofres. Así, una vez abiertos, relampagueó una luz que venía de los ropajes adornados con alhajas. De allí tomó la brillante capa regia de su padre Estáfilo, y vis-

tióse aquellas ropas teñidas de púrpura marino, para unirse al banquete y festejarlo con Lieo.

La estrella de poniente llegó mientras aún disfrutaban del banquete, despidiendo el fulgor de la aurora que se complace en contemplar los bailes[1]. Las tropas de invitados al banquete fueron invadidos por el don del sueño, una tras otra, en sus lechos bien dispuestos en el interior del palacio. Pito se recostó junto a Marón, en un mismo lecho, y todavía rezumaba la fragante bebida del nectáreo lagar por sus labios. Eupétale[2], nodriza de Lieo, prendió una antorcha para Botris y Dioniso, y extendió para ambos su doble lecho, cubierto de púrpura. En otra cámara, lejos de los Sátiros y de Lieo, los criados dispusieron el lecho dorado para la reina.

Entonces Baco tuvo un sueño: Eris[3], dueña de la discordia, estaba sentada con la apariencia de Rea, la diosa que ama el estruendo, sobre un carro de leones semejante al suyo. Fobo[4] conducía el yugo de esa biga onírica, con la for-

[1] Probable eco homérico, la estrella de poniente, es decir, la noche, llegaba cuando los pretendientes de Penélope caían dormidos tras su banquete en Hom., *Od.* XVIII 306.

[2] «La de hermosas hojas», un nombre parlante. El personaje es invención de Nono, incluido en el grupo de nodrizas de Dioniso, entre las que estaban Téope (cf.XXI 86), Leucótea (XXI 378) e Ino, hermana de Sémele, madre de Dioniso.

[3] La diosa Eris personifica la discordia *(éris* en griego). Es fama que esta diosa desencadenó la guerra de Troya, pues en las bodas de Tetis y Peleo, arrojó la famosa manzana de la discordia entre las diosas invitadas al desposorio (Afrodita, Atenea y Hera), y entonces tuvo lugar el Juicio de Paris, que indirectamente habría de provocar la guerra (quizás la más hermosa versión de este mito sea la de Catulo, 64 *(Bodas de Tetis y Peleo).*

[4] Fobo («el miedo») y Deimo («el terror») son aurigas y compañeros de armas de su padre Ares (cf. Hes., *Teog.* 933).

ma de un falso Atis[5] en sus miembros. Tenía la voz aguda, en su apariencia de hombre de suave piel, como el auriga de Cibeles, de femeninos acentos. Y la errante Eris se presentó cara a cara ante el durmiente Baco, e indignada le dirigió estos reproches:

«¿Duermes, hijo de un dios? Deríades te llama a la guerra y mientras tanto tú festejas aquí tu banquete. Tu madrastra Hera se burla de ti cuando observa a tu huidizo Enío, y mientras tanto tú llevas tu ejército a bailar. Me avergüenza mostrarme ante el Cronión. Temo y respeto a Hera, temo y respeto a los inmortales, porque tú no haces cosas dignas de Rea. Rehuyo al exterminador de Titanes, a Ares, el adalid de tu padre, el que alza su cuello orgulloso entre los cielos, blandiendo su escudo empapado en sangre, como es su costumbre. Y temo más aún a tu hermana, la muchacha sin madre, Palas Atenea, que nació ya formada de la cabeza de su noble progenitor con su brillante penacho, porque también ella reprocha al indolente Baco. ¡Una mujer le reprocha a un hombre! Cede el tirso ante la égida[6], puesto que una vez, la valerosa Palas, blandiendo su égida, protegió las puertas del Olimpo dispersando la tormentosa armada de los Titanes, y de esta forma honró el sabio parto de la cabeza paterna[7].

Tú, Dioniso, avergüenzas el muslo que te alumbró. Observa cómo se ríen Hermes y Apolo, éste empuñando un par de sus flechas, aún manchadas con la sangre de los enormes

[5] Atis, hijo de Nana, ninfa del río Sangario, fue el amado de la diosa Cibeles, que lo enloqueció para que se castrara y muriera (cf. CATULO, *Atis* 4-5).

[6] La égida es un escudo hecho de piel de cabra, atributo de Zeus y Atenea que simboliza la majestad divina.

[7] Juego de palabras de difícil traducción, *ōdîna* significa a la vez «parto» y el hijo resultante de ese parto, Atenea, en este caso.

hijos de Ifimedea, y aquél sosteniendo el caduceo que destruyó al pastor de muchos ojos[8]. Yo he escapado de mis cielos para evitar el reproche por causa de Dioniso, el que huye del combate. Incluso la doncella flechadora[9] acusa al bailarín Dioniso, amante de los montes, cuando le contempla abandonando el tirso guerrero, ella, que es auriga de un carro de inofensivos ciervos y que solamente mata liebres veloces, hollando los montes junto a la montaraz Rea, censura al auriga de panteras y caudillo de leones.

Me avergüenzo de la casa de mi hijo Zeus, pues en el Olimpo respeto con temor a Leto, que todavía se vanagloria altiva cuando tensa hacia mí las flechas con las que defendió su lecho y dio muerte al terrígena Ticio, que la deseaba[10]. Ahora me azota un doble dolor, porque considero que Sémele está afligida, y también la estrella de la orgullosa Maya[11]. Y tú no pareces hijo de Zeus, nunca mataste a flechazos al terrible Oto, ni a Efialtes, el de elevado pie, ni tampoco diste muerte con tu dardo alado a Ticio, ni al osado

---

[8] Los hijos de Ifimedea son Oto y Efialtes, nombrados a continuación en el verso 81. El pastor de muchos ojos es Argo, que fue muerto por Hermes, y se nombra en el verso 84. Nótese el procedimiento estilístico que emplea Nono anticipando el mito sin nombrar al personaje, que era de sobra conocido para el lector antiguo (para Oto y Efialtes, cf. Hom., *Od.* XI 318 ss.).

[9] Epíteto de Ártemis, *iochéaira*, la flechadora (cf. Hom., *Il.* V 447).

[10] Leto, hija de Ceo y Febe, es una de las Titánides, y es famosa por ser madre de Apolo y Ártemis, a los que tuvo de Zeus. Para este episodio, la muerte de Ticio a manos de Leto, cf. II 307, y Apolod., *Bibl.* I 23.

[11] Madre de Hermes, orgullosa, se entiende, por las hazañas de su hijo, que ha dado muerte a Argo. Fue divinizada y ascendida al firmamento como una de las Pléyades. Nono habla de un doble dolor, refiriéndose al de las madres de Dioniso (Sémele) y Hermes (Maya).

Orión[12], enfermo de amores, ni siquiera a Argo, el adalid de Hera, hijo de la tierra, el malvado guardián de los bueyes y vigía de Zeus en sus himeneos bovinos[13].

Tú, por el contrario, celebras banquetes con Estáfilo y Botris, cantas canciones sobre el vino, sin gloria ni armas. Llenas de oprobio la estirpe terrestre de los Sátiros, porque también ellos participan en esa incruenta danza báquica, y vierten todas sus esperanzas de guerra en sus copas. Habrá también banquetes tras el combate, habrá un baile en el palacio de Estáfilo después de la guerra contra los indios. Y no cesarán en esa mansión las arpas lidias tras la victoria. Pero sin esfuerzo no se puede llegar a habitar en el impenetrable cielo, no es fácil el camino de los bienaventurados. Por medio de la virtud la senda divina te llevará al celeste Olimpo[14]. Tú también has de sufrir las más variadas fatigas, pues Hera te guarda rencor, y de esta manera profetiza tu ascensión al divino palacio de Zeus.»

Y tras haber hablado así, se marchó volando. El dios saltó de su lecho con el terror de aquel sueño lleno de amenazas aún retumbando en sus oídos [***][15].

---

[12] Orión se enamoró de Ártemis, y según algunos autores fue muerto por la propia diosa (cf. APOLODORO, *Bibl.* I 25, 27 y también NONO, *Dion.* IV 338).

[13] Argo era el pastor de los dioses, y tenía ojos por todo el cuerpo. Cuando Zeus engañó a Hera con Ío, la diosa transformó a esta en vaca y le puso a Argo como guardián. Cuando Hermes le dio muerte, Hera puso sus innumerables ojos en la cola del pavo real, animal que le está consagrado.

[14] Cita aproximada de la sentencia de HESÍODO en *Trabajos y días* 289 ss., según la cual es necesario esforzarse para llegar al Olimpo, que venía a ser un proverbio sobre el trabajo duro y su recompensa.

[15] Hay una laguna tras el verso 100, como señaló KEYDELL, siguiendo en su edición a GRAEFE.

El osado Botris se alzó de un salto y vistió su túnica, que despedía un fulgor de púrpura sidonia[16]. Se calzó sus sandalias de oro, que se ajustaban perfectamente a sus pies, y sobre sus robustos hombros, se puso la brillante capa regia, de color marino, ciñéndole una fíbula doble. Se ajustó a la cintura el altivo ceñidor de su padre, y tomó su cetro. Los Sátiros uncieron las panteras al cruento carro de guerra de Dioniso y los Silenos lanzaron su grito de guerra. Aullaron también las Bacantes[17], portadoras del tirso. Los ejércitos reunidos desfilaron en torrente hacia la guerra con los indios. Así, bramó el oboe de Enío, y los caudillos ordenaron las cohortes por separado. Uno de ellos montó de un salto de jinete sobre la grupa de una osa enfurecida, espoleándole los costados para que avanzara por el camino. Otro conducía a un toro salvaje que vagaba sin rumbo, fustigando su vientre de espeso pelaje con un cayado y sujetándose a horcajadas con las piernas a sus costados. Y un tercero se subió al lomo de un león de pecho velludo, tirando de los bucles de su cuello como si fuesen riendas.

En primer lugar, abandonó el purpúreo Botris[18] el palacio y los reinos de su padre, en la cuadriga que conducía al lado de Dioniso, el amante de los racimos, y por delante de sus siervos, que le seguían. A continuación, una doncella de blanca túnica, de nombre Fasilea, llevaba a la madre de Botris, a Mete, en un carro mular de argénteas ruedas, dirigiendo las riendas y el yugo y azotando el lomo de las mu-

[16] El color púrpura se obtenía de un molusco, el *múrex*, y provenía principalmente de Fenicia, de ahí el adjetivo «sidonio» para la púrpura, símbolo de realeza desde la antigüedad.

[17] En realidad dice «mugieron» *(emykḗsanto* de *mykáomai* «mugir»), que es el sonido característico de las Bacantes en Nono.

[18] El adjetivo «purpúreo» se puede referir ambiguamente al color de la capa regia de Botris, o a su natural enrojecimiento por efecto del vino.

las con una fusta dorada. Por último, Pito, con su gran cabeza, conducía su carro por detrás, siguiendo a Botris y a Dioniso, y siempre a su servicio. No quedó sin ser honrado por ello, pues el soberano Baco le habría de llevar a la tierra de los lidios, para ponerle a cargo de un lagar lleno de vino y que recibiera grandes cantidades de aquel licor de dulces gotas en cántaros dispensadores de vino. Y de ahí que hoy en día aún lleve este nombre el jarro vacío que alberga los purpúreos dones de Baco junto al cercano lagar, en recuerdo de aquel primigenio Pito[19]. Y si tuviera voz humana, diría estas palabras a los Sátiros al escuchar su cortejo festivo:

«Soy el jarro, y llevo el nombre del antiguo Pito. Junto al lagar albergo en mi interior el dulce manar de las uvas. Yo fui en un tiempo esclavo de Estáfilo y Botris, y a ambos los crié como su anciano ayo, y aún ahora los llevo en mi regazo, como si estuvieran vivos de nuevo[20].»

Sin embargo, el soberano Baco habría de cumplir estas promesas mucho más tarde, pues ahora marchaba a través de Tiro y Biblos[21], cruzando el esposado río del fragante Adonis, las montañas del Líbano, morada de la diosa nacida en Chipre[22]. De este modo, llegóse a la alta Arabia, y bajo

[19] Juego de palabras sobre el origen del nombre Pito, en griego, «jarra de vino» *(píthos)*.

[20] En efecto, Pito (el jarro), sigue llevando hoy en día en su regazo a Botris (la uva), y Estáfilo (el racimo). Hay otro juego de palabras con *lagốn*, que, además de «regazo», se usa en griego para designar el interior de un cántaro. Hay en toda la escena una connotación religiosa, de promesa de salvación y vida después de la muerte (en la alusión a vivir de nuevo), que eran propias del culto de Dioniso.

[21] Ciudades fenicias. NONO cuenta la fundación mítica de Tiro en XL 298-580.

[22] Estas líneas se refieren a una tradición local de la ciudad de Biblos. Una vez al año, cuando la estrella Sirio se hacía visible, se podía ver la estrella de Afrodita Urania unirse con el río Adonis, que desciende del

las perfumadas forestas admiró la cordillera de Nisa[23] y sus frondosos bosques, tanto como la propia ciudad, fundada en la abrupta roca y criadora de bravos lanceros.

Allí habitaba por aquella época, un cierto hombre del linaje de Ares, un sanguinario[24] asesino que semejaba a su ancestro en sus espantosas costumbres, pues solía dar muerte a inocentes forasteros, sin tener ningún respeto a la justicia. Era el atroz Licurgo[25], que solía coronar las puertas de su casa con las cabezas humanas que su acero segaba.

Era igual y de su misma edad que Enómao[26], quien, en una ocasión, guardó cautiva a su desdichada hija en su casa sin permitir que se esposara, y prematuramente viuda envejecía, hasta que el hijo de Tántalo, llegó arañando la tierra con su cuadriga, su carro de cuatro yugos, regalo sin mojar que recibió del dios que sacude la tierra, para tomar parte en

---

monte Líbano, en conmemoración de sus bodas (Sozómeno, *Hist. Ecl.* II 5, 5).

[23] Nisa es un lugar mítico de difícil localización. Nono la sitúa en Arabia y Chuvin la ha identificado con Escitópolis, la moderna Beth-Shean en Israel (cf. Chuvin, *op. cit.*, págs. 260-264). Para Otto se trata de un lugar irreal, que es el escenario para la historia de Licurgo y otros mitos dionisíacos (cf. W. F. Otto, *Dioniso*, págs. 39, 46, 48, 50, etc.).

[24] «Sanguinario» *(miaiphónos)* es el epíteto que lleva Ares en Homero (cf. *Il.* V 31, 445; XXI 402, etc.). Licurgo es descendiente de Ares, y por ello lo usa.

[25] Homero narra la historia de Licurgo en *Il.* VI 130 ss. y VII 142 ss. Nono le cita también en I 30 y XVIII 176-195, en el episodio en que Dioniso sueña proféticamente con Licurgo como preludio de la narración del presente canto.

[26] El rey Enómao convocó una carrera para conceder su reino y la mano de su hija Hipodamia, como cuenta aquí Nono. Pélope, hijo de Tántalo, venció mediante engaños y se casó con Hipodamia. (Cf. el bello relato de Píndaro en *Olímp.* I 75 ss.; o el de Apolod., *Bibl.* II 3-9). La comparación con Licurgo se deriva del hecho que Enómao también adornaba su palacio con las cabezas de los pretendientes que perdían en las carreras (cf. Apolod., *Bibl.* II 5).

la carrera nupcial. Mas Mírtilo[27], el de múltiples recursos, consiguió una victoria dolosa con su rueda circular, al fabricar con cera un engañoso eje de imitación, pues él también amaba a la pobre Hipodamia, y se compadecía de ella. De esta manera, la carrera fue en vano, bajo el llameante carro de Helio su fuego calentó el modelo hecho de cera y el efímero eje se derritió despidiendo las ruedas.

Así era de cruel Licurgo, igual que aquél. Muchas veces, cuando hallaba en las encrucijadas caminantes que llevaban errantes sus cargas, les capturaba y les llevaba a su casa. Allí les sacrificaba a su padre Enialio[28]. Tras despedazarlos con un cuchillo, cogía sus miembros y los clavaba al marco de sus puertas que abominaban de los huéspedes. Lo hacía del mismo modo que cuando un hombre regresa después de mucho tiempo, llevando su lanza tras combatir a sus enemigos en la guerra, y adorna su casa con escudos y con hachas como trofeos por la nueva victoria. Así también Licurgo el sanguinario colgaba pies y manos[29] de sus puertas, causando gran mortandad. Los forasteros eran descuartizados con un cuchillo entre gemidos junto al cercano altar de Zeus Hospitalario[30], como si fueran bueyes u ovejas. Las aras chorreaban sangre de esta matanza, y se teñía de rojo el

---

[27] Auriga de Enómao, que traicionó a su amo e hizo trampas en la carrera que éste convocó, poniendo un eje de cera en su carro, sobornado por Pélope. Nono considera que la causa de esta traición es que Mírtilo estaba también enamorado secretamente de Hipodamia, siguiendo así una tradición mítica minoritaria (cf. FERÉCIDES, fr. 3 F 37 en Fgr. Hist.).

[28] Sobrenombre de Ares.

[29] Nono cae aquí en una incongruencia: en el verso 153 hablaba de las cabezas que Licurgo colgaba como trofeos, aquí son las extremidades.

[30] *Zeùs Xeínios*, era el protector de las relaciones de hospitalidad, un vínculo sagrado para los griegos. Así, Licurgo llega a un increíble grado de impiedad (e ironía también) al asesinar a los forasteros en el altar de Zeus Hospitalario.

polvo moteado con el cruor en torno a las puertas de aquella casa. Los ciudadanos se apresuraban y eran obligados a hacer sacrificios a Licurgo en vez de a Zeus. Y tú tampoco pudiste escapar, oh Dioniso, al resentimiento de Hera, tejedora de intrigas, que, aún rencorosa por tu divino alumbramiento, envió a Iris, su mensajera de malas nuevas, para que usara su persuasión embustera mezclándola con hechizos que roban la razón[31]. Así, le entregó un hacha de doble filo[32], enemiga de los dioses, para que se la diera al tirano de Arabia, a Licurgo, hijo de Driante.

Y la diosa no se demoró, sino que, con la faz cambiada se transformó en la imagen bastarda de Ares, agitando en su cabeza un yelmo de hermosa cimera, y tras arrojar su túnica del color del azafrán, cubrióse con una engañosa cota de malla, nodriza de la guerra, que estaba aún manchada de sangre. Irradiaba de su terrible rostro, que fingía ser masculino, la amenaza inminente de batalla. De tal modo, pronunció estas palabras imitando la voz redonda de Enialio:

«Hijo mío, vástago del invencible Ares, ¿acaso tú también tiemblas ante las femeniles amenazas de las Basárides de tersa piel? No son éstas amazonas de Termadón[33], ni

---

[31] A diferencia de la historia que cuenta HOMERO, NONO parte de la base del engaño para narrar el mito de Licurgo, pues no se podría vencer a Dioniso de otra manera.

[32] Se refiere a la *bouplḗx*, que no se sabe bien en que consistía. Aparece en HOM., *Il.* VI 135, y se ha debatido mucho sobre si se trata de un hacha de doble filo o una vara de boyero (cf. EUSTACIO, 629 51, que se pregunta si es un instrumento cortante o un látigo). En lo sucesivo traduciremos alternativamente usando ambas interpretaciones, aunque Nono parece preferir su uso como sinónimo de látigo, al contrario que HOMERO.

[33] Río del Capadocia, en torno al cual se sitúa tradicionalmente el país de las Amazonas, cerca del Ponto Euxino (cf. APOLOD., *Bibl.* II 98, 1; APOLONIO RODIO, *Arg.* II 994; HERÓD., IV 110 ss.). Nono lo sitúa cerca

mujeres guerreras del Cáucaso. No llevan veloces arcos ni arrojan sus dardos, y no cabalgan el raudo corcel de Ares. Tampoco agitan sobre los hombros el escudo de media luna de los bárbaros[34]. Me avergüenzo de llamarte al combate, puesto que unas simples mujeres prometen guerra a Licurgo, aquél que no teme a la guerra. ¿Descansas tranquilo mientras Dioniso se arma contra ti? Él es un simple mortal nacido a destiempo, y no desciende de un linaje divino. Ésta es una fábula que sobre Zeus forjaron los griegos... Yo por mi parte no me creo esa historia sobre el parto del Cronión, a saber, que mi propio padre, el próvido Zeus, diera a luz a un mortal afeminado de su viril muslo. No me convencen las embusteras fabulaciones, ni creo que un mortal fuera alumbrado por mi progenitor Zeus, el que hizo nacer a Atenea, pues mi Zeus no hubiera aprendido a parir muelles muchachitos. Tienes el testimonio de tu propio padre Ares. Tú sabes que Atenea, la hija fémina de Zeus, es mejor que ese Dioniso.

Hijo mío, tú tienes una fuerza propia, y no necesitas de tu padre Enialio, aunque sea el señor de la guerra. Comoquiera que sea, si así lo quisieras, yo mismo te pertrecharé para el combate, y no te dejaré solo. Y si fuera menester, la hermana y cónyuge de Zeus, la divina Hera seguirá al combate a su nieto Licurgo como portadora de su escudo.»

[*** Y tras hablar así, Licurgo le respondió: ***][35]

---

del Cáucaso, que a veces confunde con la cordillera del Hindukush, en pleno Afganistán, que los griegos conocían también como Cáucaso.

[34] El escudo *hēmitéleston* («semiacabado» o «en forma de media luna») como dice Nono, es diferente del que llevaban los griegos, que era completo, y caracteriza a las Amazonas.

[35] Aquí se ha perdido el texto, entre los versos 221-222, como indica Graefe, que incluiría el final del discurso de Iris y el comienzo de la respuesta de Licurgo. A continuación Licurgo aparece dirigiéndose a Ares,

«Colgaré los tirsos de las Basárides, sus híbridas lanzas, en el interior de tu divino templo como ofrendas, y tras cortar los largos e inamovibles cuernos de los Centauros de bovina cornamenta, fabricaré recios arcos para los ballesteros árabes, como es de justicia hacer. Y también cortaré la larga cola de sombra prolongada[36] que tienen los Silenos para hacer con ella una fusta hirsuta que azote a los caballos. Tales cosas te ofreceré después de la batalla, y para tu hermana y esposa, la diosa nacida de la espuma[37], guardaré los rubios coturnos del inerme Baco, y sus mujeriles túnicas de púrpura, el ceñidor femenil que rodea su cintura, como regalos apropiados para una mujer. Todas las cohortes de criados del afeminado Lieo serán añadidas a las mías propias, y se unirán a ellas en un lecho sin dote de forzados himeneos, como corresponde a los prisioneros de guerra.

Las insignificantes cepas de vid, esos dones dignos de Lieo, arderán en el fuego de Arabia con llamaradas chispeantes. ¡Que la Basáride, sierva vigorosa[38] de Dioniso, tejedor de danzas, aprenda un arte diferente y nuevo! Que viva en una casa normal, y no en los montes, que se cubra con una túnica, en vez de vestir esas pieles de ciervo, para moler grano en la redonda piedra del molino. Que arroje la corona y eso que llaman el fruto de la vid, y aprenda juntamente las labores de Palas y de Citerea, los telares por el día, y por la

su padre, por lo cual habla de «tu divino templo». Debemos recordar que Iris se le había aparecido a Licurgo con la forma de Ares.

[36] Epíteto homérico para la lanza «que proyecta larga sombra» (cf. HOM., *Od.* XXII 95, etc.).

[37] Afrodita, que nació de la espuma marina, cuando Zeus le cortó los genitales a su padre Crono y los arrojó al mar cercano a Chipre (cf. HESÍODO, *Teog.* 188 ss.).

[38] Irónico.

noche los himeneos[39]. Ha de blandir desde ahora la lanzadera, y nunca más los cimbales de Rea. Y los ancianos Silenos, que entonen el evohé en mi mesa convival, que festejen su cortejo en honor de Ares y Licurgo, nunca más para Dioniso, como solían hacer.»

Y ante tales palabras, sonrióse la diosa Iris, de alas doradas, y se alejó aleteando, transformándose en la fingida figura de un halcón[40]. Licurgo, al verla, profetizó su propia victoria en el vuelo de aquel ave veloz que agitaba sus cruentas alas. Supo entonces que podría aterrorizar a las inofensivas palomas. Contempló una visión semejante, contempló a un león hirsuto que armaba sus fauces furibundas y perseguía a la cornada estirpe de los ciervos veloces. Tal ensoñación tuvo, y en consecuencia se armó contra las Bacantes de la congregación, tomando a las Basárides por cervatillos inexpertos en el combate. De esta manera, cobró aún más coraje.

Y la diosa Iris, por su parte, se apresuró bajo órdenes de Hera, y llegó hasta Lieo como heraldo, ciñéndose a sus pies las aladas sandalias y empuñando el caduceo, como si fuera Hermes, mensajero de Zeus. De esta guisa, le dijo estas engañosas palabras a Baco cuando ya se revestía su coraza broncínea:

«Hermano mío, hijo del omnisciente Zeus, cumple tus ritos con Licurgo el hospitalario, y no riñas con él. Deja a un lado la guerra, no des muerte a los que son tus amigos, ni

---

[39] Palas Atenea y Afrodita-Citerea, simbolizan para la mujer el trabajo en el telar o en la casa y el amor respectivamente.

[40] La diosa Iris se transforma en un halcón *(írēx)* al final de su discurso, haciendo un juego de palabras. En época de Nono, la iota y la eta se leían igual, ambas como nuestra i, en un fenómeno fonético llamado *itacismo* que ha desarrollado el griego hasta nuestros días. Por ello, es más evidente este juego de palabras.

rechaces la paz[41]. Sé benévolo para los dulces de corazón. ¿Quién podría dar muerte a un buen hombre? No quieras combatir a los que te suplican. No cubras tu cuerpo constelado con la cota de malla, ni ciñas a tu cabeza el yelmo de altivo penacho. No corones tus cabellos con las guirnaldas de serpientes. Antes al contrario, depón tu tirso de guerra y toma el cuerno lleno de dulce vino y el cayado de pacífico heraldo que siempre llevas. Ea, ofrece a Licurgo tus dones báquicos, pues él adora el vino. Adorna ya tu cuerpo con ropajes limpios de sangre, y entona ya conmigo una melodía de pacíficas danzas, que se quede tu ejército junto a este bosque umbrío. No trabes combate con un rey pacífico. Vamos, cíñete a los bucles tu querida corona y marcha con regocijo hacia la morada sin cerraduras de Licurgo, que te espera bien dispuesto. Marcha en procesión alegre como un novio, y guarda tus tirsos matadores de indios para el rebelde Deríades, pues el rey Licurgo florece con ánimo valeroso, ya que posee la sangre de Ares, del linaje de Zeus, y en el combate lleva el coraje que heredó de su padre Enialio y ni siquiera se plega ante el Cronión.»

Tras hablar así, le convenció, y con paso contemporáneo voló hacia las profundidades del firmamento. Dioniso depuso sus tirsos de combate por causa de esta insidia de la divinidad, desató su yelmo de hermosa cimera de su cabellera, y aflojó el escudo de constelado[42] lomo. Con las manos desnudas alzó un cántaro lleno del purpúreo licor, el agudo

---

[41] Iris hace un falso alegato a favor de la paz, que en Nono se expresa mediante la palabra *galḗnē* indicando a la vez «paz de espíritu» (cf. D. GIGLI, *op. cit.*, págs.139-140).

[42] El escudo de lomo plagado de estrellas tiene una simbología de origen sin duda órfico, como el manto estrellado, que son una imagen de toda la creación en la peculiar teogonía de los Himnos Órficos (véase nota a XVIII 161).

cuerno para beber, y la uva que no conoce la pena. Coronó su larga cabellera sin trenzar con la hiedra vinosa. Así dejó a su bien pertrechado ejército, a sus mujeres preparadas para el combate y a sus carros leoninos en las cercanías del Monte Carmelo[43]. Marchó solo, ataviado con su suave túnica, desarmado, y a pie, como un caminante. La siringe entonó una placentera melodía convival, y el amistoso soplido de los oboes resonó al mismo tiempo. Con las manos hacía girar la Basáride su pandero ritual[44], y danzaba dando brincos frente a las puertas de Licurgo.

Pero el impío soberano montó en cólera cuando escuchó el tumulto de aquella danza, la melodía del oboe sonoro y las canciones Berecintias, y pudo ver a las Bacantes golpeando sus redondos tambores de piel de buey con doble percusión. Y como viera al dios de la vid junto a sus portones, rió burlonamente, y con ánimo injurioso le dirigió al caudillo de las Basárides estas palabras llenas de amenazas sin tregua:

«¿Ves estos exvotos que penden en torno a mi palacio? Pues tú también, amigo mío, habrás de adornar mi casa, bien con tus tirsos, o bien con tus pies, manos o cabeza ensangrentada. [Si tienes cuernos de buey, como los Sátiros que comandas, cornudo Baco, yo mismo los he de destruir por igual con mi hacha de doble filo][45]. Éste es el regalo de anfitrión que te ofrezco, para que cualquiera, sea dios o mortal, pueda ir diciendo que los miembros cortados de Dioniso adornan los portones del palacio de Licurgo. Pues

---

[43] Monte situado en la costa fenicia, al sur de Tiro. TISSONI ha indicado que *Carmelo*, en hebreo, significa «viñedo», por lo que su inclusión en las *Dionisíacas* parece muy apropiada (cf. TISSONI, en M. MALETTA, *op. cit.*, pág. 290, n. 26).

[44] El *rhóptron*. Véase nota a XIV 348.

[45] Se trataría de una interpolación, en opinión de HOPKINSON.

yo no reino sobre los beocios[46], no es Tebas mi ciudad, y esta no es la casa de Sémele, en la que las mujeres engendran a niños bastardos por medio del relámpago, y los alumbran mediante el rayo. Tú empuñas el tirso vinoso, pero yo tengo mi hacha de boyero, y con ella te partiré tu frente de buey por la mitad, para así arrancarte la cornamenta curvada.»

Y tras haber hablado así, comenzó a perseguir a las nodrizas de Dioniso[47], golpeándolas con su vara de boyero. Así, una de estas mujeres danzantes tuvo que soltar de sus manos los cimbales de Rea, mientras otra de ellas arrojaba al suelo los estrepitosos tambores que sostenía. Una tercera se desprendió del fruto de la uva, y otra aún pereció sosteniendo las copas del néctar. Muchas, en fin, arrojaban al polvoriento suelo la siringe de dulce melodía y el inspirado oboe de Atenea, al caer rodando sobre sí mismas.

Era como cuando un pastor cualquiera, pasado el invierno, en un bosque lleno de paz, contempla el resplandor de Faetonte, deleite de los mortales, cuando brilla sin que las nubes lo cubran, [***][48] y mientras tanto, da inicio al cortejo festivo en honor a Pan y baila junto a las Ninfas. Es entonces cuando, de repente, un torrente de agua se precipita desde las cumbres de las montañas, con olas que se elevan como torres del río que deshiela de los montes. Co-

---

[46] Referencia a Penteo, rey de Tebas, otro conocido teómaco, enemigo de Dioniso, que sufrió la muerte a manos de su propia madre enloquecida por el dios, como nos cuenta EURÍPIDES en *Bacantes*, y el propio NONO en los cantos XLIV-XLVI. Por esto parece un anacronismo evidente de NONO, que alude a un episodio que habría de ocurrir mucho después que el de Licurgo.

[47] Esto es una alusión a HOM., *Il.* VI 135: «ellas [las nodrizas] arrojaron todos sus objetos rituales al suelo, mientras el homicida Licurgo les golpeaba con su vara de boyero».

[48] Falta el verso 334.

mienza a silbar al punto arrojando el arpa de sus manos, pues teme que el audaz torrente de ese río tortuoso llegue a tragarse a sus ovejas en su crecido caudal.

Pues de esta misma manera había dispersado aquél el tumulto de la danza feliz, haciendo huir a las Bacantes sin coronas hacia los montes de elevadas cumbres. Perseguía así a las errantes mujeres, como Enío, la no versada en danzas, con su afilada hacha de boyero, preciada posesión de Hera. Aquél era Licurgo, que vestido de bronce pugnaba contra el desarmado Baco. Y su madrastra de hondo fragor, la indomable Hera, tronó profundamente desde los cielos, cayendo sobre Lieo y haciéndole derrumbarse de temor[49]. Temblaron las rodillas de Baco cuando la celosa divinidad se armó en lo alto del cielo, pues aquel tenía la esperanza de que el Cronión estuviese combatiendo desde allí a Licurgo, como oyese aquel sordo tronar en el fragoroso cielo. De esta manera, huyendo a pie para que no le alcanzaran, con pasos llenos de temor, ocultóse en el interior de las blondas olas del mar Eritreo. En sus profundidades Tetis lo recibió en sus brazos amistosos, y en el interior de su burbujeante palacio, el Nereo[50] árabe le hospedó en sus acogedoras manos, consolándole dulcemente con estas amigables palabras:

«Dime, Dioniso, ¿por qué está abatido tu rostro? Nunca te ha vencido el ejército de los árabes, nacidos de la tierra, ni mortal alguno te ha dado caza. Nunca has huido de lanzas

---

[49] Solamente Zeus tiene el poder de controlar los rayos y los truenos. El uso de estas capacidades por parte de su consorte Hera es una innovación de Apolonio Rodio (cf. *Arg.* IV 510) que imita Nono.

[50] Nereo es una divinidad marina (cf. Apolod., II 115; III 34), pero puede emplearse en el sentido de «mar». Nono muestra aquí una incongruencia geográfica, pues Nisa, la ciudad de Licurgo, estaría situada en la costa del Mediterráneo, pero Dioniso se sumerge en el mar Eritreo, muy lejano de estos parajes.

humanas. Pero, ay, Hera, hermana y consorte de Zeus Crónida, se vistió las armas arriba en el cielo para luchar abiertamente al lado de Licurgo. Hera y Ares, firme en el combate, junto con el broncíneo firmamento[51], y, en cuarto lugar, Licurgo, semejante a todos ellos. Muchas veces tu próvido padre, el soberano de los cielos, ha cedido ante Hera. Para ti será un mayor orgullo cuando alguno de los bienaventurados mencione que una vez, la hermana y consorte del gran Zeus, tomó las armas con sus propias manos para enfrentarse a Dioniso desarmado».

Tales cosas le decía Nereo a Baco como consuelo. Mas el iracundo Licurgo, por su parte, en tanto que Dioniso estaba oculto entre las claras olas rompientes, gritaba a las aguas las siguientes injurias:

«Ojalá mi padre me hubiera enseñado las artes del mar[52], además de las de la guerra, porque entonces podría competir en los juegos de los pescadores, y dar caza así a Dioniso, podría arrastrarle a tierra, a ese lidio, desde el profundo regazo del mar, para que se convirtiera en otro más de mis siervos. Sin embargo, puesto que nunca aprendí las artes de los pescadores que navegan por el mar y no conozco los engaños de la astuta pesca bajo las aguas, puedes quedarte en la morada de Leucótea[53], en el profundo océano, pero sólo hasta que yo mismo pueda apartarte de ahí a ti y al que llaman Melicertes[54], que lleva tu misma sangre. No será

[51] Eco homérico: cf. Hom., *Il.* XVII 425, el cielo broncíneo, pues según la mentalidad de la Grecia arcaica, el firmamento era un bóveda hecha de bronce, que retumba como un escudo golpeado cuando truena.

[52] Para este *tópos* literario, que se puede encontrar en un epigrama de Ciro de Panópolis, véase XVI 321 y su nota.

[53] Leucótea, sobrenombre de Ino tras ser deificada como divinidad marina.

[54] Melicertes, también conocido como Palemón, una vez fue deificado: Este personaje está ligado a la infancia de Dioniso, pues su madre

entonces necesario el acero, ni mi implacable hacha de boyero, valiosa pertenencia de la tierra, sino que buscaré las artes de los pescadores que se sumergen en los abismos del mar de Eritrea, y sacaré de su salado regazo a Dioniso.

Pescadores, batidores de los palacios de Nereo, no lancéis vuestras redes al fondo del mar, arrojad vuestro lino sobre Dioniso. ¡Que Leucótea sea atrapada también junto con Lieo! Así volverá a tierra. Que el osado Palemón acuda a mi morada para servir a Licurgo con sus miembros ya secos; que abandone ya la carrera de Efirea[55], criadora de caballos marinos, para uncir mi carro en mis establos terrestres. Este mismo y Baco han de convertirse en siervos míos por igual. Una casa, una sola casa habrá para ambos, Palemón y Dioniso.»

Y al decir esto, montó en cólera, y dirigió sus amenazas al ponto y al canoso Nereo. Quiso entonces azotar el ponto[56], mas Zeus padre le gritó al furioso Licurgo:

«Has perdido el juicio, Licurgo, pues luchas contra los vientos en vano[57]. Aléjate con tus pies, ahora que aún ven tus ojos. Habrás oído cómo en el pasado Tiresias contempló

Ino, hermana de Sémele, se encargó de cuidar al niño-dios. Hera la castigó enloqueciendo a su esposo Atamante, que mató a su hijo Learco. Ino (Leucótea) y su otro hijo Melicertes se arrojaron al mar. El cuerpo de éste fue arrastrado hasta el istmo de Corinto, donde se instauraron unos juegos en su honor (cf. Apolod., *Bibl.* III 28 ss.).

[55] Corinto, alusión a los Juegos Ístmicos, fundados por Sísifo en honor de Melicertes-Palemón (cf. Paus., I 44 8), divinidad marina y auriga de Poseidón.

[56] Es una alusión a Jerjes, que mandó azotar el océano cuando se destruyó el puente que había construido en el Helesponto (cf. Heródoto, VII 55). Los datos y referencias históricas como esta no abundan en las *Dionisíacas*.

[57] Imitación de Calímaco, *Himno a Delos* 112, en una expresión que era proverbial: «luchar con los vientos».

desnuda a Atenea, junto a un manantial que nacía de las montañas. Él nunca empuñó su lanza impetuosa, ni luchó contra la divinidad, mas a pesar de ello, a pesar de que sólo la vio, perdió la luz de sus ojos[58].»

Tales palabras pronunció Zeus, el que reina en los cielos, a través del éter, cuando vio la jactanciosa impiedad de Licurgo.

---

[58] Éste es uno de los mitos sobre el origen de la ceguera del famoso adivino Tiresias, recogido por CALÍMACO (cf. *Himno* V 57 ss.; y APOLOD., III 6 7, que recoge la versión de FERÉCIDES) APOLODORO, en III 39 ss. recoge otras versiones, que son muy variadas, pero en las que siempre recibe el arte adivinatoria como compensación. Según una de ellas (III 71 ss.), como Tiresias se había transformado en mujer ocasionalmente, Hera y Zeus le preguntaron cuál de los dos géneros disfrutaba más en el acto sexual. Al decir Tiresias que la mujer disfrutaba ocho veces más, Hera se enojó y le cegó, y Zeus, en compensación, le otorgó el don de la adivinación. La advertencia de Zeus es, así, una premonición del destino de Licurgo, que será cegado como Tiresias en el canto siguiente.

CANTO XXI

SUMARIO

— Historia de Licurgo (cont.), vv. 1-169: Ambrosía se enfrenta a Licurgo y lo vence con ayuda de las nodrizas de Dioniso, vv. 1-89. Poseidón provoca terremotos y locura en Arabia, vv. 90-123. Fin de Licurgo, cegado por Zeus pero divinizado por Hera, 124-169.
— Exilio de Dioníso, vv. 170-199.
— Embajada a Deríades, caudillo de los indios, vv. 200-278.
— Regreso de Dioniso, y preparativos para la batalla, vv. 279-345.

EL CANTO VIGESIMOPRIMERO CONTIENE LA IRA DE POSEIDÓN, AQUEL QUE SACUDE LA TIERRA, LA CRUENTA CONTIENDA DE AMBROSÍA Y LA EMBOSCADA DE LOS INDIOS

No olvidó el hijo de Driante aquel primer combate, sino que, tomando de nuevo su hacha de boyero, marchó por segunda vez a la caza de los ejércitos de Bacantes en el interior del bosque. [***] [1].

Mas el celeste Zeus proporcionó vigor y coraje para el combate a Ambrosía, que entonces danzó en éxtasis, poseída por la fuerza de la locura divina. Levantó una roca, lanzándola a Licurgo y sacudiendo su recio yelmo, que se desprendió de su cabellera. Pero éste, cobrando coraje a su vez, respondió a este ataque con una mellada roca aún mayor, que arrojó contra el pecho de la ninfa de ojos bovinos [2]. Pero no acertó y con ira le dirigió estas palabras:

«Ares, señor de la guerra, padre del poderoso Licurgo, mira con vergüenza a tu hijo, combatiendo con una insignificante mujer desarmada, en vez de luchar con Lieo. El ponto vence a mi hacha de boyero, porque entre las olas se

---

[1] Aquí hay una laguna en el texto, tras el verso 2, según señaló Koechly.

[2] Este epíteto homérico *(boôpidos)*, propio de Hera (cf. Hom., *Il.* I 551, 568, etc.), se aplica a Ambrosía, señalando su belleza.

oculta Dioniso y yo mismo le he buscado sin resultado, y ahora regreso a mi ciudad dejando mi labor sin terminar».

Así habló. Y atando la cintura de Ambrosía con un lazo, intentó estrangular a la ninfa con sus propias manos. Quiso cargarla de grilletes y llevarla a su palacio como emigrante extranjera, presa en la guerra, para que aquella ninfa nodriza de Bromio le sirviera bajo los azotes de su vara de boyero. Mas ella se puso en pie, y Licurgo no pudo apresarla, ni teñir con sangre recién derramada su cabeza herida. No, pues Ambrosía, la de túnica azafranada[3], logró escapar de aquel hombre impío gracias a las plegarias a su madre la Tierra, para que le librara de Licurgo. En efecto, la Tierra, dispensadora de frutos, se abrió en dos y se tragó viva a Ambrosía, sierva de Bromio, en su amoroso regazo. La ninfa se hizo así invisible, transformando su cuerpo en el de una planta, pues se convirtió en una cepa de vid[4]. Aún así, seguía hiriendo a Licurgo al enroscarse a su cuello, apretando con un nudo asfixiante su garganta. De esta manera combatía con sus letales racimos, tras haber usado el tirso. Además, Rea, en su cólera, dotó de voz a la planta, concediendo esta gracia a Dioniso, señor de las uvas. Ambrosía profirió un alarido y pudo exhalar estas palabras:

«No cesaré jamás en mi lucha contra ti, ni siquiera ahora que no soy más que una planta. Golpearé tu cuerpo incluso con mis brotes, y ahogaré tu garganta de bronce anudando

[3] Vestimenta femenina. Se trata del peplo, un vestido sin mangas propio de las mujeres. El color azafrán es también femenino. Dioniso a veces lleva estos ropajes afeminados (cf. Euríp., *Bac* 353), y es a menudo el que lleva el adjetivo *krokópeplos*, el de peplo azafranado.

[4] La historia de la metamorfosis de Ambrosía es invención de Nono, pero se basa claramente en la transformación de Dafne en laurel, al ser perseguida por Apolo, lo que se narra en II 108 ss. (cf. también Ovidio, *Met.* I 452 ss.; Partenio de Nicea, *Sufrimientos de amor* 15).

mis hojas sin remisión. Contra ti me armaré incluso siendo una simple vid, para que cualquiera pueda decir: 'Las Basárides luchan a muerte contra los asesinos, incluso entre pétalos'. Mas tú guárdate de los guerreros vegetales, pues las uvas pueden disparar a sus enemigos y las vides se clavan a ellos. Contigo he de luchar viva, y aun muerta te destruiré. Sólo así sobresalen en valor las nodrizas de Dioniso.

Acaso habrás oído algo sobre la combativa rémora, el pez que detiene los barcos[5]. Pues en el ponto un pez débil e insignificante ataca a menudo a los marinos, remolcando sus naves de nuevo. Con su pequeña boca abierta, es capaz de detener un enorme barco y mantenerlo sujeto. Ahora me recibirás tú como a una rémora terrestre, con mis hojas que sin acero te retienen espontáneamente, en este combate vinoso. Detente aquí y enfréntate a mí, enfréntate aquí mismo al hijo de Tíone[6], cuando regrese de lo hondo del ponto.»

Tales cosas decía Ambrosía, la de largas hojas, convertida en vid, con su voz que salía de entre los racimos mientras golpeaba a Licurgo, y con nudos verdosos sujetaba al rabioso asesino, que no podía moverse a causa de los grilletes que formaban aquellos irrompibles pétalos y gritaba continuas amenazas contra Dioniso. Mas no tenía fuerza para escapar, y en vano sacudía de un lado a otro su cuello atenazado por aquellas pequeñas enredaderas. Tampoco su voz podía atravesar el paso que la obstruían los brotes asfi-

[5] Creían los griegos que la rémora era capaz de detener el rumbo de los barcos. De ahí su nombre en el texto griego: *echenēïda,* «retienebarcos» (cf. Esquilo, *Agamenón* 147-150; Arist., *Hist. Anim.* II 14, 4; Opiano, *Hal.* I 212, etc.). Sobre este tema hay un reciente artículo de D. Zoroddu, «Un pesce di nome 'echenêis': storia di un prestito eschileo in Nonno di Panopoli e altre esperienze intertestuali», *Discentibus obvius: omaggio degli allievi a D. Magnino,* Como, 1997, págs. 127-142. Además, la metáfora ha sido estudiada por D. Gigli, *op. cit.,* pág. 146).

[6] Dioniso, hijo de Tíone-Sémele.

xiantes, anudados en forma de espiral. Las Bacantes rodeaban ya [***][7] su cuello ceñido por las estranguladoras hiedras cargadas de racimos.

Ares, el de veloz pica, le arrebató a su hijo aquel hacha horrible, pues temía que alguna Bacante enloquecida fuera a herir el cuerpo de Licurgo con aquella homicida segur. Mas no pudo liberar al Driántida[8] de aquellas verdes cadenas, y ello pese a que deseaba hacerlo, puesto que se sometió al arbitrio del relámpago de su padre, al oír el amenazante fragor del trueno de Zeus.

Mientras tanto, Polixo se lanzaba ya sobre la cabeza de aquel hombre furibundo para arrancarle de raíz sus largos cabellos. Poniendo su mano salvaje sobre el vientre de su enemigo, cogió su coraza y se la descuajó de un violento tirón, haciéndola pedazos encolerizada. —¡Narrad, oh Musas de la guerra, qué prodigio sucedió, cómo, pese a que era de acero, destrozó la cota de malla con sus uñas de mujer!—

Por su parte, Clite, la de flotante cabellera, entrelazaba en torno a Licurgo una cuerda retorcida hecha con largos pedazos de mimbre, y Gigarto teñía de rojo su cuerpo azotándolo con su látigo de hermoso follaje, que abría sangrantes ampollas sobre su espalda flagelada. Por otro lado, Flio, sedienta de sangre, hacía incisiones en sus pies con largas espinas, y Érife, compañera de camino de Irafiotes[9], agarrando las mejillas de hirsuta barba por la mitad, intentó hacerle caer a tierra, mientras la báquica Fasilea, invicta conductora de danzas, combatía también clavando una afilada espina en su costado. Bromia, la que lleva el nombre de Bromio, llenaba de heridas el cuerpo de Licurgo. Por últi-

---

[7] Hay una laguna de un verso (tras el 61) en el texto, según KOECHLY.

[8] A Licurgo, hijo de Driante.

[9] Sobrenombre de Dioniso de oscura etimología (quizás «el caprino»).

mo, con todas estas mujeres, también la ninfa Ciseida, amante de la uva, fustigaba al malvado con su hiedra[10].

Y comoquiera que Licurgo fuese azotado por estas combativas plantas, le sobrevino un dolor aun más agudo que cualquier otro cuando la montaraz Rea vistió en Arabia sus armas contra el dios de los mares, el que sacude la tierra, partiendo en dos sus cimientos con un ruido atronador. El soberano de los mares y de los terremotos, por su parte, hizo temblar el profundo regazo de la tierra, al arrojar su tridente, y azotó con vientos las profundas gargantas de sus cavernas, con vientos que sacuden la tierra por dentro[11], puesto que con un impulso movedizo los aires excavaban agujeros abriendo nuevas cavernas. El inamovible regazo de la tierra de Arabia se agitó con violencia, y los palacios, altos como las nubes, se deshicieron ante el ímpetu de aquellas sacudidas. Los árboles caían al suelo y la arábica ciudad de Nisa parecía bailar, girando sobre sí misma, desde sus propios fundamentos, como fuese golpeada por el tridente. El olmo yacía sobre el suelo, el laurel llenaba de polvo su cabellera, y el abeto caía arrancado de raíz junto al cercano pino.

Y en tanto que el dios que sacude la tierra engendraba vientos impetuosos bajo tierra, desarraigando los cimientos

[10] Los nombres de las enloquecidas mujeres-vid que atacan a Licurgo, son en realidad un catálogo de las Híades, nodrizas de Dioniso, unos proceden de otros poetas (Polixo, cf. CALÍM., *Himn.* VI 78; APOL. DE ROD., *Arg.* I 668; Érife es una nodriza de Baco en CALIM., *E.M.* 372; e Híade en HIGINO, *Fáb.* 182, que también cita a Bromia como otra de las Híades), y otros son *nomina significantia* (Gigarto, «semilla de uva», etc.). Fasilea se cita en el canto anterior (XX 125) como auriga de la reina Mete en el cortejo dionisíaco. En HIGINIO *(Fáb.* 192 ss.) estas mujeres aparecen también como Hiades, divinidades del agua.

[11] Esta era una de las teorías antiguas sobre la formación de terremotos (cf. SÉNECA, *Cuest. Nat.* VI; CIC., *Sobre la adivinación* I 113, etc.).

subterráneos de las casas, otro nuevo desastre acaeció: las mujeres de Nisa, que habitan en los bosques, enloquecieron y mugieron a la manera de los toros, azotadas por el látigo[12] de Mégara, la de serpentina cabellera. De tal suerte enloquecidas, dieron muerte a sus propios hijos de esta manera: una corrió hacia su propio hijo y lo lanzó volando por los aires. A continuación cayó de cabeza, muriendo sobre el suelo. Otra agarró a su querido retoño recién nacido, y no se acordó de cuando lo amamantaba cariñosamente. Una tercera tiñó de roja sangre sus manos con el acero filicida, al despedazar a su niño, convirtiéndose en otra furibunda Ágave[13]. [Contra sus propios hijos se lanzaron, y algunos no eran más que recién nacidos, a los que acababan de parir, y pese a ello los descuartizaron con un cuchillo.][14].

[12] Se trata del látigo que provoca la locura, Mégara es una de las Erinias o Furias, divinidades infernales, que se encargan de ejecutar las venganzas divinas, azotando con su látigo que causa la locura. Sobre este látigo infernal, ora atributo de las Erinias, ora de Pan, ha hecho un interesante análisis D. Gigli en su *Metafora e poetica in Nonno di Panopoli,* Florencia, 1985, págs. 97 ss., hablando de este látigo como de una «metafora visualizada en el plano mitológico, por la cual la fusta de las Erinias indica el súbito ataque nervioso que sacude el cuerpo, agitándolo como bajo el efecto de un latigazo» o «imagen del momento en que la locura ataca al hombre». Aparece también en otros pasajes (XLVI, 99-100, la locura de Penteo), y también se atribuye a Pan XLIV 280; XLVI 99, etc.

[13] Referencia en cierto modo anacrónica a la madre de Penteo, que despedaza junto a las demás Bacantes a su hijo Penteo, rey de Tebas. Nono narra esta historia a partir del canto XLIV, y Eurípides en su famosa obra *Las Bacantes.*

[14] Parece que estos dos versos, 116-117, son una adición de una mano posterior a la de Nono.

[***][15]. Y además, los boyeros árabes, azotados también por el látigo enloquecedor de Pan[16], bailaron en éxtasis hacia los bosques, entre un gran griterío.

Tales fueron las cosas que hacían los pastores de bueyes azuzados por esta cruel locura. Descuartizaron a sus propios hijos y con ellos celebraron un festín con bocas devoradoras de niños. Así el vientre de los delirantes pastores sirvió de tumba a sus propios hijos varones que nunca llegarían a crecer[17].

[Entre tanto, Licurgo todavía estaba preso][18] en las manos de las Ninfas y con sus hojas de variados nudos le apresaban por ambos lados. Pero aún así no hincó sus rodillas ante Lieo, ni alzó suplicante sus manos hacia Zeus, para que le librara de sus fatigas, y ni siquiera tembló ante su trueno, sino que, antes al contrario, montó en cólera y dirigió su amenazador rostro hacia las Basárides. En aquel instante, pudo ver el relámpago que se dirigía hacia su faz, y ni siquiera entonces se sometió a Lieo. Por todas partes era herido, pero firme se mantenía resistiendo tamaño ímpetu de los golpes adversos que caían por doquier. Contando solamente

[15] Falta un considerable fragmento del texto, que se referiría a la locura de los pastores árabes, que matan a sus hijos como las mujeres, inducidos por alguna divinidad, quizás el propio Poseidón, o Rea en respuesta.

[16] El látigo de Pan también causa la locura, o más bien el «pánico» (véase nota a XXI 108, el látigo de Mégara).

[17] Estas historias sobre mujeres enloquecidas que matan a sus hijos como castigo por no haber aceptado el culto de Dioniso, han sido estudiadas por Otto (cf. W. F. Otto, *op. cit.*, «La locura sombría», págs. 78-90; para ejemplos de estos mitos, cf. Apolod, *Bibl.* II 2, 2; III 5, 2).

[18] Otra laguna en el texto. Este pasaje está muy corrupto. En las líneas que faltan seguramente se volvería al tema del combate entre Licurgo y las Bacantes transformadas en vides, para finalizar esa historia. El texto entre corchetes es conjetura nuestra para dar sentido a la traducción del pasaje.

con el amparo de Ares, se enfrentó él solo con Zeus, Poseidón, Rea, la Tierra, Nereo y Baco. Y en el cúlmen de sus fatigas pronunció estas palabras indomables:

«Encended el fuego, quememos todas estas plantas, que yazca entre las llamas toda esta báquica hojarasca. Arrojemos al mar estos viñedos incendiados, en honor de Dioniso, que duerme bajo las aguas, como símbolo del varonil coraje de los árabes. Reciba la propia Tetis bajo las olas estos racimos en llamas. ¡Que intente apagarlos con sus aguas cuando no sean más que vinosas cenizas! Soltadme, basta ya de apariciones, basta de variados encantamientos, basta de cadenas embrujadas. Creo que todo esto no son sino encantamientos de las Nereidas de Poseidón. Soltadme, digo, y llevadme al océano, pues he de tomar mis armas contra Proteo[19], ese mago agorero. Prended ahora una antorcha para que pueda correr junto al ponto con mi llama vengadora, y prenda fuego a Melicertes, el anfitrión de Bromio.»

Así dijo, profiriendo amenazas contra Nereo y Dioniso a la vez.

[Y la diosa Hera,][20] apenas arribó a Arabia, infundió nueva vida en el hijo de Enialio, que yacía derrotado tras aquella batalla arbórea. Empuñó entonces la espada de acero de Ares, tras desenvainar la refulgente hoja de aquella daga divina ante las Bacantes, y puso en fuga al punto al

[19] Proteo es una divinidad marina en HOMERO (cf. *Od.* IV 351), como Melicertes-Palemón (véase nota a XX 379), con el que Nono parece identificarle aquí. Es muy sabio y tiene el poder de transformarse continuamente tomando las más diversas formas. Curiosamente, Proteo, un dios menor que se recuperó en la Antigüedad tardía como símbolo órfico, es uno de los númenes inspiradores de las *Dionisíacas* de NONO, que lo invoca en su proemio (I 14-15) como dios de las muchas formas precisamente por las múltiples formas poéticas que caracterizan al autor.

[20] Nueva corrupción textual, faltan un par de versos tras el 147 que darían paso a Hera, que llega para salvar a Licurgo.

ejército de las mujeres Cibélidas. Así, cortando con el acero las hojas de Ambrosía, liberó a Licurgo de los grilletes de vid que le retenían, y, a la vez, apaciguó al dios que sacude la tierra, de azulada cabellera[21], que era su propio hermano, como Zeus su marido y Rea su madre. Y obró así para proteger a Licurgo, a fin de que pudiera ser contado entre los inmortales.

Por ello, los árabes, habrían de honrarle en sus altares carne con multitud de columnas de oloroso humo, aplacando al hijo de Driante con sacrificios, como si fuese un dios. Harían también libaciones con sangre humana, como si fuera el fruto de melosas gotas de Dioniso, en honor de Licurgo, el que desconocía los misterios báquicos[22].

Mas el anciano Tiempo habría de cumplir todos estos designios mucho más tarde, porque Zeus padre había decidido entonces transformar sin dilación al sanguinario Licurgo en un errante ciego, para que ningún otro mortal llegase a ser tan altanero, ni lanzase burlones reproches al irreprochable Dioniso, en imitación de Licurgo, el de osada lanza. Le convirtió, pues, en un vagabundo que habría de recorrer ignotas ciudades una y otra vez, en busca de un lazarillo para sus forzados caminos, y que muchas otras veces habría de recorrerlos caminando en solitario y tropezando con sus propias sandalias.

Y tales eran las cosas que sucedieron en las montañas. Mientras tanto, en el mar Eritreo, las hijas de Nereo agasajaban a Dioniso con un banquete marino en el interior de su palacio bajo las profundidades del océano. Y olvidando su

---

[21] Poseidón

[22] Nono introduce un doble final a la historia de Licurgo; por una parte, respeta la narración homérica (cf. Hom., VI 139), según la cual Zeus castigaría a Licurgo con la ceguera, pero por otra, se añade su divinización a instancia de Hera.

envidia por las bodas de Sémele, Ino[23], habitante del ponto y nodriza de Dioniso, inició como preludio un atrevido himno en honor de Baco, el que cultiva el vino. Mientras tanto, Melicertes, su hermano de leche, vertió el dulce néctar de la crátera de Bromio[24], sirviendo a su querido compañero. De este modo el dios permaneció allí mismo, en aquel profundo palacio bajo las olas, teniendo el anchuroso ponto por morada, como emigrante bajo las aguas del mar. Y así yacía, extendido en el regazo de Tetis. Abrazaba sin hartura a la hermosa hija de Cadmo, Ino, su nodriza y hermana de su propia madre, y a menudo sostenía en sus afectuosos brazos a Palemón, su compañero de crianza de su misma edad.

Entre tanto, la Mimalone[25], con sandalia silenciosa, ya no daba brincos para preludiar su danza de muchos giros, puesto que, ay, Baco no se hallaba presente. Y así que buscaba sin cesar todo rastro de Lieo, que ahora moraba en el mar. Incluso el Sátiro, amante de la diversión, mudaba ya su rostro, que aparecía sombrío, con una pena ajena a él, y los errabundos Panes, mientras tanto, corrían por los bosques

---

[23] Ino, hermana de Sémele, que habita en el mar como divinidad (ver nota a XX 379).

[24] Juego de palabras etimológico con el nombre de Melicertes (de *méli*, «miel» y *keránnymi* «mezclar»), y su acción al mezclar el néctar en la crátera, como sugiere Hopkinson en Hopkinson y Vian, *op. cit.*, pág. 66, n. 1).

[25] El nombre Mimalón o Mimalone, al parecer de origen macedonio, aparece en Licofrón *(Alejandra* 1464); Euforión *(Fragmenta,* ed. Lloyd-Jones, H., 418); y Herodiano *(De Pros. Cath.* III 1, 31; *Perí klíseōs onomátôn* III 2, 734), para designar a las Bacantes, quizás haciendo referencia a su origen geográfico. En el mismo sentido, Nono suele distinguir entre Basárides, de origen minorasiático, y Bacantes, de origen europeo. El término Mimalone está atestiguado en varios pasajes de las *Dionisíacas* (XVIII 29; XXI 186; XXI 285; XLIII 316).

embargados por la locura con sus pezuñas montaraces, los Panes buscaban a Dioniso, que se había marchado sin dejar heraldos. No bailaba ya Sileno, pues había arrojado sus címbalos, que no conocen la tristeza, y ahora yacía abatido en el suelo. E incluso lloraba Mácride, la ninfa Crónida que acompañaba a Baco en su carro mular de hermosas grebas, nodriza de Dioniso, el que no conoce la pena[26]. De tal guisa, todos estaban turbados y afligidos. Pero Celmis[27], tras abandonar las cavernas del mar sin oleaje, condujo el carro de su padre por fuera del agua para anunciar a los afligidos el regreso de Dioniso.

Y mientras Baco participaba en aquel marítimo convite, llegó a la ciudad de los indios el heraldo de Bromio, el que cultiva el vino, tras cruzar las montañas del Cáucaso[28]. Tenía una extraña figura, de rostro con cuernos, semejantes en forma a los de Selene. Su piel era de cabra montesa, y se extendía por todo su cuerpo, prolongándose por el estrecho cuello sobre uno de los hombros y llegando su parte derecha hasta la articulación del muslo. Agitaba sus orejas, que semejaban las orejas de un burro, a ambos lados de su cuerpo, que tenía todo lleno de pelo, y de la mitad de su talle sobresalía una cola de nacimiento que se enroscaba sobre sí misma en espiral.

[26] Mácride, hija de Aristeo, es otra de las nodrizas de Dioniso, pues le crió en la isla de Eubea (cf. CALÍM., *Himno a Delos* 20; APOL. DE ROD., *Arg.* IV 540, 1132 ss., etc.).

[27] Celmis era, en XIV 39, uno de los Telquines (véase nota a XIV 39), y su padre es Poseidón.

[28] En esta ocasión parece tratarse de la cordillera del Hindukush, en el actual Afganistán, al oeste del Himalaya, como ha señalado acertadamente ROUSE en su edición de las *Dionisíacas*, tomo II, pág. 161 (cf. para el conocimiento griego de estos lugares ESTRABÓN, *Geog.* XV 1 8). Nono elige precisamente este lugar para desarrollar el episodio de la embajada a los indios.

Los indios de cetrina tez le rodearon en tropel dando grandes risotadas, hasta que se acercó al lugar en que el gigantesco Deríades[29], el príncipe de los hombres, se sentaba sobre su carro de doble yugo para ordenar los inmóviles pasos de sus elefantes enormes. Y entonces, riendo, le dirigió al Sátiro estas injuriosas palabras:

«Mirad qué criatura de doble cuerpo nos envía Dioniso, el de taurina figura. No es más que un juguete para nuestra guerra, un híbrido ser, no un hombre con apariencia enteramente humana, pues posee la figura de un animal, y con esa doble naturaleza no es sino un engendro de toro y hombre, ya que tiene dos atributos, la forma de un toro y el rostro de una persona.

Y si llaman a tu Baco «el fogoso», es más bien porque nació del vientre de Tíone, cuando fue abrasada por Zeus. El agua[30] es entre nosotros mucho más poderosa que el fuego, y mi propio padre, el indio Hidaspes, podría, si así lo quisiera, apagar con sus burbujeantes corrientes el aliento ígneo del rayo de Zeus.»

Así habló, dejando ver ademanes que presagiaban guerra, pues golpeó con su recia espada contra el escudo de colorido lomo, justo en medio de su esfera, y de aquel broquel de piel de buey, al ser batido por el bronce, salió un funesto fragor.

Desatando sus labios atónitos ante el terrible soberano, el heraldo de veloz carrera que enviaba Bromio, acertó a transmitirle este mensaje:

---

[29] Se presenta en este canto al personaje de Deríades, el rey de los indios, una figura desconocida antes de Nono, y cuya genealogía hemos visto en la nota a XVI 282.

[30] Referencia a las creencias hindúes. Para Nono, el dios principal de los indios es el agua.

«Rey Deríades, portador del cetro, Dioniso el dios ordena a los indios que acepten el vino que hace olvidar las penas, fruto de su vendimia, y que hagan libaciones con él en honor de los inmortales, sin guerra y sin combate. Mas si no lo aceptasen, él mismo empuñará sus armas hasta lograr que Hidaspes se hinque de hinojos como un esclavo ante los tirsos de las Basárides. Has escuchado un mensaje verdadero. Dime tú mismo ahora alguna palabra de respuesta para que se la haga llegar a Dioniso.»

Y tras hablar así, el portador del cetro repuso con voz furibunda:

«¡Ay de mí, qué palabras más atrevidas ha pronunciado esta bestia con forma humana! Me avergüenza dar muerte con mi marcial puño a un heraldo que no está armado de lanza veloz, ni se resguarda tras el escudo bovino. Pero han llegado a mis oídos los apuros de tu general, y hasta el propio Ganges sabe de la debilidad de Bromio y del coraje de Licurgo. Conozco a tu rey, ese dios bastardo, y sé a ciencia cierta que ha huido a las profundidades del mar protector para evitar la muerte.

Y si ése es tu deseo, vuelve los pies hacia la tierra limítrofe de los Medos, corre hacia allí y predica las danzas de Dioniso. Cruza a continuación hacia la tierra de Bactria, donde Mitra, el Faetonte asirio de los persas[31], es el dios, pues Deríades nunca aprendió el baile de los celestes bienaventurados, y ni siquiera honra a Helio o a Zeus y su carro de estrellas de hermoso brillo. Nunca aprendí nada sobre Crono, ni sobre el Crónida, que mató a su propio padre. No

[31] Mitra es un antiguo dios indoiranio de la luz, cuyo culto se implantó con gran fortuna en Roma desde el siglo I a. C. En la religión de Zoroastro es aliado del benévolo Ahuramazda. Aquí, Nono le identifica con Helio, el sol, puesto que Faetonte, está usado, una vez más, como sinónimo de sol.

conozco a Crono, el de astuta mente[32], que devoró a sus propios hijos[33], y tampoco me preocupa Éter, enjambre fecundo del amor[34]. Desconozco tus dones y aquello que llamas 'el fruto de la vendimia'. No acepto ninguna otra bebida que las aguas doradas del Hidaspes. Mi único vino es la lanza, y solamente bebo de mi escudo de piel de buey. A mí no me dio a luz Sémele después de unos himeneos incendiados con llamas, tras recibir en su tálamo el fuego homicida. Yo, por el contrario, soy descendiente de Enío, la de broncínea coraza, la que nunca se sacia de combatir. No me cuido de los bienaventurados hijos de Zeus, pues sólo hay para mí dos dioses a los que adorar, la Tierra y el Agua[35].

Ea, corre y llévale este mensaje a Dioniso, el que huye en la batalla. Vete en mal hora, huye ahora que aún estás incólume, mientras todavía contengo mi arco, vete en mal hora y escapa de mi lanza. Toma las armas para el combate con tus monstruos medio humanos y tus mujeres sin coraza, lucha con Deríades, y cuando los indios hayan vencido, te arrastraré como compañero de esclavitud de Dioniso, mi botín de guerra. Pero, al menos yo, no te convertiré en mi

[32] Epíteto homérico de Crono, *ankylómētis*, «el de astuta mente» (cf. Hom., *Il.* IX 37).

[33] Estos solían ser los argumentos de los apologetas cristianos para repudiar la enseñanza de la literatura clásica y su mitología. Se argüía que estas narraciones contenían elementos escandalosos e inmorales (incesto, parricidio, etc.). Nono parece reflejar aquí estas opiniones por boca de Deríades, que se convierte en un curioso «agnóstico». Por el contrario, otros autores cristianos propugnaron la utilidad y el provecho de la literatura clásica (cf. Basilio de Cesaréa, en *Sobre el provecho de la literatura clásica).*

[34] La mención de Éter como dios primordial del amor denota el conocimiento de las teogonías órficas por parte de Nono, que se refiere a él como «enjambre» o dios sin forma definida.

[35] Ésta es la visión que tiene Nono de la religión hindú, que adoraría elementos de la naturaleza, como la tierra y el agua.

mensajero, pues no podrías cumplir ese servicio con diligencia, corriendo de un lado a otro. Más bien dejaré que me abaniques durante la comida con tus grandes orejas[36].»

Y tras decir estas cosas, despidió al heraldo con rostro amenazador, y rasgando el hueco que dividía una tablilla plegada por la mitad[37], escribió estas sumarias palabras en el interior de la doble carta: «Lucha con Deríades si eres capaz, Dioniso.» Tales fueron las palabras que tuvo que escuchar de nuevo el heraldo de voz clamorosa antes de partir. Pero a su regreso, halló felices a los Silenos, porque Dioniso había surgido de entre las olas, y se había unido de nuevo al grupo de las Ninfas de los montes. Los Sátiros brincaban de gozo y las Bacantes danzaban en torno a Marón, que dirigía la música con su anciano paso, situándose entre dos Bacantes en cuyos hombros apoyaba los brazos, destilando de su boca el dulce licor del vino. La Mimalone hacía sonar una estrepitosa melodía sin su velo, tras haberse enterado del regreso de Dioniso, que dirigía sus pasos hacia ellos.

Y por su parte, el dios de la uva se deshizo al punto de las penas que le habían afligido antes, y llegó a ellos con gran regocijo, pues se había enterado, desde el interior del ponto, de cómo el dios que sacude la tierra había atacado a sus enemigos en la tierra de los árabes, según le había contado Proteo, el esposo de Torone, y que ahora Licurgo caminaba dando tumbos sobre sus propios pies, convertido en un ciego errante. Había oído también la historia de la mortífera locura que por necesidad se había apoderado de los pastores, de cómo el coro de campesinos lloró su désgracia, y se enteró de que en los valles las mujeres hicieron pedazos

[36] Deríades, como soberano asiático, conoce el uso de los abanicos, considerado por los griegos una costumbre oriental.

[37] Modo usual de escribir cartas en la Antigüedad.

el fruto de su propio vientre. Supo asimismo lo que había sucedido con la congregación de las celestes Híades, y que la propia Ambrosía había pasado a habitar el Olimpo, y ya no la tierra. Y esto había sucedido porque Ambrosía había combatido al indómito Licurgo en una batalla de hermosos racimos, en una guerra de vides[38].

Y mientras todos se deleitaban con estas y otras historias, regresó el muy deseado heraldo, sano y salvo, ante la alegría de Dioniso. El heraldo le detalló la insensatez altanera de Deríades, y le hizo entrega de la tablilla plegada que contenía el mensaje de guerra. No se demoró el soberano, sino que al punto leyó las letras grabadas sobre la fiel tablilla, que le enviaba Deríades, y lleno de coraje llamó a sus soldados a la guerra. Llamó también a los errabundos Radamanes[39], a quienes otrora desterrara Minos de la tierra de Creta a la llanura de Arabia, y les ordenó, aconsejado por Rea, que construyeran barcos de madera para un combate naval con los indios. Presto instigó su carro hacia la región oriental de la Tierra, sus armas refulgían como el lucero del alba. Y tras atravesar la cordillera del Cáucaso de altivas cumbres[40], pasó por delante de la llanas tierras del Levante,

[38] De todo lo que le ha contado Proteo a Dioniso en su exilio tenemos constancia, excepto de la apoteosis de Ambrosía y sus compañeras, que han sido elevadas al firmamento en forma de estrellas como recompensa por su lucha contra Licurgo. Sin duda falta un fragmento importante del texto en una de las tres lagunas (tras los versos 117, 123 o 147), que se referiría a este suceso.

[39] Pueblo árabe descendiente de Radamantis (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* VI 158), uno de los jueces de las almas en el Hades, donde también Minos juzga a los muertos. Aunque que los árabes son considerados por NONO aliados naturales de los indios, por su color de piel (véase nota a XVII 397), éstos se exceptúan por su origen cretense.

[40] Véase nota a XXI 201.

portadoras de la luz, encaminándose hacia el Mediodía, allí donde el sol marcha hacia su meta[41].

Mientras escuchaba Deríades los ecos del ejército de hermosos tirsos, y las tropas de Dioniso, el que recorre los montes, que cada vez estaban más cerca, preparó una emboscada formando densas filas de indios. Envió a parte de su ejército por separado a las tierras de allende el río, poniendo todas sus esperanzas de victoria en esta celada y en el combate de broncíneas corazas. Navegó en sus altas naves, en las que remaban sus hombres, para vadear el indio río Hidaspes, y se dividió el ejército de los indios en dos frentes, cada uno en una ribera del río portador de lanzas. Tureo estaba en la ribera del Céfiro, y Deríades se situó en el lado opuesto, junto a las alas del ardiente Euro[42].

Había allí mismo un cierto lugar de hermosa sombra, en el que el espeso follaje de variados árboles rodeaba el monte frondoso, junto a una honda caverna, de tal forma que, si alguien disparara una errante flecha, nunca podría alcanzar aquellos árboles, ni clavarse en ellos, y ni tan siquiera el sol con su penetrante ímpetu llegaba a filtrarse entre aquellos

---

[41] Metáfora del sol como carro que llega a la meta *(balbís* en el texto), que ha sido estudiada por GIGLI. El cielo se describe como un hipódromo. La meta es en las carreras el punto extremo de la carrera, allí donde gira el auriga, y también el límite. En su uso metafórico significa tanto el punto más extremo del mundo, al que llega el sol, como es el caso, o bien el punto más alto de su carrera, el solsticio de verano, como en XXXVIII 284 (cf. D. GIGLI, *op. cit.*, págs. 180-181).

[42] Es decir, Tureo en la ribera occidental, pues el Céfiro es el viento de Poniente, y Deríades en la oriental, que es de dónde sopla el Euro. Esta estrategia es la que usó Darío contra Alejandro Magno en el río Pínaro (cf. ARRIANO, *Anáb.* II 8 5). Por otra parte, Tureo es un caudillo indio que será el único superviviente de su ejército en XXIII 116, pues Baco le deja con vida para que dé fe de su victoria, y, así, le contará lo sucedido al iracundo Deríades en XXIV 143 ss.

matorrales, ni podía rasgar con sus rayos de profundo corte las hojas entrelazadas de tal modo. Tampoco el agua del lluvioso Zeus, que cae de los cielos, era capaz de atravesar aquel umbrío bosque. A duras penas destilaba la lluvia que caía de lo alto, con la fuerza de sus aguas divinas, mojando la punta de los pétalos.

Pues bien, allí mismo, en aquel bosque de luengos árboles, los guerreros acechantes se ocultaban entre el verde follaje de los gigantescos árboles, inesperados e inmóviles en el regazo del bosque. Guardaban sus movimientos ejecutándolos con silenciosas sandalias, y de esta manera no hollaban con su pie oculto la espesa hojarasca, ni temían que sus rodillas se doblaran, ni que el rostro empalideciera. Por el contrario, albergaban una ánimo audaz y firme en sus corazones, y así en los lechos silvestres gozaron de un sueño en armas, medido con sus párpados [***][43] para recibir al ejército que a rítmico paso ya se acercaba.

[43] Laguna indicada por Koechly. Falta un verso tras el 344. Según Keydell hay otra después del verso 340.

CANTO XXII

SUMARIO

— Preparativos para la batalla (cont.), vv. 1-135: Milagros báquicos, el agua se transforma en leche, vv. 1-54. Hera exhorta a los indios para que luchen, vv. 55-81. Precauciones contra la emboscada de los indios, vv. 82-135.

— La batalla del río Hidaspes, vv. 136-401: Comienzo de la batalla, vv. 136-167. Principalía de Eagro, vv. 168-217. Batalla a campo abierto, vv. 218-252. Principalía de Éaco, vv. 253-292. Principalía de Erecteo, vv. 293-319. Nueva principalía de Eagro, vv. 320-353. Nueva principalía de Éaco, vv. 354-389. Lamento de la ninfa Náyade por los muertos que cubren el río, vv. 390-401.

EL VIGESIMOSEGUNDO CANTA LAS GESTAS DE BROMIO EN EL COMBATE Y TODAS LAS HAZAÑAS QUE CUMPLIÓ ÉACO EN TIERRA Y EN EL RÍO HIDASPES

Pero cuando vadeó el paso del muy pedregoso río[1] la infantería de Baco, en el lugar donde el indio Hidaspes, como el Nilo[2], expele sus aguas navegables, entonces resonó la femenina melodía de las Basárides, que preludiaba el cortejo frigio en honor de Lieo Nictelio[3]. El coro de velludos Sátiros bramó con voz iniciada en los misterios y toda la tierra rió, mugieron las rocas y aullaron las Náyades. Y las Ninfas rodearon el río y sus corrientes silenciosas en círculo, entonando una canción acorde de acentos sicilianos, semejante a los himnos que las Sirenas emprenden cantando con sus gargantas de melosa lengua[4]. El bosque entero vi-

[1] Cita homérica; así comienza el canto XXI de la *Ilíada* (también aparece el mismo verso en XIV 433), por lo que la intención de Nono es imitar el canto XXI, la batalla de Aquiles en el río Escamandro.

[2] Nono compara a menudo el Hidaspes con el Nilo de su Egipto natal (cf. XXVI 235 ss.).

[3] Nictelio o Nocturno (por *nyktélios* «el de ritos nocturnos») es un epíteto cultual de Dioniso (cf. Plut., *Mor.* 389 a).

[4] La isla de las Sirenas se localiza cerca de Escila y Caribdis, que se localiza junto a Sicilia, en el estrecho de Mesina (cf. Estrabón, *Geog.* I 2, 12 ss., que aproxima su localización a Sorrento y Capri, en la costa italiana). Plinio el Viejo *(Hist. Nat.* X 136) refleja la creencia de que

braba con la música, e incluso los árboles armonizaron con maestría una canción que se parecía a la del oboe. Las Ninfas de los árboles acompañaban con sus voces. Una de estas Ninfas, desde su [rama] de hermoso follaje [***][5] cantaba medio oculta, asomándose por entre las hojas.

Una fuente emblanqueció sus corrientes con nívea leche, aunque no era sino agua, y en su pedregoso lecho las Náyades se lavaron con estos lácteos remansos, y bebieron la leche alba[6]. Una roca escarpada, por otro lado, se tiñó de púrpura, pues el vino manaba de sus enrojecidos pechos[7], que hacían brotar mosto con gotas de dulce sabor de la colina yerma. Los gustosos dones de la abeja de meloso licor caían desde su regazo de forma espontánea como una libación, de forma que no necesitaba panales. Sabrosas manzanas brotaban de los árboles recién medrados con espinas de aguzadas cerdas, y el árbol de Atenea[8] se bañó con las gotas del líquido que manaba por sí solo y sin prensar de las ramas aceitosas.

Las liebres bailaban en pareja abrazando a los perros, y las luengas serpientes se unían también en éxtasis a esta danza, lamiendo las huellas de Dioniso, el de serpentina cabellera, doblando su cuello ante él, y una tras otra exhalaban un dulce silbido con sus fauces gozosas. Había un estudiado

también existían Sirenas en la India, a lo que quizás se aluda en este pasaje.

[5] Texto corrupto. KEYDELL señala una laguna tras el verso 14.

[6] Típico prodigio dionisíaco en los montes, que consiste en las fuentes de vino o leche que brotan espontáneamente del suelo o de las rocas. También EURÍPIDES se refiere a este prodigio (*Bac.* 706-710), en un fragmento que NONO parafrasea a su vez en XLV 306 ss.

[7] Metafóricamente, NONO habla de los «pechos» de la roca, asimilando ésta a una joven que amamanta a su hijo (cf. D. GIGLI, *op. cit.*, pág. 198).

[8] El olivo, árbol consagrado a Atenea, y símbolo de Atenas.

ritmo en el baile de aquellas serpientes encantadas, y se agitaban en el entrelazado movimiento de sus largas espirales, bailando en derredor de los pies sin miedo de Dioniso. Los tigres se lanzaban en círculo brincando a lo largo de la cordillera índica, y un enorme enjambre de elefantes, caminantes montaraces, danzó ágilmente en el interior de la espesura.

En aquel momento, los errabundos Panes, junto a los rocosos desfiladeros, recorrían con sus pezuñas ligeras los montes infranqueables y terribles, que ni tan siquiera la más audaz ave, leve caminante de los aires, hubiera osado sobrevolar, atravesándolos con su batir de alas navegadoras del firmamento. Y agitando la melena que pendía sobre sus fauces, un león que habitaba en aquel paraje, danzó emparejado con un saltarín jabalí. Las aves piaron a imitación de las melodías de los hombres, hurtando su grito de guerra a medias, simulado y profetizando la victoria en el combate contra los indios. Agitaban a la vez la larga cola que sobresalía recta de sus verdes cuerpos.

Y marchando con igual entusiasmo, una pantera daba saltos por los aires con un oso que le acompañaba. La propia Ártemis, como viese los brincos de una dulce leona que remedaban la danza, amansó con la correa el ímpetu de sus raudos perros y, avergonzada, destensó la cuerda de su arco de hermoso cerco, no fuera a disparar sus flechas contra aquellas alborozadas bestias.

En tanto, uno de los indios contemplaba los prodigios de Baco, de variadas formas. Atisbaba con sus ojos torvos desde lo alto de una espesa mata, apartando las hojas para abrir una mirilla circular a través de la cual podía ver. Así, se dejaba ver tanto como un hombre que mira en derredor a través de las aberturas que se hacen para los ojos en un casco, o del mismo modo que un hombre que recita los coros trági-

cos[9], profiriendo un terrible rugido desde su garganta de profundo resonar, y así extiende su visión desde dentro, a través de unos ojos artificiales, llevando una máscara engañosa sobre su rostro mortal. De esta misma forma se ocultaba bajo el umbrío bosque observando todos los prodigios sin ser visto, con furtiva mirada. Y al punto se lo contó todo a los enemigos.

Entonces Tureo se estremeció de terror, reprochándoles a Morreo[10] y a Deríades por su infatuación. Todo el ejército indio tembló de miedo. Arrojaron de sus manos temerosas las armas broncíneas desertando de la guerra, cuando se percataron de que incluso los árboles estaban poseídos por el ímpetu báquico.

Y el ejército indio ya hubiera cogido verdosas ramas, en señal de súplica, de los cercanos olivos que crecían en las riberas, y hubieran plegado su cuello ante Dioniso sin combatir, pero la insidiosa Hera, transformando su cuerpo, exhortó a los enemigos y engañó al príncipe de los indios, diciéndole que Dioniso se había valido para su victoria de un himno mágico de la Tesalia y una pócima de Circe, unida a cánticos que invocaban a los dioses, como si hubiera sacado brebajes de un río sin brebajes. Así convenció a los enemigos, que fueron fáciles de convencer. Les dijo a cada uno que no se perdieran cuando la ardiente sed se apoderase

---

[9] Alusión a la declamación de fragmentos de tragedias en público por un solo actor. En época de Nono, y sobre todo posteriormente, entre los Bizantinos, fue una práctica muy común, en un tiempo en que el teatro ya estaba en desuso (siglo VI). Nono cita esta práctica para introducir la comparación con el indio, que usa las hojas como una máscara de tragedia. La mención del «actor de coros trágicos» es extraña en Nono, y acaso se trate de un gesto de erudición.

[10] Morreo, hijo de Tidnaso y hermano de Orontes (que se suicida en XVII 269 ss.), que será protagonista en la guerra a partir de XXVI 72.

de ellos, no fueran a beber del agua mistificada de aquel río que privaba del sentido.

Y en aquel momento hubieran atacado los indios de oscura faz a los ejércitos mientras celebraban su banquete, surgiendo de un salto de su recóndito escondrijo, de no haber sido por una ninfa de los árboles que se apareció frondosa hasta los ijares, asomándose desde lo alto de sus ramas ventosas[11]. Semejaba una Bacante, porque empuñaba en su mano el tirso, y sombreaba sus bucles, a imitación de las Bacantes, con la tupida hiedra. Y contándole el engaño de los enemigos por medio de sus elocuentes señas, le susurró a Dioniso, señor de la uva:

«Vinoso Dioniso, soberano dispensador de frutos. Tu planta ofrece gracia y belleza a las Adríades. Yo no soy una Basáride, no acompaño a Lieo en su camino, sino que tan sólo empuño en mi mano un falso tirso. No soy de Frigia, de tu patria, ni habito la tierra de los lidios junto a la corriente del río que destila riqueza[12]. Soy la Hamadríade de hermosos pétalos, la ninfa de los bosques que habita en el lugar en el que los soldados enemigos se han emboscado. Despreciaré mi propia patria y salvaré de la muerte a tu ejército. A tus Sátiros entrego mi confianza, y aunque soy india, en vez de a Deríades mi corazón me une a Dioniso.

Así pues, te ofrezco esta gracia debida a ti, porque tu poderoso padre, el lluvioso Zeus, hace crecer siempre los árboles, frutos de acuátil nacimiento de los ríos, con sus gotas de lluvia. Dame tus hojas y aquí mismo las cultivaré, dame tus racimos que libran de las penas. Ea, amigo mío, no

[11] Las Ninfas Hamadríades son tradicionales aliadas de Dioniso, en su faceta de dios de la vegetación, como se ve también en XVI 228 ss., y aunque ésta sea india, le prestará ayuda.

[12] Se refiere al Pactolo, famoso por la riqueza de sus aguas, también en X 145 (cf. Estrabón, XII 1, 23, 4, 5).

te precipites en vadear la corriente del río, a fin de que los indios que allí están apostados no caigan sobre vosotros en las aguas. Vuelve tus ojos hacia los árboles y observa junto al bosque de hermoso follaje esa invisible emboscada de hombres ocultos. Pero ¿cómo pueden dañarte esos insignificantes mortales en el interior de la floresta? Tus enemigos viven mientras aún contienes tu tirso. Pero, silencio ahora entre nosotros, que no nos oiga el enemigo, que está cerca, no vaya a decírselo el río Hidaspes a los indios ocultos.»

Y tras hablar así, la ninfa Hamadríade desapareció de nuevo tan veloz como un ala o un pensamiento[13], y, cambiando su forma, recorrió el bosque furtivo transformada en ave, aleteando entre los árboles de su misma edad. Mas el dios se mezcló otra vez entre las Basárides, silenciosamente, y les dijo al oído lo que le había referido la divina ninfa de los árboles a cada una de sus comandantes, haciéndoles señas con rápidas miradas. Les ordenó con un silencio prudente que siguieran celebrando su banquete entre los árboles, mientras les narraba la secreta artimaña de los indios tejedores de engaños, mas con corazas y armas, a fin de que no cayeran sobre ellos los soldados sin estar armadas, y para que continuaran festejando su simposio en el campamento. Y ellos obedecieron las órdenes de Lieo. Estaban preparados para el combate, sentados en torno a una mesa portadora de lanzas, en un banquete silencioso.

Y tras un raudo festín, marcharon en tropel los escuderos al río cercano para beber de sus aguas después de la comida, a una señal divina del sagaz Dioniso, a fin de que no se adormeciera su ejército con el vino, el sopor y la oscuridad. El ejército entero se recostó aquí y allí en sus lechos de campaña, para gozar de un sueño veloz sobre su escudo

[13] Frase homérica (cf. HOM., *Od.* VII 36).

guerrero. Y Zeus padre, como advirtiera las taimadas intenciones de los indios, arruinó su combate nocturno mediante su mugiente tronar, derramando el infinito fragor de la lluvia, que duró toda la noche[14].

Mas cuando la Aurora de níveos pies surcó la oscuridad recolectando para sí misma el alba[15], se tiñó de púrpura sobre las montañas bañadas de rocío, entonces, los enemigos asomándose desde el borde de su baluarte, en el bosque preparado para la batalla se reunieron, y se lanzaron al combate. Les capitaneaba Tureo[16], un caudillo sobrehumano del ejército índico, cuyo ímpetu era semejante al descomunal Tifón cuando blandía el rayo[17]. Y las tropas de Baco, a una astuta señal del próvido dios, fingieron terror, aunque no tenían ningún miedo, y abandonaron de buen grado el lugar de la batalla, retirándose espontáneamente, hasta que los indios, tras abandonar el interior del bosque, salieron en torrente a campo abierto.

Entonces un guerrero lidio se revistió de sus opulentas armas, como si fuera el licio Glauco, de dorada apariencia[18], proclamando el nombre de su tierra, en la que la luminosa riqueza de la corriente blonda tiñe de oro las riberas del río Pactolo, y relampaguea con rosados destellos, de suerte que

---

[14] Zeus ayuda con su lluvia al ejército de Dioniso, como hizo con el ejército de Alejandro Magno, según cuenta Arriano en *Anáb.* V 12, 3.

[15] El alba *(órthros)* es el preludio de la Aurora *(éōs)* y depende de ella (cf. A. W. James, «Night and Day in the Epic Narrative of Nonnus and Others» *Museum Philologicum Londinense* 4, 1981). «Recolectar» es una extraña metáfora de Nono.

[16] Véase nota a XXI 324.

[17] Tifón llegó a blandir el rayo de Zeus, tras robarle los tendones (cf. I 137-162).

[18] Se refiere a un pasaje homérico en el que Zeus hace perder el juicio a Glauco, que cambia sus lujosas armas de oro por las de Diomedes, forjadas en bronce (Hom., *Il.* VI 236). Véase también XV 165.

rivaliza con la Aurora. Al agitar la rubia faz de su opulento yelmo, se podía ver de lejos al lidio, que llevaba en el pecho una coraza que brillaba con resplandor rojizo. Otro caudillo, que provenía de la tierra de Alibe[19], otro adalid de Dioniso, agitaba su casco reluciente sobre sus sienes, para mostrar la opulencia de su patria. La cimera plateada que llevaba sobre su cabeza de hermosos destellos, reflejaba un centelleante brillo, pues emanaba un fulgor semejante al de la nívea Selene.

Y el incansable dios puso en fuga a todos los aterrorizados soldados enemigos, sin haber desnudado su espada, ni tan siquiera empuñado su lanza, sino que atravesaba las filas por la mitad, veloz como el viento, rodeando uno de los flancos del ejército, a izquierda y derecha, y arrojando su tirso de luenga sombra[20]. Así, con su lanza de hiedra, con la flor de la tierra cortó en dos mitades la nube de soldados indios. Ni Tureo, que era de tan elevada estatura, ni siquiera el ejército entero, ni ningún otro caudillo pudo hacerle frente. Caían unos sobre otros, cediendo aquí y allí ante el empuje de Dioniso.

Por su parte, Eagro[21] hizo retroceder con su ataque al ejército oscuro, segando insaciable las filas de soldados en rápida sucesión, cortando las mieses de brillantes yelmos

---

[19] Véase nota a XVII 33.

[20] Nono usa el epíteto *dolichóskion*, es decir, «que proyecta larga sombra», para referirse al tirso de Dioniso utilizado como arma arrojadiza, pues en Homero siempre se dice esto de la lanza (cf. Hom., *Od.* XXII 95 y otros).

[21] Rey de Tracia y uno de los adalides de Dioniso. Véase nota a XIII 428, en el catálogo de los ejércitos. A continuación se narra su principalía, a la manera homérica, comparándole con Diomedes (cf. Hom., *Il.* V 87-92).

con su lanza Bistonia[22]. Y así como sucede cuando un río derrama sus aguas tormentosas y avanza incontenible desde las montañas con su pedregoso caudal, atravesando la llanura, sin que las eras siquiera puedan contenerlo con sus irrompibles cercados, cuando resquebrajan por la mitad el lomo de los puentes de piedra. Multitud de pinos son derribados entonces, y muchos abetos enormes caen y son arrancados de raíz por la corriente.

Pues del mismo modo acosaba aquél al ejército de los enemigos, aniquilando por doquier, uno tras otro a los infantes con su lanza sitonia[23]. Los soldados le rodeaban, y levantaban con sus escudos una torre que imitaba una tortuga, como se le suele llamar[24]. Apoyaban una lanza contra otra sin moverlo, y cada escudo se apoyaba a su vez reclinado sobre el escudo vecino desde su base, y así uno tras otro. Se inclinaban penacho contra penacho y hombre contra hombre apoyándose mutuamente. Y el polvo que se levantaba bajo las pezuñas de los caballos tiñó a los guerreros de blanco.

Ahora es menester que Caliopea cuente las hazañas que su esposo Eagro llevo a cabo, que narre a quién envió primero al Hades y a quién después decapitó aquel ciudadano

---

[22] De nuevo aparece la metáfora agrícola de la cosecha en un contexto bélico (cf. XVII y nota *ad loc.)*.

[23] Nombre poético de Tracia, propiamente es la segunda península de la Calcídice.

[24] «La tortuga» *(chelṓnē* en griego; *testudo* en latín) se refiere a un orden de batalla popularizado por las falanges macedonias de Filipo y Alejandro (cf. Diodoro Sículo, XVI 3) y por los romanos (cf. Arriano, *Táctica* XI 4). En realidad se conoce desde Homero con el nombre de *synaspismós* (de *áspis*, «escudo») que consiste en fortificar un grupo de soldados cubriéndoles por completo con los escudos. (cf. Hom., *Il.* XIII 130 ss.).

de la tierra Bistonia[25], matando a uno tras otro[26]. Pues bien, a uno le clavó su ágil lanza bajo el pecho, y a otro le hirió en la base del cuello con su espada de hermosa empuñadura. A otro enemigo de terrible furor le atravesó por el ombligo, y al punto extrajo su pica de la sangrante herida. Como sacase el acero sanguinolento, le arrancó las tibias entrañas.

Y desenvainando de nuevo su espada, corrió al encuentro de otro indio que le hacía frente, y le cortó la mano con aquel acero de hermoso filo, de suerte que esta cayó al suelo bañada en sangre, saltando aún palpitante. La mano de otro soldado también cayó cortada y ni aún así soltó el escudo de piel de buey, pues apretaba el borde de la bandolera manchada de polvo. Entonces, el alma del muerto lanzóse errabunda por los aires, añorando el vigor juvenil que solía tener el cuerpo al que había estado entrelazada[27]. A otro le aniquiló atravesándole con su implacable lanza y rasgando con su aguda punta el contorno del hombro, mientras con la espada golpeaba su escudo. Y al chocar con el acero, retumbó el lomo del escudo de piel de buey sin romperse.

Mas aquel, incitado por el aguijón que causa el furor del combate, blandió su lanza moviéndola con habilidad en círculos, bien hacia ambos lados, bien sobre el cuello o alrededor de los hombros. Y agitando por doquier su punta, que daba vueltas sobre sí misma, atravesó por la mitad las filas densas de guerreros, impetuoso, sentado en lo alto de su caballo de altivas crines. Y así como después de la estación sombría del helado invierno aparece el cielo desnudo de nu-

---

25 Nombre poético de Tracia; propiamente es la parte de Tracia que linda con el Egeo.

26 El verso 187 es un eco de Hom., *Il.* V 703.

27 Imitación homérica, las almas abandonan volando los cuerpos de los guerreros (cf. Hom., *Il.* XVI 856; XXII 362), llorando porque abandonan un cuerpo fuerte y joven.

bes que lo puedan ocultar, recibiendo el diáfano resplandor de la luz primaveral, del mismo modo recorría en éxtasis aquel varón sin miedo las densas cohortes de indios despedazados, vaciando el centro del campo de batalla[28].

Y en aquel momento, uno de los guerreros de vanguardia, como le clavase a otro su bronce en la boca, le destrozó la mejilla derecha con su daga terrible. Otro aún lanzó contra los enemigos una piedra errante que se agitaba ruidosamente por los aires volando hacia su blanco, y aquella roca que surcaba los aires se fue a estrellarse contra una cabeza, y destrozó las crines de un yelmo de hermoso penacho, de suerte que, como desatara la correa que lo sujetaba al cuello, bajo la mandíbula, la cabeza de su portador quedó desnuda, tras rodar por tierra el casco.

Mas no sólo bramaban hombres entonces, sino que también los propios caballos, revestidos de bronce, provocaban un gran estruendo guerrero, proclamando a Ares con sus belicosos relinchos. Y Eco, la doncella de postrera voz[29], de sus gargantas montaraces con voz pétrea devolvió el relincho en respuesta al estruendo de los caballos, imitando su melodía de guerra.

Rodaron por tierra muchos cuerpos recién mutilados, escupiendo un tibio torrente de sangre. De los que cayeron, uno se tambaleaba de costado antes de morir, otro daba vueltas herido, con los ijares desgarrados, éste rodaba por el polvo acumulado sobre la llanura, aquél se apoyaba sobre su propio vientre. Había uno que tropezó sobre la cabeza de un hombre que aún yacía palpitante sobre el suelo, y otro que cayó gritando con su garganta herida, y con los giros de sus

[28] La comparación de la luz que supone el guerrero entre las filas enemigas, comparándolo con la primavera, se opone a la oscuridad característica de los indios.

[29] Epíteto de Eco, *hysteróphōnos*, «la de voz postrera».

pies ejecutaba el baile de la muerte[30]. Otro yacía boca abajo, y como si estuviera irritado contra el que le había dado muerte, abría su boca anchurosa y mordía la tierra con dientes enloquecidos. Otro fue herido por el acero de luengo filo y su blanca túnica enrojeció con la sangre que brotó a borbotones. Y otro guerrero, mientras combatía, fue alcanzado por un alado dardo disparado desde un tenso arco en el muslo, que se bañó en sangre.

Uno de los enemigos puso vanamente[31] sus labios en torno a su trompeta, e hizo sonar una melodía que llamaba a la batalla, a fin de arrastrar al combate a su propia gente, que ya se batía cobardemente en retirada. Pero los indios, como oyesen la llamada, acudieron en torrente a la lucha y emprendieron otra vez el combate cobrando nuevos ánimos, pues se avergonzaban de mostrarse ante su rey sin la victoria.

Muchos guerreros de hermosas corazas rodearon entonces a Éaco[32] formando una corona alrededor de él en un lugar apartado. Y Éaco estaba en medio caído, sin casco, sin leal escudo y sin coraza de combate. Pero he aquí que Atenea erigió un baluarte en torno a él, envolviéndole, en vez de acero, en las irrompibles nubes de su padre, con las que otrora apagara la sequía del suelo sin lluvia, llevando el agua dispensadora de vida a la sedienta tierra. Y tras llover Zeus sobre ella, los ubérrimos surcos de la tierra criadora de

---

[30] Sobre el baile de la muerte, véase nota a XVII 214.

[31] Texto corrupto, PEEK ha conjeturado «de nuevo» en vez de «vanamente», que es la lectura de los manuscritos.

[32] Éaco, rey de los Mirmidones, hijo de Zeus y Egina, era famoso por su piedad, y habiendo una larga sequía en Grecia, le persuadió a Zeus para que hiciera llover abundantemente (cf. APOLOD., *Bibl.* III 12, 6). Aparece por primera vez en el catálogo de los ejércitos (cf. XIII 201 y nota *ad loc.)*.

mieses se unieron en nupcias con el arado. Y aquel hombre inspirado por la divinidad, rodeado en medio del enemigo, daba muerte a unos con su rauda pica, a otros con su espada, y a otros aún arrojándoles pétreas rocas.

Y la llanura tiñose de rojo con el cruor de los indios asesinados, y yacían montones de cadáveres despedazados por la lanza de aquel hombre invencible. De ellos, uno yacía aún palpitante, medio muerto, otro que golpeaba la tierra con sus pies, rodando sobre sí mismo, vuelto boca arriba, se reunió con su inminente destino. Extendíanse sobre toda la llanura, muerto sobre muerto, amontonados unos sobre otros, y con la sangre purpúrea de las gargantas recién degolladas los fríos cuerpos enrojecían. Hubo una indecible mortandad, y según caían uno tras otro, la tierra oscura, anegada por el ímpetu de la sangre, se compadeció de sus hijos y habló con voz pedregosa[33]:

«Oh hijo de Zeus, sanguinario y fecundo en mieses a la par, pues tú reinas a la vez sobre la lluvia que engendra los frutos y sobre las sangrientas nevadas. Con la lluvia has bañado todas las fecundas eras de la Hélade, y al tiempo has inundado el surco índico de sangre. Tú que antaño fuiste portador del trigo y que ahora llevas la muerte. Tu diluvio ha descubierto el grano para los agricultores y tú mismo cosechaste el ejército de los indios, segando a los hombres como mies. Posees ambos tipos de lluvia, la de Zeus, y la sangrienta nevada de Ares.»

Tales fueron las palabras de Gea, portadora de la vida. Mas el Cronión clamó desde los cielos y la trompeta de guerra de Zeus convocó a Éaco a la matanza de indios con true-

[33] La Tierra es madre de los indios, cf. XVIII 221: Los indios son «terrígenas», nacidos de la tierra, como todos los grandes enemigos de Dioniso (Penteo, por ejemplo, cf. XLV 342) y de Zeus (Tifón, cf. II 637 ss.).

nos estruendosos. Pero uno de entre los enemigos, fijando su vista en Éaco, le disparó una flecha y le arañó ligeramente el muslo, tanto como para rozar el contorno de su piel, pues Atenea desvió el dardo. Y el impetuoso Éaco, como no sintiese ningún dolor, combatió aún más entre los indios, puesto que el dardo le había rozado el muslo tan levemente como la uña de un hombre que se rasca la piel.

Y hubo un cierto guerrero que se escapó a pie, corriendo inalcanzable con pasos veloces, y quiso internarse en el bosque cercano, en donde antes había permanecido oculto. Pero Erecteo[34] le perseguía a la carrera conduciendo su caballo de paso veloz como el viento. Y cuando le dio alcance, de tal modo que se podría lanzar directo el ataque de un guerrero de vanguardia que arrojase su pica voladora, entonces aquel hombre quedóse en pie, y dióse la vuelta para mostrarle el rostro, preparado para enfrentarse al jinete. Y tras doblar las rodillas, se apoyó con su pie izquierdo sobre la tierra, inclinándose de costado, y así levantó su talón llevándolo hasta la espalda, extendiendo la punta del pie derecho y apoyando firmemente sus dedos sobre la tierra.

Tenía un escudo indio hecho de la piel de siete bueyes distintos, grande como una torre[35], y ya había desenvainado su afilado acero. El valeroso indio se dispuso ya entonces, portando el escudo de broncíneo lomo frente a su rostro, bien a morir, bien a herir a su adversario, o bien a golpear a su corcel con su osada espada. Y el infante, como golpease la quijada del caballo con su curvo escudo, hizo agitarse al

---

[34] Erecteo es el tercer héroe que destaca en esta batalla, tras Eagro y Éaco. Es el rey de los Atenienses y aparece también en el catálogo (cf. XIII 171 ss., y nota *ad loc.)*, pero su *aristía* es señaladamente más breve que la de Eagro y Éaco.

[35] Paráfrasis de Homero, cuando habla del escudo de Ayante, hecho de siete pieles de buey (cf. Hom., *Il.* VII 219; XVII 128).

jinete que estaba sentado más arriba, y es más, hubiera arrojado al suelo al ciudadano de Atenea, la diosa sin madre, pero he aquí que Erecteo le alcanzó con su pica, justo en el contorno del ombligo, y con el agudo bronce sanguinario atravesó a su contrincante por la mitad y le lanzó hacia la llanura. Este se derrumbó desde los aires al polvoriento suelo de cabeza, dando volteretas en círculos, con un impulso danzante de su cabeza como un volatinero. Y el ciudadano de Atenas le abandonó aún palpitante, y dio la vuelta a su caballo que siguió su camino para atacar a los demás enemigos.

[*** Y Eagro aún estaba luchando], y tras tensar su arco, ajustó sobre la recta cuerda una flecha, tensándola justo hasta la punta más extrema del acero, a fin de disparar el dardo hacia su blanco. Puso toda su esperanza de victoria en Caliopea, su esposa de ilustre descendencia. Nueve flechas de luengas puntas disparó y a nueve hombres mató[36]. El mismo número para las flechas lanzadas y los guerreros muertos. Una de las errantes saetas partió en dos la frente de un soldado, otra desgarró el contorno de un velludo pecho y una tercera hirió a otro sobre los costados, mientras otra, como alcanzase a un soldado en el vientre, le atravesó por la mitad desgarrándole los ijares. Otra flecha perforó las costillas de un indio de lado a lado, y otra se clavó enhiesta en los pies de un soldado que huía con paso tormentoso, e inmovilizó su pie contra el suelo con un nudo que le ataba fuertemente. Disparó aún otro dardo veloz como el viento, y de su carcaj salió, uno tras otro en sucesión, una lluvia de dardos de aéreos giros.

[36] Eagro lanza nueve flechas, pero solamente se cita el destino de seis de ellas, quizás por una laguna del texto. De nuevo, hay aquí una imitación homérica (cf. Hom., *Il.* VIII 297 ss.).

Tal y como sucede cuando el herrero trabaja sobre el yunque de metal moldeando el bronce, y con el martillo infatigable se oye un fragor de ígneo estrépito, al golpear la masa incandescente de metal que allí mismo yace: muchas chispas saltan entonces del acero golpeado, como si cayeran en aguacero, calentando el aire, y con golpes alternantes una salta en primer lugar, otra se lanza tras ella, y otra se encuentra en su ardiente impulso con la segunda, que aún está chispeando. Pues así mismo dispersaba aquél a los que le combatían, disparando situado en frente del ejército de los indios con su arco que no cesa nunca, dando muerte a uno tras otro con dardos consecutivos.

Y la nube de flechas desviada al medio de las filas enemigas, había dejado desnudo un vacío con la forma de la cornuda Selene, cuando brilla levemente, en forma de cuernos crecientes a media luz. Y llenando sus dos extremos con un resplandor de nueva luz, describe con sus rayos declinantes el punto medio de su orbe, y separa dos suaves fulgores, mientras muestra aún en la mitad la esfera lunar desnuda de luz.

Mas tampoco cesó de combatir Éaco, el caudillo sin miedo del ejército de Dioniso. En medio del fragor de la batalla, se movía en éxtasis, matando a un lado y a otro. Y como persiguiera al ejército en retirada, lo condujo desde la llanura hasta las aguas del río. Entonces los soldados enemigos le rodearon agrupándose cuando estaba solo, y aunque le golpeaban con sus espadas, él no se cuidaba del acero ni de los dardos alados. Con golpes que caían uno tras otro segaba las férreas mieses del oscuro combate aquel caudillo impetuoso que luchaba solo contra todos. A unos sobre las riberas, y a otros bajo las aguas del río daba muerte con su mano guerrera.

Y así llenose su entero caudal de cadáveres, pues con la sangre de los muertos que borbollaba en las aguas, el blanco río Hidaspes se había tornado rojo. Y como tratase de huir un adelantado de la vanguardia con el ímpetu del viento, tropezóse cayendo de cabeza, a vueltas sobre sí mismo, en el río. Muchos cuerpos recién muertos por el férreo dardo eran arrastrados por la fuerza las olas, con los miembros hinchados. Y como el cruor se mezclase con las aguas, las Náyades se bañaban en la sangrienta corriente, y el agua oscura se tiñó de púrpura con las gotas de sangre.

Muchos soldados arrojaban ya sus picas a la corriente, para mostrarse desarmados y suplicantes: éste sobre la ribera, aquél tendido sobre las arenas, y un tercero hincándose de hinojos erguido sobre la tierra mientras sometía su cuello plegado. Mas Éaco rechazó las súplicas con un gesto hacia arriba de su ceño[37], y acrecentó aún más su cólera inexorable contra sus enemigos. Y aunque no mató a ningún guerrero desarmado que aún tratara de suplicarle, como si fuera un Licaón[38], aniquiló con las manos desnudas a innumerables enemigos, que caían rodando por tierra, manchando de sangre el río. De tal modo, el Hidaspes recibió muchos cuerpos muertos de la misma forma que Asteropeo[39].

Pero Éaco tampoco combatía sin la ayuda de una divinidad, puesto que, como padre de Peleo, que daba muerte a sus enemigos dentro del río, luchaba a la par un combate acuático, y una guerra entre las olas, como si profetizase la

---

[37] Curiosamente, éste es el gesto de la negación aún hoy en día en Grecia.

[38] En la *Ilíada* de Homero (XXI 64-135) Aquiles da muerte al troyano Licaón después que este le suplicara, desarmado, por su vida.

[39] Asteropeo muere a manos de Aquiles tras su combate en el río Escamandro en el canto vigésimo primero de la *Ilíada*, fuente de inspiración de Nono para esta batalla en el Hidaspes (cf. Hom., *Il.* XXI 139 ss.).

batalla sin acabar que habría de luchar Aquiles entre las aguas del río Escamandro[40]. Y así la lucha del abuelo predecía el combate del nieto.

Y una cierta ninfa de las aguas, una Náyade, que nadaba entre las corrientes del río sin sandalia ni velo, asomóse fuera de las aguas y gritó:

«Tú que compartes la estirpe de las Náyades, pues llevas la sangre que proviene de Zeus, ten piedad de esta agua sagradas del río que también proviene de Zeus. Bastantes indios ha matado ya tu lanza, cesa ya de causar lágrimas a las Ninfas Náyades, que no conocen las lágrimas. También tu propia madre fue una acuátil Náyade, pues he oído que tu madre Egina era hija de un río[41]. Acuérdate pues de quien te dio la vida y no ensucies más las aguas que le pertenecen. Habré de marchar a otro río que no esté corrompido, me iré al mar, y la oceánica Tetis me acogerá. Ea, que se cuiden de estas aguas sangrientas las Erinias y Dioniso.»

---

[40] Puesto que Aquiles es hijo de Peleo.

[41] Egina, que engendró a Éaco de Zeus, transformado en águila, es hija del río Asopo.

CANTO XXIII

SUMARIO

— La batalla del río Hidaspes (cont.). Gran mortandad de indios en el río, solamente se salva Tureo, vv. 1-116.

— Paso del río Hidaspes, vv. 117-320: Hera incita a Hidaspes para que luche contra Dioniso, vv. 117-121. Las tropas cruzan el río de diversas formas e Hidaspes intenta ahogarlas, vv. 122-224. Dioniso intenta consumir el río Hidaspes mediante un incendio, pero Océano le defiende y amenaza con inundar la tierra, vv. 225-320.

EN EL VIGESIMOTERCERO CANTARÉ CÓMO FUE VADEADO EL INDIO RÍO HIDASPES, Y EL TUMULTO DE AGUA Y FUEGO

Así dijo la acuátil Náyade, la ninfa empapada en sangre, y de nuevo se sumergió en las ensangrentadas aguas paternas. Pero él[1], como continuara hostigando con su espada a las tribus bárbaras junto a las riberas, les condujo hacia dentro de la corriente, y perseguidos por el acero, los enemigos perecían manchando de sangre el río Hidaspes. Muchos soldados hicieron girar sus pies y manos entre los remolinos de la corriente, a la manera de los nadadores, pues querían escapar de su funesto destino surcando con manos inexpertas las aguas del río. Pero, ay, se hundieron en su caudal y uno tras otro fueron sepultados en un hado acuático, hinchándose sus cuerpos llenos de agua.

Y no permaneció Éaco durante mucho más tiempo junto al banco de arena del río portador de escudos, pues estaba rodeado por tan gran multitud de mortíferos indios que Dioniso, matador de indios, como viese sus fatigas, acudió en su ayuda blandiendo sus afilados tirsos. Aquí otro gran ejército desarboló Éaco, partiéndolo en dos con su lanza gene-

[1] Éaco.

rosa, y en su cólera, como si fuese Ares en persona, caminó junto a su hermano Dioniso el de hermosa coraza.

Dioniso se entretuvo entonces junto con él en la batalla acuática, llevando la muerte fluvial a sus enemigos. Y si cualquier hombre cruzaba a nado las aguas, surcándolas sobre su escudo de variados tonos, atravesaba por la espalda al nadador, y si alguno de los indios luchaba levantando sus pies sobre el légamo, que le ocultaba hasta la mitad, le golpeaba en el pecho o en el cuello con su tirso, surcando las olas sumergido bajo el agua, pues era experto en recorrer el regazo de las cavernosas profundidades del mar desde que, como tuviese que huir del terrible combate con Licurgo, lo acogiera el anciano Nereo en su undosa morada[2].

Y aquí y allá muchos guerreros fueron circundados por la corriente, temerosos ante el impetuoso hijo de Zeus. Uno de ellos se puso en pie, firme sobre el legamoso barro, atrapándose a sí mismo allí, pues no podía moverse. Se le podía ver a medias, desde la cintura hasta la punta de la cabeza, pues tenía oculta la articulación del muslo. Así se enfrentó a Bromio entre las aguas, mejor que en tierra firme, empuñando en las dos manos sendas lanzas[3]. Una la arrojó hacia la ribera enviándola hacia arriba, pues tenía a Éaco, que estaba en frente de él, como blanco. Blandió la otra lanza y la lanzó contra Lieo, el que no puede ser herido. Otro indio se alzó, cubierto hasta la cintura, y como no pudiese hallar vía de escape, fue atravesado por el afilado tirso, mientras trataba de llevar sus pasos trabados por legamosos grilletes, pues

[2] Dioniso se refugia en el palacio de Nereo en XX 356, tras ser perseguido por Licurgo.

[3] Nueva imitación de Homero, de la batalla de Aquiles en el Escamandro (que recuerda en XXII 387-388), cuando el ambidextro Asteropeo blande dos lanzas a la par contra el Pelida Aquiles (cf. HOM., *Il.* XXI 163). Aquí Dioniso está en el lugar de Aquiles, como héroe de la batalla.

tenía el talón sujeto por las arenas. Y otro aún se puso en pie, aunque estaba herido en la pierna, y como estuviese bañado hasta el borde de la rodilla, trabó un combate acuático a través de las ensangrentadas aguas.

Otro soldado índico estaba enraizado en el fango, hundido hasta el cuello, y levantaba su pie a fin de sacar uno de los hombros del agua y escapar de las pavorosas olas que azotaban su rostro. Otro tenía todo el cuerpo, desde los pies hasta la mitad del pecho, sumergido bajo las aguas, y un compañero suyo estaba inundado hasta los hombros. Un tercero teñía de rojo sus largos bucles en el agua, mientras aguardaba el amenazante azote de las aguas. Otro indio se sumergió en las profundidades de la corriente homicida, con sus húmedos labios temblando y apretando fuertemente los dientes.

Y uno de los caudillos indios, como viese a sus propios compañeros que eran muertos unos por la luenga pica, otros por la afilada espada, estos asaeteados por pétreos dardos y aquellos atravesados por el filoso tirso de trenzadas hojas, señaló a Tureo la caterva de muertos, y, afligido, se arrancó mechones de cabello, y con un envidioso furor montó en cólera, apretando fuertemente sus labios sellados con un nudo de dientes afilados. Y al punto, imitando al índico Orontes, que se dio muerte a sí mismo[4], pues llevaba también sangre bárbara, y había sido criado en las bárbaras costumbres, desnudó su acero y tras dejar caer su coraza, irrompible baluarte de Ares y protectora de las flechas, posó sin miedo la espada en su propio vientre, diciendo estas últimas palabras jactanciosas, ya consciente de su inminente hado:

---

[4] Orontes se suicida en XVII 269 ss., y al punto se transforma en el río homónimo (véase nota *ad loc.).*

«Recibe, oh vientre mío, esta querida espada. Me avergüenza que una mano enemiga e inexperta en las artes de la guerra me vaya a dar muerte, y así, yo mismo me clavaré en los ijares mi acero, que también lo quiere así, para que no vaya a reprocharme mi padre haber sido destruido por un tirso femenil, y a fin de que no pueda llamar a un Sátiro o a Baco mi matador.»

Así dijo, clavándose en el vientre oscuro la espada con decididas manos, como si estuviera dando muerte a otra persona, y así murió, a sus propias manos, en medio de sus enemigos, como le pasó a Meneceo[5], pues se avergonzaba de mirar a Deríades de nuevo tras la batalla. Y sin lágrimas en los ojos murió una muerte anhelada, y mostróse como otro broncíneo Ayante[6], pero sin un ápice de locura.

Era entonces indecible la mortandad, y en su desdeñosa corriente cubría el río Hidaspes a los caídos, convirtiéndose en su tumba. Y uno de los que estaba sumergido en el río le interpeló con voz postrera:

«¿Tú también, padre mío? ¿Por qué cubres a tus propios hijos con tus aguas? Muchas veces emprendí la guerra contra los bactrios, pero nunca el Araxes[7] meda sumergió al

[5] Meneceo, hijo de Creonte, se suicidó, pero por una razón distinta. Tiresias le había profetizado que solamente su muerte sacrificado a Ares traería la victoria a los Tebanos en su lucha contra los Argivos (cf. Euríp., *Fen.* 911-1018; Apolod., *Bibl.* III 6, 7).

[6] Ayante, hijo de Telamón, se suicidó al percatarse de que había dado muerte a ovejas en vez de a soldados, como cuenta Sófocles en su *Ayante* (cf. vv. 815-865). Había enloquecido por rabia al obtener Ulises las armas de Aquiles, que él deseaba.

[7] El río de este nombre está situado en la actual Armenia, que desemboca en el Mar Caspio, pero parece que Nono alude más bien al actual Syr Daria (cf. N. Hopkinson, F. Vian, *Nonnos de Panopolis. Les Dionysiaques* VIII: XX-XXIV, París, Belles lettres, 1994, pág. 249, nn. 80-93), en la Bactriana, que Nono consideraba persa. Nuestro autor tiene unos

ejército de los medos entre sus aguas, y tampoco el pérsico Eufrates enterró a los persas que viven a sus riberas. Muchas veces hemos trabado combate a los pies del monte Tauro, pero en la batalla nunca el cilicio Cidno sepultó en su regazo a los cilicios, ni el Tanais[8] llevó nunca sus heladas aguas de piedra para armarse contra los saurómatas que habitan junto a sus riberas, sino que, por el contrario, lanzando un pedregoso ataque contra sus enemigos de la Cólquide, muchas veces les derrotó con sus helados dardos. También el Erídano[9] es más dichoso que tú, porque en su corriente ha sepultado a Faetonte, y no entierra a sus propios ciudadanos. En verdad aquel no cubre a ningún gálata, y no ha sido la tumba de ningún celta, sino que arrastra sus ambarinos dones[10], portadores de la luz de los Helíades, para sus queridos pobladores.

Y si el ibérico Rin[11], ataca a sus retoños, no es sino para juzgarles y discernir los nacimientos ilegítimos en su proge-

---

conocimientos geográficos muy confusos sobre el oriente indio (cf. P. Chuvin, *Mythologie et géographie dionysiaque. Recherches sur l'oeuvre de Nonnos de Panopolis,* Clermont-Ferrand, Adosa, 1991).

[8] El Tanais es el moderno Don, donde, efectivamente, habitaban los Saurómatas según Heródoto (IV 110 ss.).

[9] En el río Erídano cayó Faetonte tras ser fulminado por el rayo de Zeus (XXXVIII 410 ss.), cuando intentaba dominar el desbocado carro de su padre el sol. Este río mítico se identifica con el moderno Po ya desde Estrabón (cf. *Geog.* V 1 9).

[10] El origen de estos «ambarinos dones» se debe a que las Helíades lloraron junto a la corriente del río Erídano la muerte de su hermano Faetonte, y de tanto llorar se convirtieron en álamos o sauces. De sus lágrimas se cuenta que se formó el ámbar (cf. Ovidio, *Metam.* III 240 ss.; Euríp., *Hip.* 735-741).

[11] Se refiere a las tribus célticas y su costumbre de dirimir la legitimidad en los nacimientos, en una suerte de ordalía o juicio de dios mediante el cual se distinguía a los varones legítimos de los bastardos bañándolos en el Rin para ver si sobrevivían, lo que también se narra en XLVI 54

nie, dando muerte a los vástagos ajenos a él. Mas tú sepultas a los hijos legítimos de tus moradores, que mueren, y no ocultas sangre bastarda. ¿Cómo puedes ir a mezclarte con los otros ríos, con tu propio padre el Océano y con Tetis, tu madre, cuando arrastras olas llenas de sangrientas libaciones de muerte? Ten respeto, no mancilles a Poseidón con cadáveres[12]. Tu corriente es peor que Bromio, porque Dioniso me azota con su tirso tan fuerte como tú con tus remolinos.»

Y diciendo así, fue recibido por las aguas postreras aquel indio de triste hado. Así el río estaba colmado de hermosas armas, y todo el ejército flotaba con sus miembros tumefactos. Los cascos emergían medio ocultos, con el penacho flotante, hundiéndose hacia las profundidades tras haber perecido sus portadores. Los escudos de piel de buey navegaban a su vez arrastrados entre los remolinos y las olas, con sus largas bandoleras flotando en filas aquí y allí, como si fueran amarras de un buque. Las corazas, por su parte, arrastraban hacia las profundidades a sus portadores entre húmedos ropajes a causa del peso del metal.

Y Dioniso no hubiera retirado a sus huestes de la batalla si no hubiese aniquilado a todos con su propio tirso, que atraviesa la piel, dejando con vida a uno solo de todos los

(para el origen de esta leyenda, cf. Juliano, *Ep.* 191.10). Los celtas son citados en numerosas ocasiones en las *Dionisíacas* (XXIII 299, XXVII 201; XXXVIII 93 y 98 y XXXIX 4), a veces confundiéndolos o identificándolos, como el todo por una parte, con los Gálatas o con los Iberos, que aparecen también en XLIII 291 y 410, y cuyo río es de gran riqueza. Nono desconocía el «lejano occidente», pero no parece que haya localizado el Rin en España, sino que, más bien, ha extendido la leyenda celta al río Ebro, que en otros lugares también se denomina «Rin ibero».

[12] El contacto con los muertos era nefando para los griegos, y en especial en todo lo relacionado con la religión. Era una mancha *(míasma)* para los sacerdotes o dioses, siendo necesaria una purificación *(kátharsis).*

indios para que pudiera ser heraldo de aquella gran mortandad. Solamente, pues, quedó Tureo como testigo de aquella victoria[13] divina. Mas como Hera se percatase de tamaña derrota y matanza de indios, acudió volando desde los cielos y a través de los caminos de elevadas vías surcó imparable el aire con paso veloz como el viento. Descendió en el Oriente y levantó en armas al indio Hidaspes para que promoviera una guerra sangrienta contra Dioniso[14].

Pero cuando el Ares oriental de bárbaros acentos hubo ya doblado la rodilla, entonces la cohorte de los Bacos, armando navales artefactos de formas diversas[15], comenzó a vadear las aguas del río, no batidas por el oleaje. Y el dios les acaudillaba, conduciendo a través de las olas un insólito barco, hecho con carros terrestres, de tal forma, que sus panteras atravesaban las aguas sin mojarse, arañando con sus zarpas al río Hidaspes. Las tropas se embarcaron en su navegación a través de aquel río sin oleaje. Unos soldados remaban en una balsa india hecha de cañas bien atadas, tras entrelazar unos travesaños trenzados entre si mediante artificiosos nudos, y otros recorrían el acuático trayecto timoneando un esquife, pues se habían apoderado de una embarcación de los pescadores nativos, tejedores de redes.

---

[13] El motivo del «único superviviente» pertenece al ámbito del folklore y los cuentos populares. Aquí, Tureo queda con vida para servir de testigo de la victoria de Dioniso.

[14] El pasaje de la guerra del río Hidaspes contra Dioniso se inspira, una vez más, en Homero, que describe en *Il.* XXI la lucha del río Escamandro contra Aquiles.

[15] Para esta escena, el paso del río Hidaspes con diversas embarcaciones, Nono ha tenido en cuenta las narraciones de las campañas de Alejandro Magno, que, al cruzar el Hidaspes (cf. Arriano en *Anáb.* V 8 4 ss.), también usó odres y tiendas de campaña (cf. *Ibid.* V 9, 3), escudos (*Ibid.* I 19, 4), barcas (cf. Plutarco, *Alej.* 602), etc.

Otros navegaban de extraña manera, habiendo armado una balsa con maderas como cuadernas desde su base. Iban sin gobernalle, ni velamen, ni tampoco remos[16], y sin invocar siquiera la ayuda de Bóreas[17], el que impulsa las veloces naves —Solamente impulsándose con su enhiesta lanza submarina que se sumergía hacia las profundas cavernas, navegaba aquel marino de veloz pica, como capitán de ese ejército que cruzaba las aguas— [***][18], y surcando las olas sin tan siquiera mojarse sobre su escudo naval, llevando la bandolera como amarra, proseguía la navegación de su convulso escudo, describiendo un rumbo extraño con aquella falsa nave.

Y las tropas de caballería también enfilaron el río. La navegación de los caballos se hizo con sus propias pezuñas sobre los escollos, pues llevaban encima a sus jinetes. Y en su acuático rumbo el corcel nadador de hermosas pezuñas elevaba en lo alto de su grupa al caballero, sacando su cuello por encima de las aguas, sin que se mojase.

Por su parte, las tropas de belicosa infantería, como careciesen de barcas, llenaron unos odres inflados de aire falso, y vadearon el indio Hidaspes sobre aquellas pieles hinchadas, odres que navegaban llenos de aire en su interior.

Y con sus pasos caprinos cruzaba las aguas a pie Pan Parrasio[19], surcando la superficie del calmado río. Lico con-

---

[16] Aquí el orden de los versos ha sido cambiado siguiendo la opinión de Lind (cf. W. H. D. Rouse, *Nonnos' Dionysiaca.* II Londres, Loeb Classical Library, Harvard-Heinemann, 1940, pág. 210).

[17] Bóreas es el viento del Norte.

[18] Hay una laguna en el texto, tras el verso 138, según Hopkinson, en la citada edición de *Belles Lettres,* pág. 137.

[19] De Parrasia, al oeste de Arcadia. Es un nombre poético para Arcadia. Por otra parte, Pan cruza las aguas caminando, en un prodigio dionisíaco muy cercano al de Cristo. Nono, en su *Paráfrasis al Evangelio de*

ducía la carrera de sus caballos marinos, llevando el carro mular de su padre sin mojarlo siquiera. Marchaba Celmis a su vez junto con su hermano Damnameneo[20], cabalgando a través del río que no batía el oleaje. Otro caudillo tras encaramarse al lomo de un toro, lo conducía con su cayado andando entre las corrientes rápidas como la tormenta, y surcaba las aguas mansas con las pezuñas bovinas. Por su parte, los viejos Silenos navegaban por las aguas del río Hidaspes remando con pies y manos.

Mas el anciano Hidaspes le gritó a su undoso hermano[21], derramando esta petición de ayuda de los manantiales de su voz, y vertiendo amenazas con su garganta de variadas fuentes:

«Hermano mío, eres un cobarde. ¿Hasta cuando arrastrarás pacíficamente tus aguas? Pon en guardia tus olas para derrotar a Dioniso, de forma que sepultemos entre nuestras aguas a toda su infantería en orden de marcha. Es para ti y para mí un oprobio que los soldados de Bromio partan en dos mis aguas con sus secas sandalias.

¡Oh Eolo[22], cumple tú también esta gracia que te pido! Arma tus huracanados vientos como adalides contra mis enemigos, a fin de que combatan a los Sátiros, pues su armada que camina entre mis aguas, y sus carros terrestres, han convertido al Hidaspes en un río franqueable, y sus au-

---

San Juan, narró con palabras similares este milagro cristiano (cf. *Par.* VI 75, utilizando el mismo verbo, *diasteíchō).*

[20] Lico, Celmis y Damnameneo son los Telquines (véase nota a XIV 39).

[21] Imitación de Homero, el río Escamandro, furioso, pide ayuda a su hermano, el Simoeis (cf. Hom., *Il.* XXI 308), pero lo hace en términos más amistosos que el Hidaspes.

[22] Eolo es el señor de los vientos, cuyo dominio le fue concedido por Zeus. Vivía en una isla flotante desde la que controlaba los vientos, y acogió a Ulises en su odisea marina (cf. Hom., *Od.* X 1 ss.).

rigas siguen así una senda acuátil entre mis corrientes. Arma tus vientos, digo, contra Lieo, que me cruza como si fuera un barquero. Que la escuadra de los Sátiros sea arrastrada por la corriente, y que mi caudal reciba los carros de los aurigas, sumergidos entre remolinos, sepultando a sus conductores entre olas furiosas. Yo no he de permitir que esta insólita navegación por mis aguas quede impune. [***][23].

[Es para ti y para mi un oprobio que los soldados de Bromio hayan encontrado un sendero para aurigas e infantes sin tener que mojarse.]

Destruiré a los leones de Dioniso, que recorren las aguas. Dime ¿por qué mi caudal es franqueado de esta manera? ¿Por qué las Náyades escuchan relinchos desde las húmedas profundidades, entre mis aguas? ¿Por qué las pezuñas de los caballos aplastan la espina de mis peces? Me avergüenza ir a mezclarme con los otros ríos, porque unas mujeres me cruzan con sus sandalias no batidas por el oleaje. Ni siquiera los indios osaron nunca internarse en mi corriente con sus descomunales carros, nunca Deríades fustigó las aguas de su padre[24] montado en su enorme biga, o sentado en la cerviz de uno de sus elefantes de elevados penachos.»

Y diciendo así, armó sus aguas[25] y saltó contra Baco arrojándole sus olas. Sus acuáticas trompetas de guerra con una gran tormenta dieron la señal de batalla a las belicosas aguas, y el río entero borboteó arrastrando sus aguas crecidas para hacer frente a los Sátiros. Y en el muy retumbante tumulto de la batalla, una Basáride de suave túnica arrojó

---

[23] Laguna tras el verso 180, según Koechly, para quien los dos versos que siguen, 180-181, entre corchetes, están descolocados.

[24] Puede ser otra alusión a la soberbia de Jerjes, que mandó azotar el océano en Heródoto, VII 55 (cf. XX 395).

[25] Eco homérico (cf. Hom., *Il.* XXI 306).

los cimbales de sus manos, e hizo girar sus pies. Se desembarazó de los rubicundos lazos de sus sandalias de variados nudos que oprimían sus pies mientras remaban. La corriente, veloz como el viento, se levantó hasta cubrir la cabeza de una Bacante que nadaba, empapando sus rizados bucles. Otra Bacante derribada quitóse su mojada túnica, arrojando la piel de ciervo que le cubría a las aguas crecidas, cuya negra mole, aquel río en armas, cubrió por completo su cuerpo y sus pechos rosados.

Un Sátiro que remaba con las manos entre el crecido caudal, giraba su recta cola a través de las aguas que la empapaban. Con sus ancianos pies y sus pasos tambaleantes por la ebriedad, Marón era arrastrado sin cesar por el acuático ímpetu, de suerte que tuvo que abandonar su odre lleno de dulce vino entre las olas. La siringe de Pan navegaba por sí sola sobre la superficie de las aguas, agitada fuertemente por las olas junto con el oboe de doble tubo, que giraba sobre sí mismo a través de la corriente. Y también flotaba la cabellera del hirsuto Sileno sobre su cuello con ímpetu combativo.

Y el río rugió arrastrando en sus corrientes el cieno y anegando la llanura con sus rubicundas aguas errantes, en un desafío a Dioniso para un combate acuático. El belicoso torrente, como fuera impedido por un viento contrario, se alzó alto como las nubes, empapando los aires y precipitándose sobre Dioniso con sus olas borbollantes. Nunca bramaron de igual manera las aguas del Simunte[26], enloquecidas por Ares, nunca marchó tan belicoso el caudal del Camandro, para inundar con su undosa corriente a Aquiles[27], como

---

[26] El río Simunte aparece en Homero, *Il.* XXI 308. Se trata de un río de la Tróade, actualmente el Gumbré.

[27] En Homero, *Il.* XXI 324-327. El Camandro es otro nombre del ya citado río Escamandro.

entonces hostigó el río Hidaspes a las huestes de Baco. Y Dioniso interpeló al río con estas furibundas palabras[28]:

«¿Por qué persigues al hijo de Zeus, tú que también provienes de su estirpe? Si yo lo quisiera, el lluvioso Zeus, mi padre, desecaría tu caudal. ¿Habiendo sido engendrado por las nubes de mi padre Crónida te atreves a perseguir a la descendencia de Zeus, aquél que amontona las nubes? Guárdate del dardo de mi padre, del fecundo rayo, no sea que arme contra ti su relámpago, que alumbró a Bromio. Ten respeto, no sea que haya de llamarte a ti también 'el de pesadas rodillas' como al río Asopo[29]. Amansa tus aguas mientras aún contengo mi ira. [Sosiega tus aguas mientras aún contengo mi ira.][30]. Tú te armas acuático contra el fuego, pero no podrías soportar ni tan siquiera una chispa del flameante rayo.

Y si acaso te has engreído por causa de Astris[31], tu esposa, que participa de la sangre de la etérea estirpe de Hiperión[32], que sepas que mi padre abrasó con su fuego al osado hijo de Helio, el flameante auriga, cuando cabalgaba por los

---

[28] El discurso de Dioniso se inspira en el de Aquiles ante el cadáver de Asteropeo (cf. Hom., *Il.* XXI 184 ss.), del mismo modo que el héroe homérico, Dioniso se jacta de su genealogía, y advierte a Hidaspes mediante una serie de ejemplos míticos.

[29] El río Asopo era el padre de Egina. Cuando Zeus raptó a ésta, su padre intentó rescatarla y fue fulminado por el rayo (véase XIII 220; y Calím., *Himno a Delos* 4).

[30] El verso entre corchetes parece un error del copista, que ante la semejanza con el anterior, lo ha repetido casi entero. Probablemente el segundo hemistiquio fuera diferente.

[31] Astris, esposa de Hidaspes, es hija de Helio, el sol, y es el vínculo de Deríades con este dios, pues es su madre (véase XVI 282 y nota).

[32] Hiperión es uno de los Titanes primordiales, cuyos hijos son el Sol (Helio), la Luna (Selene) y la Aurora (Eos), cf. Hes., *Teog.* 134, 371, ss. Ya desde Homero es un sobrenombre poético de Helio, como en este caso (cf. Hom., *Il.* VIII 480; XIX 398; *Od.* I 24, etc.).

cielos[33]. E Hiperión, el guardián del fuego, lloró sobre el cadáver de su hijo. Y eso que éste no osó combatir contra mi progenitor por causa de Faetonte, ni alzó el fuego contra el fuego, aunque él mismo era el señor del fuego.

Y si por causa de tu Océano te enorgulleces, sábete bien que tu hermano Erídano fue golpeado por el dardo de Zeus, y quemado por el fuego, y asimismo grandes desdichas padeció tu acuático abuelo, aquel que está rodeado por los límites del mundo y que derrama sus aguas que abarcan la Tierra con tamañas corrientes. Pues bien, aunque viera a su hijo abrasado, no por ello combatió contra el Olimpo, ni disputó con sus aguas contra el rayo de ígneo filo. Ea pues, guárdate tus aguas, no vayamos a verte, oh Hidaspes, chamuscado como el abrasado Erídano.»

Y ante tales palabras, el Hidaspes, río de profundo bramido, se encolerizó aún más, derramando sus aguas crecidas con olas aún más violentas. Y hubiera llegado a sepultar a todas las cohortes de los Bacos sin bacanales, si no los hubiera salvado el propio Baco, pues tomando de un cercano bosque una férula portadora del fuego[34], la puso ante los ojos de la Aurora para que Helio la calentase. Y así nació el fuego, de la madera, al inflamarse las ramas con una chispa autoengendrada. Y el dios arrojó las llamas al río.

Las riberas hirvieron con las aguas del río, como fuese agostado éste por las brasas amenazadoras. Un abundante humo errabundo subió en espirales hacia el cielo, proveniente del loto abrasado y de la juncia quemada. Y el fuego redujo a cenizas los juncos. El soplo espiral de humo lleno

---

[33] NONO narra el episodio de Faetonte en XXXVIII 410 ss.

[34] La férula, según el mito de Prometeo, introdujo el fuego entre los mortales (cf. HES., *Teog.* 567), por lo que está cargada de simbolismo, no sólo filosófico (cf. PLAT., *Prot.* 321c; *Pol.* 274 c), sino también religioso. Las Bacantes usan la férula como tirso.

de hollín embriagó con su impulso de variados giros a las etéreas bóvedas y todo el bosque se ennegreció con las perfumadas brisas de las cañas azotadas por el fuego.

Las llamas se arrastraron hasta las profundidades, y los peces calcinados se ocultaron bajo el fango. El légamo empapado burbujeaba con las llamas fogosas que flotaban y atravesaban el río por debajo, inflamando las aguas. Y desde las profundas cavidades del río, el humo ardiente se lanzaba parejo con su acuátil vapor, y las falanges de Ninfas de las aguas, de Hidríades sin diademas, desnudas y con paso veloz, fueron privadas de su undoso palacio.

Una cierta Náyade se sumergió sin su velo en el desconocido Ganges, tras abandonar las aguas paternas, que estaban en llamas. Otra Náyade pasó a habitar el indio Acesines[35], bramante río, con sus miembros ya resecos, y a una tercera la recibió el Coaspes[36], río cercano a Persia, cuando la doncella vagaba por los montes, descalza, sin velo y errante.

Más he aquí que Océano rugió amenazas contra Dioniso, derramando un acuoso bramido con su garganta de variadas fuentes, e inundó con un manantial de palabras los confines del mundo, arrojando sus caudalosas aguas desde su eterna garganta[37]:

---

[35] El Acesines, actualmente llamado Chenab, es uno de los afluentes del Indo (cf. ESTRAB., *Geog.* XV 1 45).

[36] El Coaspes se llama hoy en día Khersan, en Irán, y es un afluente del Tigris. Heródoto habla de este río, que pasaba por la ciudad de Susa y cuyas aguas consideraban los persas tan puras, que solamente el rey podía beber de ellas (cf. HERÓD., I 188).

[37] El Océano, divinidad primigenia, fuerza de la naturaleza que no está subordinada a Zeus, amenaza con un cataclismo universal al ver que se ataca a uno de sus hijos, el río Hidaspes. Destaca el uso metafórico de los verbos relacionados con el agua («fluir», «derramar», etc.) para describir las palabras de Océano (cf. D. GIGLI, *op. cit.*, págs. 104 ss.).

«¡Oh, Tetis autogénita, esposa de tu coetáneo Océano, antigua como el mundo, tú que nutres todas las cosas con tus aguas mezcladas, arcaica madre nutricia! ¿Qué es lo que podemos hacer? Abrasador se arma contra mí y contra tus hijos el lluvioso Zeus, pues tal y como tuvo Asopo a su matador Crónida, transformado en ave híbrida, también el Hidaspes ha hallado al hijo, a Baco.

Pero he de oponer mis aguas a los relámpagos de Zeus. Extinguiré el ardiente sol con mi corriente sofocante. Ocultaré los astros del cielo. Habrá de contemplar el Cronión de qué manera inundo a Selene con mis aguas borbollantes. Empaparé con mi torrente toda la región de la Osa Mayor, los elevados extremos de su eje, y el seco curso del Carro. Y haré que el Delfín celeste, que antaño nadaba entre mis marinas profundidades, vuelva a sumergirse de nuevo cubriéndole con mi piélago. Arrastraré al ígneo Erídano que vaga por los cielos, y le haré bajar del firmamento para llevarlo de vuelta como emigrante a la tierra de los celtas, pues le convertiré en agua, privando a la bóveda celeste de ese río fogoso. A Piscis, mis constelados Peces que nadan por los cielos, le traeré otra vez al mar, para que surque mis aguas después de haber navegado el Olimpo.

¡Despierta, Tetis! Ocultemos los astros del firmamento entre nuestras aguas, para que pueda yo ver a Tauro, que otrora nadaba también en un mar sin oleaje, llevado por olas más violentas como un marino errabundo en pos del lecho de Europa[38]. Que la propia Selene, la de taurina apariencia y conductora de bueyes, se turbe al ver mi cornuda forma de faz de toro[39]. Marcharé por elevados caminos hacia el cielo,

---

[38] Se refiere a la constelación de Tauro, pero habla de Zeus, cuando se transformó en Toro para raptar a Europa.

[39] Pues Océano ascenderá a los cielos para cubrir las estrellas, y su faz, como la de sus hijos los ríos, es cornuda.

de forma que pueda ver a Cefeo bañado y al Boyero con húmedos ropajes, como antaño hizo el dios que sacude la tierra, cuando lanzó su bravo grito de guerra el acuático Ares, promoviendo una disputa estrellada sobre Corinto. Ocultaré a Capricornio, nodriza de Zeus, y otorgaré graciosamente a Acuario todo el agua que quiera, como le es propio[40]. ¡Oh, Tetis, y tú, piélago, vestid vuestras armas! Pues Zeus con apariencia taurina ha dado luz a un hijo bastardo, a fin de que nos destruya a todos juntos, a los ríos y a los inocentes mortales. Y a ambos ha golpeado el tirso, a los indios ha dado muerte, y al Hidaspes ha dado fuego.»

Y así dijo, borbollando sus palabras en un torrente de profundo oleaje.

[40] Océano cataloga los astros y constelaciones que va a sumergir en sus aguas: La Osa Mayor o el Carro, el Delfín (que Poseidón hizo astro, agradecido por haber encontrado a Anfitrite), Erídano (la Vía Láctea), Piscis («los Peces» que fueron elevados al cielo por su ayuda a la diosa Derceto), Tauro («el Toro», en realidad hablando del toro que raptó a Europa), Cefeo, el Boyero, Capricornio (en griego «La Cabra», por Amaltea, nodriza de Zeus), y Acuario (en griego «El Aguador»).

CANTO XXIV

SUMARIO

— Paso del río Hidaspes (cont.), vv. 1-122: Zeus calma a Océano e Hidaspes se rinde a Dioniso, vv. 1-67. Deríades se prepara de nuevo para el combate, mientras los dioses Olímpicos acuden en auxilio del ejército de Dioniso vv. 68-122.
— El ejército de Dioniso descansa de la guerra, vv. 123-142.
— Tureo informa a Deríades de la derrota en la batalla del río Hidaspes y le convence para que no presente combate aún, vv. 143-178.
— Banquete de Dioniso y sus tropas, vv. 179-348: Banquete de los ejércitos de Dioniso, vv. 179-229. Leuco canta la Titanomaquia, vv. 230-236. Leuco canta las labores de Afrodita en el telar, vv. 237-329. Los ejércitos de Dioniso duermen tras el banquete, vv. 330-348.

EL CANTO VIGESIMOCUARTO CONTIENE EL INAGOTABLE LLANTO DE LOS INDIOS, Y LA RUECA Y EL HUSO DE AFRODITA, LABORIOSA EN SU TELAR

Mas Zeus padre alejó la amenaza de su rencoroso hijo, al amontonar las nubes y azotarlas en un sordo fragor. Y de este modo, como contuviera el ardoroso ataque de Dioniso, pudo apaciguar la cólera del inabarcable Océano. También Hera hizo retumbar su voz infinita a través del aire[1] para deponer la cólera de Dioniso, el de poderosas llamas. Entonces habló el anciano Hidaspes, tendiendo su mano húmeda ante el compasivo Baco, y de su garganta borbotearon estas palabras de súplica:

«Perdona la vida, oh Dioniso, de este río que desciende de Zeus, y concédele la gracia a sus aguas que engendran las cosechas. Pues gracias a mis aguas florece tu vendimia de hermosas vides. He obrado con temeridad, Dioniso, oh criador del fuego, pues el resplandor de tus antorchas proclama tu origen divino. Pero ciertamente el amor por mis hijos me obligó, pues como hubiese entregado mi confianza a mi hijo Deríades, agité mi amenazante oleaje, haciendo

[1] También Hera truena en los cielos (véase nota a XX 346). Destaca también el juego de palabras entre Hera y aire, que se basa en la falsa etimología que aparece en PLATÓN, *Crát.* 404c, según la cual el nombre de la diosa *(Hḗra)* es una metátesis del nombre del aire *(aḗr)*.

rodar mis olas como ayuda para los indios que estaban pereciendo.

Me avergüenza mostrarme ante mi padre, porque arrastro hacia el mar unas aguas mancilladas con sangre burbujeante, [***][2] y voy a profanar a Poseidón con mis sangrientas libaciones[3]. Esto fue, esto tan sólo, lo que me hizo enfrentarme a Dioniso. Ten piedad ahora de Hidaspes, que hierve por causa de tu ardiente fuego. Te lo ruego por tu padre, que ampara a los huéspedes y a los suplicantes[4]. Incluso las Náyades huyen de mis aguas[5], y mientras una habita ahora en una acuátil morada junto a las fuentes, la otra vive en los bosques como compañera de las ninfas de los árboles, habiendo cambiado el mar por la vegetación. Ésta ha pasado a morar en el río Indo como emigrante, y aquélla, habiendo huido con pies polvorientos, se ha sumergido entre las yermas rocas del Cáucaso[6]. Otra que se ha trasladado al Coaspes[7], habita ahora entre aguas extrañas y no goza del caudal paterno.

No destruyas a los vástagos de mis propias aguas, mis cañas, pues con ellas, cuando han medrado, se sostiene la cepa de vid llena de racimos[8]. En efecto, tu cosecha de her-

---

[2] Posible laguna en el texto, tras el verso 19.

[3] Véase nota a XXIII 101.

[4] Dos de las advocaciones principales de Zeus, padre de Dioniso, son *Zeùs Xeínios*, «el hospitalario», y *Zeùs Hiketésios* «el que protege a los suplicantes».

[5] Nono vuelve al exilio de las Náyades, tratado en XXIII 272 ss.

[6] De nuevo, debe tratarse de la cordillera del Hindukush (véase nota a XXI 201).

[7] Véase nota a XXIII 277.

[8] Los agricultores griegos sostenían de este modo las vides (cf. Juliano, *Disc.* III 125b). Nono narra en el canto XI la historia de Cálamo (la caña, *kálamos* en griego) para explicar de donde viene esta costumbre (cf. XI 379-482).

moso riego se levanta sobre cañas entrelazadas. No prendas fuego a mis juncos, con los que se fabrican los oboes migdonios, no vaya a reprochártelo la melómana Atenea, quien antaño inventó la melodía libia del doble oboe en imitación del terrible canto de las cabezas de las Gorgonas[9]. Respeta su melodía que, acorde con la siringe de Pan, dirige la música que preside tus propios misterios. Deja de destruir la corriente de este río con tu férula, pues la corriente de este río es precisamente la que hace medrar tus férulas. No son extrañas a tu nombre estas aguas que has vadeado, pues yo mismo hice resplandecer con mis aguas a un Dioniso con otra apariencia, que llevaba el nombre del más joven Bromio, cuando Cronión confió a Zagreo[10] a mis Ninfas para que fuesen sus nodrizas y lo criasen. Y tú también tienes enteramente la figura de Zagreo. Ea, concédele a aquél de quien procedes esta gracia, que se ha de cumplir mucho más tarde, pues tú surgiste del corazón primigenio de aquel Dio-

---

[9] Pasaje inspirado en PÍNDARO, *Pit.* XII 6.

[10] El mito de Dioniso Zagreo, de origen órfico, lo trata NONO en VI 103-228. Los Titanes engañaron al niño Dioniso con juguetes y aprovecharon la situación para asesinarle y comerse su cuerpo despedazado en siete miembros que pusieron en un asador (cf. PROCLO, *Com. Timeo* II 145 ss.), dejando sólo el corazón. Atenea entregó el corazón a Zeus *(Frag. Órf.* 35), para dar lugar al segundo Dioniso (hay dos versiones, la más común dice que se lo tragó y le dio a luz de su muslo, y la segunda, según HIGINIO, *Fáb.* 197, que preparó una pócima y se la dio a beber a Sémele). Como castigo Zeus fulminó a los Titanes, y de sus cenizas proviene el género humano, y de ahí que los hombres participemos de una parte divina, el cuerpo de Dioniso que llegaron a ingerir aquellos. Nada se dice, sin embargo, sobre el río Hidaspes en los textos órficos, sino que Nono incluye esta variación basándose en una leyenda india recogida por FILÓSTRATO *(Vida Apol. De Tiana* II 9), según la cual lo indios creían que el primer Dioniso, Zagreo, era hijo del río Indo.

niso cantado por los poetas[11]. Honra pues las aguas nutricias de tu río Lamos[12].

Acuérdate de tu patria Meonia[13], pues Hidaspes es el hermano de tu encantador río Pactolo. Apaga tu llama y concede esta única gracia a tantos ríos, que son mis propios hermanos. No inflames el caudal de mis aguas, pues de ellas nace el relámpago, el fuego de tu lluvioso Zeus[14]. Aplaca tu cólera, porque caigo hincado de hinojos ante ti, humillando mi corriente en dulce súplica. E incluso si el propio Tifoeo hubiera doblado su osado cuello en el combate y se hubiera mostrado amistoso, tu padre, el póvido Zeus, hubiese detenido sus relámpagos, deponiendo el peso revocable de sus amenazas.»

Y habiendo hablado así, Dioniso depuso su antorcha de pino, y un viento del Norte alborotó las aguas con su fusta invernal y trajo su borrascosa brisa, enfriando la corriente del río prendido en llamas, y en honor de Helio, Baco y Zeus por igual, extinguió el inextinguible fuego divino que incendiaba las olas.

---

[11] Esta vez, Nono se refiere con «los poetas» a los sagrados himnos órficos en los que se narraba la historia del malogrado Dioniso-Zagreo, que estaba destinado a suceder a Zeus convirtiéndose en la cuarta generación en el orden cosmogónico, como nos narra la tradición órfica recogida por Olimpiodoro *(Coment. Fedón* 108; cf. también *Frag. Órf.* 208 y 214 Kern), tras Crono, Urano y Zeus, y va a representar para los órficos la venida del salvador.

[12] Río de Cilicia. Ignoramos la relación «nutricia» de Dioniso con este río, pero en II 634 ss. sus hijas celebran la victoria de Zeus sobre Tifón.

[13] Nombre poético de Lidia, región en la que corre el río Pactolo, proverbial por su riqueza (XXII 95 y su nota, y XXII 148).

[14] Zeus es el dios lluvioso que amontona las nubes, y de ahí nace su rayo fulminante.

Y en tanto que Baco estaba surcando de nuevo el húmedo Hidaspes, entonces, lleno de coraje guerrero por su descomunal tamaño, Deríades armó a sus indios para la lucha, que no es vano lleva su nombre[15], disponiendo en torno al río sus cohortes, a fin de que sus soldados pudieran contener el empuje de los ejércitos de Baco mientras aún salían del río. Mas esto no escapó a los ojos de Zeus, que todo lo ven, y presuroso acudió desde los cielos como protector de Dioniso, y uno tras otro, junto con Zeus, llegaron con alado impulso todos los dioses que habitan el Olimpo como defensores.

En honor del lecho de Egina[16], Zeus, el de altivo vuelo, surcó por segunda vez los aires como un águila, después de recorrer la corriente del río Asopo. Y transportando a Éaco por los aires con un empuje arrebatador de sus garras cuidadosas, le llevó volando para que combatiera con Deríades sobre la llanura india. Y Apolo, por su parte, rescató como padre a su vástago Aristeo de la anchurosa bahía, y relucía llevándolo en su carro tirado por cisnes que alejan el mal, pues guardaba el recuerdo del tálamo de Cirene, la matadora de leones[17]. Hermes, el de largas alas, se apoderó a su vez de su hijo, el hirsuto Pan, de fornida cornamenta, el hijo de Penélope, y se lo llevó. Urania rescató de la muerte a Himeneo[18], que llevaba el mismo nombre que el hijo que ella ha-

---

[15] Juego etimológico entre el nombre de Deríades y *dêris*, que significa «disputa» , «combate». VIAN traduce «Guerríades» (cf. N. HOPKINSON, F. VIAN, *op. cit.*, pag. 168) para reflejar el juego de palabras.

[16] Véase nota a XIII 201 sobre el rapto de Egina.

[17] Apolo engendró a Aristeo de Cirene, como cuenta PÍNDARO en su *Pítica* IX (cf. XIII 253 y su nota).

[18] El caudillo beocio citado en XIII 84 ss. Aquí NONO le identifica con el dios de los matrimonios y la procreación, que presidía los cánticos de la noche de bodas, cuando se entonaba el *Hymèn Hyménaios*. Su ma-

bía engendrado, y con él surcó los senderos etéreos semejante a una estrella en su devenir, para congraciarse con su hermano Dioniso, señor de la uva. Y Calíope, por su lado, alzó en vuelo a Eagro[19], llevándole sobre sus propios hombros. Hefesto se cuidó de sus propios vástagos, los Cabiros[20], y a ambos arrebató veloz como la cortante llama. También la ática Palas Atenea salvó a Erecteo[21], matador de indios, pues era ciudadano de Atenas, la de divinos cimientos.

Y todos los moradores del Olimpo, que se cuidaban de sus amados árboles, salvaron de la muerte a las Ninfas Adríades. Entre ellos señaladamente aparecióse el laureado Apolo, quien llegó para rescatar a las Ninfas del laurel, y junto con él, su madre Leto, compañera de viaje del hijo, les protegió, pues aún honraba a los árboles, que le asistieron en el parto[22]. A la falange de las Basárides, y a las otras mujeres portadoras de ramas, las salvaron del muy resonante fragor de las profundidades las hijas del Cidno[23], río amante del viento Céfiro, sabedoras de los acuáticos rumbos

---

dre es la musa Urania, en lo que Nono sigue a Calímaco (cf. Calim., *Ait.* I, fr. 2.ª, 43).

19 La musa Calíope es esposa de Eagro (cf. XIII 428 y su nota).

20 Alconte y Eurimedonte, que aparecen en XIV 17, hijos de Hefesto y Cabiro. Nótese la estructura circular de estos cantos. En el XXIV, que cierra un primer ciclo de las *Dionisíacas*, se mencionan de nuevo los héroes del catálogo de los cantos XIII y XIV.

21 Erecteo, al que Nono confunde a menudo con Erictonio, aparece en XIII 171-200, en el catálogo de los ejércitos, a la cabeza de los atenienses, y en XXII 293 ss. se narran sus hazañas en combate.

22 Leto engendró de Zeus a Ártemis y Apolo, y huyendo de Hera fue a la isla de Delos u Ortigia, donde tuvo que dar a luz a sus hijos ella sola apoyada en una palmera, que más tarde fue considerada sagrada (*Himno Homérico a Apolo* 117). El laurel es el árbol consagrado a Apolo (cf. la historia de Dafne y Apolo en Ovid., *Met.* I 452 ss.).

23 El Cidno es un río cilicio, que aparece en XXIII 84.

de la navegación. A éstas las había entregado como regalo su padre a Baco, a causa de su victoria en la guerra índica, y eran Náyades expertas en la guerra, a las que una vez adiestró el cilicio Tifoeo mientras mantenía su pugna contra el Crónida[24].

Y todo el ejército les acompañó a la par, y Evio[25] precedía a todos ellos para apremiarles, surcando sobre su carro montaraz la corriente con el empuje de su eje sin mojar. Contaba en su camino con la asistencia de los Sátiros, con los cuales marchaban a la vez a través de las aguas las Bacantes, secundadas por los Panes. Señaladamente más veloces que los demás eran los Telquines[26], sobre sus caballos criados en el ponto, aurigas del carro mular de su padre, de marino fundamento, en el que seguían en el camino a Dioniso.

Y otros aún venían por detrás, y se apresuraban a vadear el río, subiendo desde la otra orilla por un camino invisible por el que les guiaba el dios. A continuación, agitando calmadamente las alas, un águila les conducía a través de los montes. Era la figura de Zeus, que transportaba por los aires con sus garras cuidadosas a su hijo, a Éaco, que era llevado en lo alto por etéreas sendas.

Danzaban dando brincos a través de las montañas índicas, se apresuraban por los montes, y luego pasaban la noche en los bosques, tras construir cabañas en la quietud de la

[24] No consta que las Náyades del Cidno fueran adiestradas por Tifón en su lucha contra Zeus (cantos I y II), pero el propio río secundó al monstruo cilicio (cf. II 634).

[25] Sobrenombre de Dioniso que procede del grito *evohé*.

[26] Celmis y Damnameneo, hijos de Poseidón (cf. nota a XIV 39; XXI 197; etc.).

umbría floresta. [***][27]. Unos se lanzaban a la caza de veloces cervatillos y gamos de luenga cornamenta junto a sus perros de presa. Y las Ninfas Adríades de Dioniso, el amante de los retoños, se mezclaban con las Ninfas Hamadríades de los bosques. Las falanges de Basárides amamantaban a los cachorros de una montaraz leona[28] en los bosques Eritreos, y sus pechos destilaban el licor de una leche que fluía por sí sola.

Y también mostraron su habilidad como cazadoras. Una de ellas, tras arrojar su tirso por los aires, acertó a un ciervo de pies raudos como la tormenta. Una tercera, que se ocultaba corrió dando un furioso salto al encuentro de una osa enloquecida, y otra más se encaramó a la cerviz de un elefante montañés, aferrándose al lomo de aquella bestia de negro cuero. Otra, embargada por el deseo de trenzar sus rizos con serpientes, rastreó las cuevas de las víboras venenosas a través del monte.

Un arquero flechador ajustó su dardo a la cuerda de su arco, y disparó a un olmo. Otro tomó un olivo como blanco, y un tercero asaeteó un abeto, mientras una lluvia de flechas caía silbando y zumbando por el aire sobre un pino cercano. Con ellos, el cortejo bramaba estrepitoso entre las montañas.

Y en tanto, el afligido Tureo llegóse como mensajero de malas nuevas ante su rey Deríades, y con las lágrimas de sus ojos, le narró sin necesidad de palabras la matanza de los

[27] Texto corrupto y laguna tras el verso 125, desde la edición de KOECHLY.

[28] Entre los ritos de las Bacantes destaca el rapto de niños y cachorros de animales salvajes, que amamantan a continuación. La fuente de esta escena se halla en *Las Bacantes* de EURÍPIDES (vv. 660 y ss.), cuando el mensajero refiere a Penteo todo lo que está sucediendo en el Citerón. También en XLV 304 se repite un cuadro similar.

indios. Apenas fue capaz de referirle estas luctuosas palabras que salieron de su boca:

«Oh, Deríades, portador del cetro, vástago de Enío, de divino nacimiento. Hemos marchado, tal y como ordenaste, a los montes de la ribera opuesta, y allí hallamos entre las hondonadas un claro del bosque cercano. Allí mismo, tras disponer nuestra emboscada, esperamos hasta que llegó Dioniso, el del tirso que provoca la locura. El oboe tocaba con estruendo según se acercaba Baco. Resonaba el estrépito del tambor de piel de buey, golpeado a ambos lados, y el silbido de la siringe. El bosque entero temblaba, los árboles cantaban, las colinas danzaban, las Náyades aullaban. Y yo, por mi parte, armé a los soldados que estaban ya vacilantes y temblorosos, arrastrándolos a regañadientes al combate.

Y el dios, tal y como le llaman, asaeteaba con pequeñas hojas a toda la raza india, blandiendo sus tirsos aguzados. Aniquiló sobre aquella llanura a un infinito ejército con su afilado tirso, y entre las olas destruyó al resto de los indios. Ea, preguntemos a los sabios brahmanes[29] para que puedas aprender si ese que viene contra nosotros es un dios o un hombre mortal. No sostengas una batalla sin sentido durante la noche. No destruyas tu propio ejército en un combate sin luz, pues ya se extienden las tinieblas sombrías, y la estrella de la noche refulge diáfana para disponer el combate. Y si te

[29] Nono tiene una noción muy vaga de la cultura india, a juzgar por sus incoherencias geográficas y religiosas, pues considera casi animista. Sin embargo, conoce a los brahmanes, posiblemente por haber leído sobre estos ascetas en Filóstrato (cf., por ej., *Vida de Apolonio de Tiana* I 2 8; II 15, 23; III 10-15, en donde se dice que eran consejeros del rey, etc.). Para Nono los brahmanes son ascetas con poderes mágicos que viven desnudos, como los *gymnosophistaí* (cf. XXXVI 334; XXXIX 357). Estrabón dividía a los filósofos hindúes en brahmanes y garmanes, ascetas budistas (cf. Estrab., *Geog.* XV 1 59 ss.).

embarga el deseo de entablar un funesto combate, contén hoy a tus indios, y condúceles mañana a la batalla.»

Y hablando así convenció a Deríades, que era muy difícil de convencer, pues no cedió ante Lieo, sino que le reprochaba a Faetonte, que ya se ocultaba. Como hubiese retirado a las falanges índicas del río, el soberbio Deríades se marchó presa de una furiosa tristeza, sentado a lomos de su elefante, de regreso a su palacio[30]. Aquí y allá corrían en tropel los indios, siguiendo a su enorme soberano, en retirada hacia su ciudad, y desde el interior de sus torres oían los gritos de victoria de Dioniso, el enloquecido guerrero.

Y ya había volado la funesta fama a través de la ciudad, anunciando la mortandad de los parientes indios, recién muertos, y hubo un indecible lamento. Las llorosas plañideras arañaban el contorno de su rostro con sus uñas luctuosas, y desgarraba en dos partes sus túnicas, desnudando sus pechos, y con golpes continuos herían sus senos, que enrojecían bañados en sangre. Un canoso anciano que estaba en el umbral de la vejez cortaba en señal de duelo sus níveos cabellos con el acero, cuando supo que cuatro hijos suyos, todos en la flor de la edad, habían perecido, pues a todos ellos les había dado muerte Éaco[31] con su sola espada destructora, muriendo de forma digna de compasión.

Y una de las mujeres de profundos lamentos lloraba la muerte de su hermano, otra la de su padre. Una tercera, una

[30] Los indios se retiran a su ciudad fortificada durante seis años, antes de volver a emprender la lucha (cf. XXV 7), en el segundo ciclo de las *Dionisíacas* que comienza con el canto XXV. La escena de duelo que se reproduce a continuación recuerda a luto en Troya por la muerte de Héctor, en el canto XXIV de la *Ilíada*.

[31] Probablemente se refiere a las sangrientas hazañas de Éaco en XXII 253-292 y 354-389. Este anciano, que ha perdido cuatro hijos en la batalla, recuerda a Príamo, rey de Troya, que en la epopeya homérica llora la muerte de tres hijos (cf. Hom., *Il.* XXIV 255 ss.).

novia de faz moteada por las lágrimas, se apenaba por la muerte de su novio, de postrera danza nupcial, a semejanza de Laodamia con Protesilao[32]. La muchacha recién esposada, con el cabello sin trenzar y sin velo, se arrancaba los bucles de su cabellera.

Otra más, sin saber qué hacer, añoraba a su esposo indio, que había caído en combate, y como ya se aproximase el inminente dolor del parto fecundo, y ya se hubiese cumplido el ciclo de la décima luna para el alumbramiento, se lamentaba bañada en lágrimas por la muerte en el río de su cónyuge. Y enojada con el río le dirigió estas palabras dignas de lástima:

«No he de beber nunca más de mi paterno Hidaspes, nunca más me acercaré a esas riberas, ni tocaré ese río, que, triste de mí, sepulta ahora tu cuerpo muerto. Lo haré por ti y por la carga que es tuya y que llevo en mi vientre, por ti y por el amor que el tiempo no puede marchitar. ¿Quién me llevará al lugar en donde cayó muerto mi esposo, para que pueda abrazar su cadáver mojado, y para que esas olas me entierren a mí también junto con mi marido, que ha surcado las aguas? ¡Ojalá hubiera ya dado a luz a mi hijo, y le hubiera criado, triste de mí! Todavía llevo en mi vientre el peso de un parto madurado. Y si doy a luz algún día a mi hijo y éste pregunta por su padre, ¿hacia dónde señalaré cuando este diga 'papá', para que el niño pueda ver a su padre?»

---

[32] Referencia a la *Ilíada*. Protesilao fue el primer griego muerto en la guerra de Troya (cf. Hom., *Il.* II 697 ss.). Una leyenda posterior añade que su viuda, que se llama Laodamia, pidió a los dioses que le dieran la vida de nuevo. Le fue concedido el deseo, pero solamente durante tres horas. Cuando Protesilao volvió a morir, ella murió de pena entre sus brazos, lo que describe Eurípides en su obra perdida *Protesilao* (cf. Euríp., Fr. 647-657 Nauck).

Y así dijo, afligida, a un marido que ya no podía escucharle. Otra india lloraba sus himeneos no consumados, pues su pretendiente había perecido. Nunca llegó a ver la feliz hora del matrimonio, engalanado con la corona de bodas, ni tampoco escuchó nunca el raudo oboe de dulce melodía amorosa en la cámara nupcial.

De tal modo se lamentaban estas plañideras. Pero, mientras tanto, en los bosques, Baco celebraba un banquete con los Sátiros y con sus soldados matadores de indios. Se sacrificaron toros y filas enteras de terneros fueron troceadas por el cuchillo, después de ser muertos por las hachas. Fueron inmolados pingües rebaños de ovejas que habían sido capturadas como botín de guerra de la grey eritrea. En torno a la hermosa mesa circular sentábanse Silenos y Sátiros en tropel junto a Dioniso, el de hermoso tirso. Innumerables manos se lanzaban al mismo tiempo sobre una única colación. Se bebió vino de forma extraordinaria con copas incesantes, y los escanciadores del vino vaciaron innumerables ánforas perforadas de dos asas, sacando el irreprochable fruto de la vendimia nectárea.

Y entonces, para deleite de todos Leuco[33], un aedo lesbio sin maestro[34], tejió su canción, que entonó junto a la crátera: cómo los primordiales Titanes vistieron sus armas contra el Olimpo. También narró la veraz victoria de Zeus, el que gobierna en las alturas, y de qué manera Crono, el de anchurosa barba, fue alcanzado por el rayo y aprisionado en

---

[33] Desconocido. Según D. GIGLI *(op. cit.,* págs. 141-142), es un nombre parlante, que señala la claridad de su voz *(leukós,* «blanco»).

[34] En el original *autodídaktos.* Es un concepto homérico que tiene poco o nada que ver con nuestro «autodidacta». El poeta no tiene maestro, pues su arte proviene directamente de los dioses que inspiran su corazón como se dice en HOMERO, *Od.* XXII 347-348.

el regazo del tenebroso Tártaro, armado en vano con las acuáticas armas del invierno[35].

Y a continuación, Lápeto[36], ciudadano de la tierra sin murallas de Chipre, sentóse junto al experimentado citarista, y le ofreció una pingüe porción de su comida, pidiéndole que cantara aquella dulce historia amada por Atenas, la ciudad que nunca calla, que narra cuando Citerea compitió con Atenea en las labores del telar[37]. Y éste, por su parte, tomando su arpa, comenzó a cantar sobre Cípride, cómo en una ocasión sintió el deseo de emprender las labores de la rueca, y tomó en sus manos inexpertas el telar de Atenea, sosteniendo la lanzadera en vez del cinturón bordado de los amores.

La diosa Pafia extendió una urdimbre tan gruesa como la larga cuerda de mimbre que con gran artificio el viejo armador urde con luengas bridas, para apretar entre sí las maderas sueltas de las naves recién terminadas. Y ella durante todo el día y toda la noche junto al telar, deshizo todo el trabajo que había tejido Palas, y con una extraña y desacostumbrada labor, castigó sus delicadas manos. Rascaba con el peine de múltiples dientes los hilos, y suspendiendo el danzante peso del listón de la rueca, tejió con el telar un

---

[35] El mito de la Titanomaquia, o guerra de los Olímpicos contra los Titanes, se narra en Hesíodo, *Teog.* 617-733.

[36] Aparece en XIII 433 junto con Ledro, caudillos de las tropas chipriotas (ver nota *ad loc.)*. Pide una canción sobre Afrodita, diosa de Chipre y Lesbos, patria de Lápeto y del aedo respectivamente.

[37] La historia parece original de Nono, pero el modelo es homérico, pues imita el episodio en el que Demódoco entona acompañado de su lira una canción sobre los amores adúlteros de Afrodita y Ares; cf. Hom., *Od.* VIII 267-366). Véase también A. Villarrubia, «Nono de Panópolis y la intervención del aedo Leuco de Lesbos», *Exc. Philol.* 4-5 (1994-95), 123-125.

peplo[38]. Y de esta manera Cípride se tornó Atenea. No fue en absoluto una labor digna de risa. Mas cuando hubo tejido aquel peplo, el hilo descomunal se hinchó con largas bridas, y por sí sola la urdimbre engordada del tejido se desgarró.

Tuvo como testigos de la doble labor[39] de su arte a Helio, la lámpara y la luna, por necesidad[40]. Y [***][41]. No ejecutaban ya su danzas las bailarinas de Orcómeno, servidoras de la diosa Pafia. Y así, mientras Pasítea hacía girar la rueca con rodante ímpetu, Peito se tornaba hilandera de la lana y Aglaya le daba a su ama el hilo y la trama[42]. Y en tanto, la vida de los mortales envejecía ya e iba a la deriva. El Tiempo, auriga de nuestra vida, afligido por los matrimonios, se lamentaba por el desuso del vínculo de los himeneos, que no se consumaban ya. El propio Eros destensó la fogosa cuerda de su arco, puesto que no se le rendían honores, y porque, tras mirar en derredor, veía los surcos del universo sin arar y sin producir nada[43]. No se oía ya el encantador son de las arpas ni sonaba la siringe, ni el oboe melodioso entonando el 'Himen Himeneo'.

---

[38] La túnica *(chitôn)* y el velo *(péplos)* eran dos prendas de vestir. El *chitôn* era una especie de túnica interior, sobre la cual se ponía una capa, el *himátion*. El *péplos* era una prenda femenina, una especie de chal, que dejaba los brazos al descubierto.

[39] Es decir, hilar y tejer.

[40] Al ser mala hilandera, tenía que trasnochar. Además hay una alusión irónica al sol, Hélios, que descubrió el adulterio de Afrodita con Ares (cf. Hom., *Od.* VIII 270 ss.) y se lo contó a Hefesto, su marido.

[41] Laguna tras el verso 260, según Keydell.

[42] Las tres Gracias, Pasítea, Peito y Aglaya, tenían su santuario en Orcómeno (Beocia). Sus nombres varían en cada autor (cf. Hes., *Teog.* 909, Aglaya, Eufrosine y Talía, son los más comunes).

[43] El orden del cosmos ha sido alterado, pues Eros es una fuerza primigenia de la procreación. El mito tiene así dimensiones cosmogónicas.

De esta guisa la vida iba desapareciendo, los nacimientos sufrían este azote, y los indivisibles engranajes del matrimonio habían sido transtornados enteramente. La laboriosa Atenea vio a la diosa Pafia apasionada por sus propias labores, mezclando su cólera con la hilaridad que le producía, como viera los enormes y ásperos hilos que había tejido Citerea, inexperta en aquellas lides. Lo refirió a los demás inmortales, y reprochando a la par a Cípride y a su padre, dijo con profundos celos en su ánimo:

«Parece que han cambiado unos por otros los dioses, celeste Zeus. Yo ya no me ocupo del don de las Moiras[44], pues tu hija Afrodita me ha arrebatado mi lote y ahora trabaja el telar. No ha sido la reina Hera, hermana y cónyuge de mi Zeus, la que ha robado el lote de Atenea, sino que la dulce divinidad que gobierna sobre los lechos es la que ha vejado a Ageleya[45], la que está provista de escudo desde su nacimiento. ¿Cuándo defendió vuestro Olimpo Citerea, inexperta en lides? ¿A cuántos Titanes ha dado muerte con su femenil cinturón bordado, para que ahora venga a ultrajarme después de sus victorias? Pero dime tú también, arquera, ¿cuándo has visto en el interior de tus bosques a Atenea

[44] El telar, como símbolo de la vida, era el instrumento propio de las Moiras, o Parcas para los romanos. Eran las tres divinidades que regían el destino de los hombres, Cloto («la hilandera») sostenía la rueca, Láquesis («la trasegadora») hilaba, y Átropo («la implacable»), cortaba el hilo. Hesíodo recoge dos versiones sobre su nacimiento, bien son hijas de la noche o bien de Zeus y Temis *(Teog.* 218 y 901 ss. respectivamente). Estaban presentes en todos los grandes acontecimientos, como las bodas de Tetis y Peleo, que narra Catulo *(Poema* 64).

[45] Ageleya, es un epíteto homérico de la belicosa Atenea (cf. Hom., *Il.* IV 515), que significa «predadora», «la que coge el botín».

disparando el arco o cazando? ¿Quién llama a la de ojos glaucos cuando las mujeres sufren los dolores del parto?»[46].

Y tras haber hablado así, los dioses que habitan el Olimpo se reunieron, deseosos de ver a Afrodita aplicándose en el telar. Y al contemplar los trabajos de Citerea, inexperta en aquellas labores, rodearon admirados el extraño tejido de la divinidad. Y Hermes, con ánimo burlón le dijo a su vez entre risas:

«Ya que tú tienes el telar, Citerea, déjale tu cinturón bordado a Atenea. Si ya manejas la urdimbre y si con tus manos tiras de la lanzadera, empuña también la veloz lanza y la égida de la Tritogenia. Lo sé, Citerea, sé por qué tejes ahora en el telar repiqueteante. No se me ha escapado tu ardid. Acaso tu novio Ares te ha pedido una encantadora túnica para la boda. Ea, teje tu peplo para Ares, pero no vayas a bordar un escudo en el peplo recién tejido, porque ¿qué tienen que ver los escudos con Afrodita? Adórnalo más bien con la figura de Faetonte, el portador de la luz y delator de tus amoríos[47], aquél que anuncia al furtivo robador de tu lecho. Si así lo quieres borda también los antiguos lazos y ribetea con mano avergonzada la efigie del dios que fue el adultero amante.

Y tú, Eros, haz girar los husos y olvida tu arco[48]. Teje los hilos de la trama junto con tu madre Citerea, la enamorada de la rueca, de forma que pueda llamarte no ya 'el alado', sino 'el hilandero' y para que pueda ver al fogoso dios

---

[46] Atenea se dirige ahora a Ártemis («la arquera») para ejemplificar el ultraje: ella nunca se pondría a cazar, como Ártemis, ni ayudaría a las mujeres en el parto, competencia de la diosa Ilitía.

[47] El sol (Helio, no el Faetonte mitológico, que es su hijo) descubrió el adulterio de Afrodita (cf. Hom., *Od.* VIII 270 ss.).

[48] Juego de palabras a partir de la palabra griega *átraktos,* que significa a la vez «huso» y «flecha».

del arco de bovina cuerda estirando la canilla[49] más allá del hilo[50], en vez de sus flechas. Borda a Ares con oro, como corresponde a la dorada Afrodita, llevando en su mano la lanzadera en vez de su escudo de piel de buey, y pon a su lado a Citerea, laboriosa en su telar.

Ea, divina Citerea, arroja a los vientos los hilos que sostienen esas manos enamoradas del telar, y cíñete la correa de tu cinturón bordado. Cuídate de nuevo del matrimonio, pues el primigenio del orden del universo anda extraviado mientras aún te ocupas de bordar túnicas en el telar.»

Y tras estas palabras se sonrieron todos cuantos habitan el Olimpo, y Citerea, arrojó el hilo sin terminar de su túnica, avergonzada ante la diosa de ojos glaucos, y marchó a su querida Chipre para volver a ser la nodriza de la raza humana. Eros ciñóse de nuevo su cinturón a la vida de variadas formas, sembrando el cerco amoroso del bien arado universo[51].»

Tal fue la bella canción de encantadores acentos que tejió Leuco, que cantaba cómo Afrodita, sin haber aprendido las artes del telar, sostuvo una gran disputa con la laboriosa Atenea.

---

[49] La canilla (en griego *pēníon)* es un componente esencial del telar. Es el carrete que lleva enrollado el hilo de la trama, que va cruzando la urdimbre.

[50] La expresión del primer hemistiquio del verso 313 es de HOMERO, en *Ilíada* XXIII 762.

[51] Las metáforas agrícolas para la unión sexual en NONO han sido estudiadas en D. GIGLI, *op. cit.*, págs. 21-9. En especial destaca el uso de *aûlax*, «surco» para designar el elemento femenino del universo, con un sentido mucho más amplio que alude al orden del cosmos, como indica la estudiosa italiana. A lo largo de estos cantos, NONO alude a esta palabra en contextos muy significativos (cf. XIII 102; XVII 272; XIX 85 en el sentido mencionado; XXII 262, 279 como metáfora de la guerra; y XXIV 269, 326).

Mas cuando todos se hubieron saciado de aquel banquete de vino sin mezclar, aún rezumando de aquel licor cayeron en sus lechos desiertos. Unos sobre las moteadas pieles de ciervo, otros sobre lechos hechos de hojas. Otros aún extendieron por encima del polvo esparcido, su lecho silvestre con pieles de cabra, mientras otros tenían oníricos encuentros y premoniciones de la batalla entre sueños, tras tender sus cuerpos revestidos de bronce y dormir un belicoso sueño.

De estos, uno soñaba que disparaba a un indio sentado en el lomo de su caballo, y otro hería a otro indio en el cuello, este golpeaba a un infante, atravesándole con su espada, y aquél hería al propio Deríades. Otro soñaba que, tras lanzar por los aires su dardo de etéreos caminos, alcanzaba con la flecha onírica a los enormes elefantes.

Y las naciones de panteras, las tribus salvajes de leones y los perros cazadores de Dioniso, el guardián del desierto, hicieron guardia por turnos, vigilando sin dormirse y velando durante toda la noche en el interior del montaraz bosque, a fin de que los indios de negra piel no pudieran lanzar un ataque contra él. De este modo, filas enteras de antorchas alumbraban sin cesar hasta el propio Olimpo, linternas del incesante baile de las Bacantes[52].

---

[52] Con esta mística escena, las antorchas que iluminan a los iniciados, que llegan a iluminar el propio Olimpo, Nono pone fin al primer ciclo de las Dionisíacas.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL

Págs.